

**Facultad de Psicología**



**UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA**

---

**CARRERA DE DOCTORADO EN PSICOLOGÍA**

---

**TESIS DOCTORAL**

**EFFECTOS DEL PSICOANÁLISIS SOBRE  
LA POSICIÓN DEL SOÑANTE**

**UN ESTUDIO REALIZADO A PARTIR DE  
TESTIMONIOS DE PASE**

**Doctoranda: Esp. Celeste Labaronnie**

**Director: Dr. Gabriel Lombardi**

**Co-Director: Dr. Ariel Viguera**

**Junio - 2020**

## ÍNDICE

<b>AGRADECIMIENTOS.....</b>	<b>1</b>
<b>RESUMEN.....</b>	<b>3</b>
<b>PALABRAS CLAVE.....</b>	<b>5</b>
<b>PRIMERA PARTE. PRESENTACIÓN DE LA TESIS.....</b>	<b>6</b>
<b>1. Presentación del tema de investigación.....</b>	<b>8</b>
1.1. Origen y transformaciones del problema de investigación.....	8
1.2. Planteo del tema.....	10
1.3. Relevancia y justificación.....	11
1.4. Marco teórico.....	12
1.5. Estado del arte.....	17
1.5.1. Desarrollos sobre cambios en los sueños desde el psicoanálisis post-freudiano.....	17
1.5.2. Desarrollos sobre cambios en los sueños desde el psicoanálisis lacaniano.....	26
1.5.2.1. Lo pulsional en el sueño: <i>función figurativa</i> y <i>función mostrativa</i> .....	28
1.5.2.2. Sueños que no abren al desciframiento: el sueño como intérprete.....	34
1.5.2.3. Sueño y fantasma.....	43
1.5.2.4. Los sueños como criterio de terminación del análisis.....	47
1.5.2.5. Los sueños-índice.....	51
1.6. Interrogantes que orientan la investigación.....	54
<b>2. Metodología.....</b>	<b>55</b>
2.1. Objetivos.....	55
2.2. Hipótesis.....	56
2.3. Tipo de estudio y contexto de descubrimiento.....	56
2.4. Materiales y métodos.....	57
2.4.1. Método analítico, método clínico y dispositivo del pase.....	57
2.4.2. Los testimonios directos.....	60
2.4.3. Metodología utilizada para la conformación del corpus de análisis.....	61
2.4.4. Metodología de análisis.....	70
2.5. Validez y replicabilidad.....	72
2.5.1. Epistemología del testimonio, concepto de <i>verdad</i> en psicoanálisis y estudios desde la perspectiva del paciente.....	72
2.5.2. Replicabilidad de esta investigación en otros contextos.....	82
2.6. Limitaciones de esta investigación.....	83
<b>SEGUNDA PARTE. EJERCICIO DE LECTURA DE LA NOCIÓN DE “REALIZACIÓN DE DESEO EN EL SUEÑO”.....</b>	<b>84</b>
<b>3. El sueño paradigmático de Freud.....</b>	<b>86</b>
3.1. Contexto del sueño.....	86
3.2. Relevancia del capítulo 2 de <i>La interpretación de los sueños</i> .....	90
3.3. Texto del sueño.....	94
3.4. Análisis.....	96

3.5. La lectura de Lacan.....	102
<b>4. La tesis freudiana: el sueño es un cumplimiento/realización de deseo (<i>Wunscherfüllung</i>).....</b>	<b>108</b>
4.1. Planteo de la tesis freudiana.....	108
4.2. La diferencia entre deseo y anhelos.....	109
4.3. La función de la censura: clave freudiana sobre la posición del soñante.....	114
4.4. Las objeciones clínicas a la teoría del sueño como realización de deseo.....	119
4.5. Recapitulación.....	125
<b>5. Algunas tesis de Lacan sobre la realización de deseo en el sueño.....</b>	<b>128</b>
5.1. Acerca de la relación deseo-pulsión en Lacan.....	129
5.2. El deseo del sueño es deseo de dormir.....	133
5.3. El deseo del sueño es hacer pasar una palabra.....	136
5.4. El deseo del sueño se aloja en el defecto en la significación.....	143
5.5. El sueño es una realización (simbólica) del deseo (inarticulable).....	147
5.6. El deseo del sueño es deseo de dormir... para que allí despierte otra realidad....	153
5.7. El deseo del sueño concierne al encuentro con el objeto <i>a</i> como causa de la división subjetiva.....	158
<b>TERCERA PARTE. POSICIONES DEL SOÑANTE EN LOS TESTIMONIOS DE PASE.....</b>	<b>161</b>
<b>6. Algunas posiciones frente a lo pulsional en los sueños.....</b>	<b>162</b>
6.1. Lo que el sueño envuelve.....	163
6.2. Posiciones defendidas: manifestaciones de la impotencia en la relación con los sueños.....	167
6.3. Un tipo de docilidad frente al sueño: las continued stories.....	170
6.4. El análisis avanzado: una posición decidida frente a los sueños.....	174
6.5. El objeto <i>a</i> como punto de inserción de la pulsión en el sueño.....	177
6.6. Articulación y vaciamiento del objeto <i>a</i> en la escena del sueño.....	181
6.7. Otros efectos de una posición decidida: variaciones del despertar.....	186
6.8. Recapitulación.....	193
<b>7. Posiciones frente a la naturaleza interpretativa del sueño.....</b>	<b>195</b>
7.1. El soñante y la promesa de saber.....	198
7.2. El analizante lee su sueño.....	201
7.2.1. El analizante lee su sueño gracias al Witz y al lapsus.....	204
7.3. Efectos interpretativos del sueño.....	205
7.4. El sueño, productor de virajes en el análisis.....	207
<b>8. El soñante hace decir al analista.....</b>	<b>210</b>
8.1. El sueño-analista.....	210
8.2. El superyó en boca del analista onírico.....	211
8.3. El analista onírico apuntando hacia el horizonte de la cura.....	213
8.4. El analista onírico habilitando lo posible.....	214
8.5. El analista onírico sancionando el final.....	214

<b>9. El soñante angustiado: invención de un significante nuevo o sueño y escritura....</b>	<b>218</b>
9.1. Cinco sueños bilingües y uno más.....	220
9.1.1. <i>Rit – no sé – zero honte</i> .....	220
9.1.2. <i>Eyes dolorosos</i> .....	223
9.1.3. <i>Down</i> .....	224
9.1.4. <i>Clandestine</i> .....	226
9.1.5. <i>Errático, Randómico</i> .....	228
9.1.6. <i>Noël, Gentile</i> .....	230
9.2. La escritura onírica: una reducción de la biografía.....	231
9.3. Función de la condensación.....	234
9.4. La otra escena, espacio de escritura.....	236
9.5. El sueño como acto de escritura.....	237
<b>10. Los sueños-índice.....</b>	<b>240</b>
10.1. Una observación metodológica.....	247
10.2. Reflexiones sobre esta categoría de sueños.....	249
<b>11. Posiciones del soñante frente a la muerte y el tiempo.....</b>	<b>251</b>
11.1. Los sueños de muerte del padre.....	255
11.2. Estrecha ligazón entre muerte y deseo.....	263
<b>12. Los sueños conclusivos: acto de corte entre lo finito posible y lo infinito imposible.....</b>	<b>270</b>
12.1. El efecto inconstante del análisis.....	271
12.2. Posiciones del soñante frente a lo finito y lo infinito del análisis.....	274
12.3. “Finales”.....	281
<b>13. Posiciones del soñante después de un final de análisis.....</b>	<b>283</b>
13.1. Reflexiones sobre las paradojas de la relación sueño-soñante después de finalizado un análisis.....	286
<b>CUARTE PARTE. CONCLUSIONES.....</b>	<b>288</b>
<b>A. Los sueños en los testimonios de pase.....</b>	<b>289</b>
<b>B. Cambios en la rigidez de la censura onírica.....</b>	<b>290</b>
<b>C. La cuestión de la satisfacción.....</b>	<b>294</b>
<b>D. Funciones del sueño.....</b>	<b>300</b>
<b>E. Orientaciones clínicas.....</b>	<b>302</b>
<b>F. Perspectivas abiertas.....</b>	<b>309</b>
<b>REFERENCIAS.....</b>	<b>312</b>
<b>ANEXO: TESTIMONIOS DEL CORPUS DE ANÁLISIS.....</b>	<b>329</b>

## **AGRADECIMIENTOS**

Quiero agradecer especialmente a mis directores, Gabriel Lombardi y Ariel Viguera, que aceptaron acompañarme en esta aventura que es escribir una tesis de doctorado. A ambos agradezco de corazón por la paciencia, el entusiasmo y el acompañamiento constante. También por abrirme puertas, invitarme a compartir mi labor en otros ámbitos y haber generado tantos lazos de trabajo fructíferos.

A la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de La Plata, por haberme otorgado las becas que hicieron posible esta tesis y me permitieron conocer lo que es el trabajo del investigador; trabajo cuyo disfrute superó ampliamente lo que podía imaginar previamente. Especialmente a Jorge, de la SeCyT, que en todos estos años respondió a cada una de mis inquietudes con infinita paciencia y amabilidad.

A todas las personas que desde el inicio se interesaron por mi trabajo y me hicieron llegar textos y testimonios de pase que fueron enriqueciendo mi búsqueda. Entre ellos, Magalí Rodríguez, Cynthia Palazzo, Marisol Santos, Julieta Santos y Luis Volta. A Belén del Manzo, que no sólo me aportó valiosos materiales desde la disciplina del Análisis del Discurso, sino que además me supo transmitir una pasión por la docencia que me acompaña hasta hoy.

A Lucía Soria y Maximiliano Azcona, que me acercaron a los usos y costumbres de las becas de investigación y siempre estuvieron atentos a mis dudas y pedidos.

A todas las personas que han entregado sus testimonios de pase a la comunidad analítica con tanta generosidad, haciendo posible el enriquecimiento de la disciplina y la existencia de investigaciones como esta. Aunque no pueda estar segura de haberlo logrado, es mi profundo deseo haber honrado el decir de cada uno de ellos.

A mis amigos y familiares, por el apoyo y el cariño. Especialmente a mi marido, por respetar y acompañar todas y cada una de mis decisiones. A mi hijo Valentino, cuyo nacimiento estará muy próximo a la defensa de esta tesis.

A quien fue mi analista, por haber hecho posibles tantas cosas, pasadas y futuras.

A mis sueños, que me enseñaron desde muy pequeña que en la escena onírica hay muy poca comodidad.

## Resumen

El tema de esta tesis son los efectos del psicoanálisis sobre la *posición del soñante*, esto es, la relación que el analizante establece con sus sueños en distintos momentos y, en ocasiones, la posición que toma en la escena onírica. La hipótesis principal es que el psicoanálisis produce efectos sobre la posición del soñante y que éstos se manifiestan en: (1) modificaciones en la relación con los sueños y (2) cambios en la forma del soñar. Por lo tanto, el objetivo general es examinar los cambios en la relación sueño-soñante a lo largo del análisis.

El marco teórico es psicoanalítico, de orientación lacaniana.

El método utilizado comprende la construcción de un corpus de análisis con 53 testimonios de pase, pertenecientes a Escuelas de psicoanálisis ligadas a la Asociación Mundial de Psicoanálisis, la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano y la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

La tesis incluye también una parte estrictamente teórica, que se aboca a retomar el edificio freudiano del sueño desde la perspectiva de la realización de deseo. Allí se analizan también los postulados de Jacques Lacan acerca del tema.

La tercera parte de la tesis corresponde al estudio del corpus de análisis. Allí se desglosan las posiciones del soñante observadas en los testimonios desde diversas perspectivas: la posición del soñante y sus cambios al final del análisis con respecto al núcleo pulsional que el sueño envuelve; cómo se relacionan los analizantes de los testimonios con la potencia interpretativa de sus sueños; la función que esos soñantes atribuyen al analista cuando lo hacen aparecer como personaje en la escena onírica; la relación observable entre sueño y angustia en algunos de los testimonios; la presencia y características de los sueños-índice; los cambios de posición de los soñantes frente a la muerte y el tiempo; la participación de los sueños en la decisión de dar por concluido el análisis y, finalmente, las diversas posiciones que han tomado los analistas lacanianos con respecto a la relación sueño-soñante después de finalizado un análisis.

Se concluye que:

- a) Los sueños narrados en los testimonios del corpus no presentan diferencias entre escuelas. Lo que sí difiere es el modo de organizar el testimonio. En general, el sueño es productor de virajes en la cura y, a medida que esta avanza, el sueño acarrea efectos interpretativos en el momento mismo de despertar.
- b) Se observan cambios notorios en la rigidez de la censura onírica, los cuales se evidencian en una reducción del mecanismo de desplazamiento, en pos de un mayor empleo de la condensación. Los soñantes indican que sus sueños requerían cada vez de menos despliegue asociativo y les resultaban de fácil interpretación. La participación del analista iba decreciendo y se volvía poco necesaria sobre el final.
- c) Los sueños del final entrañan una satisfacción conclusiva, son sueños que cierran cierto recorrido, y es observable que el soñante se manifiesta conforme con ese cierre, su respuesta es la satisfacción con respecto a ese sueño, su conformidad.
- d) La función del sueño como *realización de deseo* debe ser distinguida del hecho de que algunos sueños figuran un anhelo como cumplido. A estos últimos, preferimos reconocerlos como *sueños de comodidad*, mientras que la realización de deseo debe ser concebida como de amplio espectro, comprendiendo tanto los sueños placenteros como los displacenteros, ya que el deseo, a partir de Lacan, es ubicado como subsistiendo en el límite entre el principio de placer y el más allá. Dentro de las maneras de realizar el deseo que se pueden observar en los testimonios, se han localizado varias funciones: la *función del sueño como mostración del objeto causa*; la *función del sueño como interpretación*; la *función escritural* y la *función del sueño como índice*. Se defiende que estas cuatro funciones se distinguen en cierta medida de la *función de guardián del dormir* y se corresponden, en diversos sentidos, con la *función de realización del deseo*.
- e) Finalmente, en cuanto a los modos de trabajo con el sueño que pueden observarse en los testimonios del corpus, se concluye que el método freudiano de interrogación de los elementos del sueño y pedido de



asociaciones sigue vigente. Pero a la vez se agregan modos de intervención propiamente lacanianos, como son el corte y algunas variantes del acto analítico que responden a la libertad táctica proclamada por Lacan. La interpretación también aparece en los testimonios y tiene una estructura breve y similar al *witz*.

**PALABRAS CLAVE:** PSICOANÁLISIS; SUEÑO; TESTIMONIO DE PASE; FIN DE ANÁLISIS.

---

## **PRIMERA PARTE**

### **PRESENTACIÓN DE LA TESIS**

---

Esta tesis está compuesta por cuatro *partes*. Cada una de ellas se subdivide en al menos dos *secciones* y éstas, a su vez, en *apartados* con diversas jerarquías.

La primera parte corresponde a la presentación de la tesis. Aquí ubicamos dos secciones: la presentación del tema de investigación y la metodología. La primera, se ocupa del problema de investigación, su relevancia y justificación, e incluye también el marco teórico y el estado del arte. La metodología, por su parte, contiene los objetivos e hipótesis, la caracterización del tipo de estudio llevado adelante, su validez y replicabilidad y las limitaciones de la investigación. Allí se incluyen también las precisiones necesarias sobre el método analítico, el pase, los testimonios utilizados y la forma en que se constituyó el corpus de análisis para realizar este estudio.

La segunda parte de la tesis es estrictamente teórica y se aboca a retomar el edificio freudiano del sueño desde la perspectiva de la realización de deseo, como modo de aproximarnos progresivamente al tema de la posición del soñante y sus variaciones. Esta parte tiene tres secciones. La primera comienza con una reseña pormenorizada del sueño que Sigmund Freud llamó “paradigmático” y se centra en sus circunstancias de producción y efectos. La segunda sección está centrada en la tesis freudiana del sueño como cumplimiento de deseo. La tercera, analiza los postulados de Jacques Lacan acerca del modo diverso en que podría pensarse la realización de deseo en el sueño desde distintos puntos de mira.

La tercera parte de la tesis es la que corresponde al estudio del corpus de análisis. Allí se desglosan las posiciones del soñante observadas en los testimonios y, para ello, se divide los desarrollos en ocho secciones. En cada una de esas secciones se analizan los cambios de posición desde diversas perspectivas, como son lo pulsional, lo interpretativo, la angustia, la muerte, la finalización del tratamiento, etcétera.

Finalmente, en las conclusiones -cuarta parte de la tesis-, se establece un diálogo entre la segunda y la tercera parte, es decir que se aborda la relación entre la realización de deseo en el sueño y lo observado en los testimonios como cambio de posición del soñante. Se retoman allí algunos desarrollos reseñados en el estado del arte y se discute su pertinencia, apuntando a agregar todas las

precisiones posibles. También se incluyen allí las perspectivas de investigación que se consideran abiertas.

## 1. Presentación del tema de investigación

### 1.1. Origen y transformaciones del problema de investigación

“Los analistas se comportan como si no tuvieran nada más que decir sobre el sueño, como si la doctrina de los sueños estuviera concluida” (Sigmund Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. 29ª conferencia: *Revisión de la doctrina de los sueños*, p. 8).

El problema de investigación de esta tesis tiene un origen compuesto: surge inicialmente de circunstancias personales-vivenciales, pero sólo llega a tomar su forma definitiva tras un largo recorrido de lectura e investigación junto a mis directores. A mi juicio, es posible distinguir tres momentos en que la tesis actual se gestó.

El primero, se inaugura con un sueño acaecido en 2010, durante el noveno año de mi análisis. Ese sueño, que comparte muchas de las características que el lector encontrará en la tercera parte de esta tesis, tenía como principal cualidad un despertar abrupto, aunque sin angustia, y la fuerte convicción de que lo que había sucedido en la escena onírica no tenía vuelta atrás, no era solo un sueño, sino una realización de la destitución. Ese momento, de hecho, me marcó profundamente y efectivamente inauguró una nueva etapa del análisis y de mi vida en varios aspectos.

El segundo momento comenzó al poco tiempo y consistió en un rastreo sistemático de las diversas menciones al sueño en la enseñanza de Jacques Lacan. Los textos de Freud sobre el sueño eran muy valiosos para mí, pero ya los había recorrido. La forma en que mis sueños eran trabajados en análisis no me parecía exactamente igual a la de Freud. Se inició así una búsqueda que

podría titularse “qué dijo Lacan sobre el sueño” y que, poco a poco, fue respondiendo algunos de mis interrogantes sobre la forma de tratar el material onírico en un análisis lacaniano.

El tercer momento se inscribe en un marco académico propiamente dicho. Se inicia con la decisión de inscribirme a la carrera de doctorado y de contactar a dos personas de las que había recibido alguna formación que despertó mi interés -mientras era estudiante (el Dr. Ariel Viguera) y mientras fui residente del Hospital de Berisso (el Dr. Gabriel Lombardi)-. Con ellos, fue posible inscribir estos interrogantes y el recorrido de lectura en un marco académico que organizó la trayectoria que teníamos por delante.

Dentro de este tercer momento también hubo varias etapas. En un principio, el plan a seguir fue formulado como un estudio sobre la teoría y la práctica con los sueños a partir de la enseñanza de Jacques Lacan. Pocos meses después, decidimos recortar un interrogante bien específico, comprendido dentro de la problemática general con que inicié el recorrido doctoral. Esa nueva pregunta se refería a la relación posible entre *sueño* y *acto*. De este modo, pasamos del plan preliminar de tesis doctoral a un plan de beca de investigación, que fue otorgada por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLP para este último tema.

En ese proceso, los seminarios del doctorado tuvieron un papel central, pues aportaban las herramientas específicas para que el recorrido de lectura fuera una verdadera investigación y me permitiera dar una ubicación más precisa a los aportes de mis directores. El recorrido metodológico que realizamos en esos tres años consistió tanto en la búsqueda bibliográfica como en el análisis minucioso de los testimonios de pase seleccionados<sup>1</sup>.

Pasados esos tres años, con ocasión del segundo plan de beca que debíamos presentar -para la finalización de la tesis doctoral-, decidimos explicitar que el trayecto realizado nos había permitido ubicar a la *destitución subjetiva* como el acto específico que otorga a algunos sueños la cualidad de conclusión, con la consecuente convicción que experimenta el soñante.

---

<sup>1</sup> En el apartado 2.4 tratamos el tema del pase y la forma en que seleccionamos los testimonios para esta tesis.

Sin embargo, al poco tiempo la investigación tomó un último giro, que fue en realidad una ampliación. Nos encontramos con que el análisis sistemático de los sueños de los testimonios no aportaba solamente una articulación con el *acto* y la *destitución subjetiva* y que, aunque éstos fueran los conceptos que guiaron el recorrido, la investigación entregaba un panorama sobre algo más amplio: los cambios que experimenta la posición del soñante a lo largo del análisis. Desde esta óptica está desarrollada la tesis, cuyos giros nos han llevado a una plasmación final que arroja una nueva luz sobre los pasos iniciales.

## 1.2. Planteo del tema

“El origen es para nosotros la *Traumdeutung*.  
*La interpretación de los sueños* de Freud, hay que decirlo, no debe ser escrita nuevamente, esa es la opinión del propio Freud, de Lacan y la nuestra. Falta saber si se la podría enriquecer”  
(Colette Soler, *Finales de análisis*, p. 75).

El tema de esta tesis, finalmente, son los efectos del psicoanálisis sobre la posición del soñante. Entendemos esta última como la relación que el analizante establece con sus sueños en distintos momentos y, en ocasiones, la posición que toma en la escena onírica. De modo que esta formulación intenta circunscribir tanto los cambios que conciernen a la forma de recepcionar los propios sueños, como las transformaciones que experimentan los sueños mismos a lo largo de la cura.

La investigación está orientada principalmente hacia las etapas finales de los tratamientos analíticos, por ser éstas las más desarrolladas en los testimonios de pase que tomamos como material clínico. Hemos elegido organizar esos cambios a partir de diversos temas: la posición del analizante frente a lo pulsional en los sueños, frente a la naturaleza interpretativa de éstos, frente a la relación entre sueño y angustia, sueño y satisfacción, sueño y fin de análisis, y sueño y mortalidad.

### **1.3. Relevancia y justificación**

La importancia conferida al sueño desde los inicios del psicoanálisis es de público conocimiento, así como lo es el papel fundante que tuvo para la invención de esta disciplina.

Actualmente, psicoanalistas de diversas latitudes y orientaciones coinciden –como lo desarrollamos en el estado del arte- en que los sueños siguen siendo un material valioso para observar los avances del tratamiento. Desde distintos enfoques se han ensayado formas alternativas de estudiar esos cambios en los sueños, como, por ejemplo, a partir de casos clínicos extensos o inclusive en laboratorios del sueño, donde los pacientes examinados acuden a dormir y relatan sus sueños al instante de despertar.

En nuestro ámbito contamos con un material valioso como el de los testimonios escritos, donde los psicoanalistas relatan sus propios sueños y otras cuestiones que consideran relevantes de sus tratamientos. De manera que es posible acceder al relato directo hecho por el soñante y apreciar los términos que utiliza para referirse a los efectos de sus sueños en el contexto de la cura, y muy especialmente a las conclusiones que extrae de ese trabajo.

La riqueza de analizar sueños propios ha sido demostrada por Sigmund Freud. En su obra no hay otros sueños de tal valor y profundización como los que rescató de su propio dormir. No se avanza del mismo modo, ni con los mismos beneficios, sobre sueños ajenos. Por todo esto, hemos elegido privilegiar en esta investigación esos testimonios directos, donde los relatos oníricos son narrados por el soñador mismo, al cual nos hemos esforzado todo lo posible por no traicionar. Tomamos tanto el relato del sueño como aquello que el soñante dice sobre él, de manera que apuntamos a resguardar el trabajo ya realizado durante el análisis.

A pesar de las limitaciones que mencionaremos más adelante, esta investigación podría aportar observaciones clínicas útiles respecto a cómo la relación con lo onírico se va modificando, especialmente en los análisis

avanzados. Si bien veremos que muchos analistas han desarrollado ya ideas sobre este tema, no podría decirse que se hayan realizado estudios sistemáticos a partir de un cierto número de testimonios de pase.

#### 1.4. Marco teórico

Esta tesis se origina y se despliega dentro del marco teórico del psicoanálisis lacaniano. Nos apoyamos en los textos centrales de Freud referidos al sueño y a la finalización de los tratamientos, pero debemos explicitar que la influencia de la teoría lacaniana atraviesa cada una de nuestras lecturas de Freud.

Nos apoyamos también en los desarrollos actuales de tres escuelas de psicoanálisis que practican el pase. Hemos decidido utilizar los aportes teóricos de las tres, siempre que nos parecieran sustanciosos, independientemente de las afinidades del investigador. Esta elección se justifica en el tipo de material clínico-testimonial que elegimos para poner a prueba nuestras hipótesis, el cual va acompañado de una gran cantidad de desarrollos teóricos surgidos de la práctica del pase en cada escuela. Cada vez que esos aportes nos han resultado valiosos, los hemos retomado, siempre desde una óptica personal atravesada por nuestra toma de posición, de manera que la articulación con el material clínico no es ingenua ni directa, sino en todos los casos una elección previamente sopesada.

Desde el marco teórico elegido acompañamos también las teorías sobre un final de análisis posible, cuyos bemoles examinamos detenidamente en la sección 12. En acuerdo con Lacan, sostenemos que ese final no se basta con, pero tampoco puede prescindir de momentos que han sido conceptualizados como *construcción/atrasamiento del fantasma* (Lacan, 1962-63/2006, 1964/2006, 1966-67)<sup>2</sup>, *identificación con el síntoma* (Lacan, 1976-77; Cf.

---

<sup>2</sup> La expresión “atrasamiento del fantasma” no nos resulta del todo satisfactoria. Lacan la utilizó una sola vez (1964/2006, p. 281) y habló de “franquear el fantasma”, también en una sola oportunidad (1962-63/2006, p. 358). La extensión de su uso es más bien de raigambre milleriana.



Mazzuca, Mazzuca, Mazzuca, y Zaffore, 2014; Schejtman, 2013) y trabajo con los *restos incurables* y con *lo real del inconsciente* (Lacan, 1976/2012; Cf. Miller, 2013a; Soler, 2009/2013). A su vez, entendemos a todos esos momentos como correlativos de la *destitución subjetiva* (Lacan, 1970/2012a; Cf. Allouch, 1985; Lombardi, 2015; Soler, 2007), noción que retomamos en varios momentos, especialmente en la sección 7.

Otro concepto central en esta tesis es el de *acto*, del cual Lacan da una definición mínima al nombrarlo como “un decir a partir del cual el sujeto cambia” (1969/2012, p. 395)<sup>3</sup>. Tomamos este elemento conceptual en tanto modificación del sujeto, paso transformador cuya lógica se evidencia *après-coup* por sus efectos. También lo retomamos en diversas secciones de la tesis, pero lo trabajamos más detenidamente en la sección 9.

Sobre el sueño, el lector podrá encontrar las referencias que consideramos centrales en Freud y en Lacan en la segunda parte de la tesis. Como se verá, ofrecemos una lectura de la *realización de deseo en el sueño* (Freud, 1900/2001) abocada especialmente a articular *sueño* y *pulsión* y a problematizar la relación entre el *deseo* y el *principio de placer*, atendiendo especialmente a la función del *más allá del principio de placer* en el sueño (Freud, 1920/2000). Preferimos, en casi todos los apartados, hablar de *más allá* y no de *pulsión de muerte*, para resaltar la cuestión económica en su aspecto de transgresión de los límites impuestos por el principio de placer, más que el costado de *retorno a lo inanimado* que Freud le atribuye al introducirla en su teoría. De este modo, la cuestión pulsional se articula más claramente con lo que en los testimonios aparece mencionado como *horror*, horror frente a la muerte, pero también frente al saber sobre el goce ignorado.

---

Para nosotros es una fórmula un poco pretenciosa, que se ha convertido en un slogan. En esta tesis usamos preferentemente la expresión “construcción del fantasma”, figura más clara y que retoma los aportes freudianos sobre las construcciones en análisis. Pero tampoco hemos elegido suprimir totalmente el mencionado sintagma, pues se lo emplea con frecuencia en los textos que citamos. Sin dudas hacen falta trabajos sistemáticos sobre la conveniencia de un uso u otro según los observables clínicos.

<sup>3</sup> En su concepción son evidentes las resonancias del *acto de habla* postulado por John Austin (1962/1990).

Es necesario situar también cómo nos ubicamos con respecto a la noción de *posición*. En esta tesis tratamos la cuestión de lo que hemos llamado la *posición del soñante* y que entendemos como la posición que el analizante toma *frente* a sus sueños, y en algunos casos, *en* sus sueños. Es decir que atendemos tanto a lo que el analizante dice sobre sus sueños -cómo los recibe, cómo los lee, cómo dice experimentar ciertos efectos- como a la posición que le vemos tomar en la escena de los sueños que relata -lo que hace, o pone a hacer a otros que lo representan, en la escena onírica-.

Entendemos, entonces, a la *posición* como una *toma de posición* (Lombardi, 2015), que no por inconsciente es menos electiva, aun cuando sea insondable. Lacan habló de la *posición de sujeto* para decir que de ella “somos siempre responsables” (1966/2005, p. 837). Habló de inmediato sobre una *posición de psicoanalista*, que “no deja escapatoria, puesto que excluye la ternura del ‘alma bella’” (p. 837), haciendo de ese modo un homenaje a lo que Hegel (1807/1985) también había caracterizado como una *posición -posición del espíritu*, la llamó-: la del alma bella.

En lo referente al sueño, Lacan usó el término *posición* para hablar de “la posición del sujeto cuando accede a las formas imaginarias que le son dadas por el sueño, como opuestas a las de la vigilia” (1964/2006, p. 82). En ese mismo Seminario, el 11, comentó que pensaba titular “Las posiciones subjetivas” a su curso del año siguiente, a menos que encontrase un mejor título. “Posiciones subjetivas, entonces, pero ¿de qué?”, dice en ese momento, “si me fiara de lo que está a la mano diría: *las posiciones subjetivas de la existencia (...)*. Sin embargo, prefiero decir *las posiciones subjetivas del ser*” (p. 255)<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> En esta tesis citamos muchas referencias en las que los autores o editores utilizan cursivas. Por lo tanto, decidimos no consignar cada vez “cursivas del original”, sino únicamente cuando el caso es el opuesto: “cursivas añadidas”. En toda cita donde se incluyan cursivas y no hagamos un señalamiento, el lector debe interpretar que pertenecen al original.

Luego, al trabajar los testimonios, nos encontramos con que, además de las frecuentes cursivas de los textos originales, necesitábamos nosotros introducir un resaltado, para destacar términos o expresiones analizadas. En ese caso, hemos utilizado **negritas**, como se hace en análisis del discurso para destacar los elementos de las diversas categorías examinadas en los textos fuente. Siempre que no lo consignemos, el lector debe interpretar que ese resaltado es nuestro.

Lacan propone esto como un enfoque, como un modo de centrar la experiencia clínica y sus elaboraciones:

Lo tocante a los fundamentos del análisis debería normalmente desplegarse mostrando –ya que sólo según la *posición del sujeto* puede encontrarse un centramiento adecuado- qué esclarecimientos aporta a esto la articulación del análisis por el hecho de partir del deseo (Lacan, 1964/2006, pp. 254-255, cursivas añadidas).

Utilizamos, entonces, esta recomendación y examinamos los cambios en la vida onírica de los pasantes desde la perspectiva de su posición como analizantes y como soñantes.

Si no insistimos en llamarla en todo momento *posición subjetiva* y nos quedamos a veces con *posición*, a secas, es porque los desarrollos lacanianos posteriores sobre la *destitución subjetiva* plantean un problema. La posición del sujeto destituido en beneficio de un saber sin sujeto ¿es una posición subjetiva o una posición destituida? ¿Es la destitución subjetiva una posición subjetiva o una posición, a secas? Si el sujeto no es, para Lacan, más que un supuesto, ¿qué posición tiene quien ha dejado caer esa suposición de un sujeto al saber?<sup>5</sup>

Cuando una verdadera intuición del inconsciente como saber sin sujeto es alcanzada, allí el inconsciente se realiza, en tanto que “su función es borrar al sujeto” (Lacan, 1967/2012b, p. 354), tal como inicialmente lo mostró Freud a propósito de la repartición de la posición del soñante entre los diversos personajes del sueño. Desde un inconsciente concebido como estructurado como un lenguaje y como discurso del Otro –dos aforismos que Lacan retoma en 1967- somos llevados a repensar afirmaciones como la de que “el sueño se sirve de (...) simbolizaciones que están contenidas ya listas en el pensamiento inconsciente” (Freud, 1900/2001, p. 355) para entenderlas en el sentido de *un inconsciente transindividual* (Lacan, 1953/2003, p. 248), que habita en el funcionamiento discursivo y que determina que el sueño asiente su clave en “unos hábitos idiomáticos arraigados” (Freud, 1900/2001, p. 348), es decir, en el

---

<sup>5</sup> Lacan va a sostener que “el sujeto va mucho más allá de lo que el individuo experimenta ‘subjetivamente’” (1953/2003, p. 254), ya que su concepto de *sujeto* no coincide con lo que habitualmente, y en un sentido más amplio, entendemos por “subjetividad”.

funcionamiento del lenguaje. En este sentido entendemos aquí esa determinación por el discurso del Otro y el inconsciente como saber sin sujeto.

Con esto se relaciona también el énfasis que ponemos en el concepto de *acto*, que Lacan caracterizó por el hecho -que veremos constatar en los sueños de los testimonios- “de que en él el objeto es activo y el sujeto subvertido” (Lacan, 1967/2012b, p. 352). En el acto el sujeto no es agente, sino que adviene posteriormente, como lector posible de las consecuencias del acto.

Finalmente, la noción de *objeto a* es utilizada también con frecuencia en esta investigación, como aporte teórico que permite pensar lo pulsional en el sueño. En el estado del arte desarrollamos las contribuciones de autores contemporáneos sobre esta vinculación, que luego retomamos en la sección 6.

Entendemos al objeto *a* partiendo de las teorizaciones de Lacan, como objeto descubierto por Freud en sus formas *oral*, *anal* y *fálica*. Luego, Lacan agrega la denominación de objetos *escópico* e *invocante* a aquellos que ya estaban presentes en el trabajo freudiano de la gramática pulsional, como en el ejemplo del mirar - hacerse mirar - ser mirado (Freud, 1915/2000a) y en la utilización frecuente de la expresión “espiar con las orejas” (Cf. Freud, 1907/1999, 1905/2000a) para referirse a actividades pulsionales.

Cabe aclarar que, si bien Lacan trabajó la noción de objeto *a* desde la localización freudiana de la pulsión en torno a agujeros corporales y privilegió entonces la función del corte, aquí lo utilizamos mayormente para referirnos a sus formas “imagineables” –es decir, captables en el registro imaginario- de residuo corporal (Lacan, 1962-63/2006), pues así es como el sueño habitualmente las representa con imágenes. Nos disculpamos, al respecto, por acuñar insistentemente la expresión *objeto a* con respecto a esas formas, desatendiendo, tanto como el sueño lo exige, el hecho de que, en sentido estricto, la experiencia del objeto es la del objeto perdido –como dice Freud-, la del puro agujero –en términos de Lacan-. En la sección 6 trabajamos algunas variantes de esa presentación del objeto en la escena onírica, como son la articulación y el vaciamiento. No trabajamos en detalle el tema de la *erogeneidad respiratoria* (Lacan, 1960/2005, p. 797), que sin embargo aparece en varios testimonios y nos parece lícita (Cf. Apartado 9.1.2, 9.1.4, Mildiner, en apartado 10.1, y Passos Ribeiro de Campos, en apartado 11.2).

## 1.5. Estado del arte

### 1.5.1. Desarrollos sobre cambios en los sueños desde el psicoanálisis post-freudiano<sup>6</sup>

Según indican los textos de revisión, el primero en enfatizar la utilidad de las series de sueños para apreciar los cambios producidos por el tratamiento analítico parece haber sido Stekel (1935, citado en Kächele, Schachter y Thomä, 2009). Este autor comparó las series de sueños con una novela en progreso y afirmó que en psicoanálisis no existe interpretación aislada, sino que se trata siempre de una “interpretación serial”.

Otro hito en la investigación del tema podría localizarse en un libro de Alexander Mitscherlich (1947, citado en Kächele, 2012, p. 90), en el que se incluye un apéndice constituido por 103 sueños de uno de los pacientes comentados en esa obra. El tema central del libro no era, sin embargo, lo onírico, sino las adicciones.

Se ha destacado también el trabajo pionero de Thomas French (1954, 1958, citado en Kächele et al., 2009), que incluyó en el segundo volumen de su obra *La integración de la conducta*, un estudio de 200 sueños en serie, para mostrar cómo los sueños de una misma persona están íntimamente relacionados entre sí. En el tercer volumen vinculó esta hipótesis con los procesos que ocurren como efecto de un psicoanálisis (Kächele et al., 2009). No obstante, a diferencia de la perspectiva que tomaremos en esta tesis, este estudio y el de Mitscherlich

---

<sup>6</sup> En este apartado intercalamos algunas obras del pintor japonés Naoto Hattori que toman la temática del sueño REM. Los investigadores post-freudianos a menudo combinan sus pesquisas psicoanalíticas con experimentos de laboratorio donde los sujetos acuden a dormir y son despertados luego de cada ciclo de sueño REM, para narrar sus recuerdos.

Del mismo modo, en distintos apartados de la tesis hemos decidido intercalar pinturas que exploran la temática del sueño y que han sido tituladas de ese modo. Nos pareció una iniciativa que se combina bien con la experiencia visual que el sueño ofrece.

interrogaban los sueños en su relación con la transferencia y destacaban a la integración como objetivo terapéutico.

El mismo énfasis en la relación entre sueños y transferencia da origen a un trabajo de Geist y Kächele, de 1979, en el que se analiza una serie de sueños pertenecientes a un paciente nombrado Christian Y (Kächele et al., 2009). En ese estudio ya se emplea una herramienta extra-clínica, hecho que veremos replicarse constantemente en la tradición investigativa de la Internacional Psicoanalítica. En este caso, se trataba de una herramienta para el análisis focal propuesta por Hall y van de Castle (1966, citado en Kächele et al., 2009, p. 442).

Cuatro años más tarde, el psicoanalista Silas L. Warner (1983) publicó un artículo titulado “¿Puede el tratamiento psicoanalítico cambiar los sueños?”. Allí la temática de interés ya no estaba centrada en las constelaciones transferenciales y el entramado onírico que las retomarían, sino más puntualmente en los avances del análisis y en cómo éstos son plasmados en los sueños.

El autor presentaba tres casos en los que había podido observar un cambio gradual en el contenido manifiesto de los sueños sucedidos durante el tratamiento; observaba especialmente que los sueños pasaban de temáticas masoquistas y de fracaso a otro tipo de sueños, que consideró “reconfortantes”. En el mismo artículo comentó también dos casos en los que la mejoría en el contenido de los sueños parecía muy leve y los temas negativos no se habían visto modificados.

En este estudio ya se evidencia un interés más marcado por relacionar los sueños con los efectos del psicoanálisis, desplazando el foco desde el *cómo* al *para qué*. El hecho de que se reportaran casos positivos y casos negativos parece indicar que allí se empieza a integrar a los sueños en los estudios más amplios sobre eficacia, como un indicador más entre otros.

En los años siguientes (1988-1989), el equipo de investigación de Marianne Leuzinger-Bohleber y Horst Kächele se embarcó en un proyecto para analizar cambios cognitivos a partir del reporte de sueños en cinco tratamientos psicoanalíticos (Kächele et al., 2009). Se estudiaron los sueños relatados durante las 100 primeras sesiones de análisis y las 100 últimas, basándose en las anotaciones pormenorizadas de cada sesión que ofreció la analista. Esa

información se examinó con un modelo de seis módulos, desarrollado por Leuzinger en 1984, con base en métodos anteriores que les habían resultado útiles, tales como el desarrollado por Pauker y otros, en 1976, y especialmente el de Clippinger, de 1977 (Kächele et al., 2009).

Aunque el interés hacia procesos cognitivos de estos estudios nos aleja de nuestro propósito investigativo -centrado en la posición del soñante-, repasemos brevemente el tipo de observaciones que han aportado estas experiencias. Quizás el caso más difundido de este estudio dirigido por Leuzinger-Bohleber y Kächele sea el de la paciente nombrada "Amalia X" (Kächele et al., 2009), uno de los cinco sujetos en análisis con Leuzinger-Bohleber que fueron tomados en cuenta para esta investigación de los sueños de las 100 primeras y 100 últimas sesiones, implementando el método de seis módulos.

En el área de procesos cognitivos de resolución de problemas encontraron que a lo largo del análisis la paciente Amalia X había adquirido un alto grado de flexibilidad, había ensanchado su capacidad cognitiva y había desarrollado una forma de pensar caracterizada por lo asociativo y por cierto estilo gestáltico. Observaron que tomaba en cuenta los afectos displacenteros



Hattori, Naoto (s/f) *REM sleep 03*.  
[Acrílico sobre tabla]. No expuesto.

en los sueños y los integraba en sus procesos de toma de decisiones. En conclusión, consideraron que había acrecentado su sabiduría cognitiva y afectiva y que podía utilizarla de manera funcional en los diversos módulos estudiados, destacándose allí por la ausencia de inhibiciones al momento de ponerlos en interacción. En lo específico de su forma de trabajar los sueños, observaron que a medida que el análisis avanzaba, la paciente ponía mayor atención al texto de los mismos, al contexto en el que ocurrían, era capaz de proponer y trabajar sistemáticamente hipótesis sobre esos sueños

con mucha facilidad y sin dudar demasiado, podía tomar en cuenta varias



hipótesis a la vez acerca del significado de sus sueños e incluía en ellos muy a menudo las intervenciones previas del analista.

En la escena de los sueños observaron que en el análisis avanzado la paciente solía encontrarse más a menudo sola, y que cuando aparecían sus allegados, las relaciones en juego eran más tiernas y amistosas, pero no exentas de conflicto, lo cual los llevó a concluir que había ensanchado su tolerancia a la complejidad de los vínculos. Encontraron también que -al contrario de lo que habían hipotetizado- los afectos que prevalecían en los sueños de las últimas cien sesiones no eran uniformes ni positivos, sino que combinaban una menor injerencia de la ansiedad o angustia con la presencia de afectos como la agresividad, la tristeza y el temor. Los problemas que los sueños ponían en escena eran más a menudo enfrentados por la soñante de manera activa, en lugar de evitados, y se podía apreciar también una mayor variedad de actividades en la escena del sueño, así como mayor variedad en las asociaciones de la soñante. Las interpretaciones que ella misma ensayaba, les parecían ahora más convincentes y más directamente abocadas a comprender el sentido inconsciente del sueño.

Digno de mención es el hecho de que hayan observado un aumento comparativo de los sueños con contenido lujurioso, que eran muy escasos al inicio. Otros hallazgos curiosos son el leve aumento de las acciones diferidas o aplazadas en los sueños avanzados, al igual que de las estrategias parcialmente exitosas de resolución de problemas, ya que mientras las estrategias fallidas aparecían cada vez menos y las exitosas cada vez más, las parcialmente exitosas también tendían a incrementarse. Una tendencia al no-todo, podríamos decir desde Lacan, o al menos una tendencia hacia lo parcial.

Las conclusiones del estudio destacan el pasaje parcial desde las estrategias fallidas hacia las exitosas y el cambio intrapsíquico que consideran haber observado a través de estas series de sueños; cambio que aprecian como gradual y observable en las relaciones, la atmósfera y la resolución de conflictos presentes en los sueños.

Este tipo de estudios es muy interesante en su meticulosidad y en su aspiración a sistematizar observables que son muy complejos y difíciles de pormenorizar, pero los términos con que se describen los cambios nos resultan



tan ajenos a la clínica lacaniana y a sus propósitos que es verdaderamente difícil sacar provecho de sus resultados para nuestros fines. Vale la pena, sin embargo, detenerse en el hecho de que desde enfoques diferentes se ha llamado la atención sobre la metamorfosis de la vida onírica a lo largo de un análisis y se ha hipotetizado –como también lo hacemos ahora nosotros- que esos cambios son fruto de los avances en el tratamiento.

Otro hito en el desarrollo de herramientas de análisis orientadas a utilizar los sueños para evaluar la eficacia del psicoanálisis es el llamado “método Moser” (Moser, 1992). Se trata de otro modelo destinado a evaluar sistemáticamente si los sueños pueden indicar los cambios curativos ocurridos en el análisis. Al igual que los que mencionamos previamente, este método no es de raigambre puramente psicoanalítica, sino que se nutre también de indicadores cognitivos tales como la relación entre elementos cognitivos, los procesos de regulación de afectos y los tipos de interacción representados en las situaciones oníricas. Nuevamente, el propósito de esta clasificación es poder codificar el contenido onírico y así cotejar los sueños con lo ocurrido en sesión y, a la vez, analizar comparativamente la relación entre varios sueños. Aunque no parece ser el modelo más usado por los psicoanalistas-investigadores, veremos más adelante que ha sido empleado en un estudio sobre sueños que intenta poner a dialogar psicoanálisis y neurociencias en la investigación de los cambios de codificación de la memoria que son introducidos por efecto de la psicoterapia (Fischmann, Russ y Leuzinger-Bohleber, 2013).

Desde un enfoque más clínico, Ina-Kristin Behrens (1995) señalaba que la literatura psicoanalítica sobre el sueño venía insistiendo en destacar los sueños de las últimas sesiones de análisis, en los cuales se tematizaría la terminación del tratamiento, los cambios ocurridos sobre la sintomatología inicial y una vinculación del síntoma con el analista. Aportando casos de su práctica clínica, esta autora ponía en cuestión que ese tipo de sueños –los “*concluding dreams*”- pudiera instalarse como categoría y se oponía a que se los considerara reflejo del éxito o fracaso del tratamiento. Lo interesante de esta contribución es que enfatiza la importancia de la singularidad del caso, capaz de hacer de los sueños el epicentro del análisis y de sus avances o bien otorgarles un papel secundario (Cf. Apartado 2.4.3). Además, al hacer un *racconto* de lo que

observaba en la literatura psicoanalítica, y aun no estando de acuerdo, esta autora explicita el lugar que, a su criterio, venía otorgándose a los últimos sueños de la cura en ese ámbito.

En esta misma línea, de caracterización clínica de los sueños, podemos mencionar un libro titulado “Sueños que pasan página” (Quinodoz, 2002), donde el autor se ocupa de un tipo de sueños que considera paradójicos por su contenido –que califica como “regresivo”- y porque suelen asustar al soñante e inducir al analista a centrarse demasiado en un aspecto, mientras que, a la vez, son sueños que permiten deducir ciertos progresos en el contexto del tratamiento. Jean-Michel Quinodoz sostiene que este tipo de sueños son indicadores de un proceso de integración que ha tenido lugar gracias al avance del análisis y que deben ser interpretados como tales. “Estos sueños a menudo sorprenden al psicoanalista porque revelan con inusual claridad y coherencia la estructura de las fantasías inconscientes subyacentes al conflicto intrapsíquico del soñante justo cuando, paradójicamente, estos conflictos están en proceso de ser superados” (p. 4). Interesante coincidencia con lo que veremos reportarse desde el psicoanálisis lacaniano con respecto a la relación sueño-fantasma (Cf. Sección 6). Acerca de lo que está próximo a ser superado, el autor indica que se trata para él de aquello que ha sido explicitado en el análisis y que señala un cambio que está ocurriendo. Los sueños que vienen a pasar página tienen la característica de que ocurren después, y no antes, de un cambio significativo. Desde nuestro marco teórico, podríamos hacer un paralelo con lo que se ha dicho en el contexto del pase acerca de los *sueños-índice* (Cf. Apartado 1.5.2.5 y sección 10).

Otra apreciación de Quinodoz que nos resulta muy interesante es la de que este tipo de sueños, que marcan una transición en el análisis, un momento clave, tienen un poderoso impacto tanto en el paciente como en el analista, un efecto que puede ser comparado con el impacto que produce una obra de arte. En el apartado siguiente veremos algunos desarrollos lacanianos que vinculan al sueño con el cuadro, la mancha y el velo de la mirada<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Además, la referencia a las obras de arte nos hace pensar en cómo algunos sueños relatados después del pase quedan en la memoria de la comunidad analítica, que vuelve a ellos como

Otro estudio que se aboca a los cambios en los sueños como efecto de la cura es el realizado por Milton Kramer y Myron L. Glucksman (2006), focalizado sobre la cuestión del afecto. Tomando en cuenta tanto el contenido manifiesto como las asociaciones del soñante, estos autores evaluaron la presencia y la valencia de los afectos pesquisables en el primer y último sueño reportado por 24 pacientes que habían completado un tratamiento psicoanalítico con uno de ellos (Glucksman). Los pacientes no fueron seleccionados aleatoriamente sino por ser aquellos que el analista consideraba que habían mejorado significativamente. Ambos autores evaluaron por separado los afectos presentes en los sueños reportados, estando uno de ellos (Kramer) deliberadamente ajeno a la historia de vida, género y vicisitudes del análisis de cada paciente. La coincidencia entre ambos investigadores fue del 93.8% para la presencia o ausencia de afectos y del 100% para la valencia del afecto en juego.

Del total de los sueños analizados, sólo en el 58% pudieron localizar algún afecto. En los casos en que pudieron hacerlo, notaron un aumento de lo que consideraron “afectos positivos” desde un 19.2% al inicio del tratamiento a un 53.3% al final. Consideraron que ese cambio debía atribuirse mayormente a los efectos del tratamiento analítico, aunque también advierten sobre posibles efectos del mero paso del tiempo y de la medicación que tomaba el 46% de estos pacientes.

Algunos de los ejemplos que ofrecen en la publicación permiten apreciar los significantes que han elegido los pacientes para describir ciertos afectos experimentados en el sueño o con respecto al sueño, tanto al inicio como al final del tratamiento. Mencionan “miedo” y “ansiedad” como presentes en los sueños iniciales y términos como “paz” y “disfrute” con respecto a los sueños posteriores.

Por otra parte, un dato interesante que estos autores señalan es que el 62.5% del total de los sueños reportados –incluyendo los del inicio y los del final– indicaban afectos “negativos”. Al respecto, indican que varios estudios previos, realizados sobre público en general, estudiantes u otras poblaciones seleccionadas, han arrojado índices de valencias negativas en el 70 y hasta el 80% de los sueños relatados. “El país de los sueños sólo es un lugar feliz en la

---

objetos de deseo privilegiados, sustancias susceptibles de múltiples interpretaciones, en fin, productos de una estética particular que despierta el interés.

imaginación popular” (p. 256), concluyen. Como veremos más adelante, nuestra revisión de los fundamentos conceptuales de la noción de *realización de deseo en el sueño* nos conduce hacia la misma conclusión.

Para finalizar hemos de mencionar una contribución más reciente (Leuzinger-Bohleber, 2012), en la que se retoma el estudio de casos como herramienta privilegiada de la investigación en psicoanálisis, pero se combina el trabajo de revisión clínica hecha por la analista con un estudio de laboratorio llevado a cabo por investigadores del área de las neurociencias (Fischmann et al., 2013). Se trata del caso llamado “Mr W”, atendido por Leuzinger-Bohleber durante tres años, bajo el diagnóstico de depresión crónica. En este estudio la analista relata sueños ocurridos al inicio del tratamiento y otros acaecidos en momentos clave de esos primeros tres años. En el caso se enfatiza la importancia de la transferencia en los inicios del tratamiento y otros momentos clave, que la autora tematiza como “pérdida del objeto de amor”, “venganza sobre el objeto primario traumático”, “reconocimiento y trabajo sobre aspectos de la transferencia negativa” y “la reactivación del trauma en la transferencia”. Lo que más se ha destacado de este estudio es cómo los sueños acaecen como respuesta a las intervenciones del analista y cómo Mr W se vuelve más activo en la escena del sueño a medida que avanza el tratamiento.

Desde un segundo abordaje (Fischmann, Russ, Baehr, Stirn, y Leuzinger-Bohleber, 2012; Fischmann et al., 2013), investigadores en neurociencias trabajaron con este mismo sujeto, Mr W –además de otros 15 pacientes-, tomando nota de los sueños que podía relatar al despertar de cada fase de sueño REM experimentada en un laboratorio de sueños. Es decir que Mr W contaba a su analista los sueños que tenía en su casa y a los investigadores aquellos que tenía cuando iba a dormir al laboratorio. Estos últimos fueron analizados con una actualización del método



Hattori, Naoto (s/f) *REM sleep*. [Acrílico sobre tabla]. No expuesto.

Moser (Moser y von Zeppelin, 1996, citado en Fischmann et al., 2013), para una evaluación ajustada de los cambios, y se usaron también algunos cuestionarios estandarizados. Este experimento se llevó a cabo al iniciar el tratamiento y luego a los 7 y 15 meses. En los otros pacientes se realizaron también mapeos con resonancia magnética para ver qué áreas del cerebro se activaban<sup>8</sup>.

En general, hallaron que los resultados de las evaluaciones de laboratorio eran sumamente consistentes con lo elaborado clínica y narrativamente por la analista; notaron que los síntomas depresivos habían mejorado significativamente y que los sueños, en particular, se encontraban menos cargados de ansiedad. Este último dato pudo observarse tanto evaluando los relatos como por la resonancia magnética, que indicó que ya no se activaban algunas áreas comprometidas con las emociones, que sí estaban muy activas al inicio del experimento; tampoco se activaban ya las áreas que indicaban conflicto en el procesamiento de información. En las observaciones de los sueños de laboratorio los investigadores consideraron que podía apreciarse un aumento de la capacidad de involucrarse y relacionarse con otros (Fischmann, Russ, Schoett y Leuzinger-Bohleber, 2017).

Cabe recordar que en este estudio los sueños no eran objeto de investigación en sí mismos, sino una herramienta más en el estudio de los cambios producidos por el psicoanálisis sobre el padecimiento sintomático. Por otra parte, no se basaban en análisis llevados más lejos –como sí parecen haberlo hecho en la investigación de los 100 primeros y 100 últimos sueños de la cura-, sino en los primeros tres años de tratamiento de estos pacientes.

La integración de estudios psicoanalíticos con métodos de codificación cognitiva ha hecho que términos como *pulsión*, *satisfacción*, *deseo* y *repetición* estuvieran prácticamente ausentes de las observaciones y los resultados obtenidos. En nuestro caso, nos proponemos un análisis de la posición del soñante que tome en cuenta estos conceptos centrales de la disciplina y que apunte a un más allá de la transferencia, esto es, al modo en que el soñante se vincula con sus sueños y la forma en que sus sueños cambian, pero justamente

---

<sup>8</sup> Se exceptuó a Mr W de estas pruebas, pues una condición médica previa hacía desaconsejables las resonancias magnéticas.

en la medida en que la transferencia cae, en esos momentos íntimamente relacionados con la destitución subjetiva y los tramos finales del análisis.

### **1.5.2. Desarrollos sobre cambios en los sueños desde el psicoanálisis lacaniano**

A partir de la propuesta hecha por Lacan en el 67, el dispositivo del pase se puso en funcionamiento y los testimonios comenzaron a arrojar un saldo relativo -entre otras cosas- al papel de los sueños en el análisis. Desde diversas escuelas se señaló especialmente cómo los sueños venían a indicar los virajes de la cura, sus momentos clave, y cómo se convertían en material privilegiado para decidir su terminación. Inclusive, numerosos analistas destacaron que podía diferenciarse a aquellos sueños que aparecían en los testimonios para marcar virajes de la cura, de aquellos otros que revestían cierto valor conclusivo, de finalización (Cf. Brousse, 1995/1997; Cottet, 2000; D'agostino, 2002; Fabre-Gaudry, 2009; Farías, 2011; Klotz, 2000; Lutereau, 2016; Salamone, 2012; entre otros).

Antes de adentrarnos en desarrollos conceptuales que examinan temas más específicos, dediquemos un paneo a la cuestión más general de los cambios en los sueños según algunos analistas lacanianos.

Por ejemplo, un texto de Florencia Farías (2011) propone directamente diferenciar (a) los sueños que ocurren a lo largo de la cura de (b) aquellos que advienen al final del análisis e incluso de aquellos que (c) ocurren durante la participación en el pase.

Para los primeros, dirá que “el sueño en la dirección de la cura constituye uno de los articuladores que va testimoniando de la escritura de la lógica fantasmática que atraviesa al sujeto” (p. 16). Incluye allí a los sueños que dan motivo al pasaje a diván, los sueños transferenciales, los que señalan virajes de la cura, operaciones de separación y lectura del deseo.

Al segundo grupo adscribe los que presentifican el objeto pulsional, su vaciamiento, y dirá que, en general, “articulan lo pulsional, como una mostración

que ya no puede acceder por la vía de la palabra, más allá del fantasma. Son sueños que escriben, escritura de goce” (pp. 16-17).

En el último grupo, finalmente, ubica aquellos que precipitan la demanda de pase y aquellos que surgen de la participación en las diversas instancias del dispositivo. Sobre este tercer grupo, concluye: “hay que resaltar que obviamente no son sueños que aparecen como enigmas que piden interpretaciones, no se dirigen al Otro, no abren al desciframiento” (p. 17).

En su tesis doctoral sobre la noción de *despertar* en psicoanálisis, Carolina Koretzky (2012) dedica algunos apartados a una diferenciación entre diversas acepciones del término *despertar*, que considera aplicables a (a) un análisis que comienza, (b) un análisis en su duración y (c) un análisis en su finalización.

Para lo primero reserva algunas variantes del despertar que desarrolla a partir de Lacan, tales como *efecto de sorpresa* –ante la apertura del inconsciente-, *efecto de iluminación* –producto de la distancia ganada con respecto a una identificación ignorada hasta entonces por el sujeto-, *efecto de relámpago (éclair)* –propio del advenimiento evanescente del sujeto del inconsciente- y también el despertar que se produce “cuando el análisis busca sustituir la significación de una repetición fantasmática, el significante de un encuentro con estatuto traumático para el sujeto” (p. 202). Para todas ellas considera que es aplicable la frase de Lacan según la cual “sólo despertamos para seguir soñando” (1969-70/2006, p. 60) en la escena de la realidad, pues el despertar al inconsciente no impide adormecerse en el fantasma.

Para el análisis en su duración considera preferible aplicar la tesis de Lacan (1976-77) sobre el despertar como imposible, un despertar que no termina nunca de suceder. “Pensamos que esta última tesis no puede ser sostenida más que a partir del momento en que tomamos en cuenta el devenir de un síntoma en un psicoanálisis que perdura en el tiempo”, dice la autora (Koretzky, 2012, p. 207). Creemos que se refiere al interjuego entre la inercia de aquello que no cambia y los efectos de iluminación que, a pesar de tener lugar, no agotan la insistencia del síntoma.

Para el final de análisis, realiza una distinción fructífera: “hay quienes testimonian sobre la pertinencia de la aplicación del término despertar para



designar el final de su análisis, y aquellos para quienes el término despertar no parece corresponder a su vivencia íntima del final de la cura” (p. 207). A nuestro parecer, esta es una posible distinción interna a la etapa final: algunos dan por finalizada la cura a partir de un descubrimiento o esclarecimiento que permite un cambio de posición, mientras que otros permanecen en análisis y sólo deciden darlo por terminado cuando comprueban que hay algo, incluso después de esos finales, que no va a cambiar. Podemos suponer que también allí hay cambio de posición, cambio con respecto a lo incurable y a qué hacer con ello.

En este sentido, algunos analistas han señalado sobre todo la función que puede tomar a su cargo el sueño en esa etapa del final: la de elucidar ese resto, la de probar la irreductibilidad de lo que resta después de la elaboración de saber del análisis (Cf. Bassols, 2009).

Este recorrido, muy breve y general, no pretende más que introducir el tema. Podemos ahora adentrarnos en los aportes teóricos de distintos autores que se han ocupado de los sueños en los testimonios o los sueños desde la perspectiva del fin de análisis. Los ordenamos según cinco temas: (1) Lo pulsional en el sueño: *función figurativa* y *función mostrativa*, (2) Sueños que no abren al desciframiento: el sueño como intérprete, (3) Sueño y fantasma, (4) Los sueños como criterio de terminación del análisis y (5) Los sueños-índice.

#### **1.5.2.1. Lo pulsional en el sueño: *función figurativa* y *función mostrativa***

El primer antecedente de un planteo acerca del sueño que tome en cuenta las enseñanzas del pase, tal vez sea el libro “Finales de análisis”, de Colette Soler (1988), publicado a partir de un seminario dictado en Buenos Aires en 1986. En dicho libro, se encuentra un capítulo titulado “Acerca del sueño”, donde la autora parte de las siguientes preguntas:

- “¿Hay algo en el sueño que nos asegure que la vida no es un sueño, que nos asegure que no estamos en la caverna poblada de sombras que imagina Platón?”



- “¿existe una inserción de la pulsión a nivel del sueño? ¿Una inserción de lo que, en la pulsión, es goce?” (Soler, 1988, p. 75).

Considerando que la interpretación apunta no tanto al sujeto representado por el significante, sino a lo que Lacan (1955/2003) llamó *el ser del sujeto* (p. 341), Soler se pregunta si el sueño, además de ser la vía regia al inconsciente, puede darnos algún acceso a ese ser. Nótese que este enfoque es solidario de los desarrollos de Lacan acerca del fin de análisis.

La autora da por sentada la relación entre soñar, histerizar el discurso y entrar en transferencia, ya que habitualmente el sueño funciona como vector de la palabra e invita a explorar el deseo y, por lo tanto, “las conjugaciones de la falta en ser”. Pero también se pregunta si el sueño llega sólo hasta ese umbral, si no puede a veces dar un paso más, ya que supone que “quizá no solo está el inconsciente en el sueño” (Soler, 1988, p. 77). Entonces, se interroga por el lugar de la pulsión.

Siguiendo la respuesta que da Lacan (1975a) a una pregunta de Marcel Ritter, Soler admite que, si hay inserción de la pulsión en el sueño, no ha de ser a través de su ombligo, porque el ombligo es siempre un fenómeno significativo, lo imposible de decir, que equivale al significante del Otro barrado. Además, para Lacan, la relación entre ese agujero en lo simbólico y los agujeros del cuerpo, es sólo de analogía.

Esta constatación lleva a la autora a decir que en algunos sueños —no en todos— puede haber algo que no esté desplazado ni metaforizado: un *foco fijo*, una *presencia* que constituye el centro alrededor del cual se construye la escena onírica<sup>9</sup>. Soler afirma que ese foco no pertenece al juego significativo —que reenviaría una y otra vez a la falta en ser—, sino que encarna otra función: la de *mostrar*. En consecuencia, propone diferenciar:

---

<sup>9</sup> Ese foco fijo parece estar impactantemente representado en la pintura que se expone a continuación, en la que el pintor Naoto Hattori ha presentado, bajo el título de “Soñante lúcido”, una criatura con un enorme ojo espejado.

- la *puesta en escena* propia de estos sueños, edificados alrededor de un elemento insustituible, un elemento de goce.
- la *figuración*, la traducción en imágenes necesaria en todo sueño.



Hattori, Naoto (s/f) *Lucid dreamer 025*.  
[Acrílico sobre tabla]. No expuesto.

Para la autora, la *puesta en escena* es la que permite ubicar el punto de inserción de la pulsión en algunos sueños.

También Jacques-Alain Miller (1986/2006b) parece abogar por este modo de concebir algunas presencias extrañas en la escena onírica, cuando escribe que “lo imaginario del sueño ofrece a veces, a lo que está forcluido de lo simbólico, una ilustración visual patética que se paga con angustia” (p. 121). Entendemos que utiliza la expresión *forcluido de lo simbólico* para referirse a lo real, en su imposible reducción a lo simbólico. De ese real inabarcable, sabemos que el objeto *a* es la invención que Lacan propone como parte recortable. Queda entonces dirimir si esa *ilustración visual patética* tendría alguna relación con el objeto en cada soñante<sup>10</sup>.

Un punto de vista coincidente encontramos en algunos capítulos compilados más recientemente en el libro *Brisas Clínicas: sueño y final de análisis*:

<sup>10</sup> El recurso al término “forclusión” es también interesante en este contexto por su asociación con las psicosis, sobre las cuales hemos comentado en otro sitio (Labaronnie, 2019) la aparición más frecuente de pesadillas que de sueños adormecedores, a la vez que vemos, en esos sueños, un intento de elaboración del real traumático a través de formas oníricas del objeto *a*, justamente ese que, según Lacan, en la psicosis no ha sido extraído del campo de la realidad y, por lo tanto, fracasa en darle un marco. Tal vez la psicosis sea el mejor ejemplo de cómo el encuentro con la ilustración visual patética en la escena imaginaria del sueño, se paga con angustia; aunque a menudo el analizante psicótico no dé muestras del frenesí horrorizado que manifiesta el neurótico ante ese encuentro, por estar -el psicótico- mucho más habituado.

Eso que puede irrumpir en el sueño, y que es de otra dimensión o registro, es nombrado por S. Freud o por J. Lacan alternativamente de diferentes formas: *la pulsión emergente*, *lo traumático*, *la visión que angustia*, *lo real último*, *la ilustración visual patética*, etc. A todo esto propongo resumirlo como la irrupción en el sueño, y fundamentalmente cuando se intenta *imaginar el símbolo*, de un real pulsional. Esto es diferente de lo real *Unerkannte* y que aparece por la marca del ombligo cuando se trata de *simbolizar la imagen* (Naparstek, 2012, p. 71).

Esta distinción entre *imaginar el símbolo* y *simbolizar la imagen* está basada en el *Seminario 2* de Lacan (1954-55/2008), donde se promueve una lectura de las operaciones *soñar* e *interpretar* a partir de dos de sus tres registros: “poner el discurso simbólico bajo forma figurativa”, (p. 232) para el caso del soñar, y *simbolizar la imagen*, pasar de la imagen al discurso, para el caso de la interpretación.

Tanto para Colette Soler como para Fabián Naparstek, el ombligo del sueño es un fenómeno con el que el soñante se topa al relatar el sueño y asociar; toca allí un límite que dificulta el ulterior avance, se topa con lo desconocido y lo indecible. En cambio, la presentación de la pulsión en el sueño, es pensada como privativa del sueño en su operación de puesta en imágenes. Por eso conduce al despertar: la imagen tal vez ha llegado un poco lejos. Para este último caso Soler reserva entonces la expresión *mostrar*, y conserva la expresión *figurar* y *figurativo* para los sueños que no llegan a este punto de visión que angustia y que están contruidos de acuerdo con una lógica predominantemente significativa, sin girar en torno a un foco fijo.

En un texto posterior, Soler (2004) se detiene en la relevancia que dio Freud a la cuestión de la figuración –al presentarla incluso como un problema o requisito para el trabajo del sueño<sup>11</sup>- y en la posición inicial de Lacan, quien

---

<sup>11</sup> Al hablar de los medios y las restricciones que enfrenta el trabajo del sueño para poder llevar a imágenes las expresiones verbales, Freud (1900/2001) comenta: “Una restricción semejante encontramos en las artes figurativas, la pintura y la plástica (...). Antes de alcanzar el conocimiento de las leyes de expresión que la rigen, la pintura se esforzaba todavía por

subsumía este aspecto bajo la denominación de *lo simbólico* -aquello que el sueño dice al escribir en imágenes-. Pero para Soler la postulación lacaniana de un registro donde *eso muestra* –a nivel del Seminario 11- señala algo diferente: indica que ya no se trata únicamente de lo simbólico, aunque tampoco meramente de lo imaginario.

Es la idea de que lo que no puede decirse en ninguna lengua, en el lenguaje entonces, puede mostrarse en lo percibido. Dicho de otro modo, la función imaginaria puede paliar el impasse de lo simbólico, más precisamente el desenlace entre el significante y lo real del goce. La cosa gozada, el referente último de los dichos que el lenguaje divide y pierde en el impasse del sujeto supuesto saber, puede presentificarse, evocarse por el sesgo de lo imaginario (Soler, 2004, p. 179).

En general, parece haber acuerdo entre los analistas lacanianos acerca del punto de inserción de la pulsión en el sueño. El trabajo con los testimonios parece haber empujado las elaboraciones en esa dirección, incluso en diversas escuelas. Por ejemplo: “mi apuesta es que podemos ubicar en los sueños lo que Lacan ha situado como la función del cuadro, o de la mancha (...) una imagen que funciona como último velo frente a lo real” (Sánchez, 2012, p. 190), “a diferencia del ombligo del sueño que podríamos ubicar entre lo simbólico y lo real, la mancha se ubica entre imaginario y real” (p. 192), “la mancha refiere a una imagen cargada de una particular ‘vivacidad sensorial’ articulada al objeto pulsional” (p. 193).

En un texto más reciente, también Luciano Lutereau (2016) se detiene en la noción de *velo*. Llega incluso a cuestionar que todo sueño deba considerarse una formación del inconsciente y dice que algunos podrían ser llamados una *formación del objeto a*. Esperamos que los testimonios trabajados en esta tesis permitan apreciar estas particularidades de algunos sueños.

Soler también ha propuesto una reformulación en 2004: el sueño, más que formación del inconsciente, podría ser considerado una *formación de la*

---

compensar esa desventaja. En antiguos cuadros, de la boca de las personas retratadas pendían rotulillos donde se leía lo que el pintor desesperaba de figurar” (p. 318).

*mentalidad*, mixtura entre imaginario y simbólico donde el inconsciente y las imágenes del cuerpo se anudan. Pero al decir esto Soler se ve llevada a dar un paso más y afirma: el sueño es borromeo, pues tampoco se echa en falta en él a lo real del goce. “Soñar es gozar de las ficciones de la mentalidad que el anudamiento entre lo inconsciente y las imágenes del cuerpo genera” (Soler, 2004, p. 180), dirá.

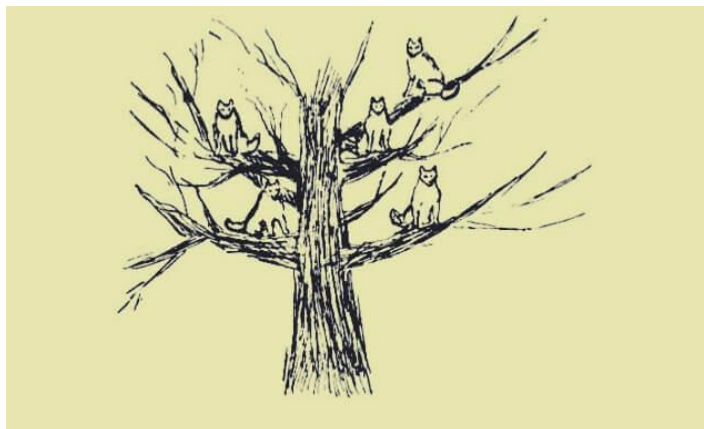
A partir de las enseñanzas de los Analistas de Escuela (en adelante “AE”), Lutereau aboga por una diferenciación del modo en que el sueño aparece en distintos momentos de la cura y, en consecuencia, propone que la intervención del analista debe ajustarse a esos cambios. En este sentido, sostiene que no todo sueño es interpretable, ya que muchos advienen de acuerdo con la función *mostrar* –como la llama Soler- o *función mostrativa* (Lutereau, 2016), frente a la cual el analista, más que interpretar, puede apuntar, indicar, el “ser de goce” allí concernido.

¿No hay otros modos de colaboración del paciente que autorizan un uso del sueño que no es el de formación del inconsciente (que requiere del desciframiento), sin por eso recaer en una “conjetura” del analista? Luego de estas dos consideraciones podemos detenernos en el caso del sueño del Hombre de los lobos, donde puede verse cómo Freud realiza una “interpretación inmediata” que no por eso se fundamenta en un saber del analista, sino que responde al caso (Lutereau, 2016, p. 62).

El autor observa también el interjuego entre deseo y resistencia que Freud encuentra y señala en un artículo de 1911 (Cf. Sección 6). Este aspecto es interesante porque nos permite a nosotros situar una vez más la utilidad de la *posición del soñante* como catalejo, como enfoque que posibilita ver los hechos desde un punto de mira específico. Esas idas y vueltas que descubre Freud no son otra cosa que los atisbos de cambio de posición en el analizante, cambios que se insinúan, que prestan material, pero que no terminan de acaecer hasta que una interpretación diestra logra destrabar las resistencias de la estrategia defensiva para dar curso al deseo.

Para Lutereau, si bien este tipo de sueños nos permite apreciar cómo “el análisis modifica la relación del analizante con la producción onírica” (p. 64), es no obstante imperativo el no asignar al uso mostrativo del sueño un momento específico de la cura.

Lo que es palpable es que estas teorizaciones han avanzado mucho desde que el pase permite estudiar los finales de análisis. En su texto de 1988, Soler utiliza el ejemplo del sueño de los lobos para dar cuenta de la positividad del goce, que



*Dibujo del sueño de los lobos realizado por el soñante (citado en Freud, 1918/1999, p. 30).*

opone a la negatividad del ombligo. Allí, el sueño muestra el objeto mirada. En algunos sueños relatados por pasantes, puede ubicarse también a la voz como objeto central del sueño, alrededor del cual se elabora la trama significativa, y que es de otra estofa que el objeto en sí mismo.

En estas apariciones del objeto, Soler ubica lo que en el sueño tiene la cualidad de despertar (Cf. Sección 6). Esperamos mostrar más adelante algunas variantes que se pueden apreciar en los testimonios, donde no siempre el despertar es la única respuesta del sujeto al encuentro con el goce ignorado.

### **1.5.2.2. Sueños que no abren al desciframiento: el sueño como intérprete**

Tras la participación de siete candidatos en el dispositivo del pase de la EOL y la decisión del jurado de nominar, entre ellos, a un AE, Marie-Hélène Brousse (1995/1997) señalaba lo siguiente: “la interpretación no ha sido ni una referencia de los pasantes en la organización de su testimonio, ni tampoco aparece claramente en lo que queda de su tratamiento” (p. 22).

A esa ausencia de interpretaciones Brousse contraponía, justamente, “la presencia, o más bien la omnipresencia de los sueños en los testimonios” (p. 23). A partir de esta constatación, la autora conjeturaba que los sueños habían tomado el lugar dejado vacío por la interpretación, ya que, al momento de relatar los puntos cruciales de sus análisis, los pasantes echaban mano de sus sueños mucho más que de las interpretaciones que el analista hubiera realizado. De hecho, los sueños que se mencionaban por lo general no habían sido interpretados.

En consecuencia, la autora concluía que el sueño en los testimonios “interpreta, no es interpretado”, y agregaba que “tal como es tomado en los testimonios de los pasantes, el sueño se ha convertido en el analista, lo que da a estos testimonios un aspecto de autoanálisis” (p. 23). En este punto, numerosos autores coinciden (Cf. Cottet, 2000; D’agostino, 2002; Fabre-Gaudry, 2009; Farías, 2011; Klotz, 2000; Salamone, 2012; Yacoi, 2002, 2012).

Para los pasantes los sueños son más que sueños, los toman y los han seguido al pie de la letra. De acuerdo con Freud, reconocen allí el lugar de un deseo (...) dan todo su alcance a la interpretación que deducen de ellos, sin ser presentados como interpretados por el analista (Nepomiachi, 1999, p. 33).

Por otra parte, Brousse también subraya que los sueños relatados en el dispositivo del pase no suelen ser abundantes, sino que se presentan en número limitado y, por lo tanto, o bien fueron objeto de una selección, o bien fueron registrados “de manera casi impuesta (...) como puntos de referencia en cuanto al desarrollo del tratamiento, del análisis, develando progresivamente los cambios de posición del sujeto” (p. 24). Sobre este asunto, Patricia Johansson-Rosen (2000) ha señalado que en su experiencia como pasadora comenzó a diferenciar entre algunos testimonios demasiado cargados de sueños y otros que los utilizaban como mojones que venían a señalar un hito en el análisis, donde se podía apreciar una elaboración retroactiva de lo acontecido en la cura desde la posición del final. Lo mismo describe Jean-Pierre Klotz (2000) y destaca que los sueños relatados, cuando los hubo, venían a sostener las conclusiones del pasante y permitían apreciar cambios de posición.



Esta cualidad de los sueños de condensar cambios de posición y momentos cruciales del análisis los convierte, para Brousse, en uno de los fundamentos de la cura, “a pesar o quizá más bien porque no da más lugar – como era el caso en Freud- a una virtuosidad que convertía la interpretación del analista en un adoctrinamiento o una explicación” (p. 24).

Para esquematizar su planteo, podríamos decir que el desarrollo de Brousse gira en torno a dos preguntas:

- ¿Por qué los sueños de fin de análisis suplen a la interpretación analítica en los testimonios de pase?
- ¿Con qué criterio –consciente o no- seleccionan los pasantes los sueños a relatar en el dispositivo del pase?

Respecto a la segunda pregunta, Brousse sostiene que algunos sueños cobran relevancia para los analizantes justamente porque sitúan cambios fundamentales de posición subjetiva. Según la autora, “los testimonios presentan un aspecto de construcción y no puede ser de otra manera; ya sea construido por la cronología, por los significantes llave, por las figuras llave de la historia del sujeto, cada uno tiene su ordenamiento, su principio, su lógica de construcción” (p. 28).

En este sentido, si los sueños se muestran más aptos que otros relatos al momento de transmitir la experiencia del fin de análisis, eso debe atribuirse a alguna característica propia de la elaboración onírica. En todo caso, la pregunta podría considerarse abierta, ya que faltaría definir cuál o cuáles serían dichas características.

Respecto al primer interrogante - ¿por qué los sueños suplen a la interpretación analítica en los testimonios de pase? -, Brousse elabora cuatro hipótesis. La primera es que, a lo largo de una cura, y especialmente durante la etapa de testimoniar en el dispositivo del pase, los polos analizante-analista se borran, hasta constituir una misma cadena con los dichos de ambos. Esta hipótesis nos resulta indiscutible, porque además es tributaria de la concepción de *sujeto* con que trabajamos -que no se confunde con la persona o el individuo- y con nuestra noción de *transferencia*, comparada por Lacan (1965-66) con el cuadro *Las Meninas*, donde el pintor, al igual que el analista, se encuentra tanto



fuera como dentro del cuadro, sin que pueda decirse que es el mismo en cada ocasión. Además, el analista forma parte del concepto de inconsciente. A nuestro criterio, sin esta consideración, se corre peligro de caer en una distinción estéril entre los dichos de la “persona analista” y los dichos de la “persona analizante”, ignorando que en la transferencia *el decir* es indecible entre uno y otro.

La segunda hipótesis de Brousse es que los testimonios muestran más un esfuerzo de construcción del fantasma que su atravesamiento y que, entonces, la interpretación, que se guía por el fantasma, no puede aparecer. La autora agrega que esto vale para los testimonios que no concluyen en nominación, porque muestran una entrada, más que un atravesamiento.

Creemos que, a la luz de diversos textos posteriores, podríamos sostener que esto no es necesariamente así, porque, como veremos, hay abundantes testimonios que concluyeron en nominación y donde la interpretación no parece haber aflorado sino a través de sueños. Además, en el tiempo transcurrido desde aquella conferencia hasta hoy, puede constatarse que la mayoría de los testimonios muestra momentos de construcción del fantasma; y podemos decir, con Lacan, que el fantasma siempre es una construcción, y no nos parece que haya sido zanjada la discusión sobre qué sería su “atravesamiento”.

Tercera hipótesis de Brousse: “que cuando se trata de formación del inconsciente y de efecto de verdad, un sueño siempre será mejor que un analista” (p. 27). La autora propone como excepción algunos momentos de iluminación que puede tener el analista, un acto acertado, digamos; pero, aun así, el sueño le parece más hábil al momento de interpretar, y así lo muestran los testimonios. A lo largo de esta tesis veremos numerosos ejemplos.

En esto parece coincidir Serge Cottet cuando en 2009 expresa que si los sueños narrados en el pase no han sido interpretados ha de ser porque su valor reside en cómo localizan de una forma privilegiada lo real en juego y en que tal vez ningún discurso o enunciación podría cernirlo mejor. Asimismo, Pierre-Gilles Guéguen (2016) habla de sueños que funcionan como elementos de “auto-nominación”.

Última hipótesis, la más interesante para Brousse:

Entre Freud y Lacan el lugar del analista dentro del tratamiento ha cambiado.  
La acción analítica ha dejado lugar al acto analítico y el analista no opera más

a partir de la única significación dada por el falo, tanto sea para lo que revele del síntoma como para lo que revele del fantasma. (...) El tope sobre la castración no es, del lado del analista, el horizonte último de los tratamientos (p. 28).

De acuerdo con esta propuesta, Brousse sostendrá que el analista ha desertado de la escena como productor de interpretación porque ya no contribuye a sostener las identificaciones sexuales “ni a mantener el significante Nombre del Padre como llave del deseo” (p. 28). Además, a la luz de las intervenciones analíticas que sí fueron incluidas en los testimonios, ella argumenta que el analista opera cada vez más para señalar un resto pulsional que se hace presente en el analizante como marca, y cada vez menos para contribuir a la producción de efectos de verdad.

El asunto sobre el que vuelve una y otra vez esta exposición de Brousse es el efecto inmediato que parecen tener ciertos sueños, cosa que le hace pensar en “una cierta absorción por parte del analizante (...) de las intervenciones del analista” (p. 33). Algo coincidente señalaba Alicia Yacoi en 2002, respecto a que su experiencia en cárteles de pase le permitía observar cómo los pasantes extraen consecuencias conclusivas a partir de los sueños del final. Comienza su escrito diciendo:

El rasgo que me interroga es la constatación de que en varios de los testimonios, los pasantes sitúan sueños que verifican el fin de sus análisis, de los que extraen consecuencias conclusivas del saber de una cura. (...) Sueños que no tienen como correlato el sujeto de la sorpresa, no abren al desciframiento, permiten arribar a una conclusión que se deja leer (Yacoi, 2002, p. 98).

Así planteada la cuestión, conviene visitar las ideas de Freud respecto a los sueños que no invitan al desciframiento; punto que el creador del psicoanálisis situó como un eje problemático de la teoría de los sueños. En *Die Traumdeutung*, por ejemplo, escribió:

Recuerdo un sueño que, cuando cobré el sentido, me pareció tan bien ensamblado, tan claro y sin lagunas, que aún no del todo despierto me propuse crear una nueva categoría de sueños que no estarían sometidos al mecanismo

de la condensación y del desplazamiento, sino que podrían designarse como «fantasías sobrevenidas durante el dormir». Un examen más atento reveló que este sueño raro mostraba en su ensambladura los mismos desgarramientos y saltos que cualquier otro; abandoné, pues, la categoría de las fantasías oníricas (Freud, 1900/2001, p. 336).

Ahora bien, en 1930 Freud agrega a este pasaje una nota al pie, donde expresa: “No estoy seguro, ahora, de haber obrado correctamente” (p. 336). No logra decidir si es pertinente separar algunos sueños en calidad de fantasías y otorgarles la cualidad de no haber sido trabajados por el desplazamiento y la condensación. Es que dos décadas después de publicar *Die traumdeutung*, Freud había vuelto en *Sueño y telepatía* (1922/2001) sobre la categoría que había desechado anteriormente y había expresado lo siguiente:

Un sueño sin condensación, desfiguración, dramatización, sobre todo sin cumplimiento de deseo, no merece el nombre de tal.

(...) existen sueños que se distinguen de la clase habitual por ciertas propiedades muy especiales, y que en verdad no son sino unas fantasías nocturnas intactas e incontaminadas, enteramente semejantes a las conocidas fantasías diurnas<sup>12</sup> (pp. 199-200).

Sin embargo, todo esto no lo decide a retirar a dichos productos la denominación de “sueños”, puesto que continúa diciendo: “Sería por cierto aventurado excluir estas formaciones de la designación «sueños». Es que todas ellas vienen de adentro, son productos de nuestra vida anímica” (p. 200).

Además de sostener el dilema de Freud, debemos argumentar que los sueños de los testimonios no parecen estar exentos de condensación, desfiguración, desplazamiento, ni cumplimiento de deseo -todas las circunstancias sin las cuales Freud considera que no merecen el nombre de

---

<sup>12</sup> El hecho, sumamente interesante, de que Freud vincule este tipo de sueños con la fantasía, nos acerca a las teorizaciones de Lacan sobre el fantasma onírico, o el fantasma plasmado en la escena del sueño, que tratamos en el próximo apartado. Además, las dudas de Freud parecen haber encontrado su eco en el desarrollo de las mencionadas distinciones entre *figurativo* y *mostrativo*, que a nuestro criterio allanan la labor clínica con sueños diversos, apuntando a diferentes tipos de intervención, ya que no siempre hace falta o es posible asociar.

tales-. Son sueños cifrados, como cualquier otro. Lo que los analizantes destacan es que son inmediatamente interpretados, que modifican al soñante durante el trabajo mismo del sueño, a veces obligándolo a despertar, y que no requieren ulterior desciframiento *para el soñante*, pues sus circunstancias le resultan altamente familiares. Esto no significa que no requieran de asociaciones y explicaciones cuando se los quiere comunicar a otros. Pero también aquí hay algo que los distingue: no son narrados en sesión con la expectativa de obtener de la interpretación analítica una nueva iluminación, sino que son relatados como acontecimientos que ya han tenido lugar y que han dejado marcas. Es por eso que no llaman al desciframiento ni relanzan el trabajo asociativo, sino que producen su detención -tema que retomaremos en varios apartados-.

En el artículo de Yacoi puede seguirse una argumentación que intenta responder al siguiente interrogante:

- ¿Por qué algunos sueños de fin de análisis producen una fuerte convicción en el soñante?

La pregunta apunta al valor conclusivo de los mismos, a las consecuencias que acarrearán estos sueños sobre los analizantes y sus curas: convicción de haber cambiado de posición irreversiblemente, convicción de haber construido/atravesado el fantasma, de haber establecido una nueva relación entre deseo y satisfacción o de haber finalizado el análisis mismo, según cada caso.

A nuestro criterio, el punto fuerte de su respuesta radica en la importancia que otorga a la *destitución subjetiva*, concepto crucial para poder explicar los efectos de los sueños de fin de análisis. Sin embargo, en lugar de hablar de *destitución*, Yacoi escribe “descentramiento del sujeto”:

Una elaboración de saber que obtiene su convicción del descentramiento del sujeto, ya que el sueño parece escapar al "me pienso pensando", fantasma con el que Lacan nombra el engaño del sujeto que cree ser organizador del conocimiento. La convicción que se obtiene tiene una consecuencia: radicaliza la enunciación (p. 99).

En función de esta idea, la autora afirma que el final de análisis deja al analizante advertido de la división constitutiva y, por lo tanto, posicionado “en las antípodas de cualquier ilusión de dominio” (p. 100). Sostiene que el tipo de pensamiento que corresponde a la irrupción del inconsciente en esos momentos tiene en común con el acto la mayor dificultad en reconocerse; es un pensamiento que no se piensa a sí mismo. “Es una referencia difícil de sostener, porque sólo es aislable en el final -dice Lacan-, pero todo pensamiento que toca el efecto de sujeto en ese punto, participa de esa categoría de pensamiento que no se piensa a sí mismo” (p. 101). Podríamos decir que no entra en el orden del cálculo.

Lo desarrollado por Yacoi en este breve escrito, nos conduce entonces al nexo entre sueño y acto, a la manera en que algunos sueños de fin de análisis producen una fuerte convicción en el soñante, destitución subjetiva mediante. En la sección 9, nos proponemos demostrar que esta es la lógica que comanda algunos sueños, la lógica del acto, cuyos efectos sobrepasan en mucho al sentido gozado producido por el cifrado onírico. El acto produce efectos sobre lo real, toca al menos un fragmento de real e introduce modificaciones en la posición subjetiva que son duraderas. Lo sorprendente es que el sueño, paradigma del cifrado simbólico-imaginario, pueda a veces conducir a un despertar con consecuencias que tocan lo real, despertar que no es definitivo, pero que constituye un acontecimiento.

En un texto posterior (Yacoi, 2012), la autora vuelve a Lacan para afirmar que la experiencia analítica llevada a su límite “supone el cuestionamiento radical de todo efecto de representación” (p. 130), lo cual la lleva a plantear que dicha “coordenada elaborada por Lacan para el fin del análisis, encuentra en el sueño una expresión nítida: queda abolida la suposición de la connivencia del sujeto con su representación” (p. 130). Dirá que esto sucede con los sueños que tienen cierto “índice de real”, como lo llama la autora –notoria coincidencia con el planteo de Marcelo Mazzuca (2011), que veremos en breve-. Ese índice de real se ubica, para Yacoi, especialmente en los sueños que despiertan, “en el encuentro que se da entre sueño y despertar” (p. 130).

Finalmente, la autora responde al interrogante planteado al inicio, afirmando que, debido a la imposibilidad de ser conciencia del sueño, “la

transmisión a partir de la experiencia del sueño parece conllevar una certeza a partir de la deslocalización subjetiva” (p. 132). Así como en 2002 hablaba de “descentramiento del sujeto”, en 2012 la vemos apuntar a una “deslocalización subjetiva”. Ambas expresiones nos parecen cercanas a la de *destitución subjetiva*, tema sobre el que volveremos en la tesis. Todas estas expresiones hacen referencia a una nueva posición, que a nosotros nos interesará destilar en torno a la experiencia del soñante.

Más recientemente, este tema ha sido planteado también por Elisabete Thamer (2018):

En los testimonios de pase encontramos historias de sueños, de chistes o de lapsus, que vienen a ser índice del momento de pase en un análisis. ¿Cómo podemos entender esos sueños o esos lapsus que llevan la convicción en el sujeto que un corte ha tenido lugar en su análisis?

Es un hecho que hay manifestaciones del inconsciente, al final, que permanecen inolvidables para el sujeto. (...)

Pero, ¿qué tenían esos sueños de tan particular para haber tenido tanta eficacia? (...) ¿Esta eficacia residía ella en estos sueños en sí mismos? (pp. 6-7).

Puede verse que esta pregunta por la eficacia de ciertos sueños se alinea con lo que venimos examinando sobre la función de intérpretes que adquieren y el hecho mismo de que el sueño queda en la memoria y no la palabra del analista en relación a ese sueño –si es que la hubo-. Podemos notar que el planteo va en la línea de aquellos sueños que no abren al desciframiento y que producen un efecto por sí mismos. Pero para explicar ese efecto, lo más interesante es que esta autora ofrece una respuesta que se centra en la posición del soñante:

Me parece que si estas manifestaciones del inconsciente sobrevenidas en el momento de pase sorprenden y afectan de otra manera al sujeto hasta tal punto de ser inolvidables, es porque de su lado, justamente, el sujeto **no las lee más de la misma manera**, incluso no las lee más. Es eso lo que es, en mi opinión, más sorprendente, lo que es absolutamente nuevo para el sujeto mismo. Esto puede eventualmente probar que la relación del sujeto a su propio inconsciente ha cambiado. No más asociaciones infinitas, no más parloteo gozoso, no más libido interpretativa. Ese fue el caso para mí, lo es todavía hoy (Thamer, 2018, p. 7, negritas del original).

Esta hipótesis abona la de un cambio en la posición del analizante con respecto a sus sueños, que es la que desarrollaremos en la tesis. Tomando las palabras de otros autores, podemos decir que “el encuentro con lo real al final, la constatación de los diversos modos de lo imposible y el *ausentido*, fijan un sentido que no promueve la incitación al trabajo de desciframiento” (Alomo, Muraro y Lombardi, 2013, p. 50).

### 1.5.2.3. Sueño y fantasma

El cruce o la mixtura entre sueño y fantasma es otro de los temas que han sido examinados a partir de los testimonios de pase desde varias escuelas.

Ya Lacan había enlazado la realización de deseo en el sueño con la noción de fantasma en su segundo seminario (Lacan, 1954-55/2008) y luego retomó este enlace en varias ocasiones. En el seminario 6, por ejemplo, toma el conocido sueño del padre muerto<sup>13</sup> y se pregunta si allí la escena estructurada, el libreto, tiene el valor fundamental, “estructurado y estructurante”, de un fantasma (1958-59/2015, p. 70). Al respecto, Miller observa lo siguiente:

Lacan trata esencialmente este sueño por el objeto y no por el significante, y tratando el sueño por el objeto (...) él implica el fantasma en el sueño. (...) Lacan está entonces llevado, en la interpretación del soñar, no a proceder al análisis significante sino a asumir la representación imaginaria que ofrece el sueño y a calificarla de fantasma, una categoría de fantasma que es el fantasma del sueño. Admite que un fantasma haya pasado al sueño (Miller, 2013b, p. 6).

En efecto, Lacan en ese seminario le da a esto el nombre de “fantasma onírico” (1958-59/2015, p. 70) y, aunque no especifica las diferencias, sostiene que éste tiene formas muy particulares y no es igual a un fantasma de vigilia. Un

---

<sup>13</sup> Retomamos este sueño en el apartado 5.4 y en la sección 11.

poco más adelante, en el seminario 10, podemos ver que su apreciación ha cambiado levemente: ya no habla de *fantasma onírico*, sino del hecho de que el fantasma pueda *aparecer* en el sueño:

A veces sucede que se ve aparecer en sueños, y de un modo no ambiguo, una forma pura, esquemática, del fantasma. Tal es el caso en el sueño de la observación del Hombre de los Lobos. (...) es el fantasma puro develado en su estructura. (...) se trata esencialmente, de cabo a rabo, de la relación del fantasma con lo real (Lacan, 1962-63/2006, p. 85).

En este planteo ya no se trata de dos formas diferentes del fantasma, sino del tipo de escena –onírica o de vigilia- en que el fantasma se ve plasmado. Cuando se trata del sueño, éste suele emerger en su forma esquemática, pura, observa Lacan. Esta manera de concebir la relación entre ambos es también expresada al año siguiente: “En el fantasma, el sujeto a menudo pasa desapercibido, pero allí está siempre, así sea en el sueño, la ensoñación, o cualquier otra forma más o menos desarrollada” (1964/2006, p. 192). Vemos que lo concibe como un mismo fantasma, que simplemente se presenta por distintas vías o en distintos lugares, siendo el sueño uno de ellos.

Podría decirse que este planteo tiene también un antecedente en Freud, cuando percibía que las “mociones de deseo patógenas” (1911/2001a, p. 89) que estructuran la neurosis, suelen presentarse en los sueños de una forma bastante despojada al inicio y al final de la cura; a tal punto que los sueños “biográficos” (Freud, 1900/2001, p. 371, n. 28) y los “programáticos” (Freud, 1900/2001, p. 354) le parecían equiparables a “una traducción de todo el contenido de la neurosis al lenguaje del sueño” (Freud, 1911/2001a, p. 89). Si entendemos aquello que Freud consideraba *contenido de la neurosis*, como el axioma en que ésta se sostiene, podemos suponer que lo que él encontraba era la estructura del fantasma fundamental.

Un sueño así se edifica a menudo sobre el material patógeno del caso en su conjunto, material del que aún no tienen noticia ni médico ni



paciente (...). Si se lo ha registrado al comienzo del análisis, es posible que se lo comprenda sólo a su término (Freud, 1911/2001a, p. 89).

Un intento de esclarecer esta lógica parece ser el del conocido “sueño del unicornio”, relatado por Serge Leclair (1968/1970), en el mismo año de la propuesta del pase. Allí el autor habla del “fantasma fundamental” contenido en la fórmula “Poordjeli”, de la cual desprende pétalo por pétalo las identificaciones, marcas corporales y letras con que se ha dejado nombrar. De ese sueño se deduce también un deseo, el deseo de beber, que adquiere una nueva funcionalidad luego del análisis.

Como vimos anteriormente, la pregunta de Soler sobre la inserción de la pulsión en el sueño la llevó a proponer que ciertos sueños están edificados a la manera de una *puesta en escena*, en torno a un elemento de goce que no está desplazado ni metaforizado. Sin dudas lo que ella observaba se ubica en torno al objeto pulsional y a su lugar en el fantasma, lo cual la llevó a mencionar el conocido sueño del Hombre de los Lobos, paradigma de la localización onírica de una clara posición frente al goce y el deseo singularizados<sup>14</sup>.



Franz, Marc (1912) *El sueño* [Óleo sobre lienzo]. Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid.

Se destacan luego dos comunicaciones sobre el tema del sueño y el fantasma que tuvieron lugar al poco tiempo de la implementación del pase en Argentina. Una es la conferencia ya mencionada de Brousse (1995/1997), en la que, además del tema que nos ocupó en el apartado anterior, la autora destacaba también que “lo que dicen los

pasantes a propósito de sus sueños hace aparecer el punto de tope de este

<sup>14</sup> A diferencia del cuadro de Hattori que vimos anteriormente, la obra del pintor alemán Marc Franz que exponemos a continuación, presenta una clara opacidad en los ojos de los personajes. Una puesta en escena que intenta soslayar esas miradas, tal vez en pos de remarcar la del espectador, al contrario de la maniobra de Hattori, que magnifica el ojo de la criatura plasmada.

trabajo en cuanto al objeto” (p. 24). Una observación general de los testimonios la llevaba a firmar que “a partir de los sueños mayores (...) se despliega una construcción que intenta ordenar la cuestión del síntoma, frecuentemente rebelde, con la respuesta del fantasma” (p. 28). Señala entonces la colaboración de los sueños al momento de revelar/construir esa respuesta que se ha dado el sujeto frente al desamparo (Lacan, 1958-59/2015) –el *hilfflosigkeit* freudiano-, al agenciarse una relación con el objeto que pasaría a regular el funcionamiento de su deseo.

La otra contribución que se centra en este tema es la de Ricardo Nepomiachi (1999), quien señalaba que cada sueño relatado en el pase resulta fundamental con respecto a un momento decisivo de la cura y es crucial tanto para la construcción del fantasma, como para transmitir algún grado de franqueamiento del mismo. El autor concluía que un valor fundamental de estos sueños es el de prestarse a la articulación entre inconsciente y fantasma. Dirá que, si bien el fantasma no es una formación del inconsciente, el sueño admite el pasaje del fantasma al inconsciente, permitiendo extraer algo del goce fijado. Por lo tanto, sostuvo que los sueños de los pasantes, estando del lado del inconsciente, conjugan lo pulsional; dan lugar al “eso muestra” (p. 35) –como lo vimos de la mano de Soler-, que implica una puesta en escena, un poner a hablar al fantasma.

Para Nepomiachi, estos sueños implican también una “subjetivación de la pulsión”, “están en el lugar de la demostración de que se trata de alojar un saber allí donde sólo el goce sostiene al sujeto” (p. 35). La aparición de una forma imaginable del objeto *a* en los sueños, dará lugar a ciertos efectos -asco, repugnancia, temor, angustia- y tendrá para los pasantes “un valor de certidumbre en el camino de la construcción del fantasma” (p. 32).

En casi todos los casos se presentaban sueños que se consideró que indicaban un final, o que acentuaban un viraje que consistía en figuraciones de vaciamiento del objeto y eran descifrados como salidas de la lógica fálica: ‘tal objeto que se disolvía’, ‘se trataba de recorrer un agujero’, o bien se habló de ‘bordear un vacío’ (Nepomiachi, 1999, p. 32-33).

En coincidencia con el planteo de Soler que vimos anteriormente, el autor señala que “si por un lado [el sueño] presenta al sujeto en su división, encarnando una pregunta dirigida al Otro, puede también incluir alguna respuesta que le permita orientarse en el descubrimiento de su modo de gozar” (Nepomiachi, 1999, p. 35).

Distinta es, tal vez, la opinión de Naparstek (2012) sobre este punto, quien expresa que: “cuando el sueño ofrece un marco imaginario para la *ilustración visual patética* de lo no simbolizado, de ninguna manera se trata del brillo fálico que ofrece el fantasma. Debemos decir que es un imaginario vaciado del esplendor fálico y de allí se desprende que aparezcan las imágenes del horror” (p. 72).

Sin embargo, esta separación tajante entre *ilustración visual patética* y *fantasma* no nos parece practicable, antes bien mostraremos que los testimonios entremezclan sueño y pesadilla, deseo y ominosidad, en un abanico donde lo que sí cambia es la posición del soñante en cuanto a su horror<sup>15</sup>, su interés y su posibilidad de capitalizar lo hallado. “Freud descubre que el sueño es revelador del deseo de un sujeto. Pero hay algo siniestro frente al deseo”, comenta Florencia Farías (2011, p. 15). Podemos distinguir, tal vez, entre el fantasma como libreto, que se actúa repetitivamente y adormece, y el fantasma como axioma, que puede llegar a formularse y tener efecto de interpretación separadora, portando en su seno lo inquietante del objeto, que es también causa.

#### **1.5.2.4. Los sueños como criterio de terminación del análisis**

---

<sup>15</sup> Basándose en la clínica freudiana, y seguramente también en su propia experiencia, Lacan (1973-74) afirmaba que “no es el deseo quien preside el saber, sino el horror” (clase del 9/04/74). A nuestro parecer, deseo y horror no deben oponerse, sino que funcionan mancomunadamente, como esperamos se haya apreciado en la sección sobre las tesis de Lacan acerca de la realización del deseo en el sueño y tal como podemos verlo también en el funcionamiento de lo que Freud (1905/2000b) llamaba “pulsión de saber” (p. 176).

A partir de la constatación del papel central que ocupaban los sueños en los testimonios, algunos miembros de escuelas se detuvieron en los problemas políticos que esto podría traer aparejado, en términos del dispositivo del pase y las nominaciones.

Yo mismo he planteado el problema de la importancia otorgada a los sueños por los pacientes en fin de análisis: cinco años de experiencia del pase confirman mi antigua apreciación. Los pasantes hablan mucho de sus sueños con la idea de un efecto conclusivo, a veces oracular. En esa época, me había resultado curiosa esa suerte de fascinación por el sueño, considerado el ombligo de sus recorridos analíticos, a la manera de una verdad trascendente que hablaba por sí sola y para la cual toda interpretación dejaba de ser útil, a la manera de una prosopopeya: yo, la verdad de fin de análisis, hablo (Cottet, 2000, p. 98).

El autor expresa en todo ese artículo su sorpresa respecto al avance del sueño como criterio de terminación de los análisis y especialmente frente al hecho de que esos sueños no hayan sido interpretados, asunto que venimos ya mencionando. Podría decirse que el interrogante principal que se desprende del texto de Cottet, es el siguiente: ¿pueden los sueños ser un criterio de terminación del análisis?

En primer lugar, Cottet sostiene que podría cuestionarse el prestigio del sueño en los testimonios de pase si se replica que el sueño en la neurosis siempre tiene prisa, siempre anticipa la curación. En este sentido, cree que podría imputarse al sueño el ser “una especulación idealizada” sobre el fin de análisis, cuyo objetivo no sería otro que proteger el narcisismo.

Sin embargo, más adelante (Cf. Sección 10) veremos también que varios analistas han dado cuenta del valor de ciertos sueños como confirmación de un cambio ya acaecido durante el análisis. Allí, el sueño no anticipa, sino que adviene posteriormente.

Por otra parte, si bien el sueño suele anticiparse, en numerosos testimonios se puede constatar que usualmente los pasantes ubican cierto final a partir de algún sueño o acontecimiento que bien puede haber ocurrido varios años antes de la finalización efectiva de las entrevistas con el analista y que no por eso precipitó inmediatamente el final. Por lo tanto, un sueño que insinúa un

fin de análisis puede no estar cometiendo una anticipación que apresure, sino que aún puede faltar cierto tiempo para que el sujeto se decida a ponerle fin a las entrevistas, especialmente si pensamos el tiempo desde una lógica no lineal, que tome en cuenta el tiempo de elaboración posterior a cada acontecimiento y también los efectos retroactivos.

En segundo lugar, Cottet menciona que contra la consideración de un sueño como criterio de terminación de un análisis puede esgrimirse la cualidad del sueño de ser el guardián del dormir. En este sentido, considerando que el sueño protege al sujeto del despertar de la pulsión, el autor cuestiona su valor como criterio de finalización. Pone el énfasis en la existencia de un goce del cifrado -cuestión que no discutimos y que algunos analistas han enfatizado<sup>16</sup>-, entonces recuerda la idea de Lacan de que, antes de sobrepasar ciertos límites, el sueño se desinfla y el dormir permanece al abrigo del goce.

Por nuestra parte, podríamos argumentar que, si bien esto es cierto para la mayoría de los sueños, sobran pruebas de que algunos sueños sí alcanzan un fragmento de real, comportan un acontecimiento y en eso, se acercan al acto. Lo suponemos por sus efectos, y esperamos que lo trabajado en esta tesis pueda dar cuenta de ello.

Otro motivo con que podría desacreditarse, según Cottet, al “paradigma del sueño”, es que “el sueño especula sobre el Otro y lo postula” (p. 99). Sin embargo, también se ha señalado que el estudio de los testimonios permite diferenciar entre sueños que convocan al Otro y lo postulan, y sueños que dan cuenta más bien de su caída y de un no esperar ya del Otro (Farías, 2011; Nemirovski, 2004).

Las objeciones de Cottet permiten percibir una preocupación por lo que serían *criterios de terminación del análisis*. Preocupación comprensible para quienes forman parte de cárteles de pase y ofician como jurados. Aun cuando pueda considerarse que la nominación es un acto y no depende de criterios, es cierto que los jurados rastrean al menos alguna coordenada relativa al fantasma, al deseo, al acto y especialmente al deseo del analista en los testimonios que escuchan, y también es cierto que sin esas coordenadas les sería difícil nominar a alguien para que testimonie y trabaje en torno al tema del pase. Sin embargo,

---

<sup>16</sup> Tema trabajado con bastante detalle por Estela Solano-Suarez (2000, 2003).

esa no es nuestra perspectiva aquí y, por lo tanto, no pretendemos más que enunciar estas cuestiones que han sido planteadas en varias escuelas.

“En la mayoría de los relatos de los pasantes que escuché, ha habido sueños de fin de análisis. Sueños de la inexistencia incuestionable del Otro. Sueños de la sujeción del sujeto a la letra de su producción”, escribía una analista de la Escuela Freudiana de Buenos Aires (D’agostino, 2002, p. 10). A la vez, desde la óptica de un interés de escuela, esta autora proponía volver sobre aquellos sueños que fueron presentados como *de fin de análisis* pero que “no hayan sido a posteriori verificados como tales” (p. 13).

Pregunto y someto a discusión qué hace entonces, ya que del fin de análisis habla el analizante, que muchas veces ni los más evidentes sueños de la caída del Otro y su consecuente sensación de liviandad para el sujeto (...) se correspondan necesariamente con la que llamamos más arriba verificación de esa posición (p. 10).

Desde otra escuela, Elisabete Thamer (2018) planteaba una cuestión aledaña. Hablando de sueños, lapsus y chistes en los testimonios, dice:

Encuentro que la comunidad analítica es frecuentemente amante del relato de esos momentos, como si esos momentos pudieran esclarecer particularmente, dar cuerpo, a aquello que pasa en los finales de análisis. Se aguarda un sueño, un significante, un lapsus (...). Es para preguntarse a qué corresponde esta espera de la comunidad (pp. 6-7).

Nos encontramos, entonces, con que desde diversas escuelas se ha llamado la atención sobre el lugar excepcional que ocupan ciertos sueños en los testimonios y el riesgo de hacer de ellos condición de nominación en el pase.

Como dijimos, consideramos que este tema excede nuestra tesis y concierne más bien a las cuestiones que cada escuela se ve necesitada de debatir, dirimir y revisar cada tanto. Sin dudas la existencia del pase produce algunos efectos indeseados sobre aquellos analistas-analizantes que idealizan el final: “un analizante piensa que su análisis está concluido y produce con frecuencia sueños de pase, en un acuerdo aceptable con cuanto pudo leer acerca de la cuestión”, explica, por ejemplo, François Leguil (2012, p. 18). Como

señalaba Laura Rosa D'agostino, tal vez sea posible revisar desde las escuelas los ejes sobre los que se pone el interés al momento de nominar, y tal vez allí los sueños no sean lo único ni lo principal.

Pero volviendo a un punto de vista clínico, podríamos plantear lo siguiente: si un analizante da por concluido su análisis porque sintió que un sueño lo orientaba en esa dirección y más adelante se da cuenta de que se apresuró, ¿pretendemos creer que esa segunda decisión podría haberse adelantado desde aquél primer momento? ¿No haría falta el tiempo que transcurrió entre tanto para que esa segunda lectura adviniera? Desde lo clínico podríamos decir que, si atendemos a la posición que el analizante toma con respecto a sus sueños, veremos que será él quien decidirá qué destino dar a sus producciones en cada momento.

Por lo tanto, en esta tesis nos conciernen los testimonios porque nos interesa escuchar la palabra de los soñantes y los efectos que describen, pero no tomamos una posición judicativa con respecto a lo que esos sueños dicen o no sobre la posibilidad, la pertinencia o la validez del pase de cada quien.

#### **1.5.2.5. Los sueños-índice**

Otro aporte valioso a nuestro tema de investigación fue realizado por Marcelo Mazzuca en las "Jornadas sobre el Pase" del Foro Analítico del Río de la Plata en 2010. Su presentación, publicada más tarde como capítulo del libro *Ecos del pase* (Mazzuca, 2011), proponía ya desde el título una nueva nominación: los "sueños-índice".

Se trata de una serie de sueños -algunos sobrevenidos durante el análisis y otros durante el pase-, que el autor elige narrar poniendo el énfasis "en su valor de *acontecimiento*" (p. 37). El autor señala que, mientras la mayoría de los sueños suscitan el trabajo analizante y el movimiento significativo, generando una dinámica, los sueños-índice funcionan más bien como freno a dicho trabajo y marcan puntos de viraje del análisis. De ahí que se destaque el valor de acontecimiento de este tipo de sueños.



Sueños-índice, ¿de qué? Mazzuca dirá que son “*índice* de una relación establecida entre *deseo* y *satisfacción* en un momento determinado de la experiencia” (p. 38). Por lo tanto, el autor considera que plasman un “estado particular del anudamiento entre *deseo* y *satisfacción*” (p. 38) e indica que puede pensarse a ese “estado” como un borde: “el trabajo analizante (...) había llevado el deseo hasta los bordes del Ideal, hasta confrontarlo con la pulsión (...), y de aquel borde el sueño es índice” (p. 41).

Entendemos que estos sueños no corresponden al encuentro en la escena onírica con aquello de lo pulsional que ocasiona horror, asco o angustia, sino que pertenecen a un momento posterior –no necesariamente en el final del análisis, sino posterior a la elaboración de ciertos hallazgos, cada vez-. Son sueños que vienen a señalar una nueva posición.

De los diez sueños que relata Mazzuca en su presentación, hay uno al que atribuye el valor de índice del final de su análisis<sup>17</sup>. No obstante, menciona que posteriormente, al participar del dispositivo del pase, sobrevinieron otros sueños, que ya no eran tan fácilmente diferenciables como sueños-significante o sueños-índice:

Ocurría como si cada uno de los sueños de aquella experiencia remitiera fácilmente y sin necesidad de un despliegue asociativo a alguno de los elementos o aspectos del *sueño-pivote*, es decir, del sueño de castración. Sueño que no podría calificar con Freud de ‘biográfico’, sólo porque allí la biografía se reduce a sus elementos mínimos hasta prácticamente desaparecer (p. 48).

Nótese que el autor retoma varios de los elementos que venimos reseñando en este estado del arte, tales como lo innecesario del despliegue asociativo, la reducción de elementos y la relación con la biografía - “el material del caso en su conjunto”, decía Freud-.

También es interesante que, terminado el trayecto como pasante y una vez nominado por la escuela, Mazzuca señala que tuvo un sueño que nuevamente revestía las características de sueño-índice, cerrando el recorrido. “Es especialmente importante el modo en que Mazzuca ubica para estos sueños-

---

<sup>17</sup> Los transcribimos en las secciones 10 y 11 de esta tesis.



índice un carácter conclusivo, que resiste a la interpretación, aunque no por eso dejan de tener un sentido” (Lutereau, 2016, p. 63).

A nuestro parecer, este aporte apunta a cernir, con la nueva denominación de *índice*, la diversa función que cabe a los sueños cuando se trata de relanzar el análisis y cuando, en cambio, vienen a inscribir un estado, una relación, una satisfacción, tributaria del acto. Son las características del acto las que nos permiten sostener que los sueños-índice son una manera de inscribir, con efectos de convicción para el sujeto, los cambios de posición subjetiva. Dichos cambios, o la forma en que son “registrados”, por así decir, no tienen el mismo efecto según advengan al modo de una revelación -modalidad del despertar que el sueño conoce muy bien- o simplemente de una inscripción, índice, figuración.

El vector del sueño hacia la satisfacción no es directo, sino que tiene una referencia; de ahí la palabra “índice”, cuyo campo semántico contempla términos asociados como *huella*, *señal*, *vestigio* (asociado a *investigar*, en el sentido de “seguir la pista”). Dicho de otro modo, lo real no se manifiesta sino de forma velada (Lutereau, 2016, p. 64).

Podríamos decir que los sueños que responden a la lógica de la revelación son tributarios de la creencia en una verdad última -lo que equivale a decir “creencia en el Otro”-, que no se abandona fácilmente y que sobre el final del análisis muestra sus últimos destellos. El escenario onírico es, habitualmente, donde mejor se muestra esta creencia, cuya caída habilita el paulatino reemplazo de los sueños que postulan y sostienen al Otro, por sueños que plasman figuraciones concernientes al deseo y la satisfacción, sin búsqueda de una verdad final.

En la sección 10, veremos que otros analistas han utilizado esporádicamente esta misma denominación de *índice*, tal vez no con el mismo sentido exacto, pero señalando hechos solidarios y encontraremos que también en ese contexto resurgen las preguntas por el sueño-índice versus el sueño que se anticipa a una conclusión de manera apresurada.

## 1.6. Interrogantes que orientan la investigación

De este recorrido teórico se desprenden nuestros interrogantes centrales.

En primer lugar, ¿qué efectos del psicoanálisis sobre la posición del soñante podrían extraerse de un estudio sistemático de testimonios de pase?

En segundo lugar, ¿cómo llega el sueño a adquirir una función de mojón o hito en la clínica del propio análisis<sup>18</sup>? ¿Por qué los sueños relatados en los testimonios casi nunca se narran junto a una interpretación del analista? ¿Por qué aparecen como respuesta a los interrogantes del sujeto sobre su posición fantasmática?

En tercer lugar, podemos hacernos también algunas preguntas más específicas, tales como: ¿qué modificaciones de la escena onírica, del despertar y de la lectura/interpretación de los propios sueños se producen como efecto de los avances del análisis? ¿Qué transformaciones en relación al fantasma, la pulsión y la satisfacción están a la base de esos cambios de posición del soñante? Y, a la vez, ¿qué mutaciones se producen en la forma del soñar y de leer los sueños como consecuencia de un avance en la percepción de lo interpretativo del sueño mismo?

Finalmente, nos preguntamos también si el sueño puede convertirse en la escena privilegiada donde acontecen ciertos actos de escritura y de destitución subjetiva, de los cuales el soñante se anoticia al despertar. ¿Puede un sueño transformar la posición subjetiva? ¿Puede separar de forma irreversible un antes y un después?

Todos estos interrogantes que orientan la investigación, quedan sujetos a lo que los testimonios puedan decir sobre cada tema. Como en toda investigación, sólo será posible abordar una muestra y extraer de allí un saber limitado a ese universo de análisis. Por lo tanto, estas preguntas amplias se circunscriben ahora a: ¿qué dicen los testimonios de nuestro *corpus de análisis* sobre cada uno de estos interrogantes?

---

<sup>18</sup> En el apartado 2.4.1 explicamos esta expresión de “clínica del propio análisis” como parte del dispositivo del pase.

## 2. Metodología

### 2.1. Objetivos

El *objetivo general* al cual esperamos contribuir con esta tesis doctoral consiste en el aporte de material teórico-clínico a las investigaciones acerca de los efectos del psicoanálisis y sus etapas finales. Dentro de ese marco más amplio, nuestro objetivo es examinar los cambios en la relación sueño-soñante a lo largo del análisis en una serie de testimonios de pase seleccionados.

Los *objetivos específicos* son:

- Examinar en los testimonios la posición del soñante y sus cambios al final del análisis con respecto al núcleo pulsional que el sueño envuelve;
- examinar cómo se relacionan los analizantes de los testimonios con la potencia interpretativa de sus sueños;
- precisar la función que esos soñantes atribuyen al analista cuando lo hacen aparecer como personaje en la escena onírica;
- establecer cuál es la relación observable entre sueño y angustia en algunos de los testimonios y conceptualizar la vía por la cual el sueño produce una transformación sobre ese afecto;
- rastrear la presencia y características de los sueños-índice en los testimonios;
- examinar los cambios de posición de esos soñantes frente a la muerte y el tiempo;
- explorar la participación de los sueños en la decisión de dar por concluido el análisis;
- puntualizar las diversas posiciones que han tomado los analistas lacanianos con respecto a la relación sueño-soñante después de finalizado un análisis.

## 2.2. Hipótesis

Nuestra hipótesis principal es que el psicoanálisis produce efectos sobre la posición del soñante y que éstos se manifiestan en: (1) modificaciones en la relación con los sueños y (2) cambios en la forma del soñar.

Cabe aclarar que esta hipótesis es la base de varios de los trabajos que comentamos en el estado del arte. La explicitamos aquí como fundamento de nuestra investigación, pero en este caso limitamos su alcance a lo que los testimonios puedan mostrar al respecto.

## 2.3. Tipo de estudio y contexto de descubrimiento

De acuerdo con una ya clásica diferenciación entre tipos estudio que circula en nuestro ámbito académico, podemos decir que esta investigación es a la vez *descriptiva* y *explicativa* (Hernández Sampieri, Fernández Collado y Baptista Lucio, 1997). Es descriptiva porque uno de nuestros objetivos es el de detallar los cambios que ocurren en la vida onírica a lo largo de la cura. Y es explicativa porque pretende, además, sistematizar los conceptos con los cuales estos cambios pueden explicarse desde nuestro marco teórico.

Desde un plano más específico, podemos señalar que esta tesis se ubica dentro de cierta línea de *investigación en psicoanálisis* (Azaretto *et. al.*, 2006; Azareto, 2007; Cancina, 2008; De Battista y Askofaré, 2015; Escars, 2003, 2010) cuya característica básica es “que están causadas por analistas y como tales sostienen la convicción de la dimensión del inconsciente, y no desconocen las condiciones de producción del discurso ni la incidencia de la transferencia” (Azaretto *et. al.*, 2006, p. 269).

Entre las así llamadas es posible incluir tanto a las *investigaciones clínicas* como a las *extra-clínicas* (Cf. Azcona, 2016), es decir, tanto a las que parten de la comunión entre procedimiento terapéutico e investigación, como a aquellas

que, utilizando métodos diversos, retoman algún material -propio o ajeno- producido a partir del dispositivo analítico.

Desde esa clasificación, habría que ubicar nuestra investigación en el segundo grupo, pues no ha sido realizada en el marco de la transferencia, tal como la entendemos en sentido estricto en psicoanálisis. No utilizamos casos clínicos propios, sino testimonios de pase, que responden a otro contexto de producción que el de una cura.

Sin embargo, también cabe destacar que las particularidades de la investigación en psicoanálisis que son desarrolladas por los autores citados al inicio se aplican claramente a nuestro trabajo de lectura clínica, especialmente en tanto la posición enunciativa del analista-investigador se reconoce afectada por su posición como analizante y como analista (De Battista y Askofaré, 2015). Consideramos que sin la experiencia de análisis no habríamos llegado a la inquietud que originó este recorrido investigativo, ni podríamos oficiar muchas de las lecturas que en esta tesis proponemos.

El dispositivo analítico, entonces, ofició aquí como contexto de surgimiento de la hipótesis inicial, probablemente a través de un razonamiento abductivo, aquél que “consiste en interpretar los rasgos [-de ciertos sueños propios, en nuestro caso-] a partir de alguna regla que se propone para entenderlos como caso que se subsume a ella” (Azcona, 2019, p. 35). En el apartado 1.1 hemos explicado cómo el surgimiento de esa hipótesis desembocó en una búsqueda progresivamente recortada y sistematizada gracias al marco académico, llevándonos a contrastar nuestra hipótesis con los testimonios de otros analistas.

## **2.4. Materiales y métodos**

### **2.4.1. Método analítico, método clínico y dispositivo del pase**

A pesar de no haber elegido casuística propia como material de base, consideramos que el método central empleado en esta investigación ha sido el

*método clínico*, aquél que tiene como base lo que se dice en un análisis (Lacan, 1977) –el de quienes han testimoniado, en este caso-. Si el *método analítico* es el que se emplea para conducir la cura, el método clínico, en cambio, es aquél que vuelve sobre la experiencia analítica para interrogarla (Kächele, 1992; Lombardi, 2018). En nuestra opinión, también es posible utilizar este método para volver sobre las experiencias de análisis que han sido narradas en los testimonios.

Por otro lado, se ha sostenido también que, actualmente, el método clínico en nuestra disciplina no se limita únicamente a la elaboración de la experiencia de los análisis que conducimos, sino que se enriquece también con otros dispositivos (Lombardi, 2018), tales como el del *pase*, donde cada cual elabora la clínica de su propio análisis, conformando inclusive, con su trayectoria sintomática y analítica, un caso.

Cabe destacar que, aunque los dispositivos útiles para la investigación clínica en psicoanálisis sean variados, todos ellos convergen en cuanto a sus objetivos, que son principalmente (a) establecer o revisar categorías nosológicas, (b) desarrollar modelos teóricos explicativos y (c) fundamentar y orientar la práctica terapéutica (Perron, 1999). Nuestra investigación se propone hacer una humilde contribución a los dos últimos aspectos.

Volviendo a la relación entre método clínico y dispositivo del *pase*, señalemos que este último –al que debemos los testimonios que utilizamos aquí– tiene la particularidad de que “se le plantean al analizado las preguntas que su analista no podría responder” (Lombardi, 2018, p. 39), de manera que se trata de un abordaje clínico inverso al tradicional, habitualmente basado en lo que relata el analista acerca de determinada cura.

El dispositivo del *pase* fue introducido por Lacan (1967/2012a) en su “Proposición del 9 de octubre de 1967”, con el propósito de investigar los finales de análisis a partir del testimonio de los analizantes. Su espíritu implica que cualquier analista que considere terminado su análisis o se encuentre en un momento de atravesamiento, que ha sido llamado *momento de pase* (Lacan, 1973/1977; Miller, 1977), pueda solicitar narrar su experiencia en una Escuela de psicoanálisis. Se le asignan dos *pasadores* –analizantes que no han terminado sus curas, pero se encuentran transitando sus últimas etapas–, que serán

quienes oirán el testimonio del candidato –a quien se llama *pasante*- y lo relatarán luego a un jurado designado por la escuela. Esto implica que, en el pase, el testimonio no es narrado en forma directa, sino a través de los pasadores. Finalmente, el jurado decide si otorga a ese pasante, por lo transmitido en el testimonio indirecto, la nominación de AE<sup>19</sup>. Los motivos por los cuales el jurado otorga o no la nominación dependen de las particularidades de cada institución y del acto de los miembros de ese jurado en ese momento (Lombardi, 2009).

Este dispositivo ha sido objeto de numerosos debates y es sabido que algunos analistas opinan en contra de su utilidad y sus efectos<sup>20</sup>, pero estas críticas apuntan más que nada a su aspecto institucional, organizativo y político. Estas vicisitudes inspiran tesis enteras (Cf. Bernal Zuluaga, 2000) y sin dudas se les han dedicado muchas páginas y libros enteros. Nosotros no nos adentramos en ellas y aspiramos a que el material clínico que tomamos del pase pueda ser separado, en cierta medida, del dispositivo mismo, como lo explicamos más adelante (2.4.2).

Si volvemos sobre el espíritu de la proposición de Lacan, encontramos que en ella se reafirma la idea freudiana de que el inicio y el final de las curas

---

<sup>19</sup> En esta tesis mencionamos constantemente a las personas que han escrito los testimonios de nuestro corpus, por lo cual hemos elegido, a los fines prácticos, referirnos a ellas con diversas denominaciones: *pasante*, que, en sentido estricto, sería aplicable a esa persona cuando está transitando el pase; *AE* (Analista de Escuela), que, en realidad, corresponde a la función de esa misma persona durante los dos o tres años siguientes a haber sido nominada por la Escuela; *analizante*, lo que fue o continúa siendo esa persona en tanto que se analiza; *analista*, función que se presta a encarnar en las curas que dirige e inclusive *autor/a*, en tanto lo es con respecto a su testimonio. Si bien los utilizamos a menudo como sinónimos para evitar la repetición, en la mayoría de los casos elegimos una de esas denominaciones por encontrarla más pertinente en el contexto de cada frase.

<sup>20</sup> Posiciones que Miller analizó una década después de la “Proposición” como surgidas de una falsa división entre un Lacan progresista y un Lacan reaccionario, en un intento por resolver la paradoja planteada por el hecho de sostener que el analista “no se autoriza sino a sí mismo” (Lacan, 1967/2012a, p. 261) mientras que se lo invita a participar de “un examen, un título, un grado” (Miller, 1977, p. 48). Puede consultarse ese texto con respecto a esta paradoja y también a la del pase concebido como momento del análisis y a la vez como dispositivo testimonial. Paradojas fecundas, pero que exceden esta tesis.

pueden funcionar como puntos clave para teorizar los efectos del psicoanálisis. Como lo indica en aquel texto, Lacan esperaba que quienes se ofrecieran a testimoniar sobre el final de su cura analítica, dieran cuenta de “los problemas cruciales en los puntos vivos en que se encuentran para el análisis, especialmente en tanto ellos mismos están en la tarea, o al menos en la brecha, de resolverlos” (Lacan, 1967/2012a, p. 262). Dicho de otro modo, la implementación del pase debía producir un saber acerca de cómo resuelve cada cual el final de su análisis, qué efectos obtiene y qué restos incurables extrae. En aquel momento, Lacan explicitaba sus intenciones investigativas al decir que:

Esta proposición implica una acumulación de la experiencia, su recolección y su elaboración, una seriación de su variedad (...).

Esta experiencia no puede ser eludida. Sus resultados deben ser comunicados: en primer lugar a la Escuela para que realice su crítica, y correlativamente, deben ser puestos al alcance de esas sociedades que, aunque nos hayan excluido, no dejan de ser asunto nuestro (p. 274).

En efecto, a partir de la implementación del pase comenzó a producirse un saber acerca de los finales de análisis y de muchas aristas de los tratamientos avanzados (Lacan, 1973/1977; Miller, 1977). De allí que también las producciones teóricas en torno al tema sean muy abundantes y heterogéneas. Cada escuela elabora sus hallazgos, publica y discute en torno a este nuevo dispositivo. En efecto, para el aspecto conceptual de esta tesis apelamos a todo texto que se aboque al tema de los sueños a partir del estudio del pase, y nos resulta especialmente enriquecedor poder acudir a producciones de cualquier escuela que lo practique, ya sea para observar coincidencias o divergencias.

#### **2.4.2. Los testimonios directos**

Llegamos finalmente al tipo de material específico con que trabajamos en esta investigación: los testimonios directos y escritos.



Cuando una escuela ha nominado un AE, habitualmente espera que éste testimonie sobre su análisis o su pase en diversos eventos o escritos durante los años subsiguientes, con lo cual se persigue el objetivo de profundizar el conocimiento de la comunidad analítica sobre los efectos del psicoanálisis. Actualmente, es frecuente que los AE publiquen sus testimonios de forma escrita en diversos medios: revistas, libros, publicaciones de congresos o jornadas de escuela, páginas web, etcétera. Este material se encuentra disponible para cualquier lector y es el que hemos elegido para poner a prueba nuestra hipótesis sobre los cambios en el soñar a lo largo de la cura.

Hay que señalar, entonces, que estos testimonios, que se publican por escrito, no forman parte estrictamente del dispositivo del pase, sino que son posteriores al cierre de ese proceso y son comunicaciones directas en las cuales el AE cuenta en primera persona las vicisitudes de su análisis. Para nosotros, que utilizamos los relatos oníricos, es muy valioso que en esos escritos consten las palabras de los soñantes, el texto del sueño tal como ellos lo arman y también los comentarios que muchos de ellos introducen con respecto a esos sueños, al momento en que ocurrieron o a los efectos que ocasionaron.

Por tratarse de materiales escritos, hemos elegido tratarlos como textos fuente y agruparlos –de acuerdo a pasos que detallaremos- para conformar un *corpus de análisis* donde poner a prueba nuestra hipótesis inicial. En todo el proceso, ese trabajo fue combinado con el análisis y discusión de lo que diversos autores habían desarrollado sobre el tema.

#### **2.4.3. Metodología utilizada para la conformación del corpus de análisis**

La expresión *corpus de análisis* ha sido elegida en función de lo que se denomina así en la disciplina del Análisis del Discurso. De allí proviene la idea del armado de un *corpus* como paso metodológico que permite circunscribir el material de trabajo a partir de recortes sucesivos, razonados y justificables.

Nuestra decisión de extrapolar desde esa disciplina la técnica de constitución de un *corpus* se relaciona con las características del material que

abordamos. Considerando que se trata de textos de sueños que tomamos a la letra y de comentarios hechos por los soñantes de forma escrita, podemos decir que nos abocamos al análisis de un material clínico que se ha vuelto texto y a cuya presentación escrita nos apegamos. Por este motivo, nos servimos aquí de los pasos y precisiones aportados desde ese campo en lo que respecta a un modo posible de recorte de un material publicado mediante diferentes soportes, en nuestro caso textos impresos en papel y publicaciones digitales.

En primer lugar, es importante señalar que la constitución de un corpus de análisis responde a una concepción según la cual el objeto de estudio “siempre es el resultado de una construcción que corresponde al objetivo y a las hipótesis que se da el que analiza” (Charaudeau, 2000, p. 41). En ese sentido, “el corpus es el acto metodológico por el cual se concretiza el objeto como objeto de análisis” (p. 41). Esto implica que nuestra investigación no toma como objeto al sueño en los testimonios en general, sino en cierto número de testimonios que conforman el corpus de análisis estudiado.

Patrick Charaudeau (2000, 2005) y Teresa Carbó (2001) coinciden en que un corpus de análisis es efecto de una selección de material a partir de una interrogación de carácter específico. Se parte de un conjunto de textos –clínico-testimoniales, en nuestro caso-, reunidos debido a un objetivo de análisis más bien global, hecha la suposición de que pertenecen a una misma situación.

En la presente investigación, este paso ha consistido en la recopilación de 80 testimonios de pase, con el objetivo de rastrear allí la presencia de relatos oníricos. Tal como explica Charaudeau (2005), este paso metodológico se realiza:

A través de una búsqueda empírica (tanteo) de las constantes que permiten agrupar tales textos (...) y a través del reconocimiento también empírico de las diferencias entre esos textos y otros textos que se les parecen, pero no poseen el conjunto de constantes precedentemente encontradas (...). De ese modo, se establecen fronteras que circunscriben, al inicio, un corpus relativamente homogéneo (p. 20).

La constante que nos permitió agruparlos es que todos son testimonios de pase y todos han sido publicados de manera abierta. La diferencia que

permitió separarlos de otros textos que se les parecían fue el hecho de que eran escritos donde se narraba la experiencia del análisis personal, mientras que otras publicaciones similares aparecían a menudo en los mismos apartados, bajo el título de “testimonios de pase” o simplemente “el pase”, pero pertenecían más bien al género de las reflexiones acerca del pase como dispositivo, o bien se trataba de textos puramente teóricos que abordaban algunos aspectos del propio análisis, pero sin aportar detalles singulares.

Ahora bien, de acuerdo con Charaudeau, una vez determinado el objetivo global, la constitución del corpus continúa mediante la deconstrucción y reconstrucción del mismo en función de objetivos más específicos. Estos últimos se delimitan con la ayuda de criterios destinados a evidenciar contrastes.

En nuestro caso, el primer criterio tenido en cuenta fue el de la alusión a la existencia de sueños importantes durante el análisis. Luego, se apeló a una mayor especificidad, atendiendo a si en esos testimonios se reproducía el texto de dichos sueños o simplemente se mencionaba la existencia de sueños de un modo genérico. Con este criterio, se pudo diferenciar en el material reunido:

- 63 testimonios donde algún sueño aparecía efectivamente relatado,
- 17 donde había ausencia de textos oníricos.

La estructura final del corpus fue lograda después de cierto tiempo de investigación, ya que durante los primeros años -y habiendo ya eliminado de los iniciales 80 aquellos testimonios que no relataban sueños- cayeron en nuestras manos otros, que fueron agregados por el peso del material clínico que aportaban sus sueños (criterio de inclusión). Del mismo modo, otros testimonios que sí habían formado parte del corpus y que contenían sueños, fueron excluidos por aportar solamente relatos oníricos con demasiada elaboración secundaria, que parecían más una reflexión teórica que un material onírico, o bien porque mencionaban algún sueño, pero no aportaban elementos valiosos para el tema de investigación (criterios de exclusión). Es decir que el conjunto crecía y decrecía en sucesivos movimientos. En ese sentido, Charaudeau (2009) mismo advierte que “un corpus nunca se establece de una vez por todas. Es una

construcción con geometría variable según los criterios que se imponen al análisis” (p. 9).

No obstante, en análisis del discurso existe lo que se llama “saturación” teórica de las categorías, que marca un límite a las modificaciones posibles sobre un corpus. Cuando se considera que las categorías a investigar ya no pueden recibir nuevos desarrollos mediante el agregado o modificación de la composición del corpus, es por decisión del investigador que se pasa a considerarlo cerrado, al menos para esa investigación. Es decir que la saturación está determinada por una combinación entre los límites empíricos de los datos, la densidad e integración de la teoría y la decisión teórica del analista (Sanahuja y Silva, 2001). Por lo tanto, para utilizar esta metodología, no es necesario partir de un corpus ya cerrado, pero su saturación deberá reconocerse como un momento de la investigación durante su desarrollo. Así es que se conformó el conjunto de testimonios con que finalmente realizamos el análisis, el cual fue creciendo y decreciendo hasta llegar a su estructura definitiva.

En ese proceso, leímos todos los testimonios que caían en nuestras manos y que fueran de idioma español. Inicialmente nos proponíamos incluir algunos más en francés, pero luego decidimos limitar su inclusión a uno solo (Bonnaud, 2012), cuyos aportes no quisimos excluir por ser muy ricos para nuestro tema. La decisión de excluir otros testimonios en francés y de no seguir rastreando nuevos en ese idioma se basó en que, finalmente, nos parecía muy delicado el abordaje de las sutilezas del texto onírico en otra lengua. Sin embargo, sí incluimos un buen número de testimonios extranjeros que ya se presentaban traducidos al español por personas muy capacitadas y que habían sabido indicar los giros idiomáticos y las resonancias.

Finalmente, el corpus de análisis quedó establecido con 53 testimonios, de los cuales:

- 40 pertenecen a publicaciones en papel y
- 13 a publicaciones digitales.

Estos números corresponden, entonces, a la estructura final, que transcribimos en la siguiente tabla<sup>21</sup> en orden alfabético<sup>22</sup>:

1. Aguerre, C. (2011) Fin de análisis, pase y Escuela. *Wunsch*, 10, 40-44.
2. Alderete de Weskamp, M. (1999/2006). Testimonio de Pase. *La experiencia del pase. Libro II (pp. 53-71)*. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
3. Alegría, B. (2005) Final de análisis y pase. *Wunsch*, 1, 4-6.
4. Aromí, A. (2014). Romperse la cabeza. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 16, 74-77.
5. Blancard, M.-H. (2013) Tomar el goce a la letra. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 15, 59-65.
6. Bonnaud, H. (2012) Un arrachement du réel. *La cause du désir*, 80, 112-114.
7. Brito Afonso, M. (2011) Del amor al analista al deseo de analista. *Wunsch*, 11, 28-30.
8. Brodsky, G. (2013) Testimonio 5. La estructura clínica. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 14, 103-109.
9. Castellanos, S. (2014) Me he buscado la vida. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 116-122.
10. Chiriaco, S. (2011). La broma. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 11, 97-102.
11. Dahan, P. (2010) Sobre lo vivo. *Wunsch*, 9, 27-29.
12. Dargentón, G. (2000). Hasta el colmo del sentido. *El Caldero de la Escuela*, 78, 40-47.

<sup>21</sup> Para comodidad del lector, volvemos a incluir el listado de testimonios al final de la tesis, después de las referencias.

<sup>22</sup> La repetición de algunos autores se debe a que, en varios casos, elegimos utilizar más de un testimonio de un mismo AE, por aportar diferentes sueños en cada uno.

13. Dassen, F. (2009) Una mirada rasgada. En A. L. Lutterbach Holck, E. Solano y F. Dassen (Eds.), *Feminidad y fin de análisis* (pp. 59-64). Buenos Aires: Grama.
14. De Halleux, B. (2015) Twingo. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 18, 114-118.
15. Esqué, X. (2005). Lo éxtimo empuja. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 3, 56-59.
16. Estacolchic, R. (1999/2006). Testimonio. *La experiencia del pase. Libro II* (pp. 33-51). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
17. Fajnwaks, F. (2016) Una mirada tan triste. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 20, 74-82.
18. Fernando, L. (2015) A la sombra de una sombra. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 152-160.
19. Ferreira da Silva, R. (2013) Pase Buenos Aires 2. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 14, 96-102.
20. Fuentes, A. (2011). *Un cuerpo, dos Escrituras*. *Revista de psicoanálisis de la comunidad de Madrid*. Recuperado en octubre de 2015 de [http://letraslacanianas.com/index.php?option=com\\_contentyview=article&id=59:un-cuerpo-dos-escrituras&catid=14:el-pase&Itemid=26](http://letraslacanianas.com/index.php?option=com_contentyview=article&id=59:un-cuerpo-dos-escrituras&catid=14:el-pase&Itemid=26)
21. Gasbarro, C. (2014) Testimonio I. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 91-99.
22. Gasbarro, C. (2015) Otra lengua, Otro goce. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 130-135.
23. Gorostiza, L. (2011). Del instante del fantasma al deseo del psicoanalista. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 11, 103-117.
24. Grinbaum, G. (2014) Testimonio I. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 109-115.
25. Grinbaum, G. (2015) Una mujer sin maquillaje. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 139-147.

26. Horne, B. (2012) Sobre el inicio del análisis por un sueño y su relación con el final. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi, *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 35-42). Buenos Aires: Grama.
27. Iaconelli, V. (2017) Los confines de un análisis. *Wunsch*, 16, 11-14.
28. Jacob-Duvernoy, M.-N. (2017) Color de pase. *Wunsch*, 16, 4-10.
29. Kalfus, P. (2014). Testimonio 1. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 16, 57-61.
30. Leray, P. (2010) La apertura hacia una nueva satisfacción. *Wunsch*, 9, 33-36.
31. Lutterbach Holck, A. L. (2009) Relato. En A. L. Lutterbach Holck, E. Solano y F. Dassen (Eds.), *Feminidad y fin de análisis* (pp. 15-26). Buenos Aires: Grama.
32. Mazzuca, M. (2011). Primera parte: Testimonios. En *Ecos del pase* (pp. 14-105). Buenos Aires: Letra Viva.
33. Mildiner, K. (2015) Primer testimonio. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 119-129.
34. Mildiner, K. (2016) La flor de mi secreto. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 20, 63-67.
35. Missorici, A. (1998/2006). Testimonio de un pase. *La experiencia del pase. Libro II* (pp. 19-31). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
36. Muñoz de F., P. (2007) Decisiones. *Wunsch*, 7, 38-42.
37. Naparstek, F. (2005). De la espera angustiada a la serenidad del síntoma o Variaciones sobre la angustia y la espera. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 3, 51-55.
38. Naveau, L. (2004). *La voz dulce*. Recuperado en octubre de 2015 de [http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el\\_paseySubSec=testimoniosyFile=testimonios/naveau\\_lavozdulce.html](http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el_paseySubSec=testimoniosyFile=testimonios/naveau_lavozdulce.html)

39. Palomera, V. (2006). *Lo que el fantasma desconoce*. Recuperado en octubre de 2015 de Ornicar? Digital: <http://wapol.org/ornicar/articles/plm0127.htm>
40. Paola, D. (2010) Testimonio de pase. *La experiencia del pase. Libro III* (pp. 29-48). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
41. Passos Ribeiro de Campos, S (2010) La travesura del *sinthome*. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 10, 56-64.
42. Passos Ribeiro de Campos, S (2012) Una nueva forma de amor. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 12, 97-101.
43. Pereira da Silva, J. A. (2017) El decantar del deseo de psicoanálisis en el pase. *Wunsch*, 16, 24-28.
44. Rabinovich, D. (2015) Primer testimonio. El laberinto de mi deseo de saber. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 18, 89-97.
45. Santiago, A. L. (2012). Flechazo (*Coup de foudre*). *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 12, 105-111.
46. Seynhaeve, B. (2011). Testimonio de Bernard Seynhaeve. En *Sutilezas analíticas* (pp. 198-218). Buenos Aires: Paidós.
47. Solano, E. (1996). La práctica del pase. En *La práctica del pase* (pp. 13-40). Buenos Aires: Paidós.
48. Stiglitz, G. (2010) Buen día Escuela Una. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 10, 66-74.
49. Tudanca, L. (2011). De la repetición de un destino a la invención de un significante nuevo. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 11, 123-132.
50. Udenio, B. (2014) Primer testimonio. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 100-108.
51. Vicens, A. (2013) *Lenta, precipitadamente*. San Martín: Universidad Nacional de Gral. De San Martín.
52. Vieira, M. A. (2013) Primer testimonio. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 14, 83-92.



53. Vinciguera, R.-P. (2006). *Había... hay*. Recuperado en octubre de 2015 de Escuela de la Orientación Lacaniana: [http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el\\_paseySubSec=testimoniosyFile=testimonios/vinciguerra\\_habia.html](http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el_paseySubSec=testimoniosyFile=testimonios/vinciguerra_habia.html)

La repartición del corpus entre tres escuelas fue ocurriendo de manera secundaria durante la búsqueda. No decretamos de antemano una composición equitativa ni excluimos en ningún momento testimonios de otras escuelas fuera de las que finalmente quedaron. Esta selección, en realidad involuntaria, se desprendió del hecho de que apelábamos a todo testimonio disponible en nuestro medio o bien en internet, y en ese proceso no encontramos material de otras escuelas. A este respecto, el corpus final está formado por:

- 39 testimonios pertenecientes a la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP),
- 10 de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano (EPFCL),
- 4 de la Escuela Freudiana de Buenos Aires (EFBA).

Posteriormente a la aplicación de los criterios de inclusión y exclusión, se realizaron *recortes internos*, acorde a criterios más específicos, como el tipo de sueño de que se trata y la función que el narrador le confiere. Estos recortes ya no tenían la finalidad de incluir o excluir testimonios del corpus, sino la de establecer distinciones dentro del corpus mismo, en función de las similitudes que iban surgiendo al leer sucesivamente los sueños -destacados ya en cada texto para un rastreo más rápido-.

De este modo, fueron surgiendo las temáticas que abordamos en cada sección de la tercera parte: (6) lo pulsional en los sueños; (7) lo interpretativo; (8) los sueños con el analista; (9) la angustia y la producción onírica de un significativo nuevo; (10) los sueños-índice; (11) la muerte; (12) el final de la cura; (13) los sueños después de terminado el análisis.

Como se ve, el método consiste en recortes escalonados que constituyen, como lo expresa Charaudeau (2005), “un movimiento en caracol que procede por contrastes sucesivos” (p. 21). Se van realizando repetidas “punciones” sobre el material, que delimitan con mayor precisión la búsqueda en el interior del corpus. Gracias a esos contrastes sucesivos es que fue posible distinguir las temáticas a recortar para visibilizar los cambios de posición del soñante.

En ese mismo movimiento, algunos testimonios fueron adquiriendo mayor relevancia y otros quedando en segundo lugar, pues nos fuimos centrando en los comentarios que los AE realizan sobre los efectos de esos sueños, el momento en que advinieron y la lógica que les suponen. Han sido también de enorme importancia las observaciones que algunos pasantes realizan sobre el soñar en general, durante sus tratamientos y luego de ellos, como, por ejemplo, cuando explicitan si notaban elementos invariantes en la escena onírica, si establecieron nexos entre sueños del inicio y sueños del final o incluso cuando algunos comentan cómo se relacionaban con sus sueños en las distintas etapas de la cura, lo que esperaban del trabajo onírico y lo que obtenían.

#### **2.4.4. Metodología de análisis**

Como venimos señalando, esta investigación se enfoca en la posición del soñante y los efectos de determinados sueños, y no en el estudio de los testimonios de manera exhaustiva. Por lo tanto, nuestro análisis se ha centrado más en los comentarios que los pasantes hacen con respecto a ciertos sueños y a sus efectos, que en el texto onírico en sí mismo, que nunca pretendimos analizar por fuera de la relación transferencial. Sin embargo, citamos constantemente el texto completo o parcial de ciertos sueños, pues en nuestra opinión, el texto onírico aporta resonancias que los comentarios no siempre alcanzan a producir. Pero que los citemos no significa que los analicemos, pues de hecho en ningún caso hemos apelado a asociaciones posibles no referidas

en el testimonio<sup>23</sup>. Muy por el contrario, tomamos estos sueños como texto ya definido por cada AE y apelamos, cuando las hay, a las asociaciones que ellos aportan.

Cabe señalar que este trabajo sería difícil de realizar sobre materiales clínicos de los inicios de un tratamiento, cuando los sueños se presentan con mucho más enigma y necesidad de despliegue asociativo. Cuando se trata de sueños conclusivos, como veremos, el texto es mucho más breve y los pensamientos preconscientes se revelan con cierta transparencia en el relato manifiesto o en unas pocas asociaciones. Y si se trata de sueños conclusivos que condensan gran cantidad de elementos biográficos, los soñantes mencionan ese dato, pero no despliegan cada uno.

A medida que examinábamos repetidamente el corpus y establecíamos subgrupos de sueños, las *categorías de análisis* fueron decantando. De inicio, contábamos con la idea de recortar especialmente los sueños que podíamos llamar, en algún sentido, *conclusivos*; caracterizados por sus efectos y ausencia de enigma. Pero luego fuimos seleccionando otras categorías, pues casi todos los sueños de los testimonios son conclusivos en algún sentido. Esas categorías finalmente permitieron el armado de las distintas secciones de la tesis:

- *lo pulsional* en los sueños;
- *lo interpretativo* en el sueño o el *sueño-interpretación*;
- los *sueños con el analista*;
- *angustia* y producción de *un significante nuevo* en el sueño;
- los *sueños-índice*;
- la *muerte* en los sueños;
- el *final de la cura*;
- los *sueños después de terminado el análisis*.

Si todas estas categorías han sido objeto de análisis en esta investigación, no se debe a su valor en sí mismas, sino a lo que cada una aporta al *eje central*, que es la *posición del soñante y sus cambios* a lo largo del tratamiento y

---

<sup>23</sup> El único caso en que referimos algunas ideas propias, no contenidas en el análisis hecho por el soñante, es en la sección 3, donde tratamos el sueño paradigmático de Freud. Rogamos se nos dispense la osadía.

especialmente al *final del análisis*. Por lo tanto, otras categorías que también habrían podido ser examinadas en los sueños del corpus, fueron desechadas por no aportar material pertinente sobre los cambios de posición del soñante. Es decir que con este mismo corpus podrían realizarse otras investigaciones sobre los sueños presentes, tomando algún otro eje de análisis.

## 2.5. Validez y replicabilidad

### 2.5.1. Epistemología del testimonio, concepto de *verdad* en psicoanálisis y estudios desde la perspectiva del paciente

Para atender ahora a la validez de esta investigación, vamos a centrarnos en tres características de nuestro material de análisis:

- el hecho de que se trata de *testimonios*,
- que aportan versiones de lo que en psicoanálisis consideramos *verdad*,
- que ofrecen una versión de los efectos del tratamiento desde la *perspectiva del paciente*.

Comencemos con los aportes de la *epistemología del testimonio*, campo que ha sido abordado desde disciplinas como la filosofía y el derecho. Sus desarrollos se han centrado en el hecho de que el testimonio sea o no una fuente de información fiable con respecto a una realidad externa al mismo. Esto ha dado lugar a posiciones que se han nombrado como “reduccionismos”, que exigen que el oyente tenga razones positivas no testimoniales para creer en el contenido de un testimonio (Ramírez Miranda, 2018). Estas posturas otorgan al trabajo testimonial un valor casi nulo, pues lo hacen depender de otros mecanismos de validación que serían condición necesaria.

En el otro polo, el no reduccionismo acota mucho sus exigencias, pero éstas no dejan de estar en una correspondencia supuesta con una realidad objetiva, de la cual el testimonio podría ser, o no, un reflejo fiable. No obstante, desde el no reduccionismo se le concede un papel participativo al oyente, quién mantiene su autonomía epistémica haciendo una evaluación propia de aquello que escucha (Lo Guercio, 2015).

En esta misma dirección, cabe mencionar también la postulación de una no univocidad del testimonio (Páez, 2014), que sostiene que el material testimonial –de cualquier campo disciplinar- no es una categoría unitaria, lo cual “pone en duda la idea de que existe una única actitud epistémica que debemos adoptar frente al testimonio” (p. 116). En cambio, sería preferible determinar localmente –es decir, sobre cada parte de un testimonio- la actitud a adoptar. Para ello, serán fundamentales la relevancia y el poder explicativo de cada uno de esos puntos, en función de los cuales el investigador o el oyente podrán decidir una toma de posición.

Si lo que vamos a interrogar en los testimonios es la forma del soñar y de relacionarse con sus sueños en distintos momentos del análisis, no encontramos, por nuestra parte, razones para descreer de ellos, ya que muchos analistas han transitado por el dispositivo del pase narrando muy pocos o incluso ningún sueño. Esto se ve reflejado en los testimonios que decidimos excluir de nuestro corpus de análisis, pues daban cuenta del recorrido analítico sin echar mano de los sueños, lo cual es considerado perfectamente válido en la comunidad analítica.

Tampoco se ha esgrimido hasta el momento regla alguna que sostenga que la relación con los sueños deba cambiar a lo largo del proceso, ni nuestra tesis apunta a eso. Sostendremos, en cambio, que, en un buen número de testimonios agrupados, donde los narradores son además ávidos soñantes, la relación con sus sueños parece haber ido cambiando, lo cual no es ni necesario ni preferible, sino meramente un dato clínico que, esperamos, podría servir para orientar el abordaje de los sueños con aquellos pacientes que trabajan preferentemente por esa vía y, sobre todo, sensibilizar a los analistas sobre el valor que pueden tener para muchos analizantes los sueños conclusivos, sueños que no piden interpretación sino escucha, registro del acto.

Inclusive tal vez sea necesario separarnos de lo que la epistemología del testimonio ha planteado como necesidad de definir una actitud epistémica frente a lo testimoniado. En nuestro campo, el del psicoanálisis, la palabra del analizante es central en todo momento. Coincidimos con Lacan (1936/2003) en que:

El primer signo de esa actitud de sumisión a lo real que aparece en Freud consistió en reconocer que (...) no hay motivo para excluir la vía que (...) abre el acceso más común, o sea, el testimonio que acerca de fenómenos tales da el sujeto mismo (p.74).

Más aun, en este texto Lacan va criticar la actitud de la medicina, que separaba los fenómenos psíquicos entre reales e imaginarios. “Freud comprende que esa elección misma le hace perder todo su valor al testimonio del enfermo” (p. 75). Y yendo más allá: “si se desea reconocer una realidad propia a las reacciones psíquicas, no hay que comenzar por elegir entre estas: hay que comenzar por no elegir” (p. 75).

Por lo tanto, vamos a abordar los testimonios desde un enfoque clínico, atendiendo a la verdad del sujeto, que definiremos a continuación.

Pero antes de eso, para examinar la actitud epistémica que se ha adoptado desde la comunidad analítica frente a los datos clínicos surgidos del pase, cabe mencionar algunas sorpresas, es decir, aquellos fenómenos reportados y luego recolectados que dan cuenta de que los testimonios de pase no son un mero vehículo de un discurso autocomplaciente para la comunidad analítica.

Un primer ejemplo puede rastrearse en una exposición oral de Lacan en el '73, en la que comenta que de parte de los jurados la comunidad no ha oído más que “testimonios de perplejidad y confusión” (Lacan, 1973/1977, p. 36), además de “que el pase fue para algunos una experiencia absolutamente conmoviente” (p. 37); efecto, al parecer, no esperado, ya que agrega: “he aquí, pues, lo que obtengo tras haber propuesto esa experiencia. Obtengo algo que en modo alguno pertenece al orden del discurso del amo” (p. 37). Esa sorpresa se confirma doblemente cuando, un momento después, afirma: “el resultado es algo enteramente nuevo, y en ninguno de los que a él se presentaron careció el

pase de efecto. Estos efectos tal vez sean deterioros y, después de todo, ¿por qué no?” (p. 39). Apreciación bastante enigmática, pero que deja traslucir cierto desacomodo entre lo hallado y lo que tal vez se esperaba.

Además de estas observaciones generales, hay otras específicas, como la diferencia entre lo que Lacan suponía que se escucharía en el pase en cuanto a los afectos: “¿Quién mejor que ese psicoanalizante en el pase podría autenticar en él lo que este tiene de posición depresiva?” (Lacan, 1967/2012a, p. 273), y lo que finalmente encontró: un afecto que se parecía más al entusiasmo; “es lo que mi ‘pase’, muy recientemente, ilustra”, dice en el '73 (Lacan, 1973/2012b, p. 329), hablando de un duelo ya consumado en el momento del pase, momento en el que el analista ya no causa el deseo del analizante (Lacan, 1973/2012a, p. 511).

Observaciones aún más específicas se hicieron luego desde las escuelas. Para citar sólo un comentario de cada una de las que tomamos en esta investigación, podemos ver, por ejemplo, la conferencia de Marie-Hélène Brousse (1995/1997) mencionada en el estado del arte, donde señala algunos asuntos que no se habían esperado y que cuestionaban el dogma, tales como: “notamos que la interpretación no ha sido ni una referencia de los pasantes en la organización de su testimonio, ni tampoco aparece claramente en lo que queda de su tratamiento” (p. 22).

Por parte de la EFBA, podemos transcribir unas palabras de Isidoro Vegh (2000/2006) sobre algunas sorpresas respecto a la distribución de lo pulsional en el lazo social. Uno podría esperar -decía este analista- que tras atravesar el fantasma lo pulsional se juegue en el lazo social de cierto modo; pero lo que observó tras el pase fue:

Lo contrario: tenemos el recuerdo triste, porque son colegas, amigos que queremos, de gente que han (sic) llegado al fin del análisis, en París, con la anuencia de Lacan, hicieron su pedido de pase y fueron nominados A.E.. Pero cuando uno los ve moverse en la escena, en el lazo social, son personajes bizarros, no lo podemos negar (p. 109).

Y de parte de la EPFCL, tomemos, por ejemplo, un comentario que escribe Colette Soler (2009/2013) más recientemente:

Es válido preguntarse cómo se podría abordar un dato clínico masivo –en el cual, además, los enemigos del psicoanálisis podían fácilmente apoyarse...-: me refiero al hecho de que aquellos a los que se da en llamar analizados, para muchos de los cuales el análisis llegó a cambiarlo todo, pues bien, estos, sin embargo, en cierto nivel, siguen siendo los mismos, incluso más inflexibles (p. 123).

Todos estos aspectos, reportados por cada escuela, son, por supuesto, explicados luego e integrados a la teoría, introduciendo en ésta algunas paradojas y salvedades. Pero no dejan de ser observaciones contrarias a lo que, desde algún ideal, podría haberse esperado que el pase arrojara.

No obstante, para resituarnos en la especificidad de nuestra investigación, señalemos nuevamente que el estudio de los sueños y sus transformaciones no forma parte de lo que había sido planteado como efectos del psicoanálisis por Freud, ni tampoco por Lacan. Incluso cuando desarrollemos los cambios en la posición del soñante que observamos en el corpus de análisis, reservaremos en todo momento la posibilidad de que esas transformaciones puedan no acontecer en muchas curas perfectamente válidas. Nuestra investigación apunta a la porción de casuística que permite observar esos cambios, sin pretensiones universales, que serían contrarias al postulado del caso por caso.

\*\*\*

Ahora bien, hemos visto que desde la epistemología del testimonio las cuestiones centrales han girado en torno al valor de verdad de lo testimoniado y a las razones que puede tener el oyente para creer o descreer. Es momento, entonces, de pasar a considerar qué acepción de *verdad* tomamos en esta investigación.

Para decirlo rápidamente, trabajamos con una idea de *verdad subjetiva*, aquello que el analizante ha podido construir –y sigue construyendo- respecto de sí mismo y de su recorrido de análisis.

En este sentido, seguimos a Lacan en su propuesta de que la verdad es una ficción –que podemos vincular a la *realidad psíquica* freudiana-, y que, como tal, toca en uno de sus costados a lo real –de allí sus efectos sobre el sujeto- y



se transmite a través de *construcciones discursivas* singulares. Con esta concepción abordamos los testimonios publicados por los pasantes, aquellos que según Lacan “se arriesgan a testimoniar lo mejor posible sobre la verdad mentirosa” (1976/2012, p. 601). Lacan la llama mentirosa porque la verdad -en el sentido de los *desarrollos de verdad* (Lacan, 1951/2003), por ejemplo, o también como la llama en uno de sus últimos seminarios: *variedad (varité)*, neologismo que condensa *verdad* y *variedad*, “la verdad como variable” (Lacan, 1976-77, clase del 19/04/77)- es allí concebida como una ficción provisoria, una construcción que seguramente porta un núcleo real, pero que puede y de hecho va modificándose a lo largo de un análisis y de la vida misma, bordeando ese núcleo real de diferentes maneras, intentando nombrarlo desde diversas aproximaciones.

Desde su posición, Lacan (1976/2012) va a sostener que “no hay verdad que, al pasar por la atención, no mienta. Lo que no impide que uno corra detrás” (p. 599) y que, entonces, cuando el pasante se dispone a “hystorizarse<sup>24</sup> por sí mismo” (Lacan, 1976/2012, p. 600), no podrá más que elaborar una ficción, volver sobre sus pasos para codearse, una vez más, con “el espejismo de la verdad” (p. 600).

Podríamos decir que Lacan aborda esta concepción de la verdad en psicoanálisis -y especialmente en el pase- desde un movimiento que lo hace posicionarse por momentos en alguno de los dos polos de la cuestión: uno es el de la verdad y la historia singular, en su enorme valor para nuestra disciplina – valor inaugurado por la experiencia de Freud con la histeria-, y el otro polo es el de la necesaria caída de ese valor personal de la novela familiar y sus reediciones como efecto de la cura<sup>25</sup>.

Todo esto implica un estatuto paradójico de la verdad concernida en el pase, ya que, por un lado, el estudio de los finales de análisis ha llevado a destacar esa pérdida de importancia que experimenta la novela familiar, frente

---

<sup>24</sup> Neologismo que condensa *historia* e *histeria* (*hystérie*).

<sup>25</sup> En este segundo polo, la verdad llega a ser concebida por Lacan (1967-68, clase del 29 /11/67) como *resistencia*, “residuo” que resiste a la operación reductora del saber textual. Dicho de otro modo, la verdad sería ese efecto que, al no cesar de producirse por el discurso mismo, impide que las marcas significantes sean advertidas como materialidad que está a la base de esos efectos mismos.

al valor de uso que adquiere aquello que pudo ser extraído como marca significativa de esa historia -su reducción inclusive a unas pocas letras-, pero, por otro lado, el pase mismo implica testimoniar y, entonces, invita a poner en ejercicio, una vez más, la función de la verdad -aunque ahora se la encuentre castrada, incluso capaz de asquear al pasante, que ya no quiere saber más de eso, como se ve en muchos testimonios (Cf. Iaconelli, 2017; Vieira, 2013, entre otros)-.

La invitación, entonces, no deja de ser paradójica<sup>26</sup>. Lacan (1973/2012b) evidencia que se mueve entre estos dos polos al decir, por ejemplo, que el pase intenta verificar “lo que la ciencia le debe a la estructura histórica, la novela de Freud son sus amores con la verdad. Es decir, el modelo del cual el analista, si es que hay uno, representa la caída” (p. 329).

Por lo tanto, en esta investigación nos basamos en la verdad discursiva que transmiten los testimonios. Si consideramos que “es con la aparición del lenguaje como emerge la dimensión de la verdad” (Lacan, 1957/2003, p. 505), entonces nos estamos refiriendo a una verdad como constructo.

\*\*\*

Hasta aquí, hemos sostenido la validez de esta investigación a partir de dos características del material con que trabajamos: la de ser *testimonios* y la de estar referidos a la *verdad subjetiva*. Ahora, en tercer lugar, comentaremos el apoyo que podemos encontrar en una vertiente de la investigación en psicoterapias que está ganando fuerza desde las últimas décadas en diversas latitudes.

Nos referimos a lo que se ha dado en llamar *estudios desde la perspectiva del paciente*, y que surge como respuesta al descuido del aspecto subjetivo dentro del campo de los estudios sobre eficacia en psicoterapias. En las últimas

---

<sup>26</sup> Colette Soler da cuenta de esta paradoja cuando escribe: “De un pasante se espera que dé testimonio de la verdad mentirosa, es decir, que historeice su análisis. Y para ello no bastará con que enumere las producciones de verdad que lo jalaron, pues esto constituiría tan sólo la novela de un análisis. Se requeriría, además, que deje percibir de qué modo la mentira percibida de la verdad lo curó del espejismo y lo asqueó de la carrera, aunque para decirlo no disponga de otro medio que la palabra, con su verdad... mentirosa” (2009/2013, p. 96).

décadas se ha señalado la importancia de profundizar esas líneas de investigación, especialmente en tanto la percepción de los pacientes no siempre coincide con la de los terapeutas y la perspectiva de los primeros puede servir para el ulterior desarrollo del tratamiento (Olivera, Braun, Gómez Penedo y Roussos, 2013; Roussos, 2013).

Además de haberse destacado la importancia de realizar estudios de este tipo, se ha argumentado que “la perspectiva del paciente es uno de los modos válidos para acercarse a la comprensión del proceso y los resultados en psicoterapia” (Olivera Ryberg, Braun, Balbi y Roussos, 2011, p. 166). Y no sólo válido, sino también en varios sentidos preferible, pues “los cambios que ocurren durante la terapia tienen lugar en el paciente, por lo tanto, él o ella es el mejor informante de cómo este proceso se desarrolla y se extiende en el tiempo” (Altimir, *et al.*, 2010, p. 484).

Se ha señalado también que, en entrevistas posteriores a sus tratamientos, los pacientes ofrecían información que no habían mencionado durante las sesiones, especialmente con respecto a los cambios que la terapia había posibilitado (Jock *et al.*, 2013). Esos cambios muchas veces estaban referidos a momentos posteriores a la terminación del tratamiento, con lo cual se ha vuelto evidente que las transformaciones producto de las distintas psicoterapias continúan desarrollándose después de su finalización; cuestión que ha sido especialmente resaltada para el caso de las psicoterapias de inspiración psicoanalítica (Shedler, 2010). Todo esto ha llevado a sostener “el valor de la experiencia subjetiva del paciente como fuente de información empírica, basada en su situación privilegiada de protagonista del esfuerzo terapéutico” (Altimir, *et al.*, 2010, p. 485).

Encontramos en todo esto una notable coincidencia, pues, así como en el pase “se le plantean al analizado las preguntas que su analista no podría responder” (Lombardi, 2018, p. 39), en los estudios en psicoterapia desde la perspectiva del paciente también se considera, justamente, que los terapeutas y observadores externos de investigación “no tienen acceso a esta información y al continuo proceso de cambio del paciente” (Altimir, *et al.*, 2010, p. 484).

Otra veta de interés que localizamos en este tipo de estudios es que intentan fortalecer los abordajes cualitativos de investigación en psicoterapia,

nutriéndose de enfoques *experienciales* (Binder, Holgersen, y Nielsen, 2010) que apuntan a favorecer las narrativas de los propios pacientes por sobre los “ideales puristas sobre lo que debería lograrse en un tratamiento” (p. 293). Gracias a estas corrientes, se ha vuelto posible establecer una sólida crítica a la perspectiva tradicional de evaluación de los efectos de las psicoterapias, que habitualmente privilegia el alivio sintomático, desde un modelo de origen médico (Binder, *et al.*, 2010) y que pretende ignorar las fuertes limitaciones que introduce el paradigma de las ciencias naturales al momento de explicar los complejos desarrollos que ocurren durante y luego de un proceso terapéutico (Kühnlein, 1999). La perspectiva del paciente suele valorar otros aspectos del cambio introducido por el tratamiento, a tal punto que se ha observado que el alivio sintomático era muy pocas veces mencionado en los testimonios de los pacientes y, en cambio, éstos subrayaban la importancia de haber comenzado a relacionarse mejor con los otros y de sentirse mejor consigo mismos (Binder, *et al.*, 2010). Esos testimonios fueron estudiados en tanto *sistemas implícitos de construcción autobiográfica* (Kühnlein, 1999) y pudo entonces apreciarse que los pacientes habían experimentado el tratamiento como un proceso de transformación vital.

Estos aportes tal vez nos permitan observar nuestra propia investigación desde una óptica levemente diferente, dejando por un momento de lado la especificidad del dispositivo del pase y valorando en un sentido amplio la transmisión que los testimonios prometen, en tanto *narrativas autobiográficas*, si se quiere<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Sobre esta convergencia cabe mencionar especialmente el comentario de un AE con respecto a la estructura narrativa de los sueños, en su interjuego con el testimonio y el testimoniar en el contexto del pase, observación que marca una coincidencia más entre ciertos enfoques de los estudios desde la perspectiva del paciente y nuestra investigación a partir de testimonios de pase: “El soñador es un narrador. El sueño gana materialidad tan solo cuando es narrado. Y el sueño, hoy, no deja de ser la narrativa de una pequeña historia, dado que el hombre de la modernidad trabaja apenas en aquello que puede ser abreviado. La narrativa moderna se abrevió, según lo constató Walter Benjamin cuando dice que la *short story* vino a ocupar el lugar de la historia perfecta. La pequeña historia huye de la tradición oral y no permite la lenta superposición de capas, que ofrece la narrativa histórica que emerge de estratificaciones múltiples venidas de las varias versiones. De hecho, el narrador del pase es un nuevo cronista que presenta piezas sincopadas, pero ejemplares. Quien escucha su *hystóeria* comparte esa

Justamente sobre las narrativas se ha señalado que no debe olvidarse que constituyen un método válido de investigación en ciencias sociales, y que, aunque menos utilizado en el campo de la psicología, pueden aportar información valiosa y analizable (Kühnlein, 1999). Desde nuestra postura defendemos que, aunque los testimonios que utilizamos pertenezcan a “pacientes” que son además psicoanalistas y, por lo tanto, estén mucho más atravesados por postulados teóricos, no dejan de ser relatos sobre sus propios recorridos como analizantes y permiten observar aspectos que también han sido enfocados desde los estudios de perspectiva del paciente, tales como el modo en que ellos “*significan* los múltiples aspectos de un resultado terapéutico” (Binder, *et al.*, 2010, p. 286, cursivas añadidas) y la manera en que sus narrativas señalan puntos de *discontinuidad biográfica* (Kühnlein, 1999).

Finalmente encontramos muy valioso el hecho de que estas corrientes de investigación hayan explicitado postulados epistemológicos que compartimos y que el ámbito lacaniano tiende a expresar con fórmulas mucho menos claras. El ejemplo más importante para nuestro enfoque es tal vez la coincidencia entre el concepto de *verdad* que manejamos y la afirmación de que las narrativas autobiográficas “contienen la visión subjetiva (interpretaciones, actitudes y valores) del narrador, y, por lo tanto, deben ser tratadas como *construcciones de la realidad*” (Kühnlein, 1999, p. 275, cursivas añadidas). Más aún, la forma en que se ha entendido el testimonio de los pasantes como una “puesta a prueba de la hystorización del análisis” (Lacan, 1976/2012, p. 601) es coincidente con la indicación de que las narrativas de pacientes o ex pacientes de una determinada psicoterapia no deben ser pensadas como “explicaciones que sean estables e inalterables de una vez y para siempre” (Kühnlein, 1999, p. 278), lo cual nos deja frente a una concepción de la verdad testimonial como versión construida, ficción puntual, atravesada y responsiva de todo aquello que se dijo sobre el mismo

---

nueva especie de pequeña historia y quien la lee participa de ella también. Narrar no es de ninguna manera apenas la obra de la voz o de las palabras, sino sobretodo (sic), aquello que le es más propio: lo que decantó y lo que se recogió de una experiencia (De Campos, 2012, p. 44).

tema, dentro o fuera del tratamiento, y en definitiva, provisoria, imperfecta y sucesiva<sup>28</sup>.

### 2.5.2. Replicabilidad de esta investigación en otros contextos

Como dijimos previamente, creemos que este mismo corpus podría servir para realizar alguna otra investigación sobre sueños, tomando otro eje de análisis de los mismos. En cambio, si se quisieran analizar otros conceptos en un corpus también conformado por testimonios, seguramente sería preferible rehacer el procedimiento de selección, composición y re-composición del corpus, atendiendo a otros criterios de inclusión y exclusión.

Sería interesante también poder cotejar esta investigación con otras realizadas con estas mismas categorías, o similares, pero con diferente corpus, como podría ser el caso de una que tomara testimonios en otro idioma, o testimonios que aparezcan más adelante –el más antiguo de nuestro corpus es de 1996 y los más recientes son de 2017-.

Por otra parte, también sería valioso un estudio de los cambios en relación a la vida onírica que pudiera realizarse mediante entrevistas a los interesados. Si éstos fueran analistas que han participado del pase, la investigación sería afín a esta; si, en cambio, fueran analizantes que no decidieron estudiar y practicar el psicoanálisis, pero que llevaron su análisis hasta un cierto final –que habría que definir-, la investigación podría aportar un material en cierta medida menos influido por la teoría psicoanalítica –con excepción de lo que el paciente habría escuchado en las intervenciones de su analista-. Sería muy interesante y permitiría cotejar nuestros hallazgos con unos menos intrínsecos a la comunidad disciplinar.

Por último, si una investigación de este mismo tema se realizara mediante entrevistas a pacientes de larga data en tratamientos analíticos no lacanianos, los hallazgos podrían indicar si alguno de los cambios que examinamos en esta

---

<sup>28</sup> Coincide nuevamente la perspectiva de estos autores con la de un Lacan que, como citamos anteriormente, sostiene en su Seminario 24 que “habría que abrirse a la dimensión de la verdad como variable, de lo que llamaré la *variedad* (*varité*)” (clase del 19/04/77).

tesis podría considerarse efecto de un tipo de clínica específicamente lacaniana o si, por el contrario, iguales o similares transformaciones acaecen en análisis de otras filiaciones.

## **2.6. Limitaciones de esta investigación**

Como dijimos, el hecho de circunscribir el análisis a sueños mencionados únicamente en testimonios de pase, no permite estudiar el tema más que en analizantes que son a su vez analistas y han elegido testimoniar.

En segundo lugar, restringe el estudio a los ejemplos que éstos han decidido relatar y que produjeron algún efecto.

Estas limitaciones hacen deseable la realización de estudios complementarios, que permitan enfocar el tema desde otras perspectivas y métodos, como señalamos en el apartado anterior.

---

## **SEGUNDA PARTE**

### **EJERCICIO DE LECTURA DE LA NOCIÓN DE “REALIZACIÓN DE DESEO EN EL SUEÑO”**

---



En la primera parte de la tesis hemos explicitado todo lo relativo al tema de investigación y los métodos utilizados. Es momento, ahora, de sumergirnos en el edificio conceptual que se ha construido desde los inicios del psicoanálisis en torno al sueño.

Nos ocuparemos, en esta segunda parte, de cómo fue pensada la relación entre el sueño y el soñante en lo que respecta al deseo, la pulsión, el acto y la destitución subjetiva. Damos por sentado que el lector está familiarizado con los mecanismos del sueño postulados por Freud, que aquí no desarrollamos. Haremos, en cambio, un recorrido centrado en la noción de *realización de deseo en el sueño*, para llegar a vincular ese funcionamiento con la intervención de la pulsión y el acto. Esto nos llevará a posicionar al deseo en una cierta distancia del principio de placer, en tanto su funcionamiento mismo conduce al rebasamiento de ciertos límites.

Ofrecemos, en esta segunda parte, tres secciones. En la primera, examinamos el valor inaugural del sueño que Freud llamó “paradigmático”. En la segunda, un recorrido por algunas bases conceptuales freudianas oficia de introducción a la temática deseo-pulsión en el sueño. En la tercera, los desarrollos lacanianos nos prestan su apoyo para revisar los postulados freudianos, a los que, en ciertas ocasiones, va a adicionar algún elemento.

### 3. El sueño paradigmático de Freud

#### 3.1. Contexto del sueño

En 1895 sucedió algo en la vida de Sigmund Freud que la marcaría profundamente: tuvo un sueño. Nos referimos al sueño conocido actualmente como “de la inyección de Irma”, el cual fue incluido en *La interpretación de los sueños* en un capítulo central, que lo ubica como “sueño paradigmático”.

Para sopesar el valor histórico del mismo, debemos revisar primero las singulares circunstancias de su producción<sup>29</sup>.

Freud se encontraba, en la época de aquél sueño, en plena transferencia con el médico berlinés Wilhelm Fliess. Se conocían desde 1887, año en que este último se había instalado en Viena para realizar su residencia en otorrinolaringología. Ambos médicos profesaban un marcado interés por los efectos de la sexualidad en la vida humana, y su afinidad era tan profunda que llegaron a pensar en escribir una obra en común. Desde 1890, realizaban regularmente un “congreso” entre ambos:

El primero tuvo lugar en Salzburgo en agosto de 1890, siguieron otros en Berlín en 1893, en Munich en agosto de 1894 y en Viena en febrero de 1895, pero no conocemos todas las fechas. Fliess, que con su mujer viajaba frecuentemente a Viena para visitar a su familia política, evidentemente veía a Freud en cada una de esas ocasiones. Fliess tenía una personalidad seductora. Era un brillante conversador, curioso por todo (...). El intercambio con él se convirtió gradualmente para Freud en un sustituto de la correspondencia amorosa con su prometida (Anzieu, 1987, pp. 137-138).

La amistad entre los dos médicos se afianzaba día a día, con significativos efectos para la producción de cada uno. Freud encontraba en Fliess un

---

<sup>29</sup> Para esta sección tomamos los datos históricos precisados por Didier Anzieu (1987) *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*; Ernest Jones (1981) *Vida y obra de Sigmund Freud* y Octave Mannoni (1979) “El análisis original”, en *La Otra escena: claves de lo imaginario*.

compañero de pensamientos, un confidente y, sobre todo, una persona que confiaba firmemente en su capacidad de descubrir algo nuevo para la humanidad. Esto puede apreciarse, por ejemplo, en lo que Freud recordaba en una de sus cartas a Fliess:

Después de cada uno de nuestros Congresos me sentía nuevamente fortalecido durante semanas enteras, nuevas ideas pujaban por abrirse camino, se restauraba el gusto por el trabajo arduo y la vacilante esperanza de hallar el propio camino a través de la selva volvía a arder con firmeza y con brillo, por un tiempo (Freud, citado por Jones, 1981, p. 299).

Freud apreciaba mucho esta atmósfera de productividad y confianza, porque sabía que no es posible hacer de ella un estado constante. Cada tanto, se enfrentaba con un desánimo que le impedía avanzar. En agosto de 1890, por nombrar uno de esos momentos, le escribía a Fliess: “me encuentro muy aislado, embotado en materia científica, haragán y resignado” (Jones, p. 298).

A mediados de 1894, Freud volvía a quejarse de sentirse científicamente aislado; sus relaciones con Breuer se habían entibiado desde que éste se negara a acompañarlo en la teorización de la sexualidad. Espinoso terreno que era, en cambio, fuertemente atractivo para Fliess. Tener el apoyo de este último resultaba crucial para hacer avanzar una obra tan revolucionaria como la del vienés. Es así que, en su *Traumdeutung*, Freud se refiere a Fliess como “una persona cuya aprobación recuerdo contento cada vez que me siento aislado en mis opiniones” (1900/2001, p. 137). Del mismo modo, en 1894 le escribía: “Tu aprobación es para mí néctar y ambrosía” (Anzieu, 1987, p. 142).

El año del sueño maravilloso<sup>30</sup>, 1895, varias situaciones de peso venían a converger. Ese febrero, los dos amigos habían celebrado uno de sus congresos. Ese mismo mes, Fliess había operado a Freud de una supuración, cauterizándole los senos nasales y una segunda intervención estaba planificada para el final de las vacaciones de verano –el mismo en que ocurre el sueño inaugural–.

---

<sup>30</sup> Adjetivamos de acuerdo con Freud, quien escribe: “¡Cuán maravillosamente tramado un sueño así!” (p. 137).

En aquél entonces, la redacción de *Estudios sobre la histeria* estaba casi terminada y Freud se abocaba a su *Proyecto de una psicología para neurólogos*. En abril de 1895, es decir, tres meses antes del sueño paradigmático, Freud (1895/2011) le escribía a su amigo:

Me encuentro tan atollado en la "Psicología para neurólogos" que me consume por completo, al punto de que estoy trabajando en exceso y me veo obligado a interrumpir. Jamás he estado tan intensamente preocupado por cosa alguna. ¿Y qué saldrá de todo esto? Espero que algo resulte, mas es un asunto arduo y lento (p. 325-326).

A su vez, hacia el final de la primavera de 1895 Martha le había anunciado que estaba embarazada por sexta vez. Ambos concordaban en que debía ser el último embarazo de la pareja. Un mes más tarde, Fliess comunicaba a su amigo que sería padre por vez primera. Para ese entonces, ambos amigos mantenían conversaciones acerca de la urgencia de descubrir métodos anticonceptivos eficaces, que permitieran a las parejas prescindir de las incómodas estrategias de *coitus interruptus* y *coitus reservatus* (Anzieu, 1987). Freud confiaba mucho en los avances de Fliess al respecto y le dará un lugar privilegiado en su sueño.

Según Anzieu, también por aquella época Freud habría estado en la peor etapa de unos síntomas cardíacos que lo aquejaban desde 1890 (por una miocarditis post-infecciosa, según Breuer, o una trombosis coronaria benigna, según Fliess) y que volvían palmaria su preocupación por la muerte. Para Anzieu, su inquietud se enlazaba también con una crisis propia de "la mitad de la vida", teniendo Freud 39 años y cinco hijos bajo su protección, más otro en camino. Él relataba todas sus dolencias a Fliess, quien le había prohibido fumar, puesto que las atribuía a una intoxicación por nicotina. Sea como fuere, el estado de Freud en 1895 no era relajado; antes bien, estaba atravesando un arduo período. Sus síntomas y sus cartas lo evidencian.

En otro orden de cosas, también había tomado la decisión de efectuar un viaje con el que había soñado largamente: iría por primera vez a Italia<sup>31</sup>. Luego de sus vacaciones familiares en Bellevue -lugar donde tendrá el sueño- partiría

---

<sup>31</sup> Freud había residido en Trieste, que por entonces pertenecía al imperio austrohúngaro y que sólo pasó a formar parte de Italia después de la primera guerra mundial.

con su hermano Alexandre hacia Venecia, después visitarían Roma y Nápoles; en último lugar, pasarían por Berlín.

Los viajes siempre tuvieron para Freud una especial relevancia. Muchos años más tarde, en su “Carta a Romain Rolland”, confesaría que ciertos viajes eran, para él, el equivalente del “haber llegado más lejos que el padre” (Freud, 1936/1997, p. 221)<sup>32</sup>. Explicaba esta circunstancia por sus orígenes pobres: “la añoranza de viajar también expresaba sin duda el deseo de escapar a esa situación oprimente, deseo similar al que a tantos adolescentes esfuerza a largarse de su casa” (p. 220). Sabemos por dicha carta, que los viajes y su preparación podían llegar a producirle desazón y leves fenómenos de enajenación.

Al respecto, Anzieu comenta: “Freud, en ese triple viaje a Bellevue, Venecia y Berlín, se dispone a ‘despegar’” (p. 149); pero luego extiende ese “despegue” a toda una época, indicando que a partir de aquél viaje y de aquél



Dalí, Salvador (1932) *El sueño acercándose*. [Óleo sobre tela]. *The Ulla and Heiner Pietzsch Collection, Berlín*.

sueño, Freud ingresa, no sin contrariedades, en un nuevo período: el de la invención del psicoanálisis propiamente dicho y la escritura de su obra. Su sueño inaugural está acercándose, como en este cuadro de Salvador Dalí.

El lapso al que se refiere Anzieu, 1895-1900, corresponde, justamente, al que se inicia con el sueño “de la inyección de Irma” y culmina con la publicación de *La interpretación de los sueños* –cuyas ideas centrales fueron redactadas antes de 1896<sup>33</sup>-. La transferencia de Freud en

<sup>32</sup> La muerte del padre de Freud no ocurre el mismo año del sueño “de la inyección de Irma”, sino el siguiente, en octubre de 1896.

<sup>33</sup> “Lo esencial de *La interpretación de los sueños*, por ejemplo, quedó terminado a comienzos de 1896, pero su redacción definitiva se demoró hasta el verano de 1899” (Freud, 1900/2001, p. 7).

esa etapa se dirige tanto a Fliess, cuyo apoyo le permite continuar, como a sus futuros lectores, sin los cuales el empuje por producir una importante obra quedaría trunco.

Estas precisiones son necesarias para ubicar el contexto en que se encontraba Freud en 1895: una situación marcada en varios sentidos por el despegue, el inicio de importantes pasos, pero también por la repetición –de embarazos, de años cumplidos que lo acercaban a la muerte y de síntomas que lo aquejaban-. En el centro de esa repetición, algo en él auguraba un pasaje, un paso hacia otra cosa, que lo convertiría en fundador.

La relación con Fliess, que le otorgó a Freud un interlocutor con quien compartir, entre otras cosas, el texto de sus sueños, ha sido a menudo considerada como una relación analizante-analista. Se ha mencionado también que ese vínculo tuvo sus momentos de auge, como podría ser éste, el del sueño paradigmático (Cf. Anzieu, 1987), y que tuvo también su final y una cierta necesidad de testimonio de pase por parte de Freud (Cf. Chauvelot, 1977; Mazzuca, 2011). Ese momento, “en que la transferencia de Freud a Fliess se está elaborando y desmontando” (Mazzuca, 2011, p. 115), “punto en el que deseaba poder hablar de su transferencia analítica con Fliess y de la descatectización de esa transferencia” (Chauvelot, 1977, p. 64), ha sido situado en un viaje que realiza con Sándor Ferenczi en 1910; es decir, cinco años después de haber tenido el sueño “de la inyección de Irma”. Si bien no llegaremos hasta esa etapa del viaje de 1910, es interesante tener en mente estos desarrollos -que han sido bien documentados con la correspondencia de Freud- para pensar aquí el valor de este sueño, sucedido en el seno de una relación analítica cinco años antes de su liquidación.

### **3.2. Relevancia del Capítulo 2 de *La interpretación de los sueños***

Este capítulo es central en *Die Traumdeutung*. Freud lo tituló “El método de la interpretación de los sueños. Análisis de un sueño paradigmático” y es donde expone los puntos principales de su descubrimiento. A su vez, el hallazgo

principal de esta obra surge, como Freud mismo lo señala, de aquél dichoso sueño “de la inyección de Irma”.

El capítulo comienza exponiendo la premisa de Freud (1900/2001), según la cual “los sueños son interpretables” (p. 118). Primeramente, efectúa un repaso acerca del *método simbólico* de interpretación de los sueños, del cual tenemos muestras en la Biblia, por ejemplo. Freud sitúa entonces el mayor obstáculo para dicho método: “de antemano fracasa en aquellos sueños que aparecen no meramente incomprensibles, sino, además, confusos” (p. 118-119). Sólo sueños como el de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas podrían admitir algún tipo de interpretación por esa vía.

El otro método conocido, que Freud define como “del descifrado”, implica ya un avance, puesto que “trata al sueño como una suerte de escritura cifrada en que cada signo ha de traducirse, merced a una clave fija, en otro de significado conocido” (p. 119). Lo esencial de este procedimiento radica en que se aplica a los fragmentos del sueño por separado, desprendiéndose, de mejor manera que el método simbólico, del armado imaginario con que la elaboración secundaria viste habitualmente a la actividad onírica. Freud destaca que sin duda este procedimiento se originó para poder interpretar los sueños confusos y fragmentarios. No obstante, lo que este método hace con los fragmentos que extrae es sumamente dudoso, puesto que depende de que las respuestas que ofrece el libro de claves sean confiables y altamente generalizables. Estos libros sobre claves del sueño siguen editándose en la actualidad y muchos de sus contenidos son asequibles en internet. Freud (1900/2001), por su parte, introduce en 1909 una nota al pie, donde comenta algo sumamente interesante:

El doctor Alfred Robitsek me ha observado que los libros orientales de sueños, de los cuales los nuestros son lamentables calcos, casi siempre emprenden la interpretación de los elementos oníricos por la homofonía y la semejanza de las palabras. Estos parentescos necesariamente se pierden al traducirlos a nuestra lengua; de ahí la incomprensibilidad de las sustituciones en nuestros «libros de sueños» populares (p. 121, n. 4).

Una vez considerados los bemoles de este *método del descifrado*, Freud (1900/2001) ofrece un detalle más: una *variación* interesante de dicho método, ofrecida por Artemidoro Daldiano en su *Oneirocritica*, que corrige su carácter de

traducción puramente mecánica, atendiendo no solamente al contenido del sueño, sino también a la persona y las circunstancias de vida del soñante. De este modo, un mismo sueño podrá conducir a lecturas diversas según se trate de una persona soltera o casada, rica o pobre, orador o comerciante.

Dicho esto, vemos que las cartas están echadas: Freud ha realizado una minuciosa investigación, de la cual ha recortado únicamente los datos que le interesan, y que lo conducen hasta el borde de lo teorizado, permitiéndole saltar más allá de lo conocido. Se dispone entonces a enunciar su método y a ejemplificarlo con un sueño de su autoría. Lo esencial de su invención, se encuentra resumido en otra nota al pie, esta vez introducida en 1914:

La técnica que expongo en lo que sigue se aparta de la de los antiguos en un punto esencial, a saber, que difiere al propio soñante el trabajo de interpretación. No quiere tomar en cuenta lo que se le ocurre al intérprete, sino lo que se le ocurre al soñante sobre el elemento correspondiente del sueño. Sin embargo, informes recientes (...) muestran que los modernos intérpretes orientales de sueños requieren en gran medida de la cooperación del soñante (p. 120, n. 3).

En lo que sigue, Freud se aboca a describir cuál y cómo deberá ser esa cooperación del soñante cuando se trate de interpretar psicoanalíticamente un sueño. Detalla, entonces, lo que llama “preparación psíquica del enfermo” (p. 122) y que apunta a intensificar su atención para sus percepciones psíquicas y suspender la crítica. Seguidamente, esboza la importante diferencia entre *reflexionar* y *observarse a sí mismo*, vale decir, asociar libremente. Estando estas condiciones dadas en el paciente, el analista podrá tomar el sueño, fragmento por fragmento, y pedir asociaciones.

Ahora bien, para fundamentar su propuesta, y aun afirmando haber sometido a interpretación “más de un millar de sueños” (p. 125), Freud elige narrar un sueño suyo. Lo justifica diciendo que sobre los sueños ajenos podría objetársele que provienen de neurópatas y así desautorizar cualquier inferencia sobre las personas “sanas”. Por otra parte, también le parece poco conveniente tener que referir un historial entero para que puedan captarse las resonancias de un sueño y, en tercer lugar, encuentra que es más favorable la observación de sí que la observación de otros. Narrar un sueño suyo le parece la mejor manera de resolver estos obstáculos; a pesar de lo cual expresa:



Otras dificultades hube de vencer en mi fuero interno. Tenemos un comprensible horror a revelar tantas cosas íntimas de nuestra vida psíquica, pues no estamos a cubierto de las interpretaciones torcidas de los extraños. Pero debemos poder sobreponernos a ello. (...) me creo con derecho a pedir al lector que sustituya enseguida su interés inicial hacia las indiscreciones que debo cometer por el exclusivo ahondamiento en los problemas psicológicos que gracias a ese medio se iluminan<sup>34</sup>.

Escogeré, entonces, uno de mis propios sueños y elucidaré en él mi modo de interpretación. Tales sueños exigen siempre un informe preliminar. Ahora debo rogar al lector que durante un buen trecho haga suyos mis intereses y se sumerja conmigo hasta los menores detalles de mi vida, pues el interés por el significado escondido de los sueños exige imperiosamente una tal transferencia (pp. 126-127).

Es así que Freud se embarca en la tarea de relatar su sueño inaugural, el sueño de los sueños, el sueño paradigmático. Ha dado suficientes justificaciones para hacerlo y nosotros nos atrevemos a agregar una más -que surge de la importancia que le otorga el soñante mismo-: tal vez Freud necesitaba contarlo. Actualmente, es altamente célebre el hecho de que él deseara conmemorar ese sueño con una placa que, instalada en la casa de Bellevue, dijera:

En esta casa, el 24 de julio de 1895,  
le fue revelado al doctor Sigmund Freud  
el secreto de los sueños.

“Por el momento parece poco probable que ello ocurra”, comentaba Freud (1900/2001, p. 141) en una carta a Fliess, donde confesaba este anhelo suyo. Muchos años más tarde, a mediados de los años '80, el gobierno de la ciudad de Viena colocó finalmente la placa que honra el comienzo del legado freudiano sobre los sueños.

Con todo esto vamos haciendo notar que no se trató de un sueño cualquiera, sino de un acontecimiento de aquellos tras los cuales el sujeto

---

<sup>34</sup> Nótese que iguales consideraciones valdrían para la publicación y el estudio de los testimonios de pase que constituyen la materia prima de esta tesis.

emerge transformado. Pocas veces un sueño deja una marca indeleble, pero es nuestro propósito mostrar que no sólo el sueño fundador del psicoanálisis es digno de ser anotado en un conjunto que lo exceptúa de aquello que habitualmente caracteriza a los sueños –su olvido–, sino que también hay muchos otros que pueden exceptuarse, dada su virtud de revestir, para los soñantes, un carácter inolvidable.

Como venimos destacando, el sueño de julio de 1895 inicia y empuja la escritura de *La interpretación de los sueños*. En 1931, en uno de los prólogos para las reediciones del libro, Freud (1900/2001) escribe:

Este libro, con su nueva contribución a la psicología, que sorprendió al mundo en el momento de su publicación (1900), permanece inalterado en lo esencial. Contiene, aun de acuerdo con mi juicio actual, el más valioso de los descubrimientos que tuve la fortuna de hacer. Un *insight* como este no nos cabe en suerte sino una sola vez en la vida (p. 27).

Sin embargo, sabemos que el libro no resultó un éxito de ventas durante los años inmediatos a su lanzamiento; hacía falta tiempo para que la sociedad lo acogiera, hecho que sucedió sólo posteriormente.

### 3.3. Texto del sueño

Vayamos ahora a las circunstancias inmediatas del sueño y a su texto, tal como fueron plasmados por su autor en el capítulo 2 de *Die Traumdeutung*.

Freud nos ofrece un informe preliminar, donde confiesa la delicada circunstancia en que lo dejó el haber tomado como paciente a cierta amiga suya y de la familia, a quien llama “Irma”. “La cura culminó con un éxito parcial”, explica, “pues la paciente perdió su angustia histérica, pero no todos sus síntomas somáticos” (p. 127). Él le propuso una solución que a ella no le pareció aceptable como criterio de cierre del tratamiento y en medio de ese desacuerdo debieron despedirse por las vacaciones de verano.

El día previo al sueño, Freud recibió la visita de su colega, Otto, que había estado con Irma y su familia en un lugar de veraneo. Freud le preguntó cómo se encontraba ella y no se sintió a gusto al escuchar que estaba mejor, pero no del todo bien. “Sé que las palabras de mi amigo Otto, o el tono en que las dijo, me irritaron” (p. 127), confiesa. Freud cree que se le reprocha haber prometido demasiado a la paciente y supone que la familia, y tal vez el mismo Otto, no veían con buenos ojos el tratamiento. Esa molesta sensación, sin embargo, no es del todo percibida por él, aunque dedica la tarde a redactar la historia clínica, con el propósito de enviársela a un colega, el doctor M., a modo de justificación. Esa misma noche, tiene el famoso sueño:

Un gran vestíbulo –muchos invitados, a quienes nosotros recibimos. – Entre ellos Irma, a quien enseguida llevo aparte como para responder a su carta, y para reprocharle que todavía no acepte la «solución». Le digo: «Si todavía tienes dolores, es realmente por tu exclusiva culpa». – Ella responde: «Si supieses los dolores que tengo ahora en el cuello, el estómago y el vientre; me siento oprimida». – Yo me aterro y la miro. Ella se ve pálida y abotagada; pienso que después de todo he descuidado sin duda algo orgánico. La llevo hasta la ventana y reviso el interior de su garganta. Se muestra un poco renuente, como las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso entre mí que en modo alguno tiene necesidad de ello. – Después la boca se abre bien, y hallo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes veo extrañas formaciones rugosas, que manifiestamente están modeladas como los cornetes nasales, extensas escaras blanco-grisáceas. – Aprisa llamo al doctor M., quien repite el examen y lo confirma... El doctor M., se ve enteramente distinto que de ordinario; está muy pálido, cojea, está sin barba en el mentón... Ahora también está de pie junto a ella mi amigo Otto, y mi amigo Leopold la percute a través del corsé y dice: «Tiene una matidez abajo a la izquierda», y también señala una parte de la piel infiltrada en el hombro izquierdo (lo que yo siento como él, a pesar del vestido)... M. dice: «No hay duda, es una infección, pero no es nada; sobrevendrá todavía una disentería y se eliminará el veneno»... Inmediatamente nosotros sabemos de dónde viene la infección. No hace mucho mi amigo Otto, en una ocasión en que ella se sentía mal, le dio una inyección con un preparado de propilo, propileno... ácido propiónico... trimetilamina (cuya fórmula veo ante mí escrita con caracteres gruesos)... No se dan esas inyecciones tan a la ligera... Es probable también que la jeringa no estuviera limpia (p. 128-129).

### 3.4. Análisis

Antes de pasar a considerar algunas de las asociaciones que Freud produce a partir de los fragmentos del sueño, es necesario comentar que la selección que realiza el autor –ya que confiesa que no puede escribir todo lo que asocia, pues sería sumamente indiscreto y extenso- apunta en una dirección que no es la misma en que fue leído el sueño por Lacan.

Consideramos que la lectura de Lacan –que examinaremos en el próximo apartado- pone el énfasis en la posición subjetiva de Freud, en la relación que estableció con dicho sueño y en el valor que revestía para él, más allá de su contenido. A su vez, focaliza sólo algunos elementos, que le parecen centrales, dejando caer la abundante proliferación de otras ideas.

Luego de exponer la argumentación de Freud, pasaremos a considerar algunos fragmentos que nos interesan particularmente. No revisaremos todas las asociaciones; pero el lector puede encontrarlas *in extenso* en el libro.

Después de transcribir el relato, Freud expresa: “Este sueño lleva una ventaja a muchos otros. Son claros de inmediato los acontecimientos de la víspera a los que se anuda y el tema que trata. El informe preliminar los pone de manifiesto” (p. 129). También comenta que los pasajes finales del sueño le resultan más oscuros y comprimidos que los del comienzo.

Entre las primeras ideas, se encuentra una reflexión que augura la dirección en que interpretará Freud:

En la frase que dirijo a Irma en el sueño, observo que sobre todo no quiero ser culpado de los dolores que ella todavía tiene. Si son culpa exclusiva de Irma, no pueden serlo entonces mía. ¿Deberá buscarse por este sendero la intención del sueño? (p. 130).

Efectivamente, Freud carga las tintas sobre la intención del sueño, que le resulta clara, asequible y abundantemente fundada. Una y otra vez reencontrará, en los pasajes que va desgajando, las marcas de la intención del sueño: no ser culpado por el estado actual de Irma. Es así que, una vez terminada la labor asociativa, Freud afirma que el sueño tenía un propósito y que éste sería el

motivo por el cual lo soñó. Habla también de un “resultado” del sueño: que la culpabilidad por el estado de Irma no sea atribuible a él, sino a Otto, cuyas palabras lo habían molestado el día anterior. Concluye entonces:

El sueño me libera de responsabilidad por el estado de Irma atribuyéndolo a otros factores; produce toda una serie de razones. El sueño figura un cierto estado de cosas tal como yo desearía que fuese; *su contenido es, entonces, un cumplimiento de deseo, y su motivo, un deseo* (p. 139).

Esta argumentación sin dudas es válida, y apunta a objetar a los científicos que sostenían que los sueños no tendrían ningún sentido y que sólo serían “la expresión de una actividad cerebral fragmentada” (p. 141). Contra esa afirmación batalla Freud en su larga argumentación de desmontajes, asociación y análisis. Punto por punto, muestra cómo los fragmentos del sueño conducen insistentemente hacia el problema de la culpabilidad por el estado de Irma y proponen otras alternativas. Así presentado, todo parece converger en ese sitio.

Sin embargo, y aun tomando el análisis de Freud como válido, es posible preguntarse si este sueño, cuya relevancia para la vida del soñante dejó tantos efectos, puede haber realizado algo más allá de su propósito o intención. Esta es la dirección que tomó Lacan, partiendo de la importancia que Freud mismo daba a este sueño, y considerando especialmente el momento de su vida en que lo soñó. Dicho de otro modo, Lacan no se conforma con los acontecimientos de la víspera que Freud relata, y que son inmediatamente previos al sueño, sino que prefiere tomar el texto dentro de un marco más general, que incluya la relación de Freud con su obra, con su entrañable amigo Fliess y con los futuros lectores.

Cabe destacar que después de narrar el sueño, pero antes de comenzar con su análisis, Freud ha comentado, como al pasar: “nadie que conozca solamente el informe preliminar y el contenido del sueño podrá sospechar el significado de este. *Ni yo mismo lo sé*” (p. 129, cursivas añadidas). Sorprendente confesión, que desentona con la firmeza de su argumentación subsiguiente.

Del mismo modo, algunas de sus asociaciones abren vías que conducen a una interrogación más profunda sobre la relevancia de este sueño, pero que

no resultaban propicias en aquél momento, en que a Freud le urgía principalmente demostrar que los sueños tenían un sentido.

Por ejemplo, cuando interroga la frase “la *boca* se abre bien” (p. 132, cursivas añadidas) (*Der **Mund** geht dann auch gut auf*) (Freud, 1900, negritas añadidas), Freud (1900/2001) introduce una nota al pie, donde describe por primera vez la idea de un -o al menos un- ombligo del sueño:

Sospecho que la interpretación de este fragmento no avanzó lo suficiente para desentrañar todo su sentido oculto. Si quisiera proseguir la comparación de las tres mujeres [se refiere a Irma, a una amiga suya y a la esposa de Freud, Martha], me llevaría muy lejos. – Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el cual es insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no conocido (p. 132).

De este modo, el soñante hace mención a un punto del sueño que se destaca por su opacidad, más que por su sentido o por las asociaciones que suscita. Así, deja por fuera de la interpretación un elemento que Lacan va, en cambio, a enfatizar; no exactamente para interpretarlo, pero sí para señalarlo como momento crucial de este sueño.

Agreguemos nosotros que este pasaje focaliza un elemento textual asociado al nombre propio: Sig-Mund, Sig-Boca, y señala la zona erógena donde comenzará, años más tarde, la mortal enfermedad del creador del psicoanálisis. Mencionemos al pasar que, más adelante, Freud (1917/2000a) escribirá acerca de la “capacidad «diagnóstica» del sueño” (p. 222): “en el sueño, padecimientos corporales incipientes se sienten muchas veces antes y con mayor nitidez que en la vigilia” (p. 222). “Pienso que después de todo he descuidado sin duda algo orgánico”, reza el sueño “de la inyección de Irma” (p. 128).

Volvamos al capítulo 2 de *Die Traumdeutung*. Después del fragmento “la boca se abre bien”, el texto continúa diciendo: “hallo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes veo extrañas formaciones rugosas, que manifiestamente están modeladas como los cornetes nasales, extensas escaras blanco-grisáceas” (p. 128)<sup>35</sup>.

---

<sup>35</sup> Es interesante, al respecto, una investigación odontológica que se realizó en 2012 en España, accediendo al historial médico de Freud (Cf. Carelli Lynch, 2012; Coldiron, Hale y Marmur, 2016; Portalatín, 2012). A partir de nosologías modernas, especialistas en cirugía oral y maxilofacial

Como mencionamos previamente, Freud acababa de operarse los senos nasales con Fliess y esperaba una segunda intervención para ese año. La profesión de otorrinolaringólogo de Fliess se cuela aquí, hablando menos de Irma y más de Freud, como sucede en todos los sueños, donde la referencia al soñante es constante. Freud mismo incluye a su colega entre sus asociaciones del sueño.

Otro pasaje que vale la pena destacar es el que reza: “Inmediatamente sabemos de dónde viene la infección”, ya que Freud comenta, más adelante: “Este saber inmediato en el sueño es asombroso. Un instante antes nada sabíamos” (p. 136). Esta frase queda sin asociaciones, Freud introduce meramente el comentario de que le parece asombroso, pero no se ve conducido a otros pensamientos. Si tomamos en cuenta el anhelo de que este sueño fuera conmemorado con una placa, y el hecho de que el soñante lo haya considerado paradigmático, la frase parece estar referida a lo que el sueño mismo realiza, es decir, al sueño como acto, más que a su contenido. Se trata simplemente de un saber inmediato y no asequible por deducción (Mazzuca, 2011), como lo expresa el texto del sueño.

Este estado de cosas, donde lo que aparentaba ser un “contenido”, se revela como referencia al sueño, o, mejor dicho, al acto de soñarlo, es una muestra entre otras de cómo el texto onírico responde a una estructura fractal, donde las partes y el todo se mezclan, se igualan, impidiendo separar entre forma y contenido. “Glosas sobre el sueño, observaciones en apariencia inofensivas *sobre él*, sirven harto a menudo para ocultar de la manera más

---

defienden que la enfermedad de Freud no comenzó directamente como un cáncer en el maxilar, sino como una afección pre maligna (leucoplasia), a sus 62 años, que derivaba en gran parte de su hábito tabáquico y podría haberse solucionado con una extracción local. Lo que se detalla en su historia clínica cinco años más tarde coincide con una afección actualmente denominada *carcinoma de células escamosas*. Dicha enfermedad no era conocida en la época y se caracteriza por la aparición de parches rugosos, escamosos, que en el caso de Freud se localizaron inicialmente en el paladar derecho y sólo más tarde se tradujeron al maxilar superior. La impactante coincidencia entre esta descripción clínica y lo que Freud vio en la onírica garganta de Irma, a sus 39 años, es, por supuesto, desconocida para los odontólogos que realizaron la investigación.

refinada un *fragmento* de lo soñado” (p. 337, cursivas añadidas), comenta Freud, en un agregado de 1911 al apartado *Los medios de figuración del sueño*<sup>36</sup>. Lo que habla *sobre* el sueño, presentándose aparentemente como exterior a él, es de todas maneras parte de su *contenido*. Entonces, lo inverso también puede suceder: que algunos contenidos del sueño refieran al sueño mismo, al acto de soñarlo y a lo que ese acto implica para el soñante. Freud escribe: “Donde, por ejemplo, hallamos en el sueño una contradicción, esta o bien es una contradicción *al sueño*, o bien está tomada del *contenido* de uno de los pensamientos oníricos” (p. 319, cursivas añadidas). Vemos nuevamente cómo *forma* y *contenido*, lo aparentemente exterior e interior al sueño, se interpenetran. Si un fragmento de un sueño puede contradecir al sueño en su conjunto, también es posible que el *saber inmediato* incluido en el sueño inaugural, esté referido al estatuto mismo del sueño.

Algo análogo ocurre con el significante “solución” (*lösung*), que en alemán tiene el mismo doble sentido que en castellano: es tanto la respuesta a un problema como la mezcla química donde un componente se diluye en otro. Es así que el *preparado* que Freud menciona -hecho con propilo, propileno o ácido propiónico-, y que habría sido inyectado a Irma, es una solución, al igual que la idea que él le ha propuesto como cierre del tratamiento. Más importante aún, es una *lösung* lo que Freud encuentra en el sueño mismo, la solución al enigma de los sueños, la respuesta a la cuestión que tanto le intriga. Nuevamente nos topamos con el reenvío del “contenido” hacia el estatuto del sueño y su lugar en la vida del soñante.

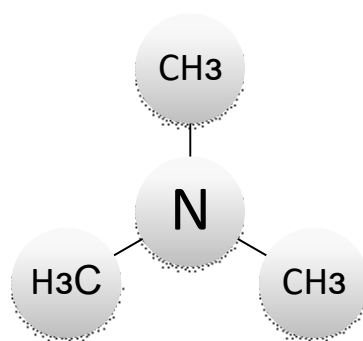
Finalmente, una gran serie de asociaciones gira en torno al elemento *trimetilamina*, cuya fórmula Freud vio impresa en gruesos caracteres. Aunque él no lo dibuja, no está de más mostrar aquí de qué se trata<sup>37</sup>:

---

<sup>36</sup> El párrafo agregado también incluye la siguiente frase: “*La forma del sueño o del soñar se usa con asombrosa frecuencia para figurar el contenido oculto*” (p. 337).

<sup>37</sup> La fórmula es asequible en cualquier sitio web, por ejemplo: <https://es.wikipedia.org/wiki/Trimetilamina>. En el apartado 4.5, comentamos algunas cuestiones sobre la diferencia entre esta fórmula, la más conocida, y aquella que dibujó Lacan en su seminario, sustituyendo la N por AZ.





En este punto del sueño, comenta, es “como si se quisiera destacar del contexto algo particularmente importante” (p. 137). Luego de desarrollar algunas ideas, concluye:

Sospecho la razón por la cual la fórmula de la trimetilamina ocupó en el sueño un lugar tan ostentoso. Es que muchas cosas harto importantes se reúnen en esta palabra: no sólo alude al todopoderoso factor de la sexualidad, sino a una persona cuya aprobación recuerdo contento cada vez que me siento aislado en mis opiniones (p. 137).

Se refiere, claro está, a su colega Fliess y a sus teorías sobre el metabolismo sexual, en cuya química interviene la trimetilamina. A partir de allí, Freud dedica varias frases más a su colega, ya que lo ve aparecer en múltiples pasajes del sueño. Se confirma aquí la afirmación de Freud según la cual la intensidad o nitidez de un elemento es señal de su mayor capacidad de condensación<sup>38</sup>. Sin embargo, ninguna de las asociaciones que ofrece sigue la vía de la homofonía, que podría haber sido fructífera, dada la manera en que el sueño resalta las letras. Lacan, sin poder reconstruir líneas asociativas que están perdidas por ausencia del soñante, dará no obstante todo su valor a la presentación que el sueño ofrece en este punto: letras ordenadas en una fórmula, de la que Freud solamente refiere el nombre, *trimetilamina*.

Otro dato en el que conviene detenerse es que la frase con que Freud quería conmemorar dicho sueño en una placa, puede traducirse como lo hace

---

<sup>38</sup> “Máxima intensidad muestran aquellos elementos del sueño para cuya formación se precisó del más vasto *trabajo de condensación*” (p. 335).

Etcheverry (citada anteriormente) o como sigue: “En esta casa el 24-7-1895, el misterio del sueño *se reveló a sí mismo* ante el doctor S. Freud” (Fendrik, 1980, p. 2, cursivas añadidas). Esta manera de traducir la frase que Freud le escribe a Fliess al expresar su anhelo, ilumina mejor el carácter del sueño inaugural, el de una revelación de la cual el sujeto no es más que un producto.

En el mismo sentido, Erik Erikson (1954/1973) señala que, en la primera frase del sueño, que reza: “Un gran vestíbulo –muchos invitados, a quienes nosotros recibimos”, ese *recibir (empfangen)* es traducible también como *concebir*. Es un verbo que remite tanto a la recepción de algo o alguien, como a la concepción, que bien puede ser de un hijo o de una obra... o de ambos, en este caso.

### 3.5. La lectura de Lacan

“Ensayemos tomar como punto de partida el saldo que el sueño deja en la vida despierta”  
(Sigmund Freud, *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*, p. 47).

En su seminario de 1954-55, Lacan dedica dos clases al sueño “de la inyección de Irma”<sup>39</sup>. En ellas, retoma cuestiones centrales como la concepción freudiana del aparato psíquico y el “sujeto fuera del sujeto” que situará como descubrimiento del inconsciente. Además, propone reconocer dos finales en el sueño paradigmático, se detiene en la multiplicación de personajes que ocurre

---

<sup>39</sup> Nos apoyamos en la lectura de Lacan por ser afín a nuestro marco teórico, pero es preciso señalar que este sueño ha sido muy retomado, desde perspectivas diversas. Milton Kramer (2000) realizó una compilación y revisión crítica de las múltiples lecturas de autores post-freudianos en un artículo titulado “*Does dream interpretation have any limits? An evaluation of interpretations of the dream of 'Irma's Injection'*”. Desde una perspectiva diferente, este sueño también fue objeto de un análisis sistemático que utiliza un algoritmo en tres niveles: palabras, actos del habla y relatos (Plut, 2012).

desde la mitad del mismo y nombra operaciones que consisten en imaginar el símbolo y simbolizar la imagen, entre otras cuestiones.

No tomaremos todos los aspectos allí destacados; sólo nos interesa centrarnos en algunas puntuaciones muy precisas, que hacen a la relevancia del sueño en la vida de Freud y a su carácter inaugural. Lacan, en algunos comentarios hechos como al pasar, resalta el valor del sueño y lo sitúa en su relación con el soñante y su Otro. Un primer interrogante es enunciado al iniciar la clase:

¿Por qué concede Freud tanta importancia a este sueño? A primera vista podría resultar extraño. ¿Qué obtiene Freud, en efecto, de su análisis?: obtiene la verdad, que él plantea como verdad primordial, de que el sueño es siempre la realización de un deseo, de un anhelo (Lacan, 1954-55/2008, p. 226).

Encontramos en este párrafo una afirmación crucial: lo que para Freud es allí deseo, para Lacan es un anhelo. En efecto, Lacan definirá siempre al deseo como articulado, pero no articulable, refiriéndose a que, si bien se vincula con ciertos significantes, no por eso puede ser cabalmente nombrado. Puede ser bordeado, situado por relación a dichos significantes, y al objeto del cual toma su causa, pero no es reducible a una significación. Tanto Freud como Lacan usarán a menudo el término *deseo* en dos sentidos diferentes: en sentido estricto, como movimiento deseante, y en uno más trivial, como anhelo de algo concreto<sup>40</sup>.

Para Lacan, la relevancia del sueño paradigmático no debe buscarse tanto en la explicación que Freud ofrece al final del capítulo, como en ciertos comentarios que hace al pasar y en el lugar que él mismo otorgó a ese sueño en *Die Traumdeutung*:

Freud considera como un gran éxito el haber podido explicarlo en todos sus detalles por el deseo de librarse de su responsabilidad en el fracaso del tratamiento de Irma. (...) Pero en mi opinión la cuestión es más bien otra: ¿cómo

---

<sup>40</sup> En Freud, por ejemplo, encontramos la afirmación de que el deseo tiene fuentes inconscientes no susceptibles de volverse conscientes y, sin embargo, encontramos también una reducción del deseo a anhelos preconscious cuando se aventura a nombrar el deseo que determinados sueños portarían. Volvemos sobre esta cuestión en el apartado 4.2.

es posible que Freud, quien más adelante desarrollará la función del deseo inconsciente, se limite a presentar, como primer paso de su demostración, un sueño enteramente explicado por la satisfacción de un deseo que sólo podemos llamar preconscious, e incluso completamente consciente? (...).

Para establecer su fórmula de que en todos los casos un sueño es la satisfacción de un deseo, a primera vista Freud no parece haber exigido otra cosa que la noción más general del deseo, sin preocuparse en ahondar qué es este deseo (pp. 230-231).

Lacan pone el foco en el importante efecto acaecido sobre Freud como soñante. Además de destacar la relevancia de este sueño como acontecimiento, Lacan menciona “la *inmensa satisfacción* que procura a Freud su solución del sueño” (p. 231, cursivas añadidas). Conviene retener esta denominación, pues el término *satisfacción* volverá a asociarse al efecto de ciertos sueños a partir de los estudios del fin de análisis habilitados por el pase. El valor del sueño como *acto psíquico* (Freud, 1907/1999, p. 48) es a veces señalado por el soñante mismo, quien expresa haber tenido un sueño cuyo valor se destaca, que se descuenta de la serie de sueños que viene narrando en análisis y cuyos efectos ya han tenido lugar –es decir, son anteriores a relatarlo en sesión-.

En las clases del Seminario 2 que estamos revisando, Lacan (1954-55/2008) afirma que “hay dos operaciones: tener el sueño e interpretarlo” (p. 232). Esta mención al acto de “tener el sueño” no es habitual en Lacan, pero ha comenzado a destacarse desde que el dispositivo del pase puso de relieve la importancia de ciertos sueños. A este hecho, Lacan agrega:

Interpretar es una operación en la cual intervenimos. Pero no olviden que en la mayoría de los casos también intervenimos en la primera. En un análisis no sólo intervenimos en tanto que interpretamos el sueño del sujeto –si es cierto que lo interpretamos-, sino que como ya estamos, a título de analistas, en la vida del sujeto, ya estamos en su sueño (p. 232)<sup>41</sup>.

Lacan continúa diciendo que, aunque la argumentación de Freud se haya basado en un motivo preconscious, el paso franqueado se evidencia en su

---

<sup>41</sup> En las secciones 7 y 8 volvemos sobre este tema de la relación entre el sueño y el analista, o incluso el sueño-analista, el sueño-interpretación, donde se evidencia la relación sueño-soñante.

enunciación, más que en sus enunciados y, por lo tanto, se enfoca en lo que el Freud soñante nos transmite:

Si Freud considera este sueño como el sueño de los sueños, el sueño inicial, típico, es porque siente haber dado ese paso, y demuestra con creces después de su exposición que efectivamente lo dio. Si siente que lo ha dado, es porque lo ha dado (p. 231).

Es curioso sorprender a Lacan afirmando que deba confiarse en una sensación (“si siente que...”). Estamos más habituados a encontrarlo argumentando en contra de la aparente transparencia de las apreciaciones ordinarias, criticando la pretendida elementalidad de las percepciones o el carácter primario supuesto a los afectos. Pero en esta oportunidad, Lacan avanza en la misma vía que cuando habla de la firmeza irrevocable de una certeza delirante o de la certeza de la angustia. Son muy pocas las ocasiones en que se refiere a este orden de cosas donde algo certero se destaca. Hablará también del mismo modo cuando se refiera a la certeza del acto y de la destitución subjetiva.

Luego de detenerse en la cuestión de la enorme satisfacción procurada a Freud por su sueño y en el valor de paso dado, de límite franqueado que nos transmite, Lacan retoma algunos comentarios de Erikson (1954/1973).

Vuelve sobre el punto que se destaca como núcleo del sueño, su ombligo insondable: es el momento en que la boca se abre bien (*Der Mund geht dann auch gut auf*). Freud introduce allí una interpretación simbólica: toma el abrirse la boca como metáfora de hablar, de contar determinadas cosas íntimas. Erikson (1954/1973) y Lacan, se detienen, en cambio, en la frase subsiguiente: “lo que yo vi en la garganta, una mancha blanca y cornetes con escaras” (Freud, 1900/2001, p. 132).

Para Lacan (1954-55/2008), se trata de “un espectáculo horroroso”: “es un descubrimiento horrible”, comenta, “la carne que jamás se ve, el fondo de las cosas, el revés de la cara (...), la carne sufriente, informe, cuya forma por sí misma provoca angustia” (p. 235). Es ahí donde Lacan considera que se produce en el sueño un primer final, ofrecido por el espectáculo que le es dado contemplar al soñante, quien ha perseguido hasta allí su deseo de saber. “Erikson efectúa

aquí una observación excelente, tengo que reconocerlo”, dice Lacan (p. 236), observa que un sueño que desemboca en una imagen así, suele provocar el despertar. Erikson se pregunta por qué Freud no despierta, cómo logra seguir adelante, y se responde que es porque tiene agallas.

Entonces, Freud, decidido, continúa el sueño, atraviesa la imagen impresionante y cede el protagonismo a sus colegas, por los cuales se hace representar. “A partir de ese preciso momento Freud ya no cuenta”, dice Lacan (p. 237). Evoquemos una vez más las características del acto de destitución: el sujeto avanza hasta transgredir el límite de su propia conformación fantasmática y emerge con un nuevo estatuto, más vaciado y propicio para dar lugar a la subjetividad de aquellos a quienes escucha.

Ahora bien, sobrepasado ese límite, el sueño desemboca en la fórmula de la trimetilamina, que se le aparece a Freud impresa en gruesos caracteres. Este es, para Lacan, el segundo final del sueño, aquél en el que Freud desemboca una vez pasado el umbral de la visión de la garganta.

Al igual que el oráculo, la fórmula no da ninguna respuesta a nada. Pero la manera misma en que se enuncia, su carácter enigmático, hermético, sí es la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sueño. Se la puede calcar de la fórmula islámica: No hay otro Dios que Dios. No hay otra palabra, otra solución a su problema, que la palabra.

Podemos examinar la estructura de esta palabra, que se presenta aquí en forma eminentemente simbólica pues está hecha de signos sagrados (Lacan, 1954-1955/2008, p. 240).

Entendemos que se refiere a la palabra en tanto letra escrita, que Lacan teorizará muchos años más tarde como borde entre simbólico y real. Veremos resurgir esta estructura onírica en el límite de los análisis narrados en el pase. Siempre se nota allí un efecto paradójico, porque a la vez que reenvía lo irresoluble de las marcas del lenguaje al lenguaje mismo, el analizante manifiesta un gran alivio. Así lo creía Lacan también con respecto a Freud soñante:

En esto desemboca, efectivamente, el sueño. La entrada en función del sistema simbólico en su empleo más radical y absoluto viene a abolir tan completamente la acción del individuo, que al mismo tiempo elimina su relación trágica con el mundo (p. 255).

Otro dato observado por Lacan es el contexto de angustia en que Freud tuvo este sueño. Como dijimos previamente, se encontraba transitando los primeros pasos en la fundación de una nueva disciplina, se quejaba de estar científicamente aislado y por momentos sentía que la confusión lo dominaba y que no podía dar curso a su intuición creadora. “Freud vive en una atmósfera angustiante”, comenta Lacan, “con la sensación de hacer un descubrimiento peligroso” (p. 247). Y es en esta atmósfera, empeorada por la observación de Otto con respecto a Irma, que Freud se va a dormir aquél día. Este pasaje entre angustia y resolución nos permite identificar la realización de deseo en algunos sueños al modo del acto, que arranca a la angustia su certeza.

El valor que Freud le otorga, en tanto sueño inauguralmente descifrado, seguiría siendo asaz enigmático para nosotros si no supiéramos leer aquello a través de lo cual respondió particularmente a la pregunta que él mismo se hacía, y estaría mucho más allá, en definitiva, de lo que en ese preciso momento el propio Freud es capaz de analizar en su comunicación.

Su evaluación, su balance de la significación de este sueño es superado con creces por el valor histórico que de hecho le reconoce al presentarlo en este punto de su *Traumdeutung* (p. 247).

Esta cuestión del valor biográfico de ciertos sueños, la forma en que éstos vienen a responder a un interrogante crucial –acerca de la posición fantasmática– también nos servirán para revisar los sueños relatados por numerosos pasantes. Hay allí una realización que es de otro orden que el de la figuración onírica de un anhelo cumplido. A este asunto de la realización en juego, dedicamos la siguiente sección.

## 4. La tesis freudiana: el sueño es un cumplimiento/realización de deseo (*Wunscherfüllung*)

En esta sección atendemos a la tesis principal que Freud formuló sobre el sueño y utilizamos la distinción lacaniana entre *deseo* y *anhelo* para hacer una relectura de la misma.

Seguidamente, nos ocupamos de la censura en tanto clave freudiana para pensar la posición del soñante.

Finalmente, revisamos las objeciones clínicas que encontró Freud con respecto a su teoría del sueño como figuración de un anhelo cumplido y qué respuestas ofreció. Proponemos una relectura de la más firme de esas objeciones a la luz de los desarrollos freudianos posteriores a 1920 y retomamos los interrogantes que dejó abiertos en 1932.

Este recorrido nos llevará hacia a la siguiente sección, donde desarrollamos las tesis que Lacan fue proponiendo a lo largo de su enseñanza con respecto al sueño; tesis que han sido mencionadas al pasar y que requieren de una sistematización que permita apreciar su lógica.

### 4.1. Planteo de la tesis freudiana

En la sección anterior hemos comentado el trabajo que Freud realiza sobre su sueño “de la inyección de Irma”, el cual le permite arribar a la conclusión de que todo sueño es un *cumplimiento de deseo (Wunscherfüllung)*<sup>42</sup>. Justo

---

<sup>42</sup> Como es sabido, Etcheverry y López Ballesteros ofrecen una diferente traducción de la expresión *Wunscherfüllung*. El primero habla de “cumplimiento de deseo” (Freud, 1900/2001), mientras que el segundo lo traduce como “realización de deseo” (Freud, 1979). Aquí venimos utilizando la edición de Amorrortu, pero el sintagma “realización de deseo” será el que retomará Lacan –*réalisation de désir*- y, por lo tanto, esa expresión nos resulta también familiar y volveremos a emplearla en muchas ocasiones.



antes de pasar al capítulo 3, que titula según esta tesis, Freud (1900/2001) escribe:

El sueño me libera de responsabilidad por el estado de Irma atribuyéndolo a otros factores; produce toda una serie de razones. El sueño figura un cierto estado de cosas tal como yo desearía que fuese; *su contenido es, entonces, un cumplimiento de deseo, y su motivo, un deseo* (p. 139).

¿Qué significa, en este contexto, “cumplimiento de deseo”? Freud lo explica diciendo que el sueño figura una situación tal y como es deseada, “figura un deseo cumplido” (p. 142). No se trata, entonces, de un cumplimiento efectivo, sino figurado. “El resultado del sueño, en efecto, es que no soy yo el culpable de que persistan los padecimientos de Irma, sino Otto” (p. 139). El sueño y el fantaseo no se distinguen en este punto, sino únicamente por la mayor desfiguración que opera el trabajo del sueño.

Pero el edificio freudiano encierra una complejidad que no podría reducirse a esta explicación, tan aparentemente simple. Si bien esta es la que vienés ofrece en ese capítulo, su teoría del deseo en el sueño implica también otras precisiones, como son la diferencia entre inconsciente y preconscious – que aquí retomamos de la mano de los términos *deseo* y *anhelo*, que utilizó Lacan para distinguir ambas vertientes-.

#### 4.2. La diferencia entre deseo y anhelos

Para aproximarnos a la complejidad de la expresión “el sueño es un cumplimiento de deseo” podemos comenzar señalando que el sentido en que Freud usa el término *deseo* (*Wunsch*) en algunos párrafos de *Die Traumdeutung* –como los recién mencionados-, conduce hacia la idea de algo articulable, nombrable, un anhelo, en definitiva -ser eximido de culpas por el estado de Irma, por ejemplo-.

Sin embargo, en otros pasajes puede seguirse perfectamente el hilo que lo lleva desde el sueño como cumplimiento de anhelos hasta el deseo como

inconsciente, infantil e indestructible –que años más tarde llamará “pulsional” y que, como tal, estaría en el lugar de causa de todo sueño–.

Para comprender esta duplicidad, la metáfora del *empresario* y el *socio capitalista*<sup>43</sup> parece necesaria pero no suficiente, pues tanto para empresario como para capitalista Freud emplea la expresión “un deseo”, dejando entonces el asunto del lado de lo contable, algo más cercano a un elemento discreto que a un empuje a cifrar. Sin embargo, si tomamos al “gasto psíquico” que aporta el capitalista como la fuerza, el movimiento deseante en juego –el empuje pulsional, inclusive–, entonces sí tenemos un perfil de la cuestión que permite distinguir mejor entre *anhelos preconscientes* y *deseo inconsciente* –al que no sería correcto referirse como “un deseo” o “deseo de”<sup>44</sup>.

Unas páginas luego de dar el ejemplo del empresario y el capitalista, Freud (1900/2001) ofrece una explicación acerca del deseo onírico que toma como base a la vivencia de satisfacción y que permite pensarlo como una “moción psíquica” más que como un anhelo concreto:

El niño hambriento llorará o pateará inerte. Pero la situación se mantendrá inmutable (...). Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la *vivencia de satisfacción* que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción

---

<sup>43</sup> “Es muy posible que un pensamiento onírico desempeñe para el sueño el papel del *empresario*; pero el empresario que, como suele decirse, tiene la idea y el empuje para ponerla en práctica, nada puede hacer sin capital; necesita de un *capitalista* que le costee el gasto, y este capitalista, que aporta el gasto psíquico para el sueño, es en todos los casos e inevitablemente, cualquiera que sea el pensamiento diurno, *un deseo que procede del inconsciente*” (Freud, 1900/2001, 553).

<sup>44</sup> Por estos motivos, Lacan propondrá usar el término *souhait* (anhelo) para referirse a cosas concretas, nombrables, e intentará conservar *désir* (deseo) para referirse al deseo inconsciente como moción y causa. Sin embargo –tal como señalaremos en algunas ocasiones–, él mismo usará a veces *deseo* de forma indistinta, lo cual vuelve necesaria una lectura crítica de algunos de sus párrafos.

y producir otra vez la percepción misma (...). Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo (p. 557-558).

De acuerdo con este párrafo, deseo es la moción que puja por investir nuevamente esas huellas de una experiencia satisfactoria. Pero esas huellas, por otra parte, podemos suponer que han quedado anudadas entre tensión y satisfacción y que, entonces, no son sólo placenteras, sino que están también asociadas al surgimiento inicial del *displacer*.

Entonces, el funcionamiento del deseo onírico podría también haberse ilustrado con redes significantes como la que Freud (1901/2001) construye para el lapsus *Signorelli*. Esas redes de significantes, que revelan el modo de trabajo del proceso primario, mostrarían mejor al deseo como refuerzo, como causa de movimiento, imposible de subsumir en expresiones conscientes del tipo “deseo de”. Nos darían la idea de que el deseo circula dentro de cierta red<sup>45</sup>, tejida en base a experiencias de placer y *displacer*.

Por su parte, Soler (1988) ha comentado la diferencia entre deseo y anhelo en la teoría freudiana de los sueños diciendo:

¿Qué es un sueño para Freud? La respuesta es muy simple: un sueño es un ensueño, una aspiración, dicha metafóricamente. Lo que Freud llama “los pensamientos del sueño” son *Wünsche*, anhelos. (...) los *Wünsche*, siempre son “cortos”, nunca llegan demasiado lejos, se limitan a demarcar el espacio, después de todo bastante estrecho, de las pasiones humanas (p. 76).

Pero también agrega que Freud no dejará de hablar del deseo inconsciente como indestructible, deseo “al que nunca nombra”, pues no es deseo de algo, es *intransitivo*, “deseo que no dice de qué es deseo” (Soler, 1988, p. 76).

En todo caso, tenemos que reconocer que ambos aspectos constan en *Die Traumdeutung*: por un lado, Freud formaliza la función del deseo inconsciente como *intransitivo*, y por otro, recurre a anhelos muy simples al momento de explicar el cumplimiento de deseo, tales como el sueño de beber

---

<sup>45</sup> También así parece imaginarlo Lacan, cuando sostiene que el sueño circula “en lo que se puede llamar el tejido mismo del inconsciente” (Lacan, 1976-77, clase del 16/11/1976).

cuando se tiene sed, o el de estar levantado y trabajando cuando se desea seguir durmiendo (Freud 1900/2001, pp. 143-144).

El proceso, explicado ya en *Die Traumdeutung* y retomado en *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* (Freud, 1917/2000a), es el siguiente:

a. las vivencias del día han tocado y despertado “un deseo inconsciente”, que entonces opera reforzando los restos diurnos.

b. Esta conjunción da como resultado la producción de lo que él llama “deseo onírico”, que se distingue de los restos diurnos y no necesita haber pasado por la conciencia. Se diferencia, además, de las mociones de deseo preconcientes que el sueño pueda retomar y que, en todo caso, reciben un refuerzo desde este deseo onírico inconsciente. En 1917 Freud va a definirlo como “una fantasía que cumple un deseo y que, en su ser, subroga un reclamo pulsional inconsciente” (p. 225).

c. Luego, este proceso toma el camino regresivo hacia la percepción, formando las alucinaciones que componen el sueño.

En nuestra opinión, si de este desarrollo enfatizamos que el deseo onírico sería una fantasía que se ve realizada en la alucinación visual onírica, quizás estemos más del lado del deseo en el sentido de “anhelo”. En cambio, si nos centramos en que dicho deseo no se confunde con las mociones de deseo preconcientes, no puede traducirse al lenguaje consciente y subroga un reclamo pulsional -por el cual se transforma en fuerza motriz del sueño, más que en una idea concreta-, estaremos enfatizando el deseo inconsciente propiamente dicho.

En efecto, en sus conferencias Freud (1932/2000) reafirmará su tesis sobre el deseo en el sueño, pero lo ligará también con el concepto de pulsión; hablará, en ese contexto, de *deseo pulsional* y *satisfacción pulsional deseada* (p. 18).

Para nosotros, la introducción de la pulsión en la teoría del sueño permite comprender la dimensión paradójica de la satisfacción onírica, que no es exactamente lo mismo que decir que los sueños traumáticos objetan la teoría del sueño como realización de deseo. Podríamos decir que, en acuerdo con el concepto freudiano de pulsión, habría, por un lado, sueños de deseo

estrechamente ligados al principio de placer –coincidentes con la figuración de un anhelo como cumplido- y otros sueños, también de deseo, pero paradójicos en la satisfacción pulsional que deparan, pues combinan placer y displacer.

Veremos, más adelante, qué ofrece esta lectura para una revisión de la oposición *sueños de deseo/sueños traumáticos*. ¿Es posible pensar que los segundos están al servicio del costado más audaz del deseo, aquél que conduce más allá del principio de placer? Creemos que están en Freud mismo las bases para sostener una respuesta afirmativa.

Es cierto que son frecuentes los sueños que figuran un anhelo como cumplido. En la clínica del pase se habla a veces de sueños muy simples, que se parecen a los de los niños, y es claro en ellos que no van más allá del principio de placer. Freud muestra que incluso algunos sueños que presentan una temática displacentera, figuran de algún modo una situación deseada<sup>46</sup>.

Pero aquí nos interesan más los sueños paradójales, aquellos que ponen en funciones la veta más radical del deseo. Entre unos y otros, la posición del soñante cambia. En los primeros, el soñante abraza el adormecimiento y la felicidad breve del fantaseo. En los segundos, el soñante avanza más allá de lo cómodo, acompañado por una posición deseante decidida, aun cuando, o especialmente cuando, no lo sepa.

Éstos inclusive conducen el empuje deseante hacia su fundamento pulsional, su causa real –una de cuyas formas Lacan llamó *objeto a*-. Más adelante veremos que su función es, entonces, o bien *mostrativa* (Lutereau, 2016; Soler, 1988) -mostración pulsional- o bien *escritural*<sup>47</sup> (Allouch, 1984, 1996) -si a ese borde pulsional el sueño intenta escribirlo-.

---

<sup>46</sup> Un excelente ejemplo es el de la mujer que sueña con la muerte de un sobrino porque -según descubre Freud- en su velorio la soñante tendría oportunidad de ver nuevamente a una persona de su interés (Freud, 1900/2001).

<sup>47</sup> Esta función la vinculamos con una de las tesis de Lacan (Cf. Apartado 5.4) y la trabajamos en detalle a partir de los testimonios en la sección 9.

### 4.3. La función de la censura: clave freudiana sobre la posición del soñante

En *Die Traumdeutung* Freud se pregunta qué es lo que le da al sueño su forma sorprendente y extraña, es decir, por qué el sueño recurre a la desfiguración al momento de plasmar ciertos pensamientos.

Este interrogante lo lleva a plantear la función de la censura en el aparato psíquico, comparable a la censura política que se impone a los periodistas en tiempos de dictadura. Para hacer pasar el mensaje, el sueño deberá, al igual que el periodista, disfrazarlo<sup>48</sup>.

Freud (1900/2001) se ve conducido, entonces, a reescribir su tesis con dos indicaciones: “*El sueño es el cumplimiento (disfrazado) de un deseo (sofocado, reprimido)*” (p. 177). Tal vez aquí sea problemático el que, a pesar de referirse a lo reprimido, hable nuevamente de “un deseo” y no de “el deseo”, como cabría esperar cuando se trata del inasible deseo inconsciente, pero se entiende que el sueño puja por llevar a la consciencia unos pensamientos preconscientes incómodos y, a la vez, en muchos casos poner sobre el tapete unos significantes cargados de goce o alguna figuración del objeto pulsional.

Detengámonos, por ahora, en el primer aspecto, el de los pensamientos preconscientes que están a la base de un sueño cualquiera. ¿Qué valor tiene su recolección por la vía onírica? Freud era muy cauto: “un sueño no es sino un pensamiento como cualquier otro –escribió–, posibilitado por la relajación de la censura y el refuerzo inconsciente” (1923/2000, p. 114). Esta afirmación, que surge 23 años después de la publicación de *Die Traumdeutung*, se ubica en el contexto de una crítica al psicoanálisis de la época, que había hecho del sueño la sede de oscuros designios. Freud denuncia en ese momento los “errores y sobrestimaciones” (p. 114) a que había dado lugar la práctica de la interpretación de los sueños, a causa de “un desmedido respeto hacia lo «inconsciente misterioso»” (p. 114).

En ese escrito explica, por ejemplo, que cuando los pacientes se encuentran en medio de un conflicto de ambivalencia, suelen soñar que dirimen

---

<sup>48</sup> En el apartado 5.3 retomamos este aspecto desde la lectura de Lacan.

la cuestión hacia uno u otro lado, o incluso traen a sesión dos sueños de una misma noche, cada uno de los cuales toma uno de los dos partidos. Pero en ninguno de los casos “es lícito dejarse engañar ni suponer que ahora ha habido un pronunciamiento a favor de una de las partes” (p. 115), pues el hecho de que una de las orientaciones haya prevalecido en cierto momento, no asegura ninguna definición. La dirección será, en cambio, la de dar lugar a ambas mociones contrastantes, permitiendo que cada una sea perseguida hasta su extremo. ¿Qué mejor modo de poner sobre el tapete la contradicción inherente al hablante? ¿No es justamente a habitar dicha contradicción hacia donde nos conduce el análisis? Como la experiencia clínica lo muestra, no es por la vía del saber que el hablante zanja sus cuestiones, sino por la vía del acto, una vez revelada la naturaleza incompleta del saber.

Una sutil manera de barrar al Otro y descompletar el saber encuentra Freud en el sueño de una paciente suya, del cual ella únicamente recordaba una escena y un término: la palabra *canal*. La censura no había dejado pasar hacia la conciencia más que esa palabra. Este sueño, y su interpretación, son relatados por Freud (1916/1999) en una de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis*<sup>49</sup>:

Una paciente escéptica tiene un sueño más largo, en que sucede que ciertas personas le cuentan algo sobre mi libro consagrado al "chiste" y lo alaban mucho. Entonces se menciona algo acerca de un "canal", quizás otro libro en que aparece el canal, o si no algo con canal... ella no sabe... es totalmente oscuro.

(...) A la soñante no se le ocurre nada sobre "canal"; yo, desde luego, tampoco sé decir nada. Tiempo después, en verdad al día siguiente, cuenta que se le ha ocurrido aquello a lo cual quizá corresponda, a saber, un chiste que ha oído contar. En un barco que navega entre Dover y Calais conversa un conocido escritor con un inglés, quien en cierto contexto cita el dicho "*Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas*" {"De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso"}. Y el escritor responde: "*Oui, le Pas de Calais*" {"Sí, el Paso de Calais"} con lo que quiere decir que encuentra a Francia sublime y a Inglaterra ridícula. Ahora bien, el *Pas de Calais* es justamente un canal, el Canal de la Mancha. (...) ¿Si yo creo que esta ocurrencia tiene algo que ver con el sueño? Por cierto que sí; opino que da realmente la solución del elemento onírico enigmático. (...)

---

<sup>49</sup> En 1919, incluyó también este sueño en *Die Traumdeutung*; en una nota al pie, en el apartado que trata sobre el olvido de los sueños.

La ocurrencia, en efecto, atestigua el escepticismo que se oculta en la enferma tras sus insistentes y cargosas manifestaciones de asombro (p. 108).

Con este sueño la paciente se corre, por un momento, de lo que indican las buenas costumbres y le hace llegar a Freud, vía el desplazamiento, la idea de que sus teorías, por aquella época, eran tildadas algunas veces como sublimes y otras como ridículas. De esta manera, sin requerir más que lo poco que había quedado grabado en el recuerdo –la palabra *canal*–, este sueño logra introducir una serie asociativa que conduce hasta una idea silenciada: su opinión sobre las teorías de Freud. Pero esto no sucede sino hasta que la soñante se va y regresa al día siguiente. Si esta analizante no hubiese sostenido el enigma y no se hubiese interesado por saber a qué venía esa palabra, la censura se habría mantenido operante sobre todo el campo asociativo que este sueño prometía. El episodio abre tal vez una interrogación fructífera sobre la posición de esta paciente frente al Otro investido de autoridad y saber.

En general, el soñante va escribiendo, en sus sueños, formas de decir los pensamientos sofocados que podrían empujarlo a un acto no programado por el orden social, familiar o educativo. Avanzar en esa vía, avenirse a esa incomodidad que el sueño puede proveer, nos dice algo sobre el deseo. Como veremos más adelante, Freud también se detuvo minuciosamente en la posición que algunos analizantes toman frente a sus sueños en los inicios de la cura, cuando el relato onírico no aporta más que oscuridades o materiales inabordables, faltos de asociación y de efectos.

Si el análisis destraba esa posición resistencial, logrará dar curso al deseo y conducirlo más allá del principio de placer, ocasionando actos. Las ideas silenciadas no serán siempre sobre el analista, sino más a menudo sobre el otro del lazo social y sobre la posición subjetiva del soñante mismo, permitiendo que el trabajo de análisis habilite diversas enunciaciones de la repetición en que el analizante se encuentra prisionero, así como del núcleo inmodificable de su síntoma, que también da cuenta de una toma de posición.

Década y media después de la publicación de *Die Traumdeutung*, Freud (1917/2000b) incluye entre sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, una ponencia específica sobre la censura onírica. Allí despliega algunas puntualizaciones interesantísimas sobre el modo en que la censura opera.



En principio, retoma la analogía con la censura política, cuyo efecto es la supresión de partes de un texto. “En esos lugares que quedaron vacíos había algo desagradable para el alto comité de censura, y por eso se lo extirpó. Ustedes opinan que es una lástima, habrá sido sin duda lo más interesante, era «el mejor pasaje»” (p. 127). Ofrece, así, una figura de lo que sucede a veces en el sueño y que ocasiona el olvido de pasajes enteros.

Pero este no es el único modo operatorio de la censura onírica; ocurre también que ésta no se aplique sobre “frases ya listas”, sino que participe de un momento previo; algo así como una censura preventiva, que tenderá a atemperar y modificar contenidos para volverlos meramente alusivos y aproximativos. “En tal caso la hoja no presenta lugares vacíos, pero por ciertos circunloquios y oscuridades de la expresión puede colegirse que de antemano se tuvo en cuenta la censura” (p. 128). Entonces, ésta no sólo será responsable de las lagunas dentro del sueño, sino también de aquellos pasajes que son recordados con mucha duda e imprecisión.

Finalmente, el tercer modo de operación de la censura onírica que va a detallar Freud, es el que más nos interesará en esta investigación. Volveremos sobre el tema en las conclusiones, pues se trata de un hecho que veremos mencionarse una y otra vez en los testimonios: la falta o disminución del *desplazamiento* y, por lo tanto, de la necesidad de despliegue asociativo. El desplazamiento es, justamente, esa tercera forma de incidir que tiene la censura; logra que el acento sea trasladado de unos temas y elementos a otros más banales, a tal punto que vuelve mucho más difícil el hallazgo de los pensamientos del sueño y, por lo tanto, de su causa de deseo. “Este desplazamiento del acento es uno de los recursos principales de la desfiguración onírica y presta al sueño aquella ajenidad en virtud de la cual el soñante mismo no querría reconocerlo como algo producido por él” (p. 128).

Freud concluye que la omisión, la modificación y el reagrupamiento del material son los tres modos de operar de la censura, y que los dos últimos pueden ponerse bajo la rúbrica del *desplazamiento*. La modificación es la que introduce vaguedades, dudas, borrosidad, y el reagrupamiento es el que crea distancia entre el deseo pulsional en juego y el contenido manifiesto final.

Adelantémonos por un momento a lo que vamos a desarrollar en la tercera parte de la tesis y preguntémosnos: ¿cómo será un sueño en el que la censura haya participado con menos encarnizamiento? Según estas puntualizaciones de Freud, tenemos derecho a suponer que en ese sueño habrá menos modificación de los pensamientos, reduciéndose entonces el carácter alusivo, impreciso y dudoso de los elementos oníricos, y que habrá, además, menos desplazamiento del acento desde lo que importa hacia temas irrelevantes, de modo que el sueño requerirá de menos cadenas asociativas para llegar a los elementos clave. “Con derecho, consideramos más intensa la resistencia cuanto más larga y sinuosa es la cadena de asociaciones”, dirá más adelante, en las *Nuevas Conferencias* (Freud, 1932/2000, p. 13).

También es muy interesante que Freud (1917/2000b) proponga pensar a la censura como una “relación dinámica” entre tendencias o influencias, lo cual es para nosotros una observación preciosa en lo que concierne a la posición subjetiva del soñante en diversos momentos. Años más tarde, dirá que “según *ande* el trabajo del sueño, unas veces lo inconsciente se habrá abierto paso mejor, y otras el yo se habrá defendido con más energía” (Freud, 1938/2000, p. 169, cursivas añadidas). Ese “según *ande*” es una expresión exquisita que nos indica que, según esté posicionado el soñante en lo inconsciente, el sueño avanzará más o menos, recubrirá o desnudará mejor el saber que porta<sup>50</sup>.

El trabajo de la censura, por supuesto, no se reduce al momento de elaboración del sueño, sino que es extensible a la etapa en que ese sueño intenta ser descifrado, el momento de la asociación libre. Cuando la censura era poca, Freud (1917/2000b) encontraba que “nos hacía falta recorrer sólo unos pocos eslabones intermedios en nuestro trabajo interpretativo” (p. 129). Cuando, en cambio, ha operado una fuerte censura, el trabajo asociativo se encuentra trabado, dificultado. “A eso que en el trabajo de interpretación nos sale al paso como resistencia, tenemos que apuntarlo ahora dentro del trabajo del sueño como censura onírica” (p. 129), concluye.

---

<sup>50</sup> Veremos que Lacan hablará de “mensaje del sueño”, y no sólo en su enseñanza temprana, sino que también a la altura del Seminario 21 se referirá a un “saber del sueño” (Cf. Apartados 5.3 y 5.6).

La tesis freudiana, entonces, sostiene que el sueño es producto del deseo y que ese deseo logrará transparentarse más o menos en el contenido manifiesto según haya operado la censura, cuestión que retomaremos en casi todas las secciones de la tesis que tratan sobre los testimonios.

#### **4.4. Las objeciones clínicas a la tesis del sueño como realización de deseo**

Desde que Freud presentó su tesis sobre el sueño, atendió y respondió a todas y cada una de las refutaciones que estimó posibles. Ya en *Die Traumdeutung* incluyó observaciones respecto a los sueños de angustia y a los punitivos y sopesó la objeción que estos podían representar para su propuesta. Sin embargo, en ambos casos consideró que se trataba de impugnaciones meramente aparentes, perfectamente explicables desde sus descubrimientos sobre el psiquismo humano.

La situación de los sueños de angustia la explicó del siguiente modo:

Que un proceso psíquico que desarrolla angustia pueda ser a pesar de ello un cumplimiento de deseo, ha mucho que no contiene ya contradicción alguna para nosotros. Ya sabemos explicarnos así lo que sucede: El deseo pertenece a un sistema, el *Icc*, mientras que el sistema del *Prcc* lo ha desestimado y sofocado. (...) los dos sistemas se encuentran en conflicto recíproco; ellos son los productos de compromiso de ese conflicto, que le ponen término provisionalmente. Por una parte procuran al *Icc* una salida para la descarga de su excitación, le sirven como puerta de escape, y por otra parte dan al *Prcc* la posibilidad de gobernar al *Icc* de algún modo (Freud, 1900/2001, pp. 571-572).

Con respecto a los sueños punitivos consideró que sucedía algo similar: el conflicto entre instancias daría lugar a sueños cuyo carácter de realización de deseo es rastreado, pero no evidente en una primera aproximación:

El carácter esencial de los sueños punitivos reside, por tanto, en que en ellos el formador del sueño no es el deseo inconsciente que procede de lo reprimido (el

sistema *Icc*), sino el deseo punitorio que reacciona contra aquel; este último pertenece al yo, aunque es también inconciente (es decir, preconciente) (p. 550).

En ambos casos juzgó que la objeción para su teoría del sueño era sólo aparente, pues estas clases de sueños se explican muy bien por la consideración de instancias psíquicas con intereses enfrentados, instancias que logran imponerse unas sobre otras según la ocasión y que tienen la capacidad de provocar un tipo u otro de sueños. Más adelante, cuando formule su segunda tópica, dirá que un sueño displacentero para el yo puede no serlo para el superyó o para el ello, extendiendo la complejidad de la pugna entre instancias más allá de la inicial subdivisión entre inconciente, preconciente y conciencia.

Tal como Freud lo demuestra, en los sueños de angustia ha habido un avance que el trabajo del sueño ha intentado, pero no ha podido evitar; el sueño se ha visto llevado hasta un punto generador de angustia, al que no habría conducido el principio del placer por sí solo. En los punitorios, en cambio, el contenido manifiesto es cabalmente una formación reactiva contra los pensamientos latentes que han dado origen al sueño. En lugar de presentarse estos últimos de forma disfrazada y desplazada, se muestra en su lugar una radical “desautorización y una contradicción plena” (Freud, 1923/2000, p. 120), que muy habitualmente consiste en formular directamente el castigo que habría correspondido, según la instancia crítica, a quien osase cumplir alguno de los anhelos que el sueño había despertado (Cf. Apartado 5.3).

Hasta aquí las objeciones que Freud considera integrables y que no amenazan su teoría; pero en 1920, con el descubrimiento de un más allá del principio de placer, se ve llevado a reconsiderar seriamente su tesis<sup>51</sup>. “Si en la neurosis traumática los sueños reconducen tan regularmente al enfermo a la situación en que sufrió el accidente, es palmario que no están al servicio del cumplimiento de deseo”, expresó entonces (Freud, 1920/2000, p. 31). Bajo el imperio del principio de placer, la función del sueño sería para Freud la de

---

<sup>51</sup> Carolina Koretzky (2012) ha trabajado, en una parte de su tesis doctoral, la importancia de esta distinción entre obstáculo aparente y obstáculo definitivo para una teoría del despertar en psicoanálisis.

producir alucinatoriamente la realización de deseo, pero los sueños de la neurosis traumática no admiten esa explicación.

Aquí, entonces, deberíamos admitir por primera vez una excepción a la tesis de que el sueño es cumplimiento de deseo. Los sueños de angustia no son tal excepción, como lo he mostrado repetidamente y en profundidad; tampoco los «sueños punitivos», puesto que no hacen sino reemplazar el cumplimiento de deseo prohibido por el castigo pertinente, y por tanto son el cumplimiento de deseo de la conciencia de culpa que reacciona frente a la pulsión reprobada. Pero los mencionados sueños de los neuróticos traumáticos ya no pueden verse como cumplimiento de deseo; tampoco los sueños que se presentan en los psicoanálisis, y que nos devuelven el recuerdo de los traumas psíquicos de la infancia. Más bien obedecen a la compulsión de repetición, que en el análisis se apoya en *el deseo (promovido ciertamente por la «sugestión») de convocar lo olvidado y reprimido* (pp. 31-32, cursivas añadidas).

Seguidamente, Freud postula la posibilidad de que la tendencia del sueño a realizar el deseo sea un rasgo adquirido durante el desarrollo, a medida que el principio de placer va ganando terreno en la vida anímica, y que otras inclinaciones podrían haber dominado el sueño -y lo psíquico en general- durante etapas previas. De este modo, su teoría del sueño como realización de deseo queda supeditada a un logro madurativo y a ciertas condiciones, que no siempre estarán garantizadas<sup>52</sup>. A su vez, puntualizará que el yugo de la compulsión de repetición operaría sobre el sueño tanto dentro como fuera del análisis, en personas cuya necesidad de refloatar los acontecimientos traumáticos –infantiles o actuales- no necesariamente provendrá del influjo analítico.

Más tarde, Freud (1932/2000) retoma las primeras objeciones, meramente aparentes, diciendo:

---

<sup>52</sup> La frecuencia de las pesadillas en las psicosis tal vez sea un ejemplo instructivo, no de un “logro madurativo” faltante –que haría de la neurosis un ideal- sino de los efectos cuando ciertas condiciones no están garantizadas, como lo son la extracción del objeto del campo de la realidad, la tendencia a hacer del lazo social el *leitmotiv* de una vida –como hace el neurótico-, frente a la tendencia a rechazarlo en ciertos momentos, como suele ocurrir en las psicosis (Cf. Lombardi, 2019, cf. también nota 8 de esta tesis).

El punto más discutido de toda la doctrina fue sin duda la tesis de que todos los sueños son cumplimientos de deseo. Tengo derecho a decir que en las anteriores conferencias ya disipamos por completo la inevitable y siempre recurrente objeción de los legos, a saber: que sin embargo existen tantísimos sueños de angustia. Hemos mantenido nuestra doctrina mediante la clasificación en *sueños de deseo, de angustia y punitivos* (p. 26, cursivas añadidas).

Ya que para estas tres categorías Freud sostendrá que todos ellos tienen estrecha relación con el deseo, aunque de distintos modos, sería interesante preguntarse hoy si algo similar podría pensarse para los otros sueños, los que Freud reconoció como excepciones a su teoría. ¿Qué relación guardan con el deseo los sueños traumáticos y las pesadillas en general, aquellas cuyo contenido retoma los traumas infantiles y los recientes?

En la conferencia que acabamos de citar, Freud recapitula lo más complejo de las objeciones a su teoría del sueño y ensaya una interesante respuesta. La importancia del asunto justifica la extensión del pasaje que transcribimos:

Sólo dos dificultades serias se han opuesto a la teoría según la cual el sueño es un cumplimiento de deseo; elucidarlas nos llevaría muy lejos, y por lo demás ninguna de las dos ha encontrado una solución plenamente satisfactoria. La primera está dada por el hecho de que personas que han pasado por una vivencia de choque, un grave trauma psíquico (como tan a menudo ocurrió en la guerra y se lo encuentra también en la base de una histeria traumática), se ven remitidas por el sueño, con harta regularidad, a aquella situación traumática. Es algo que no debería suceder de acuerdo con nuestros supuestos acerca de la función del sueño. ¿Qué moción de deseo podría satisfacerse mediante ese retroceso hasta la vivencia traumática, extremadamente penosa? Difícil resulta colegirlo. Con el segundo hecho nos topamos casi a diario en el trabajo analítico; por lo demás, no implica una objeción de tanto peso como el primero. Ustedes ya saben que una de las tareas del psicoanálisis es descorrer el velo de la amnesia que oculta los primeros años de la infancia, y llevar al recuerdo conciente las exteriorizaciones de la vida sexual de la temprana infancia contenidas en ellos. Ahora bien, estas primeras vivencias sexuales del niño están enlazadas con impresiones dolorosas de angustia, prohibición, desengaño y castigo; uno comprende que hayan sido reprimidas, pero no que *posean tan vasto acceso a la vida onírica, que proporcionen el modelo para tantas fantasías oníricas, que los sueños rebosen de reproducciones de esas escenas infantiles y de alusiones*

a ellas. En verdad, su carácter displacentero y la tendencia del sueño al cumplimiento de deseo parecen conciliarse muy mal. Pero quizá vemos demasiado grande la dificultad en este caso. Es que *a esas mismas vivencias infantiles van adheridos todos los deseos pulsionales* incumplidos, imperecederos, que a lo largo de la vida entera donan la energía de la formación del sueño; y cabe admitir que en su violenta pulsión aflorante {*Auftrieb*} esfuercen hasta la superficie también el material de episodios sentidos como penosos. Por otra parte, dada la manera en que este material es reproducido resulta inequívoco el empeño del trabajo del sueño, que quiere desmentir el displacer mediante una desfiguración y mudar el desengaño en confirmación. No ocurre lo mismo en las neurosis traumáticas; en ellas, los sueños desembocan regularmente en un desarrollo de angustia. Opino que no debe arredrarnos admitir que en este caso falla la función del sueño (p. 26-27, cursivas añadidas).

Vemos que, en primer lugar, Freud ordena sus reflexiones separando los sueños de las neurosis traumáticas de aquellos sueños que, en cualquier análisis, retoman las vivencias traumáticas de la infancia y las traen al primer plano. A nuestro modo de ver, ofrece para este segundo caso -que a su parecer “no implica una objeción de tanto peso como el primero”- una explicación que podría ser válida para el primer hecho también. Veámoslo en detalle.

Uno comprende, dice, que las primeras vivencias sexuales del niño hayan sido reprimidas, pues están enlazadas con impresiones dolorosas de angustia, prohibición, desengaño y castigo; pero cómo entender que “posean tan vasto acceso a la vida onírica, que proporcionen el modelo para tantas fantasías oníricas, que los sueños rebosen de reproducciones de esas escenas infantiles y de alusiones a ellas”. Y se responde que esto sucede porque “a esas mismas vivencias infantiles van adheridos todos los deseos pulsionales incumplidos, imperecederos”. A nuestro parecer, esta hipótesis de los deseos incumplidos no es necesaria. Lo que Freud viene de constatar tiene lógica, una lógica paradójica pero impecable: esas mismas vivencias que han condensado placer y displacer, y que por eso mismo han sido reprimidas, tienen vasto acceso a la vida onírica. Para nosotros el motivo es que el deseo que motoriza el sueño no es solamente un deseo ligado al placer, sino que es de naturaleza paradójica, es un compuesto de placer y displacer mezclados en diversas dosis, y por lo tanto esas vivencias tienen por sí mismas el poder de despertar el deseo onírico.

Sabemos, también por Freud, que el lazo entre deseo y fantasía es estrecho y originario, que uno no funciona sin la otra y viceversa. Por lo tanto, si el sueño reflota vivencias infantiles, marcas tempranas de placer y displacer, a través de los significantes que sellaron dichas escenas, no tiene por qué deberse a los deseos infantiles que hayan quedado incumplidos, sino antes bien a la forma en que deseo y goce capitalizan esas marcas y las repiten.

Pasemos entonces a considerar el último caso que Freud expone: los sueños de las neurosis traumáticas, que desembocan regularmente en un desarrollo de angustia y conducen al despertar. Para esta circunstancia, conservará la excepcionalidad de que la función del sueño como guardián del dormir haya fallado. Los separa, además, de los sueños de deseo.

¿Qué diremos sobre esto si nos atenemos a una concepción del deseo que defiende la necesidad de reconocer su naturaleza paradójica? ¿Es posible pensar que algo del orden del deseo interviene también en el armado y reproducción de un sueño traumático? A nuestro parecer, sí. Creemos que es admisible retomar la inicial concepción freudiana del deseo –más ligada al placer- y leerla a la luz de sus desarrollos posteriores –sobre la existencia de un más allá de ese principio y una pulsión de muerte-.

Podemos reconstruir el proceso de este modo: Freud (1900/2001) ha dicho que es posible concebir al deseo como “una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera” (p. 557). Pero la naturaleza de la vivencia de satisfacción y de la satisfacción en general, como huella a repetir, es mucho más compleja en el Freud posterior a 1920. Si consideramos al deseo como una moción que no se limita al principio del placer, sino que habita en el límite entre éste y el más allá, y que incluso subsiste “franqueando el umbral impuesto por el principio del placer” (Lacan, 1964/2006, p. 39), ya no nos resulta inadmisibles que aquellos que los sueños de las neurosis traumáticas repiten sean también ciertos significantes que están ahí para indicar un real en juego, en sí mismo no simbolizable, que ha venido a renovar algunas de las marcas paradójicas que orientan el recorrido del deseo, esa búsqueda de re-presentación de lo real traumático. Por supuesto, diremos también que esa búsqueda es vivida con distintos matices dentro de la



gama placer-displacer en la medida en que sus elementos logran ser destilados, aislados y reconocidos en su valor libidinal. Por eso, no cualquier acontecimiento es traumático, ni tampoco es obvio qué es lo traumático dentro del trauma. Será menester del análisis encontrar los vínculos entre las marcas de lo traumático y la paradójica mixtura que ocurre entre deseo y goce<sup>53</sup>.

#### 4.5. Recapitulación

Hemos llegado ahora a un punto de nuestra exposición donde podemos habilitarnos a proponer que las objeciones clínicas que Freud encontró con respecto a su teoría del sueño no afectan realmente a la concepción del mismo como realización de deseo, sino antes bien a la primacía del principio de placer y a la imposible generalización de una teoría que sostuviera que todo sueño figuraría un anhelo como cumplido<sup>54</sup>. El deseo, concebido a la luz de los desarrollos freudianos sobre la pulsión posteriores a 1920, y retomado por Lacan

---

<sup>53</sup> En cuanto a la función biológica del sueño como guardián del dormir, es decir, su colaboración para que la fisiología del sueño pueda activarse y durar lo suficiente como para mantener sanas las funciones corporales, tal vez quepa separar las “perturbaciones menores de la función del sueño” (Cosentino, 2007), causadas por esos sueños que retoman las marcas traumáticas de la infancia en análisis, por un lado, y por otro la perturbación radical del dormir en el momento agudo de una neurosis traumática. Se distinguen así las consecuencias fisiológicas realmente incapacitantes que puede tener la interrupción constante del dormir durante un período de estrés postraumático, del más frecuente despertar de las vivencias infantiles durante el sueño. En este último caso, el dormir no es constantemente interrumpido, sino sólo a veces, y además es utilizable en el análisis –cosa que no es imposible en una neurosis traumática, pero que se verá dificultada por el malogro de las funciones fisiológicas como consecuencia de la irrupción angustiante insistente-.

<sup>54</sup> Como dijimos, adscribimos a este último grupo aquellos que Freud explicó muy simplemente con los ejemplos de soñar que se bebe cuando se tiene sed durante el dormir, o el soñar que se está trabajando, para así poder seguir durmiendo. Sueños de comodidad, en definitiva, que en algunos casos Freud parece generalizar –cuando se apoya en la teoría del sueño como guardián del dormir-, pero que no alcanzan para explicar muchos sueños donde la participación del deseo no parece deducirse de un anhelo puntual.

desde este costado paradójico, que no lo anuda únicamente al placer, nos parece perfectamente compatible con la tesis del sueño como realizador del mismo.

Freud (1932/2000) ha dicho: “Hemos mantenido nuestra doctrina mediante la clasificación en sueños de deseo, de angustia y punitivos” (p. 26). Tal vez los sueños de repetición deban agregarse a esa lista, ya que de todos ellos podemos decir, como lo hizo Freud con respecto a los tres primeros, que son en esencia sueños de deseo, recorren de un modo u otro los caminos de las marcas significantes cruciales y, como dirá Lacan, mantienen al deseo circulando en ese borde entre principio de placer y más allá.

El estudio de los testimonios de pase que hemos emprendido en esta investigación nos conduce a defender esta idea y a vincularla con los sueños que los pasantes han narrado como formando parte de sus últimos tramos de análisis; sueños muy a menudo ominosos, bastante lejanos al principio de placer, sueños que despiertan, que molestan, o bien que sorprenden al soñante por el aplomo con que atraviesa horribles escenas. Son sueños que, además, cuando son analizados –a menudo por el soñante “a solas”<sup>55</sup>– arrojan saldos muy ricos en cuanto a la sobredeterminación de cada elemento, conectan significantes y formas imaginarias del objeto *a* con escenas infantiles, tanto placenteras como traumáticas, y promueven la neo-producción de significantes que pasan a nombrar ese singular nudo de goce y deseo que se transformará para el analizante en *sinthome*, dando lugar a modos muy variados de la sublimación.

Vemos operar allí ese *otro deseo* que Freud (1920/2000) advierte como ligado a la sugestión –o podríamos decir “al entusiasmo de analizarse”– y que colabora en “convocar lo olvidado y reprimido” (p. 32), de la mano de la compulsión a la repetición.

Estas precisiones nos invitan a avanzar sobre los postulados que fue ensayando Lacan a lo largo de su enseñanza acerca de la realización de deseo en el sueño. Creemos que son tesis que han pasado desapercibidas, pues Lacan

---

<sup>55</sup> Decir “a solas” es, en realidad, una paradoja, pues se ha señalado cómo la interpretación se independiza progresivamente del analista, pero todos sabemos que no se analiza un sueño, ni una idea cualquiera, sin participación de un Otro. Como sostenía Émile Benveniste (1977/2008) –y Lacan concordará–, hasta en un monólogo interior le hablamos al Otro.

nunca las sistematizó en un texto específico y se encuentran en cambio desperdigadas entre escritos y seminarios. Veremos allí una progresión desde una concepción más ligada al deseo del sueño como deseo de dormir, hasta otra que hace del despertar el núcleo de ese deseo.

## 5. Algunas tesis de Lacan sobre la realización de deseo en el sueño

“Nunca pretendí sobrepasar a Freud, como me lo imputa uno de mis corresponsales, sino prolongarlo”.  
(Jacques Lacan, *Seminario 27: Disolución*)

Es momento de pasar a considerar la elaboración que ha recibido la cuestión del sueño en la obra de Jacques Lacan. ¿Qué aspectos de la teoría freudiana prefirió enfatizar? ¿La retomó siempre del mismo modo?

En primer lugar, veremos que, en todo lo concerniente a la interpretación de los sueños, Lacan retomó y valorizó fuertemente la noción freudiana de *deseo inconsciente*, oponiéndola a cualquier reducción del sueño al nivel de los anhelos preconcientes. El retorno a este punto central de la teoría le permitió enfatizar la función de la letra y del objeto pulsional en la escena onírica.

Podría decirse que, a través de las tesis que aquí sistematizamos, Lacan retoma los distintos aspectos del sueño trabajados por Freud; a veces se enfoca en el mensaje secreto del sueño y en su valor predominantemente simbólico, mientras que en otras ocasiones se vuelca hacia la función mostrativa del sueño, como posibilidad de presentificar el más allá o más acá de la escena de la realidad.

Tal como sucedió en la sección anterior, encontramos que, para un ejercicio de lectura de la noción de *realización de deseo en el sueño*, se vuelve crucial la articulación entre deseo y pulsión, para no caer en una concepción del deseo demasiado ligada al principio de placer, que desconocería la complejidad que Freud introduce con su postulación de un más allá, germen del concepto lacaniano de *goce*. Como dijimos, después de 1920 Freud utiliza directamente la expresión “deseo pulsional” en sus escritos sobre el sueño, abriendo una vía que nos permite ordenar los aportes de Lacan en un recorrido que articula ambos conceptos.

Como esta investigación ha partido de interrogantes que hacen a la finalización de la cura y al papel del sueño en ese proceso, debemos revisar los postulados lacanianos acerca de la relación deseo-pulsión en el devenir de la cura, antes de analizar cómo el sueño acompaña o colabora con esos cambios.

### 5.1. Acerca de la relación deseo-pulsión en Lacan

En su seminario de 1964, tras su expulsión de la Internacional Psicoanalítica, Lacan parece estar sacando nuevas conclusiones sobre cómo terminan los análisis, qué es lo novedoso que éstos aportan, qué cambios es lícito esperar. Arroja, como al pasar, algunas afirmaciones muy fuertes sobre el tema que nos interesa. Comencemos con lo que respecta a la pulsión y el final de la cura. Dice Lacan (1964/2006):

Si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto *a*, lo sitúa a la mayor distancia posible del *I*, que el analista es llamado por el sujeto *a* encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador (...).

Más allá de la función del *a* la curva vuelve a cerrarse, en lo que al final de análisis se refiere, donde nunca se dice. O sea que, después de la ubicación del sujeto respecto de *a*, la experiencia del fantasma fundamental deviene la pulsión. ¿Qué deviene entonces quien ha experimentado esa relación opaca con el origen, con la pulsión? ¿Cómo puede un sujeto que ha atravesado el fantasma radical vivir la pulsión? Esto es el más allá del análisis (p. 281).

La filósofa Alenka Zupančič (2000/2010) se ha preguntado si con estas afirmaciones Lacan desplaza hacia la pulsión el énfasis que anteriormente ponía en el deseo como corazón de la experiencia analítica. Se responde que no, que en todo caso Lacan comienza a articular deseo y pulsión de un modo novedoso, pero que no abandona nunca la importancia del deseo -única dimensión que nos preserva de caer en la pura y simple sugestión (Lombardi, 1998)-. Para Zupančič,

es sólo a través de la lógica del deseo que Lacan piensa posible un arribo a algo que sea del orden de la pulsión.

Una forma (quizá la única forma) de conceptualizar la relación entre el deseo y la pulsión sería explicar el (posible) pasaje del uno a la otra: incluso cuando no haya medida común entre el deseo y la pulsión, en el centro del deseo se abre un pasaje posible hacia la pulsión. Por lo tanto, se podría llegar a la pulsión si se sigue la 'lógica' del deseo hasta su límite. (...)

La fantasía es la relación fundamental entre el sujeto y su deseo. El *objeto petit a*, el fundamento del deseo en la fantasía, no es visible en aquello que constituye para el sujeto la imagen del deseo. Con más exactitud, es el fundamento de la fantasía precisamente en la medida en que está excluido, es invisible en el campo de su marco. Desde esta perspectiva, el deseo puro podría definirse como el límite en el cual el deseo se encuentra confrontado con su propio fundamento, su propia causa (Zupančič, 2000/2010, p. 256).

Los testimonios de pase permiten observar los detalles singulares de esta experiencia. Nuestra investigación, centrada en los sueños, nos lleva una y otra vez a esos momentos de cambio en que el trabajo onírico se desnuda, se encoje, se condensa fuertemente sobre unos pocos rasgos -significantes y objetos parciales- y el pasante cuenta cómo esos hallazgos le han permitido orientarse de otro modo en su quehacer cotidiano y en su deseo como analista. Tal como escribe Zupančič, "el objeto-causa absoluto del deseo deviene objeto parcial, objeto de la pulsión" (p. 257). Este devenir implica que haya podido renunciarse al objeto perdido, el que estaba en lugar de causa, explica, y que se admitan otros -objetos comunes, aunque siempre ligados al objeto en sus formas parciales- como reemplazo; ahora sí, hallables. Esto deja para el objeto otro modo de existencia y, para el sujeto, otro tipo de funcionamiento, pues la pulsión tiene una ligazón con el actuar que es más estrecha que la que tiene el deseo – que puede a veces satisfacerse en la fantasía-.

Lacan (1964/2006) sostiene que:

No es que el deseo se enganche al objeto de la pulsión, sino que el deseo le da la vuelta en la medida en que es actuado en la pulsión. Pero no es forzoso que todo deseo sea actuado en la pulsión. Hay también deseos vacíos, deseos locos, que

parten de que no se trata más que del deseo, por ejemplo, de algo que le han prohibido<sup>56</sup> (p. 251).

Un deseo que circula y sublima en estrecha relación con la pulsión es diferente de un deseo vacío o loco, e interesa mucho más al corazón de la experiencia analítica y a sus propósitos.

Esta mixtura tan compleja entre deseo y pulsión, su interjuego en la clínica y los entrecruzamientos que piensa Lacan, nos explican por qué lo vemos utilizar tantas veces el término “satisfacción” en torno a cuestiones que conciernen al sueño y al deseo en general. Habla a veces de *realización* del deseo –siguiendo la expresión freudiana-, pero también lo nombra a menudo como *satisfacción*. Creemos que ese uso responde a una concepción del deseo como íntimamente ligado a la pulsión. Julieta De Battista (2015) ha señalado que esta mixtura es rastreable en Freud mismo:

El lector de Freud encontrará en estas citas sobre el deseo varios de los términos que el autor utilizó para referirse a la pulsión, de hecho llama al deseo “fuerza pulsionante” y le atribuye la característica del *Drang*. El deseo no está desligado del cuerpo y la sexualidad (...).

El deseo pareciera constituirse así en aquello de la pulsión que gracias a la institución de una falta encuentra cierto trabajo en el inconsciente, volviéndose así una suerte de destino pulsional, un tratamiento de lo real del cuerpo. Y, por otra parte, hace que el deseo conserve para Freud esta dimensión de lo insondable, lo no interpretable, lo no representable, allí donde se asienta en lo no conocido: puerta abierta que lo lleva a aquello de la pulsión que por no escribirse insiste e insiste en llegar al fin por el camino más corto (p. 162-163).

Retomemos desde estas coordenadas una de las frases de Freud que citamos en la sección precedente. Allí se preguntaba cómo podemos explicarnos que las primeras vivencias sexuales del niño, reprimidas por estar enlazadas con impresiones dolorosas “posean tan vasto acceso a la vida onírica, que proporcionen el modelo para tantas fantasías oníricas” (Freud, 1932/2000, p. 26-

---

<sup>56</sup> ¿Sería este el caso del sueño de la pequeña Anna Freud el día de la prohibición de fresas? Así parece pensarlo su padre, cuando indica el vínculo estrecho entre la prohibición de ese día y el hablar en sueños de su hija por la noche (Cf. Apartado 5.3).

27). Su respuesta era que esto sucede porque “a esas mismas vivencias infantiles van adheridos todos los deseos pulsionales incumplidos, imperecederos”, pero ya nosotros adelantamos que no coincidimos en que sólo por incumplidos esos deseos hayan venido a jugar un papel tan poderoso en el asunto. Antes bien, consideramos que el sueño retoma esas escenas –o, mejor dicho, sus marcas escriturales de goce- porque esas mismas vivencias poseen valor pulsional –como lo demostró Freud mismo al estudiar el afecto placentero o displacentero con que son recordadas las escenas, por ejemplo, de seducción, en neurosis obsesiva e histeria-. Y que posean valor pulsional implica, a esta altura, reconocerles alguna participación en la conformación del deseo, de un deseo no loco ni vacío, sino un deseo fuertemente ligado a la pulsión y al fantasma, y por ello mismo indestructible. Los testimonios permiten captar cómo las marcas mismas de lo traumático cobran valores nuevos y más vivificantes a medida que se separan del exceso que portaban, y –aunque paradójico- no dejan de tener un papel central en el funcionamiento deseante.

Esta interrogación de Freud, recordemos, se dirigía tanto a los sueños que durante el análisis traen al presente los recuerdos más dolorosos, como a los sueños de las neurosis traumáticas, posteriores a un episodio disruptivo. ¿Pero es que podemos distinguir tanto estas dos situaciones? Freud intenta hacerlo en ese párrafo, enfocándose en que los primeros suelen ser sueños que originalmente querían dar cauce a mociones de deseo placenteras, y que luego encontraron en su proceso la dificultad de haber despertado recuerdos penosos. Pero si sostenemos que esos mismos recuerdos penosos son causa suficiente del sueño y que acarrear un valor de goce innegable, ¿no diremos lo mismo respecto a los sueños de las neurosis traumáticas? ¿No se sueña acaso con el detalle del trauma que ha sido, sin saberlo, recortado y fijado por el sujeto? ¿No suele ser una mirada, una voz, en fin, un objeto parcial, lo que esos sueños traen a escena?

A nuestro parecer, el trabajo del sueño juega muy a menudo con fuego, pues es movido por el deseo, que “encuentra su cerco, su proporción fijada, su límite, y en la relación con este límite se sostiene como tal, franqueando el umbral impuesto por el principio del placer” (Lacan, 1964/2006, p. 39). El umbral del deseo y el del principio del placer no son lo mismo. Los sueños de los pasantes



arrojan por tierra toda pretensión de separar sueños de pesadillas; muestran cómo alguien puede encontrar, en el seno mismo de su horror más íntimo, una causa de deseo.

Ahora sí, pasemos a revisar, con estas coordenadas en mano, las tesis de Lacan sobre la realización de deseo en el sueño. Resultará palpable que las primeras son, en realidad, tesis freudianas que Lacan retoma; necesarias para arribar a las siguientes, que ya son de su cosecha.

## 5.2. El deseo del sueño es deseo de dormir

Obviamente este es un postulado originalmente freudiano. ¿Cómo lo ha retomado Lacan? Podría decirse que a esta tesis Lacan la repite como un estribillo. La nombra al pasar en muchos seminarios y escritos, a la manera de un “ustedes ya saben”, pero a veces la intercala con otras afirmaciones sobre el sueño que resultan francamente contradictorias.

A veces, el sueño es guardián del dormir. Lacan le reconoce a Freud un acierto en este punto, pero no sin complementarlo una y otra vez con la idea de que algo, en el sueño mismo, lleva hacia otro lado.

Así, en el Seminario 6 (Lacan, 1958-59/2015), por ejemplo, dirá que el deseo del sueño es doble, que está el deseo de dormir y que hay también otro deseo, que a esta altura llama “deseo de muerte” (p. 56)<sup>57</sup>. Este otro deseo le parece existente de forma separada, aunque compatible con el deseo de dormir, sin que se confundan.

En todo caso, Lacan no otorga a ese deseo de dormir un papel preponderante. Aunque lo repita una y otra vez, como al pasar, cuando habla del sueño, nunca sitúa taxativamente qué podría tener que ver con la noción de deseo en sentido estricto. Si el deseo, para Lacan, subsiste franqueando el umbral impuesto por el principio de placer, ¿cómo podría la comodidad del dormir ligarse con el deseo, bien entendido? Por este motivo, Lacan lo concibe como

---

<sup>57</sup> Muchos años más tarde, en 1974, le dirá a Catherine Millot que piensa ese deseo de muerte como esencialmente ligado al despertar (Lacan, 1974/1981).

algo secundario, una aspiración más ligada al yo que a la esencia indestructible del deseo inconsciente.

Lamentablemente, tanto Freud como Lacan utilizan a veces el término “deseo” para referirse a la comodidad del dormir y, por lo tanto, ambos aportan un poco de confusión al asunto, aun cuando por momentos se afanan por distinguir lo que sería el deseo inconsciente en sentido estricto, de lo que sería una aspiración o anhelo ligado al yo.

El deseo de dormir es, desde luego, sumamente importante. Freud lo vinculó especialmente a la elaboración secundaria, en el último capítulo de la parte sobre la elaboración del sueño, que concierne a la intervención del ego como tal en el sueño (...).

La ensoñación, tal como aparece a nivel del yo, es satisfacción imaginaria, ilusoria, del deseo (...) únicamente a nivel del yo vemos aparecer la función de la ensoñación en la estructura del sueño (Lacan, 1954-55/2008, p. 320).

*Ensoñación y anhelo* serán dos términos que Lacan utilizará para separar al deseo de las tendencias que Freud observa detrás de ciertos sueños y que le parecen más bien de naturaleza preconscious. Apuntando hacia otro lado, Lacan se pregunta: “¿Cuál es la relación entre esa ensoñación del yo y otra, situada en otra parte, en la tensión?” (p. 320).

Además de decir que el deseo de dormir le parece una tendencia ligada al yo, Lacan dirá que lo cree secundario. En ocasiones, insiste incluso en que para Freud mismo ese deseo sería secundario. Dice en el Seminario 11 (Lacan, 1964/2006): “Vemos surgir aquí, casi por primera vez en la *Traumdeutung*, una función del sueño que parece ser secundaria: -en este caso, el sueño sólo satisface la necesidad de seguir durmiendo” (p. 65)<sup>58</sup>.

Años más tarde, siguiendo con esta idea de que el deseo de dormir sería secundario, dirá sobre un sueño suyo:

He hablado del despertar. Justamente hace poco soñé que el despertador sonaba. Freud dice que se sueña con el despertador cuando uno no quiere de ningún modo despertarse. [Pero] que alucine en mi sueño que el despertador suena, lo

---

<sup>58</sup> Le dará una vuelta interesante a esta encrucijada cuando formule la tesis que hemos numerado en quinto lugar: “El deseo del sueño es deseo de dormir... para que allí despierte otra realidad”.

considero como una buena señal, ya que, contrariamente a lo que dice Freud, en mi caso yo me despierto. Al menos eso fue lo que me sucedió (Lacan, 1978, párr. 13, corchetes nuestros).

Y es de hecho en este eje dormir-despertar donde ubicamos el avance de Lacan en sus formulaciones sobre el deseo del sueño<sup>59</sup>. Podemos preguntarnos si a los fines analíticos “los sueños de los cuales uno no sabe decir nada tras despertar son los que mejor han desempeñado su función” (Freud, 1925/2000, p. 129) o si cumplen mejor su cometido deseante aquellos sueños que nos despiertan, o que al menos molestan nuestra comodidad yoica.

A partir de estas formulaciones de Lacan, podemos decir que consideramos que el postulado del sueño como deseo de dormir no es un postulado central en su retorno a Freud, ya que las ideas con que lo opone sitúan con más claridad cierto itinerario de interrogación que lleva a cabo a lo largo de muchos años. Ideas que iremos encontrando en cada tesis acerca de la realización de deseo en el sueño. Incluso más tarde, cuando aborda el tema desde su concepto de *goce*, Lacan (1973-74) insiste en que el trabajo del sueño –ahora identificado como goce fálico- no hace más que molestar a la comodidad del dormir, y que sólo cuando el sueño “se desinfla” el dormir logra estar a salvo del goce.

Todo esto nos lleva a afirmar que, en la obra de Lacan, todo lo referente al sueño se sitúa en una constante intrincación entre deseo y pulsión y, luego, entre deseo y goce, y que, en cualquiera de estas formulaciones, deseo y dormir se oponen. El dormir va a ser homologado por Lacan con la comodidad y con la captura en la escena del fantasma, de la cual se sale mediante el acto. El sueño, en cambio, va a ser susceptible de quedar atrapado en el sopor del fantasma, pero también de ser la llave para un cierto despertar. Será el acto analítico el que defina uno u otro cauce.

Esto respecto al sueño, en general, pero para hablar de *deseo en el sueño*, Lacan reservará los hechos clínicos que apuntan hacia el despertar y no hacia el dormir. El deseo estará involucrado en lo que del sueño no cierra, lo que

---

<sup>59</sup> Carolina Koretzky (2012) ha desarrollado con precisión en su tesis doctoral lo que la noción de *despertar* implica para numerosas aristas de la enseñanza de Lacan. La vinculó con la iluminación, el esclarecimiento, el asombro, la sorpresa, la des-identificación y el trauma.

logra pasar, lo que sorprende y conmueve. En este sentido, afirmará en el Seminario 19 (Lacan, 1971-72/2012) que, si el deseo del sueño fuera deseo de dormir, entonces podríamos decir que el sueño “no satisface el deseo” (p. 213). Pasando de la noción de deseo a la de goce fálico, dice inmediatamente que “dormir es no ser molestado” y “el goce, por cierto, es molesto” (p. 213). El sueño, entonces, es ese goce que molesta el dormir.

Pero vayamos antes a las primeras tesis de Lacan sobre el sueño, las de sus primeros seminarios.

### 5.3. El deseo del sueño es hacer pasar una cierta palabra

En el Seminario 2 Lacan vuelve varias veces sobre el problema de la realización de deseo en el sueño, y pone mucho énfasis en la fórmula de la trimetilamina del sueño de Freud. Como dijimos en la sección 3, considera que la misma es presentada bajo la forma de *signos sagrados*, esto es, palabras o letras con un valor especial, diferente al de las palabras que puede llevarse el viento, y es allí, en ese punto, que ubica la realización de deseo en aquél sueño. Si Freud siente que ha dado un paso, es porque lo ha dado -sostendrá Lacan-, ha llegado a resolver el enigma de los sueños, aunque podamos pensar que aquello que encuentra, tal vez no coincida con aquello de lo que se sirve para explicar su hallazgo. Como señalamos en el apartado 3.5, Lacan considera que el sueño de Freud lo conduce hasta la fórmula de la trimetilamina y que, en ese punto, éste se topa con el secreto del sueño, que no es otro que el peso y la función rectora de la palabra.

Desde ahí, basándose en ese sueño inaugural, Lacan (1954-55/2008) va a desarrollar su tesis de que “una de las dimensiones del deseo del sueño es hacer pasar una cierta palabra” (p. 193). Extrae esta idea de la teoría freudiana sobre la represión, la censura y el conflicto entre instancias.

Comienza su demostración con el sueño de la paciente de Freud que comentamos en la sección anterior, aquél de la palabra *canal* y el chiste sobre lo sublime y lo ridículo. Basándose en ese sueño y en la tensión entre censura y

asociación que tiene lugar en esas dos sesiones, Lacan destaca cómo el sueño logra conducir hasta una idea silenciada, en este caso la opinión o las dudas de la paciente sobre las teorías de Freud.

Entonces, sobre la tesis de que el deseo del sueño sería hacer pasar una cierta palabra, Lacan afirma:

A Freud siempre le basta con poner esto en evidencia para ratificar el hecho de que su teoría se confirma. (...) Freud sólo queda satisfecho, sólo reencuentra su camino y estima habernos demostrado lo que nos quería demostrar, cuando puede mostrarnos que el deseo principal de un sueño era hacer pasar un mensaje (p. 193).

Sorprende leer en Lacan esta idea de *mensaje* en el sueño, ya que toda su teoría del lenguaje estuvo siempre orientada hacia la preeminencia del significante por sobre cualquier significado, y otorgó un papel muy secundario a la comunicación, que además le pareció siempre supeditada al malentendido estructural. Una segunda paradoja interna provendría, además, de la teoría de los goces, ya que, a partir de los '70, Lacan ligará el trabajo del inconsciente con el goce fálico, y algunas de sus afirmaciones parecen descartar la posibilidad de que el sueño pueda tener la intención de comunicar<sup>60</sup>. Pero tal vez estas afirmaciones nada dicen sobre el complejo intercambio en que participa el sueño dentro de la transferencia<sup>61</sup>. Freud (1900/2001, 1911/2001a, 1923/2000,

---

<sup>60</sup> Por ejemplo: “nuestro querido Freud tiene de lacaniano el que, ya que todo lo que acaba de decir acerca del sueño es únicamente construcción, cifrado, ese cifrado que es la dimensión del lenguaje nada tiene que ver con la comunicación” (Lacan, 1973-74).

<sup>61</sup> La función que pueden tener ciertos sueños en una relación, por ejemplo, de pareja, está suficientemente ilustrada en el ejemplo de “La dirección de la cura” (Lacan, 1958/2005, p. 611) donde la mujer de un analizante de Lacan tiene y comunica un sueño que resuelve en el acto la impotencia sexual del primero. Parece que los sueños que advienen durante el pase tienen también esta función, traen a la escena informaciones, que pueden ser mejor comunicadas mediante un material onírico, en la relación pasante-pasador-jurado. Lacan (1973-74) mismo va en esta dirección cuando, muchos años más tarde, habla del sueño como una fuente de saber relevante para el sujeto: “hay un saber que ustedes oyen en el sueño, que nada tiene que ver con lo que de él les queda cuando están pretendidamente en vigilia. Por eso es tan importante descifrar ese sueño, ese sueño que ustedes sólo sueñan durante cierto tiempo” (clase del 18/12/73).

1925/2000) lo ha señalado una y otra vez: los sueños advienen como respuesta al decir del analista, se entraman con la sesión previa y vuelven sobre lo dicho en el análisis. “Sabemos que los sueños del sujeto en análisis son otras tantas respuestas al analista, por lo menos a aquello en lo que éste se ha convertido en la transferencia”, agrega Lacan (1958-59/2015, p. 114). En este contexto, pensar al deseo del sueño como deseo de hacer pasar una palabra, ubica su papel en el lazo transferencial y su relación con lo silenciado, reprimido o ignorado.

Estamos, entonces, frente a una tesis que no se cierra sobre el deseo del sueño como deseo de dormir, ya que apunta más bien a lo que del sueño puede incomodar, hacer surgir lo disruptivo, hacer pasar lo silenciado.

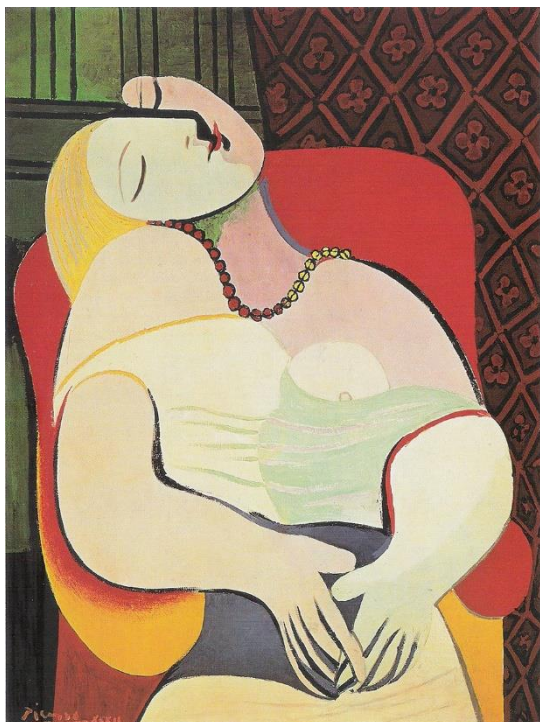
Ahora recordemos que, para *hacer pasar una cierta palabra*, al sueño le es necesario transformarla, someterla a las mutaciones propias de su modo de trabajo, sea porque se retoque su materialidad, porque se logre torcer su sentido o porque se la inserte en un contexto donde su campo asociativo inicial no es evidente -como es el ejemplo de este sueño, del que debió extraerse e interrogarse el término *canal*, para que la asociación llevara hasta el chiste del cual provenía-. El trabajo del sueño, para Freud, opera todas esas desfiguraciones con el propósito de disfrazar el sentido que se desea hacer pasar.

Vemos entonces que el deseo del sueño implica una paradoja: su trabajo disfraza y a la vez muestra, conduce hacia algo poco cómodo –en el caso de esta paciente, confesar(se) su opinión sobre las teorías de Freud-, pero a la vez lo disfraza.

Esta paradoja fue resuelta en la teoría freudiana mediante la postulación de instancias: lo que puede ser placentero o deseable para una instancia, no lo es para otra, y de allí que este paradójico funcionamiento pueda ser entendido, en definitiva, como una batalla entre instancias con intereses antagónicos. Es así que, analizando la objeción planteada por los sueños de angustia a su teoría general del cumplimiento del deseo, Freud (1916/1999) argumenta:

Un cumplimiento de deseo tendría sin duda que brindar placer, pero también cabe preguntar: ¿a quién? Desde luego, a quien tiene el deseo. Ahora bien, sabemos que el soñante mantiene con sus deseos una relación sumamente particular. Los desestima {*verwerfen*}, los censura; en suma, no le gustan. Por tanto, un

cumplimiento de ellos no puede brindarle placer alguno, sino lo contrario. La experiencia muestra entonces que eso contrario, que hemos de explicar todavía, entra en escena en la forma de la angustia. Por consiguiente, en su relación con sus deseos oníricos, el soñante sólo puede ser equiparado a una suma de dos personas, que, empero, están ligadas por una fuerte comunidad (p. 197).



Picasso, Pablo (1932) *El sueño*. [Óleo sobre lienzo] No expuesto.

De esta oposición entre instancias extraerá Lacan los fundamentos de su noción de sujeto dividido, tan bien representada en esa línea que parte la cabeza de la soñante en el famoso cuadro de Pablo Picasso.

Por nuestra parte, en esta naturaleza compuesta del sujeto, es decir, en su división ineliminable, reencontramos aquello que nos hacía separar y a la vez articular el deseo de dormir con esa otra cualidad del sueño que bien puede llevar el soñar hasta el límite mismo del despertar. Pensando así, debemos concebir al deseo del sueño como compuesto, paradójico y contradictorio, pues cada vez que nos preguntamos por el deseo –“¿qué es lo que, al decir, eso quiere?” (Lacan, 1968-69/2008, p. 183)- obtenemos una paradoja: algo en el sujeto quiere y no quiere, tira la piedra y esconde la mano. El acto analítico habrá de volver cada vez sobre el acto en cuestión: la piedra ha sido arrojada.

Vayamos ahora a otro aspecto del asunto. Ya que nos estamos ocupando de esta formulación lacaniana según la cual el deseo del sueño es hacer pasar una cierta palabra, podemos preguntarnos: ¿cómo entender en este momento de la enseñanza de Lacan el término “palabra”?

Por aquella época, Lacan (1953/2003) pensaba la palabra como una función operatoria dentro del campo del lenguaje, esto es, como un “tomar la palabra”, acto de enunciación efectivo, que sólo se desprende del lenguaje como campo general del hablante por el acto de un sujeto. Las expresiones “palabra



plena” y “palabra vacía” nos indican suficientemente que Lacan no identificaba a la palabra con un *término* del lenguaje, sino más bien con cierto *decir* –noción que agregará más adelante-, un decir pleno o vacío de implicancias.

Por lo tanto, *hacer pasar cierta palabra* es para él sinónimo de empujar un decir, con implicancias subjetivas, más allá de la censura; traerlo a escena en una relación transferencial –ya sea entre analista y analizante o en cualquier otra relación transferencial-. En este sentido, el deseo que el sueño realiza al hacer pasar cierta palabra no se reduce al juego de significantes que habitualmente teje –que sería más bien el medio para conseguir lo primero-, sino que estrictamente consiste en hacer ingresar en cierto lazo social aquellos pensamientos sofocados, ideas herejes o inconfesables, verdades incómodas, etcétera. Recordemos que nos estamos interrogando por el soñante y su posición, esto es, su manera de recepcionar el sueño, su posición de indagar o no en sus contenidos, e incluso su querer y no querer dejarse tocar por el decir que de allí advenga.

Esta vertiente está en Freud y tal vez no la hemos enfatizado lo suficiente. Es captable allí donde el vienés describe cómo los asuntos de la vigilia convocan numerosos hilos de pensamiento, algunos de los cuales son perseguidos, mientras que otros son abandonados. Cuando esas corrientes de pensamiento, que no fueron proseguidas, entran en conexión con mociones pulsionales inconscientes, se forja el deseo onírico, que operará reforzándolas, haciéndolas llegar hasta la conciencia vía el disfraz del sueño.

Con Lacan, también podemos retomar esta idea de hacer pasar una palabra poniéndola en relación con la diferencia entre enunciado y enunciación, tal como lo trabaja, por ejemplo, en el seminario *El deseo y su interpretación* (Lacan, 1958-59/2015). Allí, Lacan aborda el sueño infantil de Anna Freud que fue referido por su padre en *Die Traumdeutung*. La niña, de diecinueve meses, se había encontrado descompuesta durante el día y había sido obligada a seguir una dieta acorde con su estado. Por la noche, se la oyó decir entre sueños: “Anna F.eud, Er(d)beer, Hochbeer, Eiser(s)peis, Papp” (Freud, 1900/2001, p. 149). El hecho de que, al inicio de la frase, la niña se nombrara a sí misma, es explicado por Freud como una toma de posesión -o la expresión del anhelo de tomar posesión- de los alimentos que inmediatamente pasa a nombrar: fresas, fresas



silvestres, huevos, papilla; donde es notable la doble aparición de las fresas (*erdbeer* y *hochbeer*), especialmente prohibidas ese día.

Lo que interesa fundamentalmente a Lacan es que en esa frase la soñante se incluyera, dando cuenta del momento previo a cierta estructuración, por la cual el lugar del sujeto de la enunciación pasará a ser borrado, como lo es habitualmente en las frases del adulto.

La excepción a este hecho está constituida por ciertos términos especiales, que el lingüista Émile Benveniste (1977/2008) caracterizó como formas vacías -los índices de tiempo, persona y lugar, tales como “hoy”, “yo” y “aquí”- que sólo se cargan de significado cuando un hablante en particular toma la palabra, a nombre propio y en un momento y lugar determinados. De no ser por esos términos, la implicación del hablante en sus enunciados tendería -como muy habitualmente tiende- a borrarse, a quedar en segundo lugar con respecto a la importancia dada, en prácticamente todo lazo social, al mensaje, al enunciado concreto que se intenta comunicar. Con excepción de los enunciados cuyo contenido resulta chocante, provocador o sorprendente, los hablantes no solemos poner la atención en la relación que el hablante tiene con su enunciado, no nos fijamos tanto en por qué dice lo que dice, o cómo queda él implicado en su mensaje, sino que volcamos nuestra atención hacia el contenido de lo dicho, y tomamos sólo ese aspecto como una información.

Esta tendencia, por supuesto, intenta contrarrestarse en nuestra labor como analistas, prestando una especial escucha a esos lazos invisibles entre el hablante y sus dichos. Cuando lo dicho concierne a un sueño, es aún más evidente que no podemos pasar por alto ese lazo, pues allí radica toda la importancia de lo relatado.

Por lo tanto, el deseo del sueño, pensado como deseo de hacer pasar una palabra, no se limita al hecho de que un pensamiento suba a escena en el marco de cierto lazo, sino que además reviste una importancia fundamental en el hecho de permitir interrogar cuál es el vínculo entre el soñante y ese pensamiento sofocado. En muchos sueños, ese vínculo, esa implicación, puede ser lo más enigmático del relato y lo más fructífero para el análisis cuando logra ser interrogado. En el sueño infantil de Anna Freud apreciamos lo contrario: allí el

sujeto todavía no se ha descontado del enunciado, como sucede con el niño que dice “Tengo tres hermanos, Pablo, Ernesto y yo” (Lacan, 1954-55/2008, p. 92).

La complejidad de la implicación subjetiva existente en toda enunciación ha sido muy bien ejemplificada por Freud (1909/2000) en el historial del “Hombre de las Ratas”. Este último confiesa haber pensado, de pequeño, que una niña podría fijarse en él si a él le ocurría una desgracia, y que esa desgracia podría ser la muerte de su padre. Este problema se le presentó inicialmente en una época en que vivía bajo la impresión de que sus padres colegían sus pensamientos; por lo tanto, *pensar* y *enunciar* se ubicaban casi al mismo nivel y podían ser igualmente castigados –condición que Freud descubrió como cualidad del superyó-. Interrogado por su relación con ese pensamiento, el “Hombre de las Ratas” argumenta que no se trató más que de una conexión de pensamiento, y que su malestar se debía únicamente al contenido de la representación “que mi padre pueda morir” (p. 142). Pero Freud le objeta entonces que, si no hay en ello ningún deseo, ¿cómo se explicaría la revuelta que tales pensamientos le producen?

Allí Freud está apuntando a la relación de los enunciados con quien los enuncia. Se acerca, de esta manera, a lo que expone en *La responsabilidad moral por el contenido de los sueños*: “Desde luego, uno debe considerarse responsable por sus mociones oníricas malas. ¿Qué querría hacer, si no, con ellas? Si el contenido del sueño –rectamente entendido- no es el envío de un espíritu extraño, es una parte de mi ser” (Freud, 1925/2000, p. 135).

Cuando el “Hombre de las Ratas” se defiende de la posibilidad de tener algo que ver con el contenido de pensamiento que se le ha presentado acerca de su padre, Freud argumenta lo siguiente: “según es sabido, se castiga igual que alguien diga «El emperador es un asno» o que disfrace así esas palabras prohibidas: «Si alguien dice..., tendrá que habérselas conmigo»” (Freud, 1909/2000, p. 142). Lo mismo sucede, por supuesto, con el sueño, maestro del disfraz: muchas veces lo que es atribuido a otros es justamente lo más íntimo.

Entonces, con respecto al deseo de hacer pasar una cierta palabra, podríamos concluir que lo que en Freud es presentado como instancias con intereses contrapuestos, se vuelve un tanto más difuso con la teoría del deseo de Lacan que, insistiendo en su naturaleza contradictoria por excelencia, ubica

la paradoja en el interior del deseo y no entre las instancias que con él deben lidiar; deslizamiento que conducirá también hacia una relación paradójica entre deseo, acto y principio de placer. Por eso, dijimos anteriormente (apartado 4.3) que la función de la censura –y sus cambios, agreguemos ahora- podría ser considerada una clave freudiana sobre la posición del soñante.

#### 5.4. El deseo del sueño se aloja en el defecto de significación

Freud (1932/2000) indica que hay aprensión a soñar cuando hay horror de encontrarse con la falla del sueño (p. 11). Seguramente inspirado en esta idea, Lacan (1984/2006) introduce en su *Reseña con interpolaciones del seminario de la ética* el siguiente párrafo:

El jeroglífico del sueño descifrado muestra un defecto de significación, y en él y no en otra cosa, el sueño connota un deseo. El deseo del sueño no es nada más que el deseo de cobrar sentido, y a ello satisface la interpretación psicoanalítica. Pero esta no es la vía de un verdadero despertar del sujeto. Freud hizo hincapié en el hecho de que la angustia interrumpe el sueño cuando éste va a desembocar en lo real de lo deseado (p. 22).

Tenemos aquí dos formulaciones: que el deseo del sueño se ubica en el defecto de significación y que el deseo del sueño es deseo de cobrar sentido. Si elegimos centrarnos en la primera es porque, acerca de la segunda, Lacan insiste en que esa no es la vía para un verdadero despertar. El despertar, si fuera posible, estaría más ligado a “lo real de lo deseado”, aquello en lo que el sueño puede desembocar vía la angustia. El deseo de cobrar sentido no sería la vía para ello.

¿Y el defecto de significación? ¿A dónde conduciría?<sup>62</sup> En el Seminario 16, Lacan (1968-69/2008) vuelve sobre esta idea:

---

<sup>62</sup> Fabián Schejtman (2006, pp. 28-29), tomando seriamente esta tesis de Lacan, trabaja un sueño de Freud y se aboca a mostrar el defecto de significación en él. Se centra en el fracaso de ese sueño en lograr una condensación acabada de dos elementos.

Relean desde esta perspectiva los sueños citados en la *Traumdeutung* y percibirán que en esta interpretación razonada solo se trata de una frase reconstituida y de percibir el punto de falla donde, como frase, y de ningún modo como sentido, esta deja ver lo que anda mal. Y lo que anda mal es el deseo (p. 182).

En otras versiones, “eso que anda mal” es traducido como “eso que cojea”, eso que cojea es el deseo.

A nuestro parecer, esta tesis muestra bien una formulación del deseo del sueño en su negatividad: el deseo como deseo de lo que no hay y de lo que no puede significarse. Clínicamente, podríamos pensarlo como un momento necesario: no hay trabajo posible con los sueños si el soñante no advierte, en algún momento, que el sentido de los sueños no cierra nunca, y que lo que éste puede aportar son, en todo caso, unos útiles retazos.

Freud (1911/2001a, 1925/2000) remarcó este aspecto al volver, una y otra vez, sobre la imposibilidad de una interpretación completa. Aconsejó, además, no intentar o no insistir en el desciframiento de un sueño que se resiste a entregar su clave.

Para Lacan, además de que la naturaleza misma del sueño impide pensarlo como algo cabalmente interpretable, el análisis deberá centrarse en poner de manifiesto esa imposibilidad de cierre de la significación. Dirá que el analista, frente a un sueño que le presenta el analizante, se encuentra con que “eso que le viene de ahí es ya interpretación salvaje, y la interpretación razonada con que la sustituye no es mejor, sino que hace aparecer la falla que la frase denota” (Lacan, 1984/2006, p. 22). Si no deja lugar para esa falla, la interpretación analítica no será mejor que la del sueño mismo. En el Seminario 6, donde Lacan insiste sobre el carácter inarticulable del deseo, lo ubica entre los dos pisos del grafo, en el lugar vacío que no se corresponde con ninguna cadena, pero circula entre ellas. Por lo tanto, ni la idea de una satisfacción verbal –que veremos en el próximo apartado–, ni la expresión “hacer pasar una palabra” –que tratamos en el anterior– deben hacernos creer que el deseo del sueño se ubica a nivel de una significación, pues nombrarlo, articularlo, sería haber pasado el deseo al plano de la demanda.

Es por esto que, al abordar el conocido sueño del padre muerto (Freud, 1911/2001b), Lacan (1958-59/2015) comenta exactamente lo mismo que ha observado varios años antes para el sueño de la inyección de Irma: que lo que Freud restituye como deseo del sueño no va más allá de la serie de pensamientos que podrían considerarse preconscientes, incluso perfectamente conscientes<sup>63</sup>.

Lacan se va a detener, en cambio, en lo que llama “procedimiento de adjunción de significantes” (p. 68), haciendo hincapié en la sustracción como operación que el sueño realiza, y por la cual dicho escamoteo “adquiere valor positivo” (p. 68). Se trata, como podemos ver, de la positivización de una falta, razón por la cual Lacan insiste en “ese momento en el cual cierto significante es designado como producido por su falta” (p. 67).

Con este modo de ver, se acerca hacia un estatuto eminentemente negativo del deseo en psicoanálisis, llegando a decir que, en el sueño del padre muerto, la elisión produce un efecto de significado absolutamente original, ya que su operatoria “equivale a la sustitución de los términos faltantes por un blanco, por un cero” (p. 70). El cero en cuestión viene a ser el que inscribe, en la estructura del sueño, la cláusula sustraída - “según su deseo” -, que conduce hacia los pensamientos que rondan en torno a la muerte y al saber o no saber sobre ella. El sentido de este sueño, dirá, no por enigmático debe dejar de ser tenido en cuenta, pues su originalidad radica en poner de manifiesto, con los disfraces convenientes, “una de las formas más esenciales de la vivencia humana” (p. 70), aquella que confronta al ser con el duelo por su existencia. De este modo, Lacan conecta la muerte del padre con la muerte propia, la del soñante, y también con la de todo aquél que se preste a escuchar este sueño.

Para decirlo más claramente, lo valioso del sueño y su costado deseante es, en este momento de su teorización, aquello que conduce hacia una negatividad, hacia una falta de significación que obliga al hablante a tener que definirse

---

<sup>63</sup> Cuando estudia el sueño “de la inyección de Irma”, Lacan (1954-55/2008) sostiene que allí Freud ofrece como deseo del sueño “un deseo que sólo podemos llamar preconsciente, e incluso completamente consciente” (p. 231). Respecto al sueño del padre muerto, Lacan (1958-59/2015) afirma que el deseo de la muerte del padre “es un recuerdo consciente, perfectamente accesible al texto continuo de la conciencia” (p. 68).

mediante el acto, una vez corroborado que el inconsciente nunca arrojará una fórmula definitiva. Decimos “una vez que” para ubicarnos en la duración de un análisis, pero podríamos decir que los sueños operan esa sustracción de sentido cada vez, conducen a una negatividad, a algo que no puede definirse desde el saber, y lo hacen en cada oportunidad.

En este contexto, el del Seminario 6, Lacan lo expresa de varias maneras, por ejemplo, al decir que “la elisión produce un efecto de significado” (p. 69), y que lo que Freud nos da como clave del sueño del padre muerto “no quiere decir nada” (p. 68). En el Seminario 2, había sugerido lo mismo: que lo que el sueño aporta como deseo es deseo de nada.

Todo transcurre en los peldaños, en las etapas, en los diferentes escalones de la revelación de ese deseo. (...) ahí es donde se revela lo que buscamos en la interpretación del sueño, esa *x* que, al fin y al cabo, es deseo de nada. Los desafío a traerme un solo pasaje de la *Traumdeutung* que concluya: el sujeto desea esto (Lacan, 1954-55/2008, p. 316).

Vemos aquí a Lacan contradecirse, pues ha señalado que Freud propone para su sueño “de la inyección de Irma”, al igual que para el del padre muerto, una interpretación que corresponde a un anhelo preconsciente. Pero es cierto que Freud no se queda con eso; sus análisis de sueños son complejos y dan todo su valor a los pasos previos a la enunciación explícita de un anhelo cualquiera, situación que Lacan (1954-55/2008) resume diciendo: “siempre se trata del momento en que lo que llega a la existencia por medio del símbolo *no es todavía*, y por lo tanto no puede en forma alguna ser nombrado” (p. 316, cursivas añadidas).

Este “no es todavía” nos recuerda al estatuto del inconsciente como “no realizado, no nacido” que formulará en el Seminario 11 (Lacan, 1964/2006, pp. 30-31), el inconsciente como “algo que está a la espera” (p. 30) y que nos devuelve, en definitiva, a que “se trata siempre del sujeto en tanto que indeterminado” (p. 34).

Esta indeterminación del sujeto, así como el estatuto del inconsciente como algo aún no realizado, es de suma importancia para este estudio de los sueños en los testimonios de pase, pues vimos que una de las cuestiones

planteadas es por qué los analizantes extraen de sus sueños consecuencias conclusivas. Podríamos formularlo como sigue: si los sueños no aportan nada definitivo, ¿qué condición es la que permite a los analizantes al final de la cura extraer de ellos consecuencias conclusivas? O como dice Lacan (1968-69/2008) en el Seminario 16:

Quando interpretamos un sueño, lo que nos guía no es ciertamente *¿qué quiere decir eso?*, tampoco *¿qué quiere para decir eso?*, sino *¿qué es lo que, al decir, eso quiere?* Aparentemente, eso no sabe lo que quiere. En esto radica la cuestión (p. 183).

Entonces, llegar a precisar cómo se sirve de sus sueños el paciente en fin de análisis, cómo hace de eso que no sabe lo que quiere, una certeza para el acto, será nuestro propósito. Podremos leer allí los cambios de posición del soñante.

Volvamos, por el momento, a las tesis de Lacan sobre el sueño.

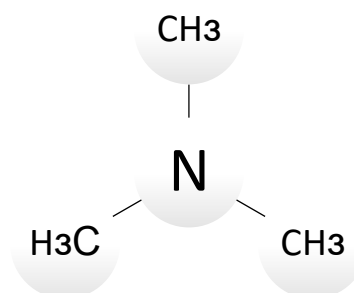
### **5.5. El sueño es una realización (simbólica) del deseo (inarticulable)**

Esta tesis, paráfrasis de la freudiana, no es presentada por Lacan en este formato completo, sino que corresponde a dos ideas en las que insiste separadamente: la realización en juego es simbólica y el deseo en cuestión no es articulable, no puede nombrarse. Así como la presentamos, es en realidad una construcción nuestra, que consideramos necesaria, pues estos dos asuntos son enfatizados y retomados por Lacan muchas veces y conducen hacia una tesis que nos parece central en su pensamiento.

Si anteriormente ubicamos a la fórmula de la trimetilamina como encuentro de Freud con el fundamento en la *palabra*, palabra que el sueño hace pasar, aquí debemos centrarnos en lo que ese sueño implica a nivel de la *letra*.

Por el lado de la *palabra* tenemos todo lo que Freud (1900/2001) asocia con esa fórmula: su amistad con Fliess, “persona cuya aprobación recuerdo contento cada vez que me siento aislado en mis opiniones” (p. 137), las ideas de este último sobre la química sexual, la viudez de Irma, “el todopoderoso factor

de la sexualidad” (p. 137) en las neurosis. Por el lado de la *letra* tenemos, en cambio, algo que desconocemos. Freud no asoció con la fórmula que vio en el sueño según su composición, es decir, sus letras, pero sí dijo que la vio impresa en gruesos caracteres, esto es: C 3 H 9 N, o bien<sup>64</sup>:



No sabemos, por lo tanto, si estas letras tenían alguna relevancia para él, como lo tienen para los pasantes cuando sus sueños arrojan composiciones significantes novedosas, que resultan condensar numerosos elementos de su historia en, a veces, una sola palabra.

Si decimos que, para abordar esta tesis de Lacan, nos interesa este nivel de la letra es porque se trata aquí de conceder su debido peso a lo que llamó tempranamente “satisfacción simbólica” (1954-55/2008, p. 319), y que no consiste en *mostrar como realizado un anhelo en la escena del sueño*<sup>65</sup>.

En su seminario 6, Lacan (1958-59/2015) retoma el concepto freudiano de *deseo* y se propone distinguir lo que entiende por éste en sentido estricto, y lo que Freud presenta en algunas oportunidades como deseo del sueño:

<sup>64</sup> Nótese que estas maneras de escribir la fórmula, que son las más frecuentes, difieren de la que elige Lacan (1954-55/2008, pp. 240-241). Él utiliza una fórmula que reemplaza la “N” por “AZ”, seguramente por conveniencia, pues, como lo señala Allouch (1996), esto le permite jugar con el asunto del “alfa y el omega” (p. 241), del alfabeto de la A a la Z, lo simbólico en su pretensión de totalidad. Pero, en sentido estricto, la fórmula incluye una “N” y no “AZ”.

<sup>65</sup> Recordemos, una vez más, que con este sintagma nos referimos a los sueños que Freud (1900/2001) relata como “sueños de comodidad” (p. 143) o “de pereza” (p. 144) y que a veces extiende a casi todos, al decir, por ejemplo, que el sueño realiza el deseo cuando “figura un cierto estado de cosas tal como yo desearía que fuese” (p. 139). Como venimos señalando y retomaremos, nos parece que cuando el sueño realiza algo del deseo, lo hace en cambio por la vía mostrativa o escritural, cosa que no todos los sueños alcanzan.



Como saben, Freud introdujo ese término desde el comienzo mismo del análisis. Lo introdujo a propósito del sueño y bajo la forma del *Wunsch*. El *Wunsch* no es por sí solo el deseo, es un deseo formulado, un deseo articulado (...). Aquello en lo cual quiero que se detengan por el momento es la distinción entre ese *Wunsch* y lo que merece ser denominado *deseo* en lo que introduzco e instalo este año. Con seguridad han leído *La interpretación de los sueños* (...). Con seguridad, han notado desde las primeras páginas, y hasta el final, que allí no encuentran el deseo bajo la forma en que, por así decirlo, tienen que vérselas con él en la experiencia analítica (...). Se percatarán de que es muy difícil de captar ese famoso deseo con el cual en cada sueño, se supone, nos topamos por doquier (p. 48).

Vemos que Lacan se embarca en una lectura crítica y podemos adelantar que el sentido que dará a la tesis de que el sueño realiza el deseo se centrará en el tipo de realización en juego (simbólica en este momento) y la especificidad de lo que entiende por deseo (inarticulable).

En su texto “Dos vías para la realización de deseo”, Jean Allouch (1996) sostiene que la noción de *realización de deseo* no sería la misma en la obra de Freud que en la de Lacan, y sostiene que eso puede apreciarse en el tratamiento que ambos aplican al sueño paradigmático de Freud.

Según Allouch, la concepción de Lacan sobre la realización de deseo en el sueño “ya no significa explícitamente producir el objeto alucinado con el cual se daría satisfacción al deseo” (p. 109), sino que se trataría de una realización efectiva, donde el soñante no estaría tomando la representación-impresión como una nueva presentación del objeto. Para Allouch, en la doctrina lacaniana el objeto que produce la realización de deseo se define por su ausencia y por haberse vuelto ya únicamente escritura; “la realización del deseo en el sueño pierde su estatuto alucinatorio para mostrarse en adelante como una realización simbólica” (p. 116-117), centrada en la letra tomada fuera de sentido. De allí la importancia que Lacan otorga a la fórmula de la trimetilamina, vista por Freud al final del mentado sueño<sup>66</sup>.

---

<sup>66</sup> Algo similar intuía Jean-François Lyotard en *Discurso, figura*, sólo que, en lugar de poner el acento en la actividad simbólica -el tejido significante-, como Lacan, lo desplaza hacia la actividad imaginaria. Es no obstante interesante, porque podría concordar con Allouch en que a veces

En este punto, cabe precisar que, si bien el acento puesto por Lacan en cierto costado de la cuestión arroja una nueva luz sobre la noción de realización de deseo, dicha lectura no estaba ausente en Freud. Por el contrario, él mismo la esboza cuando aclara que los elementos del sueño no deben ser tomados por su referencia figurativa, sino por “su valor signante” (Freud, 1900/2001, pp. 285-286). Freud está pensando en sílabas y letras que son combinadas, mediante desplazamiento y condensación, para producir *rébus*, escritura en imágenes. Lacan volverá sobre el hecho de que esta escritura nos da la clave sobre el deseo del sueño, la escritura que obtiene Freud, por ejemplo, en su sueño de la trimetilamina, y que obtiene una vez atravesado el horror al que es confrontado en su deseo de saber. Este modo de entender al deseo del sueño nos permite comprender “el problema de qué es lo que se satisface en una satisfacción simbólica” (Lacan, 1954-55/2008, p. 319) o, dicho en otras palabras, el hecho de que el deseo que en el sueño “encuentra su satisfacción concierne, no simplemente a una imagen, sino a un significante” (Lacan, 1958-59/2015, p. 65).

En sentido estricto, no se trata, entonces, de los anhelos que la escritura en imágenes articula, sino de algo que en la trama simbólica se separa como letra. Jugando con la homofonía entre ser (*l'être*) y letra (*lettre*), Lacan (p. 57)

---

encontramos en Freud un énfasis demasiado marcado en “producir alucinatoriamente la satisfacción deseada”. Dice Lyotard (1971/2014): “puesto que es al deseo a quien el sueño satisface. Se entenderá que el cumplimiento del deseo, una de las funciones más importantes del sueño, consista no en la representación de una satisfacción (que, por el contrario, al tomar lugar, despierta), sino enteramente en la actividad imaginaria misma. No es el contenido del sueño quien cumplirá el deseo, es el acto de soñar, de *phantasieren*, porque la *Phantasie* es transgresión” (p. 342). Lacan se refiere este trabajo en *Radiofonía*, diciendo que es muy interesante pero que, de todas maneras, debía manifestar su desacuerdo en algunos puntos. Miller (1986/2006a) sintetiza ese debate con las siguientes palabras: “Lyotard cuestiona el eje mismo del artículo de Lacan, los dos mecanismos del sueño que distingue como esenciales (condensación y desplazamiento), por un lado; por otro, los dos mecanismos en tanto funcionan en el discurso (metáfora y metonimia). La tesis de Lacan es que no difieren en nada, sino que en el sueño hay una condición suplementaria, una condición imaginaria, ya que se trata de imágenes. (...) Lyotard (...) dice exactamente lo contrario, es decir, que hay leyes propias de lo imaginario, que son propias de las figuras del sueño, las cuales son autónomas en relación al discurso. Lacan, en cambio, remite el ‘ordenamiento ilustrado’, al funcionamiento signifiante” (p. 94).

dirá que lo único sustancial en esta satisfacción es del orden del ser/del orden de la letra<sup>67</sup>.

Muchos años más tarde, Lacan (1972-73/2008) seguirá insistiendo sobre este modo de concebir al sueño, donde la primacía de la letra apunta hacia el equívoco y el anagrama<sup>68</sup>. Sus desarrollos sobre la escritura le permiten cernir con más precisión de qué orden puede ser una satisfacción simbólica, que con más precisión deberemos llamar simbólico-real.

Al año siguiente, al retomar el tema del sueño, hablará de la cifra como materialidad<sup>69</sup> específica de lo inconsciente:

Freud plantea la cuestión del orden de la realidad de ese sueño, de cuál es ese orden (...). Entonces, Freud evoca allí la realidad material; en ese momento lo único que ve allí bien es lo material, ahí lo tenía: era todo su libro, simplemente, o sea, la manera como había tratado el sueño, al tratarlo por medio del manejo del descifrado, es decir, después de todo, simplemente con lo que el lenguaje comporta de dimensión de cifra (Lacan, 1973-74, clase del 20 de noviembre de 1973).

Ya no se tratará, para Lacan, de las imágenes que cumplen alucinatoriamente un anhelo, sino del deseo desplazándose entre significantes; invistiendo incluso ciertas letras, con valor topológico de borde. Todo lo que va comentando sobre la realización del deseo apunta hacia el significante en tanto trama, en tanto tejido que bordea la falta y no logra eliminarla. Para representarnos cómo el sueño realiza el deseo por esta vía creemos que sería mucho más fecundo recurrir a la red significativa que Freud construye para su

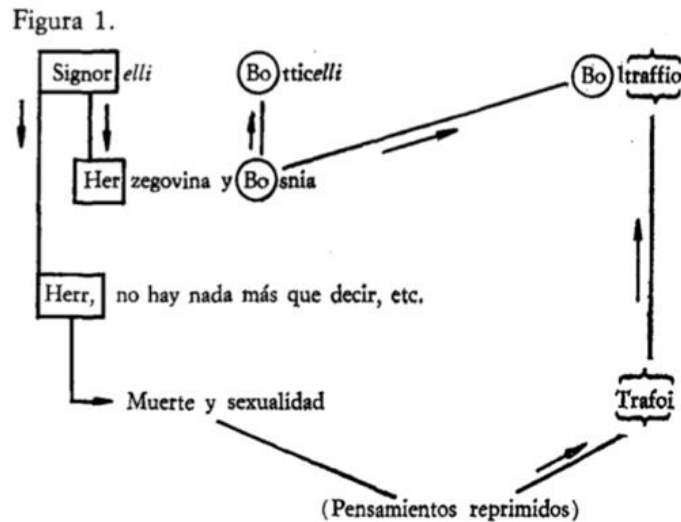
---

<sup>67</sup> “No hay nada sustancial en el ser que esa palabra misma, «se satisface con el ser/con la letra»” (Lacan, 1958-59, clase del 26/11/1958, traducción propia). Remarcamos la homofonía que, por tratarse de una enseñanza oral, es imposible de desambiguar. A continuación, como para remarcar el juego homofónico, Lacan insiste en que la cuestión del ser debe ser tomada “al pie de la letra”.

<sup>68</sup> “El análisis vino a anunciarnos que hay saber que no se sabe, un saber que tiene su soporte en el significante como tal. Un sueño es algo que no introduce a ninguna experiencia insondable, a ninguna mística: se lee en lo que se dice de él, y se podrá avanzar si se toman sus equívocos en el sentido más anagramático de la palabra” (Lacan, 1972-73/2008, p. 116).

<sup>69</sup> Materialidad para la cual, años más tarde, acuñará el neologismo *moterialisme*, condensación de materialismo y palabra (*mot*) (Lacan, 1975/2007a, p. 126).

olvido del nombre *Signorelli*, que a cualquier enunciado que pretendiera nombrar el deseo inconsciente:



Ahora, imaginemos un cuadro similar que pudiera construirse a partir de los significantes que nos son presentados por el relato de un sueño y sus asociaciones; no resulta difícil de imaginar, pues siempre conforman una red. En esta red hay ciertas letras que se repiten, vemos que los significantes sufren disecciones y soldaduras, y finalmente, algunos puntos, verdaderos ombligos, permiten meramente ser bordeados por algunas ideas difíciles de asir y que palmariamente rozan asuntos delicados. La referencia a la muerte y a la sexualidad se ubican de seguro en alguna parte de esa red, sin que el sueño logre más que aludirlos. El deseo, en este contexto, podría ser considerado como la tendencia a circular por los hilos de esa red, pasando por los significantes y las letras que implican para ese soñante singular las marcas del goce. Pero también será lícito considerar que el deseo del sueño, que ha tejido esa red, con un mismo movimiento ha colocado en el centro de la escena asociativa el vacío del objeto, ya sea porque el juego asociativo no hace más que desmontar significaciones preexistentes, o bien porque se ha construido en torno a una presencia inquietante –alguna de las formas imaginarias del objeto-. En cualquier caso, vemos que el deseo en cuestión se sostiene, como expresaba Lacan, en los escalones previos a cualquier posibilidad de ser nombrado. Se puede decir que de algún modo el deseo se ha puesto a circular en esa red que el sueño nos

ofrece, pero no se lo puede considerar localizado en ninguno de sus puntos de manera cabal.

¿Por qué uno se obliga, en el análisis de los sueños, a atenerse a lo que pasó en la víspera? Eso no va de suyo. Sin duda, Freud hizo una regla de eso, pero convendría darse cuenta de que hay muchas cosas, que no solamente pueden remontar lejos, sino que se sostienen en lo que se puede llamar *el tejido mismo del inconsciente* (Lacan, 1976-77, clase del 16/11/1976, cursivas añadidas).

El tejido mismo del inconsciente, que a medida que la cura avanza se ve reducido a menos y menos significantes, y a unas letras que insisten, nos dará la pauta para pensar el efecto que producen los sueños que podríamos llamar escriturales en los finales de análisis (Cf. Sección 9).

### **5.6. El deseo del sueño es deseo de dormir... para que allí despierte otra realidad**

Esta formulación que, al igual que la anterior, no es literal, corresponde a desarrollos que Lacan avanzará en el seminario 11. Nos proponemos mostrar aquí los pasos de su razonamiento que nos permiten construir esta enunciación.

El asunto gira en torno a dos sueños reportados por pacientes de Freud (1900/2001): el sueño del padre que estaba muerto, pero no lo sabía (p. 430) y el sueño del hijo muerto que aparece en el sueño de su padre a espetarle: “Padre, ¿entonces no ves que me abraso?” (p. 504), mientras, efectivamente, su cuerpo inerme se prende fuego en la habitación contigua. No es casual que ambos sueños tengan como centro el asunto de la muerte y que Lacan los elija para extraer de allí un carozo de real, aquello que despierta.

Ya en el seminario 6 comenta algo que, a nuestro parecer, antecede y prepara lo que dirá sobre estos sueños cinco años más tarde:

Aquí, el deseo de muerte adquiere su pleno sentido. Es el deseo de no despertarse –de no despertarse al mensaje, el mensaje más secreto que pueda conllevar el sueño mismo, y que es que el sujeto, por la muerte de su padre, de ahí en más se

ve confrontado con la muerte, algo de lo cual hasta entonces la presencia del padre lo protegía (Lacan, 1958-59/2015, p. 112).

Reparemos en cómo piensa la naturaleza compuesta del sueño: por un lado, está el deseo de no despertarse; por otro, el mensaje que el sueño porta, y que no tiene nada de dormitivo, sino al contrario. Este sueño anuncia al sujeto sobre la muerte, la del padre y la suya, que algún día le seguirá.

Retengamos esta formulación: “el mensaje más secreto que pueda conllevar el sueño mismo”. La veremos reaparecer, transformada, en el Seminario 11. Allí Lacan (1964/2006) trata el tema del sueño desde la perspectiva de dos modos de repetición diferentes: la *tyche* y el *automaton*. El *automaton*, “la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer” (p. 62) domina al sueño en una de sus caras, la del deseo de dormir, la del reposo. Pero eso no es lo único que el sueño porta. La experiencia del psicoanálisis, el legado de Freud, “no permite para nada conformarse con un aforismo como *la vida es sueño*. El análisis, más que ninguna otra praxis, está orientada hacia lo que, en la experiencia, es el hueso de lo real” (p. 61). Lacan traduce entonces *tyche* por “encuentro con lo real” (p. 62), ese real que se escabulle, pero cuya cita no deja de reiterarse.

Desde este contexto, retoma entonces el interrogante freudiano:

*¿Cómo puede el sueño, portador del deseo del sujeto, producir lo que hace surgir repetidamente al trauma –si no su propio rostro, al menos la pantalla que nos indica que todavía está detrás?*

Concluyamos que el sistema de la realidad, por más que se desarrolle, deja presa en las redes del principio del placer una parte esencial de lo que, a pesar de todo, es sin ambages real (Lacan, 1964/2006, p. 63, cursivas añadidas).

Lo real, entonces, apresado en las redes del principio del placer, las redes de la insistencia de los signos, es ese *mensaje secreto* que portan algunos sueños, tales como el del padre muerto o el hijo que arde.

Es en este mismo contexto que Lacan insiste en su formulación del deseo como algo que se sostiene en el límite del principio de placer, y que incluso lo franquea (p. 39). De este modo, la compleja relación entre el deseo y lo real le

sirve para repensar lo traumático en los sueños, ese encuentro con la pantalla irreductible que cubre para cada uno lo real.

Estas reflexiones lo conducen, por supuesto, a la función del despertar; pero también al instante previo, “ese instante, tan inmediatamente anterior y tan separado, en que empecé a soñar bajo ese golpe que, según parece, es lo que me despierta” (p. 64). Inspirado en un sueño suyo, Lacan cavila sobre eso que despierta, y también sobre eso que, en el instante previo, lo lleva a construir un sueño que, inevitablemente, lleva el despertar en su seno.

Insiste nuevamente en que el deseo de dormir ha de ser una “función secundaria” del sueño (p. 65), pues:

Si la función del sueño es permitir que se siga durmiendo, si el sueño, después de todo, puede acercarse tanto a la realidad que lo provoca, ¿no podemos acaso decir que se podría responder a esta realidad sin dejar de dormir? (...) La pregunta que cabe hacer, y que por lo demás todas las indicaciones anteriores de Freud nos permiten formular aquí, es: -¿Qué despierta? ¿No es, acaso, en el sueño, otra realidad? (p. 66).

Llegamos así a la propuesta de que en el sueño puede despertarse otra realidad; idea que nosotros complementamos con nuestro agregado de que ese ha de ser el deseo del sueño, rectamente entendido. Nos basamos en que el deseo tiende a franquear el principio de placer –pues coincidimos en esto con Lacan- y en que el hecho de portar el germen del despertar en su seno, es lo que nos indica que allí ha intervenido el deseo, aun cuando su causa sea inquietante. Si el deseo del sueño es deseo de dormir, lo será solo para conducir hasta allí, hasta esa cita reiterada con lo que despierta, con lo que causa el deseo y, en la misma medida, el horror.

Tal como lo hizo con el sueño del padre muerto, Lacan identifica en este sueño del hijo que arde un mensaje secreto. El padre despierta porque escucha un ruido, pero también por la frase que el hijo le dirige en la escena onírica: “Padre, ¿entonces no ves que me abraso?”. Solicitación de la mirada, presencia de la voz. “Este mensaje tiene, de veras, más realidad<sup>70</sup> que el ruido” (Lacan,

---

<sup>70</sup> Aquí Lacan insiste en usar el término “realidad”, mientras que en otros pasajes habla directamente de “lo real” para referirse al encuentro, a la *tyche*. Al final de la *Traumdeutung* Freud

1964/2006, p. 66), “designa un más allá que se hace oír en el sueño. En él, el deseo se presentifica en la pérdida del objeto” (p. 67). Lacan reafirma su postura diciendo: “Si Freud, maravillado, ve en esto la confirmación de la teoría del deseo, es señal de que el sueño no es sólo una fantasía que colma un anhelo” (p. 67). Este sueño muestra, para Lacan, el reverso de la representación, revela cómo la representación-palabra cumple la función de lugarteniente, de representante de la representación que no hay<sup>71</sup>. Y luego expresa:

Espero haber logrado hacerles percibir aquello que, en el encuentro como encuentro siempre fallido, es aquí nodal, y sustenta realmente, en el texto de Freud, lo que a él le parece en ese sueño absolutamente ejemplar.

Ahora tenemos que detectar el lugar de lo real, que va del trauma al fantasma – en tanto que el fantasma nunca es sino la pantalla que disimula algo absolutamente primero (...).

Lo real hay que buscarlo más allá del sueño –en lo que el sueño ha recubierto, envuelto, escondido (p. 68).

Lo real, dirá en la clase siguiente, aquello que determina cierto despertar, se ubica más bien “en el fondo de la angustia de ese sueño” (p. 77).

Tenemos entonces una nueva tesis lacaniana sobre el deseo del sueño: sostiene que, si el sueño comporta un deseo de continuar durmiendo, no lo hace siempre para proteger la comodidad, sino que a veces lleva, por ese medio, hasta un encuentro que no por imposible es menos desacomodante, encuentro angustiante incluso. “Solamente en el sueño puede darse este encuentro verdaderamente único” (p. 67), que permite considerarlo como un sueño ejemplar; ejemplar de aquello a lo que el sueño puede conducir empujado por el

---

(1900/2001) plantea: “Yo no sé si a los deseos inconscientes hay que reconocerles realidad” (p. 607). Según el editor, en 1909 había escrito que “es preciso recordar sin duda que también la realidad psíquica tiene más de una forma de existencia” (p. 607, n. 11). Luego, Lacan (1973-74), en el Seminario 21, vuelve sobre este atolladero freudiano y plantea directamente que “lo que él llama realidad, que él califica de psíquica: ¿qué puede tener que ver con lo real?” (clase del 13 de noviembre de 1973), pues su pregunta es en definitiva esa: qué de lo real se filtra en algunos sueños.

<sup>71</sup> ¿Será este el valor que dará a la letra? Tal vez así podríamos entender que haya insistido en el valor no sólo simbólico, sino también limítrofe con lo real, litoral entre ambos registros, para el caso de la letra.



deseo. En términos de Freud, estamos adjudicando el deseo inconsciente de estos sueños al Ello, y la fantasía preconscious de los sueños de comodidad al Yo. Defendemos, entonces, que llegan más lejos en el deseo los primeros que los segundos.

Adelantemos ahora que esta idea del encuentro fallido con el objeto perdido se constata en los testimonios de pase: este tipo de sueños abunda, es muy frecuente en todos los momentos del análisis. Lacan termina reconduciendo este encuentro -que ha situado en el mensaje que el soñante recibe- a aquello que constituye más precisamente la pulsión y que ha sido envuelto, recubierto por este sueño. En el caso del hijo que se quema, no es difícil reconocer al objeto en el registro invocante -la voz del hijo que llama al padre y también el ruido que conduce al despertar-. Y todo esto no ocurre sin la sollicitación de la mirada: padre, ¿acaso no ves...?. Se trata de un encuentro siempre fallido porque aquello que es hallado no tiene representación, y no puede aparecer más que a través de una pantalla como la del sueño.

Esta tesis de que en el sueño puede despertarse otra realidad y convocarse lo real, es retomada de diversas maneras en su Seminario 21, donde sostiene, por ejemplo, que la relación del sueño con el inconsciente y, por lo tanto, con “la estructura del deseo” (clase del 20 de noviembre de 1973) radica en “qué cosa del sueño bien podría incomodar al dormir”. Ese año, Lacan vuelve a pensar al sueño como un lugar de encuentro, un encuentro al que se arriba empujado por el deseo. De allí, el sujeto podrá extraer un saber, pero sólo si deja de lado la cautela.

Hay un saber que ustedes oyen en el sueño, que nada tiene que ver con lo que de él les queda cuando están pretendidamente en vigilia. Por eso es tan importante descifrar ese sueño, ese sueño que ustedes sólo sueñan durante cierto tiempo. Hasta allí ustedes han llegado (clase del 18 de diciembre de 1973).

Incluso la frase con que cierra ese seminario va en este sentido, al referirse no solo al sueño, sino al inconsciente en general, y sostener que éste podría conducirnos hacia lo real:

Es quizás en ese andar (...) que podremos apostar a encontrar lo real, un poco después; advertir que el inconsciente quizás sea disarmónico, pero que tal vez nos lleva un poco más a ese real que a la muy poca realidad que es la nuestra, la del fantasma; que tal vez nos lleva más allá, al puro real (clase del 11 de junio de 1974).

Esta tesis lacaniana que, recordemos, comienza en el Seminario 6 y se retoma en el 11, sostiene que el sueño conduce hasta “otra realidad” que despierta en él y por él, es solidaria de la siguiente, que veremos desarrollarse en el seminario 19 y que precede a estas últimas enunciaciones que acabamos de tomar del 21.

### **5.7. El deseo del sueño concierne al encuentro con el objeto a como causa de la división subjetiva**

Venimos de comentar los desarrollos del Seminario 11 donde Lacan sitúa la existencia de una realidad propia del sueño, despertada en y por él, con respecto a la cual cabe utilizar la noción de *encuentro*, de *tyche*. Vamos a avanzar ahora sobre una tesis que Lacan sostiene en el Seminario 19 y que especifica la naturaleza de ese encuentro, un encuentro que ahora no dudará en circunscribir al objeto a en tanto causa de la división subjetiva. Como hicimos anteriormente, construimos una tesis a partir de sus postulados, tesis no enunciada explícitamente, pero de diversos modos indicada.

En las últimas dos clases de ese Seminario, Lacan (1971-72/2012) relaciona al *objeto* con el *decir*. Nos detendremos en los pasajes donde menciona específicamente la cuestión del sueño:

El efecto de lo que está en juego en la cura analítica no tiene otro *representamen* que el objeto a (...).

El objeto que está en juego no es otra cosa (...) que el hecho del decir como olvidado. He aquí cuál es el objeto de lo que para cada uno es la pregunta *¿Dónde estoy en el decir?* Precisamente en eso se manifiesta la neurosis.

Esto nos explica la irresolución de lo que Freud propuso acerca del deseo, y en especial del deseo en el sueño (p. 229).

Aquí, cuando Lacan habla de lo que considera una irresolución de Freud, apunta al modo en que éste, al interpretar los sueños en sus escritos, encuentra que el deseo en juego es el de arribar a la homeostasis, “plantear la ecuación del deseo con = 0” (Lacan, 1971-72/2012, p. 229). Entendemos que Lacan propone otra lectura, donde cuestiona la pregnancia del principio del placer en el soñar. Continúa entonces:

Está claro que el sueño sublime, divino, “de la inyección de Irma”, permite mostrar algo que, desde que lo anuncié, debería haber sido explotado por cualquiera en el análisis. (...)

En el sueño el deseo interesa, subraya Freud, en la medida en que hay casos en los que no es posible resolver el fantasma (...). Algo se produjo que es el *encuentro* del cual procede la neurosis, la cabeza de Medusa, la hendidura de recién, vista directamente, por cuanto ella no tiene solución. Precisamente por eso en los sueños de la mayoría se juega en efecto la cuestión del deseo, en la medida en que esta se remonta a mucho más lejos, a la estructura gracias a la cual el a minúscula es la causa de la *Spaltung* del sujeto (pp. 229-230, cursivas añadidas)<sup>72</sup>.

Retoma entonces la noción de *encuentro* para hablar del sueño, pero ahora puntualiza que se refiere al objeto *a*; cuestión que ya había quedado muy bien insinuada en el Seminario 11, con sus desarrollos sobre el sueño como escena donde *eso muestra* (Lacan, 1964/2006, p. 83) y la centralidad dada allí a lo escópico.

Entonces la cuestión del deseo para Lacan se remonta a su causa –

también en el sueño-. Vemos que aquí ya no piensa al deseo del sueño como algo ligado a un mensaje que se desea hacer pasar, pero reformula esas ideas en términos de *decir*, con lo que ese decir tiene de ligado al *objeto*. “El objeto



Dalí, Salvador (1945) *El puente roto y el sueño*. [Óleo sobre tela]. *The Dali Museum, St. Petersburg (Florida)*.

<sup>72</sup> “La hendidura sin solución”, dice Lacan; “El puente roto y el sueño”, pinta Salvador Dalí.

que está en juego no es otra cosa (...) que el hecho del decir como olvidado”, sostiene (Lacan, 1971-72/2012, p. 229).

Situar que el deseo del sueño concierne a aquello que lo causa nos permite avanzar sobre dos cuestiones: una, más general, concierne a la posición subjetiva del soñante, a cómo esta se va modificando a lo largo del análisis y si los cambios propios de la cura implican, o no, una modificación de la relación con los sueños –y con aquello que los causa- y otra cuestión, más puntual, es la de la aparición de diversas formas imaginarias del objeto *a* en la escena onírica, que va desde el conocido sueño del Hombre de los Lobos hasta una buena cantidad de sueños relatados en los testimonios de pase.

Como comenta Samuel Basz (2012):

Los sueños son entonces una producción referida –es lo menos que podemos colegir- a algo que si emerge, despierta.

(...) Así considerados, los sueños son una formación tal que logran envolver un núcleo, siempre posible de revelarse activo provocando el despertar.

Lo que la enseñanza de Lacan permite adelantar es que ese núcleo que causa el despertar, es también la causa del soñar (p. 97).

---

## **TERCERA PARTE**

### **POSICIONES DEL SOÑANTE EN LOS TESTIMONIOS DE PASE**

---

## 6. Algunas posiciones frente a lo pulsional en los sueños

¿No tiene un propósito el sueño, y no es la bestia ese propósito? ¿A qué responde esconder repetidamente su posible nombre: sexo, madre, estatura, incesto, tartamudeo, sodomía? ¿Por qué si el sueño es para eso, para mostrarle al fin la bestia?  
(Julio Cortázar, *Un tal Lucas*, p. 152)

Nuestra tesis es que las formas del soñar y del relatar un sueño no son ajenas a la relación que cada cual establece con el inconsciente en determinado momento de la cura, es decir, a la posición subjetiva desde la cual se le supone o no un saber, se admite o se rechaza su incidencia íntima. Si “el lazo de aquel que habla con la verdad, no es el mismo según el punto en el que sostenga su goce” (Lacan, 1966-67, clase del 19/04/67), es esperable, entonces, que el lazo con la verdad se vaya modificando a lo largo de un análisis, especialmente a medida que el goce en juego comienza a evidenciarse como producto de la posición subjetiva.

En esta sección, retomamos los aportes de Soler, comentados en el estado del arte, con respecto al punto de inserción de la pulsión en el sueño, donde defiende la idea de que toda producción onírica recubre lo que Freud (1911/2001a) supo reconocer en los primeros sueños de una cura como “material patógeno” (p. 89). La idea central es que la presencia de este material, núcleo de toda neurosis, hace que los primeros sueños que se llevan a análisis sean una forma condensada, imposible de desenredar en ese momento, de todo lo que se desarrollará en el devenir de esa cura.

Luego, distinguiremos algunas posiciones paradigmáticas frente a ese real pulsional que el sueño envuelve, en un abanico que va desde una posición defensiva, que recubre al máximo la inconsistencia en el saber y la correlativa presencia del objeto, hasta una posición decidida, propia del análisis avanzado,

donde los sueños son sede de ciertos atravesamientos y desnudan la posición fantasmática del soñante. Revisaremos también una posición intermedia, de cierta docilidad, que presta atención al encadenamiento entre sueños y a la presencia de lo pulsional en la escena onírica. En ese caso, echamos mano de algunas ideas extraídas de la práctica clínica y de los textos de Freud y otros, más que de los testimonios. Estos últimos transmiten también esta idea del encadenamiento entre sueños, pero de forma global en todo el testimonio -más que en puntos definidos-, por lo cual esperamos que el lector pueda preciarlo a lo largo de la tesis.

El recorrido nos permitirá, finalmente, examinar las variaciones del despertar desde la óptica de la posición del soñante.

Por consiguiente, intentaremos en esta sección comenzar a mostrar desde los testimonios cómo la posición subjetiva no sólo determina la forma del soñar –en aspectos como su opacidad o extensión-, sino también cómo permite o dificulta al soñante advertir la repetición de ciertos elementos invariantes en la escena y, en última instancia, condiciona el momento y la estructura del despertar, así como la atención brindada, o no, a lo que el sueño desvela.

### 6.1. Lo que el sueño envuelve

“Confíate al sueño, que es también reminiscencia  
Y no al vano recuerdo, que es sueño equivocado”  
(Pablo De Santis, *Hotel recuerdo*, p. 38)

Como vimos en el estado del arte, en 1988, Soler se preguntaba: “¿Hay algo en el sueño que nos asegure que la vida no es un sueño, que nos asegure que no estamos en la caverna poblada de sombras que imagina Platón?” (p. 75). Partiendo de este interrogante, la autora afirmaba que había cuestiones referidas al sueño que era necesario retomar, para decidir qué recepción debe darse a la producción onírica durante la cura. “Quizá no sólo está el inconsciente en el sueño”, escribía Soler (1988, p. 77). Así lo pensaba también Lacan (1967-68),

cuando sostuvo que el sueño “es un fenómeno que tiene muchas otras dimensiones además de ser la vía regia del inconsciente, y se puede hablar del sueño de otro modo que hablando del inconsciente” (clase del 27 de marzo de 1968). Concluía, entonces: “Es incluso lamentable que no se ocupen más del fenómeno del sueño habiendo ya despejado, extraído sus relaciones con el inconsciente”.

Consecuentemente, Soler se atrevía a postular que *Die Traumdeutung* podría verse enriquecida si se lograra dar a la pulsión el lugar exacto que tiene en algunos sueños. Como ya hemos señalado, la autora aclara que no cree que el ombligo del sueño sea ese lugar de inserción de la pulsión, porque el ombligo es siempre una negatividad: lo imposible de decir. Para Soler, la negatividad del ombligo del sueño no dice nada acerca del funcionamiento de la pulsión en ese soñante en particular y, por lo tanto, es lo opuesto a la positividad del goce que se hace presente en sueños como el del “Hombre de los Lobos”. Lacan (1975a) ya se había pronunciado al respecto, en su “Respuesta a una pregunta de Marcel Ritter”, expresando que no creía que el ombligo del sueño fuera el punto de inserción de la pulsión en el mismo.

Al volver sobre este tema, Soler interroga si el sueño puede dar algún acceso al ser del sujeto; es decir, ya no a su falta en ser, palpable en la mayoría de los sueños debido al funcionamiento de la metonimia, sino a una positividad. Es sabido que el sueño puede metaforizar la castración, pero con el goce en su positividad, siempre en exceso, la operación no es de sustitución.

Con estos pasos llegaba la autora a su propuesta central:

Me parece que hay en el sueño –no en todos, sino en algunos sueños- algo que no está desplazado ni metaforizado. (...) un foco fijo, que no es negativo como el ombligo, que no es una falta, sino que es presencia, lisa y llanamente, allí. Sin duda esto no ocurre con todos los sueños –algunos se reducen a la arquitectura significante-, pero es una potencialidad del sueño (Soler, 1988, p. 79).

Alrededor de ese foco fijo, dice Soler, se conforma la escena del sueño; los significantes se acomodan alrededor de un punto privilegiado, como puede verse en el sueño del “Hombre de los Lobos” y en algunos sueños relatados por pasantes.



Tal como hemos mencionado, para distinguir a estos sueños de los habituales, la autora destaca la función *mostrar*, que le parece una cuestión de construcción, la posibilidad de convocar, de hacer aparecer o desaparecer de improviso, el más allá o más acá de la realidad -el real que tanto la realidad como la escena del sueño velan-. La mostración de la mirada, la voz, los objetos anal u oral, en sus múltiples formas oníricas, habitualmente desembocan en el despertar.

Para trazar esta separación entre sueños donde predomina el mostrar y sueños de metonimia significativa, Soler propone diferenciar la *puesta en escena* propia de los primeros, edificados alrededor de un elemento de goce y la *figuración*, esto es, la transposición en imágenes necesaria en todo sueño.

Para la autora, la puesta en escena presupone a la figuración, pero no se reduce a ella. “La figuración es, para decirlo con exactitud, una limitación de escritura. El sueño es un jeroglífico escrito por medio de imágenes. Digamos que la figuración es del orden del alfabeto” (Soler, 1988, p. 79), y es ineludible, pues hace a la estructura de todo sueño.

La puesta en escena, en cambio, es la que permite instalar en el sueño un foco pulsional alrededor del cual se construirá el tejido significativo. Estas precisiones le permiten indicar que:

Detrás del sueño del “Hombre de los Lobos”, hay algo de real. Un real que no es puntual, que determina para siempre para el sujeto las vías particulares de su deseo y de su goce; es decir, la función de esa escena infantil. Ésta determina al sujeto. No como deseante en general, deseante indeterminado, sino como tal deseante, en particular. El traumatismo freudiano está en lugar de la causa (Soler, 1988, p. 78-79).

Lo que, con Lacan, consideramos traumático de un modo más general, a saber, el encuentro del *infance* con *lalangue*, es también proclive a esconderse/mostrarse en los intersticios de la escena onírica, de acuerdo a la configuración singular que haya tomado para ese hablante. Según ya lo observó Freud, las “mociones de deseo patógenas” que estructuran la neurosis, suelen presentarse en los sueños de una forma bastante despojada al inicio y al final de la cura; a tal punto que los sueños “biográficos” (Freud, 1900/2001, p. 371, n. 28)

y los “programáticos” (Freud, 1900/2001, p. 354) pueden ser equiparados a “una traducción de todo el contenido de la neurosis al lenguaje del sueño” (Freud, 1911/2001a, p. 89).

Con Lacan, reconocemos en sueños como el del “Hombre de los Lobos”, la presencia del objeto *a*, aquello que Soler destaca como punto de inserción de la pulsión. Freud (1918/1999) ya había comentado que “el mirar atento que en el sueño se atribuye a los lobos debe más bien trasladarse a él [al soñante]” (p. 34), dándonos así una idea inicial del papel del objeto en el fantasma. Agrega, además, que el sueño suele jugar con la gramática pulsional, sugiriendo, en este caso, relaciones entre el mirar inmóvil y la fuerte movilidad, intercambiando el sujeto y el objeto, la actividad y la pasividad, el mirar y el ser mirado.

Ahora bien, cabe una ulterior consideración acerca de esta presencia: “es necesario agregar que, según Freud, esta presencia es la verdad latente de todos los sueños, precisamente en el caso de las escenas infantiles, señala que todos los sueños de un sujeto tienen un solo contenido, siempre el mismo” (Soler, 1988, p. 79). En un texto posterior, Soler escribe que estas afirmaciones de Freud “invitan a considerar cada sueño no como una miniatura, sino como un embrión cuyo desarrollo sería el análisis y cuyo ombligo, a eso voy, sería ese mismo del análisis” (Soler, 2004, p. 173).

Ahora bien, si suponemos que esta presencia es la verdad de todo sueño, o incluso su causa, cabe observar de qué manera algunos sueños la recubren del modo más acabado posible, mientras que otros se autorizan a retirar en mayor o menor medida este disfraz.

De acuerdo con la idea que propone Lacan (1972-73/2008) del inconsciente como un saber-hacer con *lalangue*, podemos decir que el trabajo del sueño siempre teje con significantes una vestidura para el real en juego; en términos freudianos, “lo elabora”. Ese real, hay que decirlo, tampoco podría ser mostrado en su costado informe e irrepresentable; no hay modo de aproximársele que pueda renunciar al semblante. El objeto *a* ya es, de por sí, un semblante, y el sueño, con su especial arquitectura de imágenes, agrega otro semblante más.

Sin embargo, las diferencias entre sueños que recubren copiosamente su causa y sueños que se avienen, en cierta medida, a desnudarla, nos parece una

distinción clínica, que puede trazarse tomando en cuenta la posición subjetiva del soñante en distintos momentos de la cura. La función de la censura sigue siendo aquí la clave de lectura.

## 6.2. Posiciones defendidas: manifestaciones de la impotencia en la relación con los sueños

¿Te parece acaso absurdo, incoherente, inevitable, irrepitable, origen de alegrías o terrores infundados, incomunicable en su totalidad, pero ansioso de ser comunicado, como son precisamente los sueños?  
(Franz Kafka, *Cuadernos en octava*, p. 16)

Sabemos que la neurosis tiende a disfrazar de impotencia aquello que es por estructura imposible. De ese modo, lo imposible —el todo saber, por ejemplo, o la satisfacción completa— se mantiene como posible en otro sitio, supuesto. Pero en algún punto el neurótico sabe que la estructura está agujereada, sabe que el programa del principio de placer es irrealizable y que el malestar acecha desde diversas fuentes (Freud, 1930/2001). Por eso cuando los sueños comienzan a narrarse en análisis, esa imposibilidad no tarda en ser aludida en algún punto del relato. Lo chocante de ese descubrimiento suscita a veces una revuelta en el analizante. Todo esto suele traducirse en relatos oníricos particularmente opacos, donde el disfraz se vuelve excesivo y obstaculizador del análisis.

Freud se ocupó de esto en varias oportunidades y, en todos los casos, atribuyó el hecho a la resistencia. Sus principales observaciones sobre el tema se encuentran comprimidas en tres breves escritos: “El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis” (1911/2001a), “Observaciones sobre la teoría y práctica de la interpretación de los sueños” (1923/2000) y “Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto” (1925/2000).

Basándose en los hallazgos de su práctica, Freud (1911/2001a) escribe:

En ocasiones la producción onírica es tan copiosa y tan vacilante el progreso del enfermo en el entendimiento de los sueños, que el analista no puede apartar de sí la idea de que ese ofrecimiento de material no sería sino una exteriorización de la resistencia (p. 88).

Nótese esta mención al “vacilante progreso del analizante”, donde, a la vez que lleva a sesión abundantes producciones, parece desligarse del efecto que podría tener la asociación libre. Dicho de otro modo, soñar en cantidad no vale gran cosa si el soñante no es realmente conmovido por su producción o por los hallazgos asociativos.

Freud también advierte acerca de algunos pacientes que, tras presentar unos primeros sueños esclarecedores, llevan al análisis otros sumamente largos y oscuros, que desbordan las posibilidades de trabajo en una sesión. Muestra así que la extensión de los sueños, por sí misma, puede resultar un obstáculo para el trabajo analítico. Pero estas observaciones deben matizarse tomando en consideración la oportunidad del acto analítico.

Es evidente que a veces el sueño se ofrece a una aprehensión imaginaria rápida, porque suele presentar, merced a la elaboración secundaria, una estructura discursiva similar a la narración literaria. Sin embargo, sabemos por Freud (1900/2001) que ese aspecto del sueño es altamente engañoso, y que cada uno de los elementos oníricos no debe ser tomado según su valor simbólico, sino de acuerdo con su “referencia signante” (p. 285). Por consiguiente, el aspecto narrativo -el “cuento” que el sueño pueda presentar-, no merece especial atención. No será sino aislando algunos elementos que podrá progresar el *análisis* –recuérdese que el vocablo proviene del griego *lysis*, cuyo significado es justamente *disolución*, descomposición de elementos-.

Freud ha señalado, entonces, excesos por cantidad (demasiados sueños), por extensión (sueños demasiado largos y cargados) y por opacidad (sueños oscuros y confusos), que de algún modo se sustraen a la posibilidad de asociación libre-. Finalmente, examina también una posición del soñante muy particular:

En el caso de una presión de resistencia extremadamente alta, ocurre el fenómeno de que la asociación del soñante se extiende a lo ancho, en vez de ir hacia lo profundo. En lugar de las deseadas asociaciones sobre el sueño relatado, salen a la luz nuevos fragmentos oníricos, que a su vez quedan faltos de asociación (Freud, 1923/2000, p. 112).

A nuestro parecer, este obstáculo es el más frecuente en los sueños que presentan una estructura narrativa sobre-elaborada. Habitualmente, los materiales oníricos bien encadenados, lógicos y sin lagunas, presentan un desafío mayor al trabajo analítico, puesto que el acto del analista apunta justamente a desarmar la ficción que el inconsciente construye, desarmarla hasta extraer su axioma mínimo, donde el objeto encarna el ser del sujeto, comandando tanto su deseo como su manera singular de padecer.

Si el soñante es tomado por la pregnancia imaginaria del relato, se vuelve más difícil introducir cortes en los significantes o preguntas que apunten a desligar los elementos del sueño de su contexto onírico. No obstante, una *técnica diestra*, dice Freud, permite perfectamente sortear estos obstáculos. Él mismo insinúa que puede ser la prisa del analista por hacer señalamientos la que despierte esta resistencia que, posteriormente, colaborará con la producción de sueños inabordables. Es por eso que invita al practicante a renunciar a toda interpretación “completa” de un sueño y a tener especial cautela con las primeras producciones oníricas que aparecen en una cura, puesto que “un sueño así se edifica a menudo sobre el material patógeno del caso en su conjunto, material del que aún no tienen noticia ni médico ni paciente” (Freud, 1911/2001a, p. 89).

Como vemos, Freud coligió tempranamente que la causa que el sueño recubre irá develándose con el progreso de la cura. Acompañando el ritmo de cada analizante, el analista “puede hacer la experiencia de que un sueño al comienzo incomprensible deviene transparente en la próxima sesión, después que se logró eliminar una resistencia del soñante por medio de un señalamiento feliz” (Freud, 1925/2000, p. 131). De hecho, lo que se presenta aparentemente como una resistencia, suele encerrar el material discursivo al que se debe prestar atención en pos del deseo (Lombardi, 1991). Los sueños, por lo tanto, resultan útiles para producir el acto analítico aun cuando se presentan en su modalidad más defendida.

Uno de los testimonios del corpus de análisis nos aporta el siguiente relato:

Quería ser un buen analizante y esperaba entonces del analista una aprobación en relación a los sueños y a las asociaciones que producía en sesión. Él se encargó, a través de sus ruidos, tanto más fuertes en la medida en que yo buscaba actuar mi performance, de hacer deconsistir este circuito y hacer resonar el vacío que habitaba a menudo mi palabra (Fajnwaks, 2016, p. 78).

Podría decirse que, con Lacan, los analistas hemos aprendido a realizar sobre los sueños señalamientos mínimos, ya sea extraer del relato un significante, una resonancia, o apuntar hacia un elemento del sueño que condensa un valor pulsional particular.

Como en esta tesis nos ocupamos de los efectos que el avance de la cura tiene o puede tener sobre la forma del soñar, iremos viendo que los testimonios parecen indicar que estos cambios son llevados hasta el punto de producir sobre el soñante un efecto de interpretación solidario del corte, es decir, no ya un efecto de verdad entre otros, sino una destitución que agujeree el peso de la novela neurótica. Abordaremos este tema más adelante, al considerar un tercer tipo de posición frente al sueño.

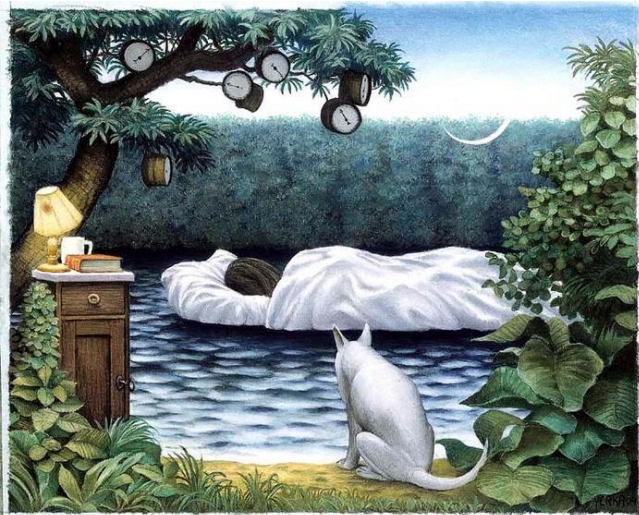
Veamos primero una posición intermedia, que puede atravesar la cura entera y que a menudo es rastreable en los sueños de los testimonios si se los pone en serie.

### **6.3. Un tipo de docilidad frente al sueño: las *continued stories***

“A veces sospecha una estrategia concéntrica de leopardos que se acercan paulatinamente a un centro, a una bestia temblorosa y agazapada, la razón del sueño. Pero se despierta antes de que los leopardos hayan llegado a su presa y sólo le queda el olor a selva y a hambre y a uñas; con eso apenas, tiene que imaginar a la bestia y no es posible. Comprende que la cacería puede durar muchos otros sueños, pero se le escapa el motivo de esa sigilosa dilación, de ese acercarse sin término”.

(Julio Cortázar, *Un tal Lucas*, p. 152)

Para pasar a considerar el segundo modo de relación con los propios



Yerka, Jacek (2004) *Dream*. [Pastel, cartulina].

sueños que hemos elegido diferenciar en esta sección inicial, nos interesa otro señalamiento de Freud (1923/2000): el caso en que una serie de sueños viene a encadenarse, a la manera de una *continued story* (p. 113)<sup>73</sup>.

Al respecto, Freud explica que, en algunos análisis, o en algunos tramos de los mismos, los sueños son capaces de

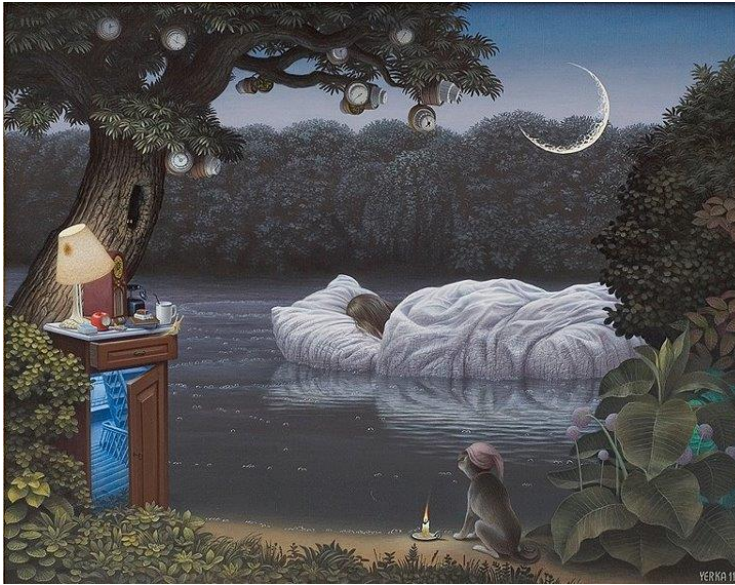
anudarse unos con otros en la diacronía, tomando como centro un elemento que en el sueño anterior se rozaba de pasada y así sucesivamente. Freud remarca que se establece de ese modo una separación entre la vida onírica y la de vigilia, puesto que el trabajo soñante se avoca a retomar un elemento que solamente ha cobrado vida en la escena onírica y que va sufriendo diversas transformaciones según los sueños se van encadenando.

Por nuestra parte, hemos comprobado este modo de encadenamiento entre sueños en pacientes cuya consulta se presenta por la vía de la angustia (Labaronnie y Lombardi, 2018). En algunos de esos casos, ha surgido durante las entrevistas preliminares la mención a sueños recurrentes, a veces desde la infancia. Una vez alojados en el dispositivo, estos sueños comienzan a enlazarse con otros nuevos, que transforman uno o varios elementos de la escena onírica, conservando siempre un punto de fijeza, que no desaparece, pero sí se modifica y se integra en nuevas relaciones con los demás. Por ejemplo, un mar inabarcable, que amenaza con ahogar, después de numerosas transformaciones y a lo largo de cierto tiempo de análisis, se presenta como un pequeño charco

<sup>73</sup> Del mismo modo se enlazan estos dos cuadros sobre el sueño del pintor polaco Jacek Yerka, uno pintado en 2004 y el otro en 2011.



entre montañas o el lecho del que un barco pesquero extrae interesantes ejemplares.



Yerka, J. (2011) *Pocket jungle - Dream*. [Acrílico]

En otras ocasiones, sin que el consultante recuerde sueños previos a la consulta, el trabajo de análisis produce a veces la concatenación entre un primer producto onírico y una serie que adviene posteriormente y va transformando los elementos de diversas maneras. Tal es el caso de unas pesadillas donde se

huye de una oscuridad amenazante, que pasa a ser iluminada de forma intermitente en escenas oníricas posteriores, llevando al soñante a precipitarse dentro de ella en un sueño cargado de valentía.

En todos los casos, cabe señalar que otros sueños, sin relación manifiesta con la *continued story*, suceden durante ese tiempo de análisis y aportan sus efectos; pero son los analizantes mismos quienes resaltan la aparición del elemento onírico repetitivo, que bien podría considerarse una representación de lo que venimos llamando, con Freud, “material patógeno”. Los ejemplos del mar y de la oscuridad que mencionábamos muestran sin duda al goce de manera difusa, aún no recortada en la forma de un objeto causa de deseo. Pero es claro que el análisis va en esa dirección. “El retorno de lo idéntico en los sueños nos indica así, cuando se produce en el curso de un análisis, una localización precisa del real que hace obstáculo en la vida del sujeto, pero que escapa también a su plena simbolización” (Bassols, 2000, p. 117).

Lo más interesante que esta sucesión de sueños aporta a la cura es que permite al analizante dejarse tomar por ese saber tan particular que cifra solo,



donde la inconsistencia del sentido es palpable por todos lados<sup>74</sup>. Esta separación entre la vida onírica y la de vigilia, señalada por Freud, permite destacar especialmente efectos que no se deben a ningún tipo de *insight* o de reconocimiento consciente, sino a la redistribución de goce que acompaña a este trabajo de cifrado y a su despliegue en transferencia. Es lo que permite que una analizante diga “esta vez yo no estaba sumergida en el mar, sino que nadaba” y su alivio sea notorio en esa misma sesión, mientras que el goce redistribuido inaugura algunos cambios en su vida cotidiana.

Para delimitar conceptualmente la vía por la que procede el trabajo analítico, cabría diferenciar entre “tomar el deseo a la letra” (Lacan, 1958/2005, p. 600), y leer “entre líneas”. En el segundo caso, lo que se pretende es una hermenéutica (Allouch, 1984), en el sentido clásico, siempre tentada de buscar los eventos de la realidad a los cuales aludiría el sueño. En el primer caso, en cambio, prevalece el plegarse a los significantes en juego, que permite al analista incauto conservar la sensibilidad que conviene para los efectos sonoros, con sus equívocos, resonancias y ecos en el cuerpo. De este modo, el objeto causa se va recortando.

A nuestro criterio, esta distinción podría valer tanto para el proceder del analista como del analizante. Trabajar con los significantes implica tomarlos en la superficie del discurso, atenerse a la manipulación del cifrado mismo.

Es así que la “separación de la vida onírica respecto de la de vigilia” que ya señalaba Freud (1923/2000, p. 113), no requiere de una reducción, que aplaste lo inarticulable del deseo bajo una forma cualquiera de la demanda (Lombardi, 1998). Antes bien, la escucha analítica debe orientarse por lo que la escena onírica retoma -pues allí se sitúa el *automaton* que delinea el padecimiento-, y por lo que ésta modifica -ya que, por esta vía, se habilita la posibilidad de variación y, en definitiva, de movimiento deseante-. Vale aquí el testimonio de un analista con respecto a este punto:

---

<sup>74</sup> En otro sitio (Labaronnie, 2019), hemos destacado la importancia de las series de sueños en la clínica de las psicosis, ya que el analizante psicótico a menudo no aporta asociaciones, pero sí sueños subsecuentes, que vienen al lugar de las mismas (Boukhabza, 2012, 2013).

A lo largo del trayecto del análisis, me di cuenta de que hay algo en los sueños que cambiaba algo que no cambiaba nunca. Se puede decir que lo que cambió fue la posición subjetiva del sujeto en la escena onírica y también en la vida; y lo que no cambió fue el telón de fondo, que se expresa como temática infantil (De Campos, 2012, pp. 51-52)<sup>75</sup>.

En otras secciones de la tesis iremos encontrando sueños de los testimonios que admiten también una lectura en estos términos: algo que cambia y algo que insiste. Los veremos a propósito del tema de cada sección, pero seguramente el lector podrá apreciar su concatenación.

#### **6.4. El análisis avanzado: una posición decidida frente a los sueños**

Venimos sosteniendo que el devenir de la cura va modificando la posición subjetiva y, correlativamente, la estructura de los sueños. Todo parece indicar que varía la dosis de disfraz necesaria en cada momento para que el sueño pueda ser tolerado por la censura. Habitualmente, cuando el sueño llega demasiado lejos, cuando se atreve a poner en escena y desnudar el objeto causa de deseo y goce, la solución es despertar.

Para el caso del “Hombre de los Lobos” y para los ejemplos breves que aporta Soler (1988), esta es la regla: algo aparece de improviso y el despertar corta la escena, para poder continuar soñando en la escena de la realidad.

Así, una joven sueña: “Me doy vuelta y veo de repente, sobre la pared, el lugar más claro dejado por la ausencia de un cuadro familiar”. Sobresalto del despertar. O también, bruscamente, el sujeto se ve mirado por un ramo de claveles inmóviles (Soler, 1988, p. 80).

---

<sup>75</sup> Este texto no figura dentro del corpus de análisis, sino en la bibliografía general, pues no se trata de un testimonio en sí mismo, sino de un artículo de reflexión donde al pasar se incluye esta frase testimonial.

Ahora bien, ¿qué posición toma el soñante frente a ese real que el sueño presenta con tan poco disfraz? ¿Qué actitud sobreviene tras el despertar?

La clínica del fin de análisis y del pase ha permitido recabar ejemplos donde el analizante, tomando una posición decidida frente a lo pulsional que el sueño muestra, no mira hacia otro lado.

Cora Aguerre (2011), Miembro del Foro Lacaniano de Valencia, ha comentado este punto en su testimonio, haciendo especial hincapié en la revuelta que le produjo el encuentro onírico con una representación del objeto causa y en cómo se debatió hasta tomar posición:

En el sueño estoy en un parque infantil, en un día de sol, con una sensación de liviandad agradable, hay un tubo y me acerco a él, y veo al fondo una rata. Veo la mirada de la rata y despierto. El horror es tal que durante un tiempo no puedo ni pensar pero sin embargo sé que hay allí algo fundamental que me atañe. La sensación de rechazo es muy fuerte y se manifiesta en el cuerpo como repulsa. La rata parece dormida pero mira a través de un ojo. Representa lo pulsional en juego. Aparece un goce que está en juego desde la infancia. Durante mucho tiempo había creído que era el Otro que me metía en los líos y enredos, que me decía de más, que me usaba como confidente, pero en el sueño lo que aparece no es lo que ha venido del Otro sino lo propio. Está en juego la curiosidad, el interesarme por lo que por los demás es desechado, por las miserias. Aparece la mirada puesta en juego, miro y veo el otro lado de mi ser de sujeto (p. 42-43).

Vemos cómo la analizante en cuestión se debate entre tomar en consideración lo que el sueño muestra, o bien desconocerlo. Finalmente, decide recoger lo que allí le atañe. Podríamos decir que se aviene a lo que Freud (1925/2000) llamó “la responsabilidad moral por el contenido de los sueños” (p. 133). Es una toma de posición.

Cabe aquí mencionar una reflexión de Miller (1986/2006b), quien escribe que “el deseo de despertar a lo real”, cosa imposible, entendemos, pero que no impide la existencia de una tendencia que fuerza en esa dirección, “es, sin duda, masoquista, puesto que todo lo que de real no es dado, es síntoma” (p. 121). Esto va en el mismo sentido que la concepción lacaniana del deseo como transgresor del principio de placer. En el sueño de Aguerre, y en la atención prestada al mismo después de debatirse internamente, podemos apreciarlo.

Esta posición, que parece afianzarse al final de la cura, ha sido constatada también por otras escuelas que practican el pase. Con respecto a los sueños, en este punto los hallazgos son coincidentes.

Mariel Alderete de Weskamp (1999/2006), de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, refiere: “al terminar mi análisis, los sueños continuaron permanentemente. Cada tanto un sueño me indicaba tomar una decisión” (p. 64). A su vez, ella subraya una interesante cualidad de esos sueños, que nos interesa oponer a la constatación de Freud de que la resistencia podía volverlos extremadamente copiosos, largos y oscuros. Alderete expresa: “en ese análisis adquirí una gran confianza en el hacer del inconsciente, de manera que los sueños comenzaron a ‘decir’ cada vez más, dejando transparentar el deseo en vez de presentarse como enigmas para su interpretación” (p. 55). La lectura de este testimonio permite conjeturar que los sueños en cuestión corresponden a la función mostrativa, a un *decir* que es, en definitiva, un *mostrar* el costado pulsional en juego. La faz enigmática del sueño se ve reducida, la función *mostrar* comanda durante un tiempo el trabajo onírico. Esta forma tan magra del soñar suele suceder en los últimos momentos de la cura y se retoma, según muchos autores, durante el pase. Pasado cierto tiempo, el sueño parece volver a su modalidad habitual. Entre ambos momentos, algunos analistas también testimonian sobre un período donde no recuerdan ningún sueño (Cf. Sección 13).

Al igual que Aguerre y Alderete, Fabián Naparstek (2005), miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana, ha relatado un sueño donde también se destaca la posición subjetiva frente a lo pulsional desnudado por el análisis. El soñante, de segundo nombre Abraham, se encuentra en la escena onírica a punto de matar a su primogénito, a pedido de la voz de Dios, como en el relato bíblico. Se despierta de inmediato, aunque sin angustia, y es justamente la ausencia de angustia lo que lo lleva a interrogarse: “¿bajo qué lógica soñaba eso?” (p. 53). Esta presentación de la voz, en su cara obscena y feroz, provoca una separación entre la angustia y la novela neurótica. “Se desanuda la angustia de lo religioso, se separa el objeto y el nombre propio se vacía de sentido”, explica (p. 53). Pero estas operaciones no se produjeron sin que él volviese sobre su sueño, para preguntarse por lo que allí le concernía. Este detalle, al

igual que en el testimonio de Aguerre, nos permite enfatizar la posición subjetiva decidida respecto al contenido de los sueños. Además, ilustra el modo en que el sueño logra por sí mismo producir una interpretación destituyente.

Otro ejemplo ilustrativo de esta operatoria del sueño –cuyos efectos, como puntualizaremos más adelante, son interpretativos- es el siguiente:

Una mañana me despierta la conmovedora imagen del film de Liliana Cavani, *Portero de noche*. La joven muchacha judía que se arrastraba implorante a los pies del oficial nazi cuya mirada se perdía a lo lejos, era yo. (...) **La escena era el índice de mi posición** femenina. A causa del fantasma, me dejaba maltratar por otro al que otorgaba todo poder sobre mí. (...) [Otro] sueño **indicaba mi posición de objeto dominado por el Otro**, como un *perro lobo* atado en corto por su amo (Blancard, 2013, p. 63).

Detengámonos, por el momento, en aquello de lo cual esta analizante considera que estos dos sueños son índices: su posición fantasmática, su posición de objeto dominado por el Otro. A la soñante le basta con encontrar estos elementos para desarticular un modo de funcionamiento largamente afincado.

Estos ejemplos, pero especialmente el de Aguerre y el de Naparstek, que ponen en la escena onírica un foco pulsional constituido por la mirada, en el primer caso, y por la voz, en el segundo, nos llevan al siguiente apartado.

## 6.5. El objeto a como punto de inserción de la pulsión en el sueño

“Sueña el rico en su riqueza, que más cuidado le ofrece;  
sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende,  
sueña el que agravia y ofende, y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende”  
(Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, p. 76).

Siguiendo la propuesta de Soler (1988) de pensar la inserción de la pulsión en el sueño a partir de focos privilegiados, con *función mostrativa* (Lutereau, 2016), en este apartado vamos a continuar examinando sueños de los testimonios donde se nota la presencia de alguna forma imaginable del objeto *a*. Como ya hemos señalado, hay autores que han subrayado que la presentación del objeto en la escena onírica suele dar lugar a ciertos afectos, como “asco, repugnancia, temor y/o angustia” (Nepomiachi, 1999, p. 32), lo cual es para nosotros una forma de localizar la respuesta del soñante.

En el apartado anterior, vimos cómo ha descrito Aguerre (2011) su horror frente al sueño del ojo de la rata que miraba a través de un tubo. Nos detuvimos no sólo en ese horror, sino también en su posición decidida, que la hace retomar el sueño a pesar de la fuerte repulsa que le produce. En esa vuelta sobre el sueño ella extrae aquello que le concierne, logra contraponer lo que le corresponde como sujeto que ha tomado posición, con aquello de lo que se había quejado siempre y que pertenecía a la participación del Otro en su síntoma. Lee en su sueño que no se trata solamente de “el Otro que me metía en los líos y enredos, que me decía de más, que me usaba como confidente” (p. 43) sino también de su propia toma de posición, su prestar la mirada, su poner el ojo allí donde el otro deja caer sus miserias. “Está en juego la curiosidad”, explica (p. 43). Aguerre reconoce en ese sueño “un goce que está en juego desde la infancia” (p. 43), hallazgo que no la deja intocada, pues desde el inicio expresó que frente a ese sueño “la sensación de rechazo es muy fuerte y se manifiesta en el cuerpo como repulsa” (p. 43).

El horror frente a la aparición del objeto pulsional en la escena onírica ha sido testimoniado también por Sergio Castellanos (2014):

Un sueño, dos años antes de finalizar el análisis, deconstruye la versión primera del fantasma de salvar y hacerse admirar por el otro: “Aparece un magma incandescente que se transforma, era como lo mismo, como una fuente de energía que se transforma y **me produce cierto horror**, era lo mismo con diferentes formas, se transmuta. (...) ¿Pero qué es esa “Cosa” que brilla? **¿por qué me produce tanto horror esa representación imaginaria?, me pregunto.**

Me responderé diciendo que esa “cosa, caca que brilla soy yo”, resto que cae, energía que se transmuta en colores y trata de brillar (p. 118).

Vemos que el soñante, al igual que Aguerre, es tomado inicialmente por el horror, pero no se detiene ante la posibilidad de extraer consecuencias de su sueño, consecuencias que afectan el funcionamiento de la pulsión y descompletan la ferocidad del superyó, que exigía brillar –en este caso- o poner el ojo en las miserias ajenas –en el caso anterior-.



Hattori, Naoto (s/f) *Dream eater*. [Acrílico sobre tabla]. No expuesto.

En cuanto a la forma del objeto que hace aquí su aparición, se aprecia que se trata de lo *escópico*, transmutado en un brillo incandescente, cegador, tal como aparece en el sueño de otro AE: “Me encontraba en una habitación frente a una puerta. La puerta se abría y dentro había una intensa luminosidad” (Paola, 2010, p. 45). Forma de aparición menos recortada, más difusa, del mismo objeto. “Devorador de sueños”, le llama el pintor Naoto Hattori a otra de sus criaturas de ojos inmensos y espejados.

En otro testimonio encontramos la misma forma del objeto, pero localizada en un sueño infantil, que luego será retomado y trabajado repetidamente en el análisis. “El nudo de mi análisis se basa en una pesadilla infantil, de cuando tenía unos siete años”, escribe Antoni Vicens (2013, p. 51). Ese sueño es el siguiente:

Subo la escalera tras mi hermano mayor; pero luego lo alcanzo; yo subo más aprisa. Al llamar a la puerta del final, esta se hunde; en la oscuridad hay dos ojos brillantes. Aterrorizado, me arrojo por el ojo de la escalera, y despierto de la pesadilla.

Fantasma explícito, en el que la mirada del Otro causa mi división. ¿Pero, era eso todo? Saberlo, apenas me liberaba del mandato de volver a precipitarme (pp. 22-23).

Según testimonia, le tomará tiempo y trabajo desasirse de ese mandato. Esas vicisitudes son relatadas por él a lo largo de todo un libro. “El análisis había elaborado claramente el contexto edípico de esa mirada. Era la mía, frente a la escena primitiva” (p. 23), comentará luego.

Es interesante percibir estos diferentes momentos de elaboración y toma de distancia con respecto a lo que la escena onírica presenta, pues la simple aparición de lo pulsional en el sueño no implica en absoluto una misma toma de posición, como venimos de mostrarlo en los apartados anteriores. Cuando los testimonios narran un sueño de infancia o acaecido en los inicios del análisis, habitualmente explicitan que fueron necesarios muchos otros pasos para que ese sueño adquiriera su justo lugar en la lógica del caso, y especialmente para que el soñante pudiera beneficiarse de él.

Otro ejemplo de esta índole es el siguiente, donde un sueño es narrado al iniciar el análisis, pero acompañará toda la cura hasta finalmente entregar sus efectos:

El sueño mostraba: yo jugando a lanzar un disco blanco a un amigo que me lo devolvía y agregué: “Hay algo que sé, estoy en Bahía”. Las asociaciones tomaron caminos diversos. (...) Al terminar la sesión, el analista dijo: “El disco blanco es una condensación”. Sorpresa y, en un primer momento, desilusión. Tantas asociaciones interesantes y el analista dice algo tan banal (Horne, 2012, p. 36).

Este escrito, que el autor tituló “Sobre el inicio del análisis por un sueño y su relación con el final”, relata la lectura que pudo hacer a posteriori, muchos años más tarde, sobre este material onírico. Se especifica puntualmente cómo la intervención del analista viabilizó el sostenimiento del enigma por aquello de lo pulsional que el sueño mostraba:

Al señalar la condensación el analista orienta el discurso desde el punto de vista económico y en la vertiente del objeto. La condensación apunta al goce. (...) Ese disco blanco, que era un *frisbee* con el que jugaba en la playa con un amigo, fue la primera versión del objeto a, forma de llamar el goce fijo del síntoma que en **el sueño muestra el inicio de su puesta en movimiento que se reveló al final del análisis** (p. 39).

Entonces el sueño muestra algo, un movimiento, que sólo al final del análisis se produjo como efecto. Un sueño premonitorio, podría decirse a posteriori, premonitorio del horizonte de la cura y de sus efectos.



El testimonio de otra pasante presenta el *objeto escópico* y una muy interesante posición frente a la invitación a encarnarlo en una escena social acorde –como explica luego- a ciertos ideales paternos:

El sueño se desarrolla en una atmósfera hipnótica. Alguien me está poniendo un traje de torero, un “traje de luces”, yo me dejo hacer. Estoy como hipnotizada, pero cuando llega el momento en el que me entregan el estoque para ir a matar, me despierto en el sueño sintiendo miedo por lo que estaba a punto de hacer. Sin pensarlo dos veces me quito el traje de torero y me voy (Fuentes, 2011, párr. 19).

Es una decisión dentro del sueño que vale la pena remarcar y que nos lleva hacia lo que trataremos dentro de poco: la caída de una relación al Otro que daba consistencia superyoica a la repetición y al objeto en juego.

### 6.6. Articulación y vaciamiento del objeto a en la escena del sueño

Tal vez el lector haya advertido ya que en varios de los sueños relatados se evidencia la articulación de más de un objeto pulsional, como en esta pintura de Naoto Hattori, donde se mezclan bocas, ojos, picos, narices, bajo el título “Soñador diurno”.

Así como el sueño de la rata (Aguerre, 2011) articulaba lo *anal* con lo *escópico*, un sueño de Vidal (citado por Rojas, 2017) enlaza lo *invocante* con lo *anal*: “Estoy sentada en una cama rodeada de cucarachas, quiero bajarme, pero no puedo porque si me bajo



Hattori, Naoto (s/f) *Daydreamer 03*. [Acrílico sobre tabla]. No expuesto.

pisaría las cucarachas y si las piso hacen “CRAC” (Rojas, 2017, p. 69)<sup>76</sup>. Así como Cora Aguerre identificó la rata con lo anal por la suciedad y los desechos, podemos en este sueño observar otro animal que muchos asocian con lo mismo -animal desechado, además- y lo invocante en una versión muy sutil: ya no la voz, sino el sonido del cuerpo aplastado. Como es de esperar, cada pasante va vinculando los significantes y formas del objeto que aparecen en sus sueños, con elementos de su novela familiar y del nombre propio. “Cuca” resulta ser el sobrenombre de infancia en el testimonio citado por Ricardo Rojas, así como la mirada de la rata se asocia al ser confidente y depositaria de las miserias del Otro en Aguerre.

Ana Lúcia Lutterbach Holck (2009), por su parte, relata otro sueño conclusivo que también vincula *analidad* y *mirada*: “un perro defecando un *paté* es mirado por un joven” (p. 22). Según relata, la intervención del analista, que la insta a reconocer algo suyo en ese sueño, apunta a destacar la vertiente del objeto.

Otra soñante enlaza la *oralidad* con una forma del objeto *a* que no fue indicada por Freud ni por Lacan, sino que fue propuesta con posterioridad (Allouch, 2009) y que es de aparición bastante frecuente en los sueños: las cenizas funerarias<sup>77</sup>. A menudo como presencia angustiante, con la cual no se

---

<sup>76</sup> Este es el único ejemplo que hemos tomado de un testimonio no publicado, que ha sido comentado por otro autor. Damos por sentado que el autor dispone de la autorización de la pasante –miembro de su misma escuela- para publicar ese comentario. Lo incluimos aquí porque aporta una observación muy pertinente para este apartado, pero no volvemos a retomarlo –excepto en las conclusiones- y no lo incluimos en la enumeración del corpus de análisis. Rojas (2017) figura en la bibliografía general.

<sup>77</sup> Dice Allouch (2009): “Muy recientemente, tuvimos acceso a una prueba de que la ceniza, mediante algunas operaciones, perfectamente puede ser válida como objeto *a*. En efecto, como el objeto *a*, la *empañadura* (con perdón del neologismo) de la ceniza puede virar al máximo de lo brillante. Así una floreciente empresa norteamericana les propone en adelante a los deudos, por 2.299 dólares exactamente, transformar en diamante las cenizas de su ser querido” (pp. 70-71). Tal vez Lacan (1975-76/2009) podría estar de acuerdo con esta formulación, habiendo afirmado que “el fuego que quema es un disfraz, si puedo decirlo así, de lo real” (p. 119), y de ese fuego sabemos que las cenizas son el resto. Cuando lo que ha sido quemado es un cuerpo, y más aún si ese cuerpo era entrañable, vemos a muchos analizantes debatirse sobre qué sitio dar a esos restos -presencia a menudo angustiante u obscena-.

sabe qué hacer, qué destino dar, la ceniza de algún deudo querido suele presentarse en la escena del sueño. En el de esta pasante, las *cenizas* aparecen como objeto horrorosamente entrelazado con la *oralidad*:

Fue en ese momento de máxima angustia cuando soñé que alguien repartía cenizas en los platos blancos de los invitados a un convite. La ceniza salía de la cabeza de una maniquí. Era un sueño siniestro, “Cenizas para comer”, ceniza era todo lo que quedaba después de la muerte de mi madre. El inconsciente había cifrado algo pero no lo suficiente (Fuentes, 2011, párr. 16).

Luego tenemos un ejemplo que vincula, como en un caso anterior, *analidad* y *mirada*. Se trata de un sueño de Débora Rabinovich (2015):

Veo que en mi pierna, a la altura de la rodilla, tengo un granito. (...) Para mi gran sorpresa y horror, sale algo de ahí, un bicho. Intento esconderlo en mis manos antes de que pueda ser visto por alguien. Pero mi hijo lo ve. (...) tiene ojos y también antenitas... ¡Es una babosa! (p. 96).

Si vinculamos la babosa a lo anal es porque la soñante lo vivencia con asco –uno de los afectos, entre otros posibles, asociados a lo anal-. Por otra parte, como vimos en ejemplos previos, el horror se hace presente frente a este encuentro: “Este sueño me disgustó profundamente. ¡Cómo podía salir algo tan asqueroso y vergonzante de mi cuerpo!” (p. 96).

Ahora bien, además de la frecuente articulación de dos o más objetos en estos sueños, que revelan en algunos casos el axioma del fantasma o uno de sus elementos, vemos la insistencia de lo informe: la babosa, el paté, el brillo incandescente. Podemos intuir, detrás de estas formas de plasmación, la presencia de la Cosa innombrable (Lacan, 1959-60/2007), una de las caras del objeto *a*, justamente su costado menos imaginario.

En un sueño que retomaremos en otra sección (11.1), aparece el siguiente relato:

*Hay una mesa de autopsia e instrumentos. La caja craneana está abierta. Alguien retira del cráneo una masa gelatinosa y la apoya sin miramientos sobre*

*una silla. El analizante se acerca y ve una pieza de queso de cabeza<sup>78</sup> (...) una pieza de gelatina sin ningún interés (Seynhaeve, 2011, p. 204).*

El soñante tiene más para decir sobre la composición significativa que nombra ese objeto gelatinoso, pero quedémonos, por ahora, con la referencia a lo informe.

Esto nos lleva hacia otro aspecto que ha sido señalado acerca de la manera en que el objeto hace su aparición en los sueños: el hecho de que, a veces, los testimonios den cuenta de cierto vaciamiento o disolución.

En casi todos los casos se presentaban sueños que se consideró que indicaban un final, o que acentuaban un viraje que consistía en figuraciones de vaciamiento del objeto y eran descifrados como salidas de la lógica fálica: ‘tal objeto que se disolvía’, ‘se trataba de recorrer un agujero’, o bien se habló de ‘bordear un vacío’ (Nepomiachi, 1999, pp. 32-33).

Es el caso de un sueño conclusivo de Araceli Fuentes (2011), donde el *objeto invocante* –que sabemos concierne tanto a la voz como al silencio-, toma la escena: “En el sueño estaba en París, había huelga, manifestaciones, gente que gritaba consignas, sin embargo, yo tenía la sensación de que le habían bajado el volumen a París. Era sorprendente” (párr. 30). Disolución del objeto invocante y de su habitual y mortificante articulación con la demanda superyoica. La gente gritaba consignas, eso no es eliminable, pero el volumen ha sido disminuido –en la vida misma, seguramente-.

Esta misma pasante ha relatado lo siguiente: “En cierto momento soñé que una mancha blanca, una calva producida en mi pelo por la enfermedad se transformaba en un agujero vacío” (párr. 38), sueño donde vemos al objeto ubicado en un borde, entre su costado imaginizable, como objeto escópico, y el objeto como puro real, agujero.

En estos ejemplos asistimos a una transformación por la cual el objeto “pierde el encanto de sus formas sustanciales” (Miller, 2004, citado por

---

<sup>78</sup> “*Pâté de tête*: queso de cabeza o queso de cerdo, áspic de carne hecho a partir de la cabeza de un ternero o cerdo” (Nota de la traductora en el texto original, p. 204).

Naparstek, 2005, p. 53), se vacía, se diluye. Todo esto parece ser –por los efectos testimoniados- correlativo de una operación mayor.

Sabemos por Lacan (1958-59/2015) que en esta construcción del fantasma que se produce en el análisis –durante la cual son muchas veces los sueños los que muestran el costado objeto del sujeto-, el analizante encuentra cuál ha sido su respuesta al enigma del deseo del Otro. “En la exacta medida en que articula esa respuesta, el sujeto se aniquila y desaparece” (p. 46). Destitución subjetiva, entonces; nueva posición donde el sujeto ha realizado su división, ha realizado “el nuevo estatuto del sujeto que implica el objeto freudiano” (Lacan, 1966-67, clase del 1 de febrero de 1967).

Si, en el inconsciente, el saber permanece aislado del sujeto, la realización significativa de este saber no deja de “intimar”<sup>79</sup> (...) con una “revelación de la fantasía”. En eso consiste la distribución: por un lado, están los significantes articulados entre sí, pero desenganchados del sujeto, no haciendo  $S1 \rightarrow S2$ ; por otro lado, está la inscripción del sujeto, en su fantasía, a nivel del objeto (Allouch, 1985, p. 5).

La división del sujeto es, entonces, la imposible juntura de los dos lados del fantasma ( $\$ \diamond a$ ), que son en sentido estricto uno solo, pues sujeto y objeto son lugares intercambiables y superpuestos, como bien lo mostró Freud (1919/1999) en “Pegan a un niño”.

¿Qué efectos tiene, a veces, esta destitución subjetiva sobre los sueños que advienen luego? Sin pretensiones de hacer de esto un universal, apenas refiriéndonos a los ejemplos recopilados en nuestro corpus de análisis y admitiendo que las variantes al respecto son múltiples, nos interesa examinar algunas situaciones paradigmáticas.

---

<sup>79</sup> “*Accointance*”, en francés, refiere a la amistad, a la intimidad con un otro. El verbo “*accointer*” significa juntarse, relacionarse [N.T.].

## 6.7. Otros efectos de una posición decidida: variaciones del despertar

En este recorrido, que nos lleva desde las formas de presentación de sueños más defendidas, hasta otras que se avienen a desnudar su causa, podríamos destacar aún otro rasgo: ¿qué sucede si en el punto de angustia no sobreviene el despertar?

Esta pregunta también merece una consideración desde la óptica de la posición del soñante. Los desarrollos freudianos permitieron a Lacan (1969-70/2006) aseverar que “sólo despertamos para seguir soñando” (p. 60), cuando la escena de la realidad promete más apaciguamiento que la onírica. Justamente por eso, señaló que el análisis está hecho para despertar al sujeto que se ha acomodado al sopor del fantasma (Lacan, 1984/2006). Por lo tanto, y por paradójal que parezca, seguir soñando puede ser, en algunos casos, un modo de no evadir el despertar (Koretzky, 2012). Nos referimos a los sueños cuya continuación implica un atravesamiento.



Dalí, S. (1944). *Sueño causado por el vuelo de una abeja alrededor de una granada un segundo antes de despertar*. [Óleo sobre tabla]. Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, Madrid.

Volvamos a algo que comentamos en otros apartados: el sueño “de la inyección de Irma”, sobre el cual Erikson (1954/1973) fue el primero en poner los puntos sobre las íes, en lo que concierne a la posición del soñante. Cuando el sueño pone en escena el interior de una garganta llena de escaras, se produce el encuentro con un real pulsional que Freud no evade. Lacan (1954-55/2008) lo retomó en su seminario:

Es un descubrimiento horrible: la carne que jamás se ve (...), la carne sufriente, informe, cuya forma por sí misma provoca angustia. (...) última revelación del *eres esto* (...). A esta revelación (...) llega Freud en la cumbre de su necesidad de ver, de saber (...). Erikson efectúa aquí una observación excelente, tengo que reconocerlo: normalmente, un sueño que desemboca en algo así debe provocar el despertar. ¿Por qué no despierta Freud? Porque tiene agallas. Estoy de acuerdo: tiene agallas (p. 235-236).

Entonces, Freud soñante avanza más allá de la visión horrorosa del interior de la carne, ¿y qué encuentra? Encuentra la disolución yoica más palmaria, el desarmado, pieza por pieza, del precipitado de identificaciones que sostienen la ilusoria unidad yoica. Sus colegas pueblan la escena a partir de allí.

Es para Lacan una confirmación exquisita del saber sin sujeto que caracteriza al inconsciente, ya que, para él, el núcleo del descubrimiento freudiano fue siempre la destitución del yo en pos del saber inconsciente, y en este sueño ese acontecimiento es palpable. Freud, empujado por su deseo de saber, acude a una visión de lo imposible, el real que le concierne, localizado allí donde él enfermará unos años más tarde.

¿Y según los testimonios de pase? ¿puede el sueño ser la sede de una destitución del sujeto tal que, confrontado con su ser de objeto, el soñante no despierte, sino que siga adelante? Veremos que la respuesta que ofrece el corpus de análisis parece ser afirmativa.

Sobre este punto, Serge Cottet (2009) ha señalado que se podría poner en relación el progreso de la cura con la posibilidad que tiene el soñante de continuar su sueño más allá del punto de angustia. Como ejemplo, cita un sueño de una pasante, más bien pesadillezco, donde la soñante caía, era reducida a papilla y corría el riesgo de ser engullida por el Otro, escapando finalmente de tal destino. Cottet dirá que es por dicho sueño que la analizante accede a la revelación de su posición masoquista.

Por nuestra parte, consideramos que cualquier estudio que tome al sueño como objeto específico de interrogación, no debe ignorar que los mismos efectos pueden suceder por otras vías que la onírica, que en definitiva no es la única



forma de producción del inconsciente, ni hay razones para privilegiarla<sup>80</sup>. Si bien creemos que es sumamente interesante observar lo que algunos sueños tienen de revelador acerca de los movimientos de la cura, rogamos que se utilicen esos hallazgos con cautela y que, muy especialmente, no se enarboles fórmulas universales ni se haga de ciertos sueños *condición necesaria* para considerar que una cura ha avanzado.

Si volvemos al sueño de Freud, vemos que el atravesamiento de la visión horrorosa lo conduce, además de a la disolución yoica, a la letra desamarrada de su sentido: la fórmula de la trimetilamina, que aparece escrita en gruesos caracteres.

En este mismo sentido, S. Basz (2012) comenta:

El sueño que interesa en el fin de análisis es aquel en el que el soñante se permite atravesar el inconsciente transferencial ( $S_1 - S_2$ ). Atravesamiento que es condición para poder leer la letra ( $S_1$ ), aislada de toda cadena significativa, como causa del sueño (p. 100).

La idea de Basz parece coincidir con la de Soler en el punto en el que ambos retoman las formas de presentación de lo pulsional como causa del sueño. Soler (1988) dirá que, desde Freud, es posible reconocer el deseo inconsciente, indestructible, infantil del sueño -que no será articulable en el juego significativo, porque lo excede-, como la causa que lo soporta y motoriza. Basz (2012) apunta en la misma dirección cuando sostiene que “ese núcleo que causa el despertar, es también la causa del soñar” (p. 97). Esto le permite entrever que la mayoría de los sueños evaden su causa, ya que, por el contrario, trabajan para velarla. Pero hay sueños que admiten una puesta en escena de la causa real del goce del cifrado; ya sea en su forma de objeto *a* o de letra.

Si tomamos como modelo el sueño de Freud, tendríamos allí un primer encuentro con lo real pulsional en la forma del objeto *a* –en este caso, coincidente con lo que Lacan (1962-63/2006) teoriza como parte del objeto oral, incluyendo labios, lengua, dientes y el vacío de la succión- y un segundo

---

<sup>80</sup> De hecho, Colette Soler (2009/2013) ha destacado al lapsus como fruto privilegiado del inconsciente real, por encarnar con facilidad el agujero en el saber, cosa que el sueño no puede más que mostrar de manera imaginaria.



encuentro con otra forma de lo real pulsional: la letra. Vimos que estos dos momentos son lo que Lacan (1954-55/2008) traduce como dos finales del sueño. Y no es casual que, en el sueño “de la inyección de Irma”, el segundo hallazgo se obtenga una vez atravesado el primero.

En los ejemplos que daba Soler (1988) vimos que la presentación del objeto a en la escena onírica conducía a un despertar abrupto, cosa que nos parece indiscutible para la mayoría de los sueños que desnudan lo pulsional, por lo menos hasta la elucidación del fantasma. Pero en función de lo que se viene trabajando a partir del pase, podemos decir que el despertar no es la única respuesta posible en el soñante.

Los testimonios presentan sueños donde el objeto pulsional está igualmente presente y no deja de ser advertido por el soñante, pero su captación parece ocurrir desde una nueva posición, ya despojada del horror por lo ignorado del goce, una posición que venimos llamando *decidida* (Soler, 2007) y que se vincula con la destitución subjetiva.

Al ocuparse de esta cuestión Frida Nemirovsky (2004) comentó lo siguiente:

La experiencia que me interesa destacar, apunta a la ubicación que hace un pasante de un sueño que al despertar no le produce angustia, pese a lo impactante del mismo. El sueño se refiere al sujeto tratando de matar a su hijo mayor. Este sueño define para el pasante el fin de su análisis. (...) La mención de este rasgo de un sueño no me era desconocida, puesto que la lectura de un testimonio de otro AE, mencionaba y destacaba un sueño sin angustia, como condición para dar por terminado su análisis (p. 23).

El segundo soñante nos es desconocido; el primero, en cambio, reveló su identidad al agradecer a la autora por este señalamiento en uno de sus testimonios escritos. Se trata del ya mencionado sueño de Fabián Naparstek (2005), aquél que lo llevó a interrogarse, una vez despierto, por la lógica bajo la cual soñaba una cosa así. A dicha pregunta, acudió de inmediato una respuesta que precipitó la salida del análisis. Esta respuesta, con la consecuente caída de ciertas identificaciones y del *objeto invocante*, parece ser un segundo momento de aquel despertar:

Era un despertar sin angustia. Digo despertar porque supone el salir del dormir en la novela del sentido, pero ya no bajo el afecto de la angustia. (...) Despertar (...) que se produce bajo el efecto de lo que ya no es lo que era. Cuando la angustia deja su lazo con el marco en el cual aparecía, cuando se desanuda del cerco que el sentido de la novela neurótica le ponía, el Otro cae finalmente (p. 53).

Por sus palabras parece que el sueño hubiera venido a mostrar algo de lo cual el soñante estaba próximo a separarse, o incluso tal vez ya separado, pero sin haberlo advertido. Queda claro que tras el sueño lo percibe y toma nota de su nueva posición, en la cual la angustia ha perdido su marco novelado. Y, tal como lo señala, eso provoca la barradura del Otro. Lacan (1966-67) opinaba que, cuando la repetición es advertida, el bucle se cierra y con ese cierre el Otro es barrado de la misma manera en que lo es el sujeto: “el Otro se encuentra bajo el golpe de la misma finitud”, decía (clase del 15/02/67).

De este acontecimiento narrado en el testimonio de Naparstek, la mencionada autora resalta justamente la barradura del Otro: “un no esperar más, desencadenándose así, el final del análisis” (Nemirovsky, 2004, p. 24).

Como hemos comentado, el sueño aludido giraba en torno al *objeto voz*. Aquella escena en que el autor se sueña a punto de matar a su primogénito, corresponde punto por punto al relato bíblico según el cual la voz de Dios pidió a Abraham —segundo nombre del pasante— que matara a su primogénito. Abraham, a punto de realizar tal acto por obediencia a su Otro, es detenido por la voz de un ángel, que le indica que su fe ya ha sido probada.

En otro testimonio (Naparstek, 2007), este AE relata un sueño previo: parado frente al aula magna —en la que daba clases todas las semanas— constata que ésta se encontraba totalmente vacía. “El Otro al cual le había hablado en los últimos años aparecía inexistente encarnado en la imagen de dicha aula vacía” (p. 23). A partir de estos sueños, el analizante “escribe” —o “lee” retroactivamente— su axioma fantasmático: “ser la voz del Otro” (p. 23).

Esta noción de “un despertar sin angustia” permite pensar otra posición del soñante frente a la inserción del objeto en la escena onírica. En el sueño de Naparstek, la voz es ubicada para luego caer. Una vez despierto, puede situar la lógica que obligaba a cualquier sacrificio con tal de encarnar la voz del Otro. Esta lógica pudo ser reconocida porque la falta de angustia al despertar de un sueño

tan impactante suscitó una pregunta en el soñante; valioso indicador sobre una modalidad del despertar que no se corresponde con lo abrupto, sino que implica cierta “serenidad”, como la llama el autor.

Otro pasante, Fabián Fajnwaks (2016) ha comentado en su testimonio un sueño que interpretó como de conclusión de la cura y que reviste las siguientes características:

Camino en una avenida cerca de mi casa, en París, y me topo con una enorme masa animal, que no logro identificar precisamente: entre un oso y un enorme dragón, recostado en el suelo, que dormita con un ojo abierto, al borde del despertar. Paso a su lado, apenas intrigado por esta presencia surrealista, pero sin miedo ni angustia y prosigo mi camino. Si oso es un significante que ha podido representarme ocasionalmente, por el apodo que me han dado algunos de mis amigos, al despertarme asocio inmediatamente este animal allí presente con La Cosa, *das Ding*. Allí se encuentra, hallado en mi barrio, en mí pero separado de mí, yaciendo a mi lado, como un signo de lo que interpreto al despertarme como la extracción del objeto plus-de-goce. La dimensión anal de este animal-desecho me parece clara, pero hay como algo definitivo en este sueño (p. 75).

Encontramos, como en otros de los testimonios que venimos citando, la convicción de que eso le concierne. En este caso, tampoco hay un despertar abrupto o angustiado<sup>81</sup>.

Un ejemplo extraído del testimonio de Cecilia Gasbarro (2015) destaca este aspecto que estamos tratando:

Hacia mediados del análisis, un sueño propició un esclarecimiento respecto del *síntoma-cierre*. Fue **un sueño que fue más allá de lo que podría haberme hecho despertar**. En él, la irrupción súbita de un pájaro entrando por una ventana me aterra, por lo que hago un llamado que no tiene respuesta (“¡Llaman a mi marido!”). Que el sueño prosiguiera más allá de esa encrucijada lo hizo inolvidable, por sus consecuencias, tanto en la continuación del sueño como por su elaboración en el análisis, que llevó años y que prosiguió luego de su final, hasta

---

<sup>81</sup> No está de más insistir en que no consideramos que el despertar sin angustia o el proseguir el sueño implique un avance con respecto a otras posiciones, sumamente interesantes y decididas, como la de Cora Aguerre –y tantas otras–, quien manifiesta abiertamente el horror que le produce su sueño y no obstante vuelve sobre él para recaudar aquello que le concierne.

hoy. Resumo, para lo que me interesa destacar en esta ocasión: en el sueño, el pájaro se convertía en un papel plegable, que yo guardaba en una pequeña caja. Luego abría la caja y desplegaba el papel, conformando una... en el relato del sueño en análisis, ocurre un blanco: ¿cómo se llama ese objeto que se usa para adornar, hecho de papel con cortes, liviano, colorido? Sólo días después reaparece la palabra sustraída: una guirnalda. Muchos años después, ya al borde del final del análisis, este significante se tornó un equívoco translingüístico: *girl-land* (tierra de niñas en inglés). **Producir en la vida lo que figuraba el final de ese sueño** –es decir, la apertura y el despliegue a un goce no-todo- **llevaría años y mucho trabajo de análisis**, tanto en la vertiente del síntoma como en la del fantasma (p. 133).

Lo que podemos observar aquí es la continuación del sueño más allá del punto de encuentro con el horror íntimo del soñante, pero sin que el efecto pueda ser extraído en el corto plazo. Como indica la soñante, llevaría muchos años y trabajo “producir en la vida lo que figuraba el final de ese sueño”.

En este mismo sentido, Basz (2012) comenta lo siguiente:

En algunos testimonios de pase puede seguirse el camino que sitúa lo real del sueño como causa. Aunque esto no sea manifiestamente descrito en el testimonio, puede seguirse el camino lógico que indica que parte de lo significable en un sueño indica el objeto *a* en juego como núcleo elaborable de lo real que causa el sueño. (...) Causa del sueño que no hay que confundir con (...) su función de guardián del dormir (p. 98-99).

Como vemos, al igual que Soler, este autor diferencia los sueños usuales de aquellos que revelan su causa. En ellos se accede a un pasaje que no es habitual en los sueños cotidianos; o no al menos desde la perspectiva del soñante, que bien puede traer un sueño así al inicio del análisis, pero calificarlo simplemente como una pesadilla, sin que el inquietante encuentro le deje todavía un saldo de saber.

Antes de pasar a la siguiente sección, observemos otros tres sueños donde podríamos decir que también se localiza un soñante decidido, que avanza más allá de la pantalla de la neurosis, hasta verificar que “el Otro se encuentra bajo el golpe de la misma finitud” (Lacan, 1966-67, clase del 15/02/67):

“El sujeto sube una escalera sin fin, como si fuese una larga erección, que atraviesa los edificios y las nubes. Ya en la estratósfera, la escalera termina súbitamente y él verifica que no hay nada allá arriba”. El sueño alude al cuento “Juan y la planta de habichuelas”, con la diferencia que ahora el sujeto constata que no hay tierra de gigantes (Passos Ribeiro de Campos, 2010, p. 59).

*Logro que me inviten y me hagan partícipe de una salida de mujeres. Vamos todas a cenar. Soy una mujer más entre las mujeres, lo cual me produce expectativas y una gran curiosidad por aquello de lo que hablan.*

Al relatar el sueño en sesión –y como respuesta a los interrogantes del analista- constato que se produce un efecto de pérdida de lo que denominaría el “goce de la curiosidad”. Dicho de otro modo: no hay grandes secretos, las mujeres no hablan de nada en particular, simplemente hablan (Mazzuca, 2011, p. 44).

Vestida de Juana de Arco, con armadura y subida a un caballo, me disponía a ir a la guerra. El sueño sucedía durante la guerra de los cien años, el campo de batalla era una verde pradera, pero cuando yo llegaba el enemigo se había ido. Este sueño me produjo un efecto de chiste. Era en cierto sentido lo que sucede en un análisis cuando la figura del Otro que el sujeto sostiene con su goce, se desinfla y no comparece (Fuentes, 2011, párr. 21).

En estos tres sueños tal vez es más evidente la barradura lograda sobre el Otro que el objeto con el cual ese agujero es operado, pero sin duda merecen aquí una mención en tanto dan cuenta de un cambio de posición en el soñante.

## 6.8. Recapitulación

A partir de los desarrollos hasta aquí reseñados, podemos plantear una tensión entre argumentos.

Sabemos que Freud (1925/2000) ubicó al sueño como guardián del dormir. En “Los límites de la interpretabilidad”, llegó a escribir que “los sueños de los cuales uno no sabe decir nada tras despertar son los que mejor han desempeñado su función” (p. 129).

Ahora bien, a la luz de los numerosos testimonios de pase que han sido publicados hasta la actualidad, donde el papel conferido a los sueños es central y permite apreciar un lazo con lo onírico -y con lo inconsciente en general- tributario de la destitución subjetiva, ¿consideramos todavía que los sueños de los cuales uno no sabe decir nada tras despertar son los que mejor han desempeñado su función?

Los testimonios parecen indicar que, en ciertos momentos del análisis, el sueño desempeña otra función que la de proteger el dormir. Esto ha llevado a que muchos autores enfatizen la función interpretativa que adquieren los sueños a medida que el análisis avanza; tema de la siguiente sección.

Como hemos destacado, es la posición subjetiva del soñante la que puede mostrarse más o menos permeable a lo que el sueño muestra y recubre, en un mismo movimiento. Extraer de allí algunas consecuencias, será para cada uno una toma de posición.

## 7. Posiciones frente a la naturaleza interpretativa del sueño

En las sucesivas ediciones de *Die Traumdeutung* Freud fue agregando algunos comentarios acerca de la comprensión del simbolismo onírico. El hecho de que esas observaciones se enmarquen en el apartado que a menudo se considera el menos freudiano de esa obra, no debe amedrentarnos, pues podemos tomar el asunto desde la óptica que Freud (1900/2001) mismo propone: “en muchos casos la comunidad en el símbolo se alcanza a través de la comunidad de lenguaje” (p. 358). Entonces el simbolismo no tiene por qué ser pensado como ajeno a los mecanismos del inconsciente.

¿Cómo llega el soñante a captar esa comunidad de lenguaje? Vale decir, ¿cómo se familiariza con las leyes operatorias del inconsciente? Más aún, ¿puede llegar a captar cuáles de esas leyes privilegia su propio trabajo onírico? Y en ese caso, ¿puede aprender a leer por sí mismo sus productos?

Tomemos este “leer” con recaudos. No nos referimos a que pueda “hacer consciente todo lo inconsciente” -ideal que el psicoanálisis abandonó hace tiempo-, sino a que pueda beneficiarse de sus sueños como lo hace de las interpretaciones del analista -que a menudo no necesita comprender para experimentar sus efectos-. Nos referimos a un cierto “dejarse tocar” por el sueño, tomarlo en una aprehensión que a veces parecerá meramente intuitiva, pero que tiene una lógica. Pero, en cualquier caso, lo valioso es que pueda beneficiarse de los efectos de soñar y de volver sobre sus sueños -llegue hasta donde llegue su entendimiento consciente, pues así pone a funcionar también su aprehensión inconsciente, de la cual tendrá otro tipo de noticias-.

La comunidad de lenguaje oculta tras el simbolismo es recibida por los distintos soñantes de maneras muy dispares. Freud se maravilló en su momento ante la habilidad de Stekel. En 1925, introdujo en *Die Traumdeutung* el siguiente comentario: “Stekel descubrió sus interpretaciones simbólicas por vía de la intuición, en virtud de una facultad, que le es propia, de comprensión inmediata

de los símbolos. Pero un arte así no puede presuponerse en todos los individuos” (p. 356).

Con respecto a que esa capacidad personal pudiera ofrecer un método de interpretación a usar con sueños ajenos, Freud se manifestó en contra. En todos los casos defendió la necesidad de solicitar al soñante la información pertinente y cargó el éxito o fracaso de la empresa en la cuenta de éste, siempre en función de su docilidad o reticencia a aportar el material clave. Por eso dijo que la habilidad de Stekel no permitía sistematización alguna que pudiera ser usada con otros. Sería como diagnosticar enfermedades infecciosas a partir de las impresiones olfativas obtenidas en el lecho del enfermo –explicó–, aunque efectivamente haya habido clínicos que tenían esa habilidad y “que realmente estaban en condiciones de diagnosticar por el olfato un tifus abdominal” (p. 356). Esa habilidad puede ser útil, pero no sirve como método generalizable.

Si el analista va a ayudar a que el analizante aprenda a leer sus sueños, necesitará un método, y ese método es el de solicitarle asociaciones. Una vez avanzada la cura, el analista conocerá tanto material sobre su paciente que puede ocurrir que alguno de sus sueños le resulte transparente y fácilmente interpretable –como le sucedía en algunas ocasiones a Freud<sup>82</sup>–, pero no estará aportando material suyo, sino extraído del caso en su conjunto (Lutereau, 2016). Por lo tanto, debemos admitir que la habilidad de Stekel era seguramente muy útil para leer sus propios sueños, pues en su razonamiento intuitivo contaba, en realidad, con todas las asociaciones que el material le suscitaba y que, consciente o inconscientemente, formaban parte de su proceso de interpretación.

Dos hechos parecen contraponerse. Por un lado, la experiencia clínica nos indica que, hasta el más avezado intérprete de sueños, choca en algún momento con el hecho de que algo cifra más allá del alcance de su comprensión y que su lectura “natural” del sueño es a menudo engañosa, parcelaria e incluso defensiva respecto al núcleo pulsional causante del trabajo onírico. En *Die Traumdeutung* Freud desarrolló ampliamente todas las modalidades de engaño posibles en la lectura que hace el soñante; pero también sugirió que, una vez

---

<sup>82</sup> Por ejemplo: “Con algún conocimiento de las relaciones personales de la soñante pude interpretar por mí mismo fragmentos de él” (Freud, 1900/2001, p. 348).



que éste se ha “familiarizado con la técnica de la interpretación” (Freud, 1923/2000, p. 111) se puede “dejar a su criterio escoger las ocurrencias acerca del sueño con las que comenzará” (p. 111), pues ya sabe que debe tomar cada elemento por separado y sabe también asociar. Es verdad que reservó al analista la tarea de interpretar, pero si su función es desligar lo que en algún momento se opone a la lectura o al encuentro con lo que el sueño envuelve, ¿no podría ese acto analítico volverse, con el tiempo, también una habilidad del analizante?

Como veremos, los testimonios parecen indicarlo: el análisis provee -a quienes se interesan por sus sueños- de un método que progresivamente se conquista y se puede ejercitar por cuenta propia. Eso no impide que, en algunos momentos, pueda ser necesario retomar el análisis con ayuda de un analista (Cf. Sección 12). Finalmente, la contradicción se sostiene.

De todas formas, la mención a la habilidad lectora de Stekel resulta interesante para pensar la posición del soñante en la tensión entre deseo y censura.

En este mismo sentido, Freud escribe en dos lugares (1900/2001, p. 357; 1913/2001, p. 289) que la *dementia praecox* parece ser una condición que facilita las vías por las cuales un sueño puede ser leído, así como la neurosis obsesiva encuentra esas vías notoriamente dificultadas. Más allá del valor diagnóstico de estas apreciaciones, nos interesa la distinción entre posiciones que favorecen y posiciones que obstaculizan el alcance interpretativo del sueño. En líneas generales, podemos decir que esta diferencia que observa Freud implica una menor o mayor facilidad para atender al juego significativo y al valor pulsional del sueño –que no son dos cosas separadas-.

De este modo, lo que puede ser leído o rechazado es la interpretación que el sueño mismo aporta, por ser “un pensamiento como cualquier otro, posibilitado por la relajación de la censura y el refuerzo inconsciente” (Freud, 1923/2000, p. 114). Si “eso que le viene de ahí es ya interpretación” (Lacan, 1984/2006, p. 22), entonces lo que determinará su uso posible y sus efectos es fundamentalmente la posición del soñante; posición que irá cambiando por la intervención analítica y por la progresiva docilidad a lo inconsciente, que el análisis propiciará. El acto analítico será justamente el que se ocupará de invertir la condición que Freud (1911/2001a) advirtió inicialmente, aquella por la cual “mientras más haya

aprendido el paciente sobre la práctica de la interpretación de sueños, tanto más oscuros se volverán, por lo común, sus sueños ulteriores” (p. 91). A nuestro parecer, esto sólo ocurre cuando el analizante conserva una posición de cierta reticencia; de lo contrario, sus sueños pueden servir justamente para avanzar en el análisis, tal como Freud lo señala en ese mismo texto.

Los testimonios, por tratarse de narrativas elaboradas con posterioridad al análisis o en sus últimos tramos, relatan mayormente la posición frente a sueños que despertaron el interés del soñante y sólo en contadas ocasiones encontramos algún comentario acerca de una inicial posición defendida (Cf. Apartado 6.2).

Aquí enfocaremos menos lo pulsional y más la posición del soñante con respecto al saber textual y a la interpretación. A este respecto, lo que podemos observar en los testimonios, con gran detalle y en múltiples variantes, es la transformación de una relación con los sueños que comienza siendo de interés y enigma, hasta otra que realiza casi instantáneamente una lectura propicia. El abanico va desde la propuesta de iniciar un recorrido que promete cierto saldo de saber, hasta la función del sueño como cabal intérprete y productor de virajes en el análisis.

### 7.1. El soñante y la promesa de saber

“Le gustaba contar los sueños, porque casi todos tenían  
(como las novelas policiales) suspenso”  
(Silvina Ocampo, *Amada en el amado*, p. 63)

Al comienzo de su análisis, Marie-Hélène Blancard (2013) tuvo un sueño que, según indica, “insistió hasta el final, como causa” (p. 61):

Una voz *en off* decía: “Irás a hacer tus estudios al lecho que sabe de chismes” [“Tu iras faire tes études au lit (sait) à ragots”].

El *Lycée Arago* era el lugar donde mis padres se conocieron (...). El lecho de chismes [*lit à ragots*] era el diván, en su vínculo con el saber supuesto. **Era un tú puedes saber que me tomé en serio** (p. 61).

Esa promesa, nada falsa, pues de hecho un análisis aporta algún saber y algún saber-hacer, vemos ya desde el inicio que está montada sobre una estructura textual (*Lycée Arago - lit à ragots*, por ejemplo). Esa particular forma de cifrado que es lo inconsciente, no promete más que eso: un saber textual; arrojar -como pone Lacan en el lugar del producto del discurso analítico- unos S1 cargados de goce. Diluir un poco ese goce, tornar una parte de él causa de deseo, eso también lo puede prometer, vía la sublimación<sup>83</sup>, pero no mucho más. El saber completo sobre sí mismo, el saber que todo lo revelaría, como puede idealizar el soñante al inicio, eso el análisis no puede proveerlo. La búsqueda, sin embargo, resultará fecunda.

A los 17 años tuve un sueño (...).

Recuerdo el despertar desasosegado de ese sueño –ocurrido hace hoy 41 años- y una frase que se me presentó un poco después (...). **Aun cuando era evidentemente una interpretación, esta frase me resultaba tan enigmática como el sueño mismo.**

De ahí en más, su efecto de división subjetiva ancló en mi vida; padeciéndolo, pero sobre todo causando **el anhelo de que alguien me diera algún saber que lo esclareciera**. Tenía una vaga idea de que el psicoanálisis podía encarnar ese saber. **Tan inquebrantable fue mi transferencia desde entonces con el psicoanálisis como difícil y postergado el encuentro con ese alguien en particular** (Gasbarro, 2014, p. 91).

La frase planteada por este sueño, sobre la que volvemos en otro apartado (9.1.2), incluye también un juego de palabras, que después de años entregará sus efectos.

Notemos que en ambos ejemplos se destaca la posición deseante de estas soñantes, su deseo de saber y su decisión de embarcarse en esa búsqueda. Que lo que encuentren más adelante, como todo analizante, sea

---

<sup>83</sup> La sublimación, “esta satisfacción, la única permitida por la promesa analítica” (Lacan, 1959-60/2007, p. 359).

cierto “horror de saber” (Lacan, 1973-74, clase del 23/04/74) no la hace menos deseante.

Acercas de un momento del análisis un poco más avanzado, otra pasante relata lo siguiente:

Hubo un final en dos tiempos, es un sueño, el inconsciente que hace enigma, el que empuja a tomar la decisión de volver al análisis y lograr llegar a una conclusión. Se trata de un sueño en el que **se tiene que entregar un mensaje al analista**, pero se encuentran muchos obstáculos, no dejan entregarlo, la iban a matar, los personajes son personas conocidas del psicoanálisis. Sin embargo, **es una decisión tomada, entregar ese mensaje**, era una información valiosa (Muñoz de F., 2007, p. 41).

Esta pasante destaca el aspecto de decisión en juego. Aún en el análisis avanzado, cada paso hacia una nueva destitución requiere una avenencia inconsciente. Este sueño lo muestra y lo enfatiza. Se pone también de manifiesto la naturaleza discursiva de ese paso: lo hace equivaler a entregar un mensaje.

El último ejemplo que proponemos para esta sección se centra en la naturaleza textual de ese mensaje, su materialidad de letra:

Este objeto del sueño fue cambiando paulatinamente en los meses siguientes, **insistiendo, molestando** hasta el punto en que **resultaba difícil dejar de prestar atención a todo lo que me significaba**.

Insistió hasta el momento en que guió mi mano y **me encontré dibujando una letra**, la letra E mayúscula (Alderete de Weskamp, 1999/2006, p. 56).

Entonces, tal como Freud lo mostró en numerosas ocasiones, la médula del trabajo soñante, aquello que el sueño produce como interpretación es el trabajo sobre la letra misma. Por eso Lacan fue decantando una noción de *saber* cada vez más ligada a la letra, un poco desinteresado de las significaciones que, si bien aportan material en todo el proceso, resultan finalmente secundarias en comparación con el peso de las marcas significantes que el inconsciente retoma.

## 7.2. El analizante lee su sueño

Realizada esta introducción al tema, pasemos a considerar la posición del soñante como lector/intérprete de sus producciones. Los ejemplos anteriores muestran que, al inicio, si bien la posición puede ser de sincero interés, el sueño se presenta como un enigma cerrado, de difícil asociación con sentidos personales y menos aún con los significantes clave.

Como hemos comentado en el estado del arte, Brousse (1995/1997) se ocupó tempranamente de cómo la interpretación y los sueños aparecían a menudo en los testimonios de pase. Señaló la omnipresencia de sueños por oposición a la casi ausencia de interpretaciones del analista recordadas por los pasantes. Esto lo llevó a pensar en la función del sueño como intérprete, en una posible ventaja del sueño frente al trabajo interpretativo del analista. Postuló también la idea de que los soñantes parecían haber “absorbido” las interpretaciones de sus analistas y, de ese modo, se habían vuelto capaces de producirlas por la vía onírica.

Tal como hemos adelantado, nosotros coincidimos con estas apreciaciones. Hacemos quizás la salvedad de que decir “interpretación del analista” o “del analizante” desdibuja un poco la forma de entrelazamiento del *decir* en sesión, que habitualmente no puede dividirse claramente entre dos hablantes cuando se trata de un análisis. Pero entendemos que para precisar las observaciones que se han podido hacer gracias a los testimonios de pase, se vuelve necesario en ocasiones nombrarlo así, para destacar la habilidad que parecen haber desarrollado los soñantes y que no los caracterizaba al inicio del tratamiento.

Hemos elegido algunos ejemplos que ponen de manifiesto esa habilidad lectora del soñante en los testimonios de pase.

Un AE, Sérgio Passos Ribeiro de Campos (2012) relata un sueño que consistía en una frase. Al despertar, él “medita” acerca de esa frase y llega a una conclusión: “la traducción de la enunciación soñada es...” (p. 98). Así, describe un proceso que con seguridad podemos decir que al inicio de la cura requiere de otros tiempos –enigma, relato en sesión, asociaciones, interpretación-. Lo que

este testimonio señala es algo que, para ese momento, se ha vuelto más ágil. Luego de lo que llama “traducción”, acaece un descubrimiento: “así, el sujeto descubre que...” (p. 98). Lo descubre antes de ir a sesión; luego, por supuesto, irá a contarlo, pero ya vemos que la temporalidad es novedosa.

Otro ejemplo que nos interesa es el de un pasante que asevera que cierto sueño –de hecho, cierta parte del mismo- es donde debe buscarse la clave para la finalización de su análisis. “Esta escena que parece desconectada del resto, y sin que yo pueda darle su precisa ubicación en la secuencia de las escenas del sueño, es la esencia para la finalización de ese análisis” (Estacolchic, 1999/2006, pp. 42-43). Esto es algo que él concluye más allá de la participación del analista; incluso en un momento de su testimonio advierte que es algo que ha concluido él solo y amaga con desdecirse: “no sé si tengo razón o no, porque esto lo saben los del Jurado” (p. 43).

Del mismo modo, otra pasante relata un sueño posterior a su testimonio, sobre el cual ella misma realiza unos señalamientos muy precisos:

Algunos meses después del testimonio de mi pase, surge este sueño: “la analizante avanza hacia una columna de estilo antiguo, atraída su mirada por una pequeña forma sobre su cúspide, un pequeño pájaro esculpido sobre la columna, y cuando se acerca, súbitamente vislumbra el borde de un precipicio. Conmocionada por el vértigo, se aferra a la columna, la que de un modo inesperado se desploma, haciéndola caer al suelo”. Encontramos un equívoco en el núcleo de este sueño, ya que **en contra de cualquier apariencia**, lo que derriba a la analizante no es el abismo del vacío, sino la caída de la parada a la que estaba aferrada. (...) Lo que cae, es ese ser de mirada que cautivaba a la analizante desde mucho tiempo atrás (...). **Este efecto abre hacia la conclusión**, (...) aquello que fue des-ser del analista es lo que luego le permitirá separarse de él como compañero de la experiencia (Leray, 2010, p. 35).

Es aquí la soñante la que lee en el sueño algo sobre su posición y sus transformaciones. Marcamos con negrita las frases que parecen señalar ese trabajo suyo de lectura.

Un ejemplo que veremos más adelante (Cf. Sección 11) es el de un sueño que conjuga muerte y paternidad, del cual aquí tomaremos solamente el efecto

y la posición del soñante acerca de este material onírico, que adviene en el último período de su análisis:

Ese sueño, especialmente la primera parte, me dejó perplejo y malhumorado. ¿Será posible? ¿Todo igual? La mirada, hoy en mi vida, sostenía muy secundariamente mi goce. Yo me decía: quedará siempre una mirada en esa ventana, ya entendí. Pero ¿y a partir de ahí qué? ¿Culpa de vuelta? ¿Nuevamente ese sentimiento de querer huir teniendo que ser médico? Ya había encontrado eso en tantos otros sueños... (Vieira, 2013, p. 91)

Vemos aquí la insistencia en lo repetitivo, el retorno de lo mismo que el sueño parece indicar a menudo en los finales. El sueño deja al analizante con esa molesta sensación y él, sin embargo, lo retoma en sesión y realiza una lectura. Lo interesante es cómo describe esa apropiación necesaria de la interpretación para finalizar el análisis y, además, para posicionarse de otro modo en la vida. El analista, por su parte, parece ceder con facilidad ese trabajo al analizante y, así, colaborar con la destitución:

Al relatar mi interpretación del sueño, me vi solo. El analista no parecía muy interesado, pero no era eso sino la certeza de que o bien yo haría mía esa interpretación, o por ella me responsabilizaría para hacerla valer, o no habría nunca otro modo de tener certeza en la vida (p. 92).

La nueva posición es, entonces, la de operar una lectura y, además, no esperar confirmación del Otro.

Y finalmente, el último ejemplo que elegimos para esta sección, remarca la convicción de la soñante respecto a su sueño, el modo en que lo lee sin dudar:

Se produjo un sueño: "Estaba durmiendo y venía hacia mí una especie de camisón (¿o mortaja?). Era Blanco, largo, se elevaba, como que sobrevolaba. Estaba vacío, ya no tenía voz, era sin voz". (**No dudé que** se trataba de mi madre.) (Missorici, 1998/2006, p. 30).

Hemos empleado el término "convicción", que ha sido utilizado por Alicia Yacoi (2002, 2012) para destacar esta característica de los sueños de los pasantes. Como dijimos en el estado del arte, esta autora se preguntaba cómo

llegan a producirse en el análisis sueños tales que “no abren al desciframiento”, de los que los soñantes “extraen consecuencias conclusivas” (Yacoi, 2002, p. 98). Como vimos, su respuesta era que “la transmisión a partir de la experiencia del sueño parece conllevar una certeza a partir de la deslocalización subjetiva” (Yacoi, 2012, p. 132); idea que compartimos y entendemos más precisamente como destitución.

Ahora veremos que, dentro de esta cuestión del soñante y su aptitud interpretativa, el corpus nos permite agregar también algunos ejemplos donde se evidencia que el soñante se vale a veces de otras formaciones del inconsciente para leer rectamente su sueño.

### 7.2.1. El analizante lee su sueño gracias al Witz y al lapsus

El primer ejemplo es el de un sueño que es relatado en sesión y que, en ese momento, recibe de parte del analizante una nueva lectura, por la vía de una sustitución significativa:

Uno de esos sueños causa sorpresa: *Muchos niños son alcanzados por tiros de fusil –“coup de fusil”- (...) Me pregunto “¿Qué es eso?” (...) Y la respuesta que se formula es: “¡Coup de foudre!”*. Esa respuesta causa sorpresa también, por lo inesperado de la sustitución (...). **Esa sustitución es un Witz, que corrige la mala interpretación del inconsciente:** el inconsciente pone en escena (...) la masacre de los inocentes. Se matan (sic) a todos los niños, menos a uno. El inconsciente del sujeto propone, en última instancia, un retorno al consuelo del fantasma, en que el Otro es peligroso y el niño que resta, el elegido por el padre. La respuesta del sujeto, en sesión, corrige la propuesta del inconsciente (Santiago, 2012, p. 111).

Vemos que aquí la temporalidad no presenta la inmediatez de los otros ejemplos, pero tiene la misma lógica: el analizante mismo, al interrogarse por lo que ha soñado, produce una lectura. Y en este caso esa lectura tiene la estructura de un chiste, donde se sustituye una expresión por otra que no tiene nada que ver, pero suena parecido. Y el efecto, según dice luego el testimonio,



es nada desdeñable: se alivia la insistencia de la lectura fantasmática y se abre una nueva vía de trabajo, la de elaborar las diversas declinaciones posibles de ese novedoso *coup de foudre* (flechazo).

En el segundo ejemplo que tomamos del corpus, la lectura, guiada por otra formación del inconsciente, como es en este caso el lapsus, ocurre durante el relato en el pase:

Al relatarlo ante uno de los pasadores **un lapsus resumió lo que este sueño implicaba**. En vez de decir “se abre la cúpula” dije “se abre la cópula”. Porque es una “cópula” la que se abre y deja ver su estructura: la “cópula del ojo con la hendidura” (Gorostiza, 2011, p. 111).

El sueño, efectivamente, ponía en imágenes una cúpula que se abría, pero el lapsus señala una nueva dirección de lectura.

Hasta aquí, si bien no dejamos de encontrarnos con el sueño como acto interpretativo, hemos enfatizado la lectura posterior operada por el soñante.

Veamos ahora los ejemplos del corpus que permiten percibir con más claridad el hecho de que el sueño produce por sí mismo un efecto interpretativo. No queremos decir que la lectura esté ausente, sino que la forma de relatarlo acentúa más el efecto obtenido que la lectura en sí misma.

En el ejemplo del *coup de fusil* hemos visto que el efecto al que se hace mención es la sorpresa, producida tanto por el sueño en sí como por la posterior asociación con *coup de foudre*. Veamos ahora los otros efectos testimoniados.

### 7.3. Efectos interpretativos del sueño

En principio, un comentario de Mariel Alderete de Weskamp (1999/2006) nos hace pensar que la experiencia de soñar en un análisis avanzado, o luego de éste, empuja hacia una juntura de la interpretación *del* sueño y la interpretación operada *por* el sueño:

En el trabajo de pase, es como si se abriera nuevamente el inconsciente, pero aparecen sueños que tienen una consistencia diferente. No fueron sueños que aparecían como enigmas, ni soñados para la interpretación: ella surgía, para mí, al ser recordado (p. 64).

No parecían requerir una interpretación y, sin embargo, la producían. Algo similar testimonian otros pasantes cuando al hablar de sus sueños comentan cosas tales como “recién entonces caí en la cuenta de que...” (Kalfus, 2014, p. 61), “me doy cuenta de...” (Santiago, 2014, p. 73) o bien todo marchaba de cierto modo “hasta el momento en que tuve este sueño revelador” (Blancard, 2013, p. 63).

Advertido de los potentes efectos del sueño-intérprete, el analizante comienza muy a menudo a esperar sus sueños, a esperar que el sueño advenga e introduzca efectos aliviadores, tal como podemos apreciar cuando una pasante dice: “en este desierto, sobrevino un sueño” (Chiriaco, 2011, p. 100). Incluso otra analizante relata justamente eso, haber “pedido” un sueño:

El fantasma había sido construido. “Si hablo me matan”. (...) La angustia había cedido. (...) Una noche, estando mi analista en Buenos Aires, al ir a dormir pensé en mi sesión del próximo día. ¿De qué hablar? **Con la firme convicción de la existencia del inconsciente, le pedí, un sueño.** Y escupió. Simple, una palabra, escrita sobre la arena, *CLANDESTINE*.

**El inconsciente transferencial respondía** con el S1 de mi goce sintomático, en la lengua del analista. **Fue revelador** (Mildiner, 2015, p. 124).

Entonces, la analizante le pide a su inconsciente un sueño, el inconsciente responde y esa respuesta le resulta reveladora<sup>84</sup>. Trastocando la fórmula de Freud, podríamos decir que se produce allí “una comunicación de *consciente* a *inconsciente*” y viceversa.

Finalmente, un ejemplo más nos aporta una descripción de la relación entre angustia y efecto de la interpretación:

Despierto de ese sueño pero lo olvido inmediatamente.

---

<sup>84</sup> Anna Carolina Lo Bianco (1999, 2001) se sumerge, en dos trabajos que recomendamos, en la teoría de que el sueño es ubicable como interpretación en la metapsicología freudiana.

Estoy un poco angustiado pues tomaría la palabra en la asamblea de la AMP. Paso toda la mañana ocupado con el pensamiento de que algo podría salir mal. Ya casi en la hora de presentarme ante el público, **me acuerdo el sueño con todos sus detalles. En aquel momento, ¡se disipa toda la angustia que había!** (Fernando, 2015, p. 160).

Los efectos resolutivos de la angustia a través del sueño serán abordados con más detalle en la Sección 9, pero aquí queremos señalar cómo el soñante recuerda su sueño en un momento bastante posterior al despertar y, al hacerlo, el texto mismo del sueño disipa la angustia.

Otro AE explica que uno de sus sueños “**interpreta** la equivocación del sujeto supuesto al saber” (Esqué, 2005, p. 57). El texto es el siguiente:

Yo llegaba a sesión y notaba un cambio en el rostro del analista que no podía precisar, al levantarme del diván, tras el corte de la sesión, descubría con sorpresa que mi analista no llevaba barba. Me quedaba un instante escrutando con atención su rostro imberbe. Saliendo de la consulta, mientras bajaba las escaleras, descubría con perplejidad que mi analista nunca había llevado barba (p. 57).

Si este soñante considera que el sueño interpreta la caída del sujeto supuesto al saber es porque observa que en él “el analista aparece caído del ideal, como un *mocoso* respecto del saber sobre el goce” (p. 58). Destacamos también la elección del verbo en esta parte de su testimonio: el sueño *interpreta*.

#### **7.4. El sueño, productor de virajes en el análisis**

Así como hemos visto que el analizante adquiere progresivamente una notoria habilidad para leer sus sueños y hemos destacado también cómo el sueño actúa como interpretación, podemos finalmente examinar cómo los testimonios subrayan la capacidad del sueño –vía la interpretación- para producir virajes en la cura. Estamos muy cerca de lo que venimos diciendo, no se trata de una diferencia cualitativa, pero si hasta ahora fuimos encontrando que el

sueño revela, sorprende, hace que se advierta algo, veremos en este apartado enfatizarse cómo el sueño directamente inaugura nuevas etapas en el análisis, toma a su cargo la tarea de producir un giro que lleva el caso hacia una nueva dirección.

**Un sueño vino a marcar un punto de inflexión.** (...) Así, **fue luego de este sueño** que pude, tal como anticipé, declinar la fórmula “el enojo del Otro” en un estar “*en el ojo del Otro*” y, aún más, de esa manera “ser el ojo del Otro” (Gorostiza, 2011, p. 111).

Aunque el autor diga que el sueño “vino a marcar un punto de inflexión”, la continuación de la frase explica más bien que el sueño *produjo* ese viraje, ya que a partir de él pudo declinar la fórmula, etcétera.

De la misma manera, más adelante dice: “**ese tramo de análisis concluyó con otro sueño** muy breve donde comenzó a esbozarse la identificación al síntoma, que tiempo después tendría lugar y que me llevaría a la conclusión del análisis” (p. 113). El sueño viene a concluir un tramo de análisis e inaugurar otro; o como dice en otra parte: “vino luego el sueño que **precipitó el desencadenamiento del tramo del final**” (p. 114).

El verbo *precipitar* es el mismo que usa otro soñante en su testimonio:

Dos sueños **vienen a precipitar la construcción del fantasma.**

En el primero yendo en un auto, choco. En el segundo en una reunión con algunos amigos, conversando, siento un fuerte rechazo de mis opiniones.

Se hace evidente a partir de la conjunción de estos dos sueños la fórmula del fantasma: choco y me rechazan. Se debe leer el chocar en la dirección de “ir al choque” (Tudanca, 2011, p. 124).

Entonces el sueño, por su efecto interpretativo, cada vez más conclusivo, viene a *producir una inflexión*, viene a *precipitar*, a *desencadenar el final* o bien a *concluir un tramo de análisis*.

La conclusión de mi análisis sucedió de forma inopinada, **propiciada** por un sueño muy breve en el que me separaba de mi analista, reducida a un objeto desechable, y daba cuenta de la irreductibilidad del goce y de la imposibilidad de compartir con el otro en ese nivel. Las últimas sesiones, en las que **analizo ese**

sueño, abocan a la **constatación del punto irreductible del síntoma fundamental**, del núcleo pulsional a cuyo alrededor se había formulado el síntoma como un “no poder saber” para no destruir al otro materno, manteniendo la boca cerrada (Alegría, 2005, p. 5).

En consonancia con los ejemplos anteriores, aquí los usos discursivos – que señalamos en negrita- parecen indicar que el sueño es quien *propicia*, la soñante es quien *lo analiza* y a partir de ese sueño *se constata* lo irreductible del síntoma.

Lo que podemos decir sobre la posición del soñante como conclusión de esta sección es que se vuelve cada vez más dócil a los sueños, se deja guiar por ellos y toma su efecto interpretativo con rigurosidad.

Antes de abocarnos al trabajo que el sueño realiza sobre la angustia según los testimonios, revisaremos en la siguiente sección algunos ejemplos donde el sueño-interpretación pone palabras en boca del analista, es decir, lo convierte en personaje del sueño para hacerle hacer y decir lo que en ese momento resulte pertinente.

## 8. El soñante hace decir al analista

Lacan (1984/2006) sostuvo, hablando del sueño y del soñante, que “eso que le viene de ahí es ya interpretación” (p. 22). Freud, con su intenso trabajo de reenvío entre contenido manifiesto y pensamientos latentes, mostró en acto cómo el soñante recibe su propio mensaje a través del sueño, una vez que aprende a leerlo. Los mejores ejemplos son los que toma de sueños suyos y es posible ubicar aquello de lo que Freud se anoticia por cada uno de ellos.

En nuestro corpus de análisis no pudimos obviar la presencia bastante frecuente de sueños donde el analizante pone palabras en boca del analista o bien le adjudica gestos y actos interpretativos. En un tono que a veces parece humorístico, los sueños del corpus unen interpretación y analista en una ficción onírica que produce efectos.

Por supuesto que los sueños que ponen en escena al analista no son los únicos que podría considerarse transferenciales. Hay más sueños de transferencia en el corpus, pero aquí elegimos centrarnos en los que ponen palabras en boca del analista, porque en ellos se capta claramente el valor interpretativo del sueño y cómo, en estas ocasiones, el sueño lo expresa llanamente, haciéndole decir la interpretación al personaje-analista.

Por otra parte, es interesante que también en esta gama de sueños haya diversos efectos que los analizantes dicen haber experimentado, según el tipo de aparición que se asigna al analista en la escena onírica –superyoica, habilitadora, etcétera-.

### 8.1. El sueño-analista

Como dijimos anteriormente, los hallazgos del pase llevaron a Brousse a centrarse en el eje sueño-interpretación en una conferencia de 1995. Vimos que una de las cosas que esta autora destacó es que en los testimonios se observa

una cantidad mucho mayor de sueños que de interpretaciones que hayan quedado en la memoria del analizante. Esto la llevó a concluir que los sueños quedan en el recuerdo como mojones que marcan los cambios de posición. Incluso sostuvo que en los testimonios “el sueño se ha convertido en el analista” (Brousse, 1995/1997, p. 23).

Expuesta, entonces, esta idea de que los sueños llegan a tomar el lugar del analista, la autora se pregunta: “¿Qué interpretan sus sueños, entonces, a los pasantes?” (p. 25). Su respuesta es que parecen interpretar las identificaciones idealizantes y operar una separación con respecto a ellas.

En nuestra opinión, se podría decir, de manera más amplia, que los sueños encontrados vienen a interpretar la posición subjetiva, una vez que ha sido puesta en forma en el análisis y el sujeto está a punto de formular algo al respecto. Incluso porque, como Brousse señala y venimos mostrando, los sueños marcan un punto de tope, producen interpretaciones que no invitan a seguir analizando, sino a inscribir una forma de satisfacción muy puntual.

Otra pregunta de Brousse que vale la pena retomar es: “¿Por qué, en esta vertiente del sentido sexual, el sueño viene en lugar del analista?” (p. 27). Para esta pregunta ensayará varios planos de respuesta, que hemos desarrollado en el estado del arte. Retomemos aquí el que más nos interesa: que “cuando se trata de formaciones del inconsciente y de efecto de verdad, un sueño siempre será mejor que un analista” (p. 27). Agrega que, exceptuando algunos momentos de iluminación del analista, el sueño es más hábil la mayor parte del tiempo. Según nuestro corpus, inventarse un analista-onírico parece ser una opción viable.

## 8.2. El superyó en boca del analista onírico

Tenemos primero una dupla de sueños donde se pone en boca del analista onírico una frase superyoica:

La lógica del recorrido del análisis fue conduciendo de la sollicitación de la mirada de mi madre, a la sollicitación de la mirada de mi padre. Si antes lo que retornaba

era la maldición: “Vas a ver lo que te va a pasar”, ahora lo que retornaba era otra sentencia superyoica: “Usted no trabaja”, frase que me retorna de mi analista en un sueño de transferencia (Dassen, 2009, p. 61).

Según comenta luego, se trataba de un ideal sostenido desde la línea paterna, un ideal de saber que generaba una posición de sometimiento. Este sueño pone en palabras una sentencia que pesaba sobre la analizante, pero no la desarticula. De hecho, le llevó tiempo y trabajo desarmar ese sentido y sus consecuencias.

Algo similar ocurre con el siguiente caso:

En un sueño, mi psicoanalista aparece ante mí, como esfinge, y me suelta sin tapujos: “Usted nació por un error burocrático”. Tras lo cual abre la puerta que tiene detrás, se va y me deja solo con el oráculo. Por supuesto, error de cálculo lo hubo, del que me ha quedado un síntoma: la dificultad para recordar las cifras (Vicens, 2013, p. 56).

Ambos pasantes señalan que, con estos sueños que toman al analista como personaje central, esos pesados mandatos de la novela familiar entran en la transferencia.

### **8.3. El analista onírico apuntando hacia el horizonte de la cura**

Algo un poco más vivificante sucede en un sueño de transferencia narrado en otro testimonio. Ya con un análisis más avanzado, esta pasante se encuentra con algunos sueños donde su historia es “reducida a su estructura” (Chiriaco, 2011, p. 99). Uno de ellos, ponía palabras en boca del analista:

Surgió (...) un sueño que la ponía en presencia de innumerables pares de ojos; de fondo la voz del analista enunciaba: “Yo voy a enseñarle a mirar a los ojos”. El inconsciente, nombrando el síntoma, le interpretaba: cuando ella hablaba, ella miraba siempre la boca de donde salían las palabras, no ofreciendo jamás el objeto mirada, guardado preciosamente. (...) El pasaje de la interpretación en el sueño a la palabra en sesión, precipitó la cesión del objeto. La angustia cedió (p. 99).



Aquí se señala que el sueño no produjo por sí mismo un alivio de la angustia -como sí sucede en muchos otros-, sino que se requirió de la palabra en sesión para que eso ocurriera. La sentencia que se hace pronunciar al analista en la escena onírica suena superyoica, pero al parecer apunta hacia el horizonte del análisis, donde más tarde algo de la mirada se suelta de las trampas a las que estaba sujeta.

Otro sueño que hemos encontrado en el corpus funciona de esta misma manera, apuntando hacia algo que está por venir, es decir, una etapa del análisis que allí comienza:

Produzco un sueño: llego tarde al análisis, pero permanezco allí. El tiempo parece no pasar. Espero. El analista viene y me entrega un papel escrito. Busco hasta encontrar qué dice: "Una vez develada una verdad sobre sí hay que tomarse el trabajo de analizarla". Leo eso y entonces me acerco a hablarle (Udenio, 2014, p. 105).

Según comenta Beatriz Udenio, este sueño ocurrió luego de haber surgido en una sesión el significante "dislocada". Se ordenan ahí elementos de su historia, sus síntomas, su forma de amar, etc. Luego ocurre este sueño, que la invita a seguir extrayendo las consecuencias de este nuevo hallazgo. "Este sueño marca para mí un antes y un después", comenta (p. 105), ya que allí se inicia para ella una revisión de "los diversos modos de dislocación y localización que fueron acompañando la neurosis" (p. 105). Ocurren nuevos sueños, algunos de los cuales retomaremos luego (Cf. Apartados 11.1 y 12.2). Varios meses más tarde, la soñante nuevamente "hace decir al analista" en un sueño.

#### **8.4. El analista onírico habilitando lo posible**

Ese sueño es el siguiente:

Estoy en la sala de espera del analista. Está vacía. Entra con una hoja de papel en blanco y me dice: "Firme". Firmo con una B en el borde de la hoja, que

desaparece hacia el otro lado de la misma y queda como marca de agua. Lo miro y le digo: “Y, usted sabe, yo siempre en los bordes”. Responde: “Usted puede estar aquí, y moverse allí, y más allá” (Udenio, 2014, p. 107).

Aquí se pone en boca del analista una frase que ya no es superyoica, pues no es orden, ni es mandato, es una apertura al poder sí y poder no, a una nueva movilidad. Interesante enunciación la que el sueño le adjudica, tan interesante como el hecho de hacer decir al analista, en la escena del sueño, una sanción acerca del final del análisis; sanción que no suele provenir de éste, sino del analizante mismo, pero que, en el caso que veremos a continuación, el sueño le transfiere.

### 8.5. El analista onírico sancionando el final

El sueño del final. (...) Llego al consultorio del analista, me dice que ya no me analizo más, que terminé, pero que le viene bien que igualmente esté ahí. Que lo ayude a decorar su nueva casa. Es una especie de *loft* con cortinas que parecen telones y le sugiero un cambio de color de esos telones. Me cuenta que su nueva casa se debe a que se acaba de separar y me invita a que vaya a conocer a su nueva mujer (Grinbaum, 2014, p. 115).

Una vez más palpamos que, tal como lo descubrió Freud, los sueños hacen decir a otros lo que es más íntimo y personal, la palabra propia con largo alcance.

En el de otra pasante, las palabras adjudicadas al analista onírico acerca de la finalización son recibidas de otra manera, que tiene algo de superyoica, pero que también apunta a un horizonte que se roza más tarde:

La analista aparecía en la puerta de su casa, limpiando las huellas del lugar en el que su marido había muerto. Me decía que iba a hacerle una fiesta-homenaje, yo le contaba que me iba a presentar al pase, entonces ella me preguntaba: ¿qué hay del relieve de la voz?

En la sesión asocié esta pregunta con el superyó, como una invitación a proseguir con el análisis. Pero mi decisión estaba tomada, me sentía satisfecha con el

recorrido y de todos modos siempre iban a quedar restos (Fuentes, 2011, párr. 58).

Esta analizante decide terminar allí, a pesar de la pregunta que el sueño abre -y que justamente se hace decir al analista onírico-, pero en un momento posterior se reencuentra con aquello que allí quedaba aludido. “Más tarde pude darme cuenta gracias a un sueño que olvidé contar en el dispositivo del pase, de qué se trataba en la pregunta por el relieve de la voz” (Fuentes, 2011, párr. 61). Ese sueño, que olvidó narrar, y que luego refiere en su testimonio directo, era el de las manifestaciones donde le habían bajado el volumen a París (Cf. Sección 6.6). Lo hemos incluido también en la sección 10, sobre los sueños-índice, pues allí se evidencia una transformación del objeto invocante que la autora señala: “eso que ocurría afuera, en mi sueño, me había pasado a mí, mi voz había perdido algo de brusquedad” (párr. 63). Se podría decir que lo que el sueño hace decir al analista como demanda de continuar, es luego resuelto por la vía misma de los sueños, a tal punto que ni siquiera es relatado durante el pase y la soñante lo recuerda después de terminado este último.

Otra finalización donde se pone al analista en la escena onírica y se lo hace decir y actuar aparece en un testimonio de Gustavo Stiglitz (2010):

La salida y el deseo de pase fueron sancionados con una serie de sueños. En todos encontraba al analista fuera de su lugar en el consultorio. Caminando, trepado a una medianera, dando una conferencia sin sentido, etc.  
-“Hablo con él de psicoanálisis y de la Escuela. La despedida nos sorprende a los dos con la misma frase: ‘¡nos olvidamos de tener la sesión!’.”  
-“Voy con él y otros analistas caminando por los pasillos de la Escuela. El analista dice: ‘Mi análisis fue con Gustavo Stiglitz y el significante de la transferencia fue *camino*’.” (p. 73).

Sorprendente reversión, donde se hace decir al analista que se ha analizado con su analizante; cosa que es a menudo bastante cierta, pues los efectos del análisis son bilaterales.

Otro ejemplo lo extraemos de un testimonio sobre el cual volveremos en otros apartados (10 y 12.2). Transcribimos aquí la segunda parte del sueño, donde se adjudica al analista un gesto muy significativo:

En esta escena yo exclamo lo siguiente: “*mire usted las pelotudeces en las que uno ha creído*”. Y luego es como que lo interpelo de este modo [al analista]: “*y usted, por qué no me dijo, por qué no me advirtió. Y ahí lo veo, en el sueño, levantar las dos manos (...), que me parece que es un mensaje muy elocuente, por un lado, es como si dijera ‘sí, usted ha creído muchas pelotudeces’ y, por otro, como si dijera ‘qué se le va a hacer, yo no podía advertirlo’*”. Siento también cuando en ese momento asociaba, que ese gesto es una especie de “*no somos nada*” (Estacolchic, 1999/2006, pp. 39-40).

Es un decir sin palabras en este caso, un decir verdaderamente fundamental acerca de la castración, que ni el gesto ni las expresiones alcanzan a recubrir. La enunciación que le subyace es muy similar a la de otro testimonio:

Durante el procedimiento del pase tengo un sueño: voy a ver a mi analista para contarle que estoy haciendo el pase pero que me doy cuenta que no tengo una solución para todo lo que fue mi intensa curiosidad sobre la homosexualidad femenina; me dice: “no todo tiene solución”, y se alegra que esté haciendo el pase. Fue suficiente contarle este sueño a las pasadoras para cerrar el asunto (Grinbaum, 2015, p. 145).

“No todo tiene solución”, dicen entonces los analistas oníricos, así como a menudo lo hacen en vigilia, o bien “qué se le va a hacer” –como en el sueño del gesto-<sup>85</sup>.

Hemos transmitido estos ejemplos en un orden que va desde los momentos iniciales de un tratamiento hasta su final y eventualmente el pase, con

---

<sup>85</sup> Un hecho que no hemos destacado, pero podemos mencionar, es que en el corpus sólo encontramos ejemplos de palabras puestas en boca del analista en los testimonios de la AMP. En las otras dos Escuelas no aparecía este tipo de sueños y, finalmente, el que citamos sobre el gesto –perteneciente a un testimonio de la EFBA- corresponde a *un discurso sin palabras* (Lacan, 1968-69/2008). Por el lado de la EPFCL, en el testimonio de Mario Brito Afonso (2011), por ejemplo, hay dos sueños donde la analista aparece en la escena del sueño, pero no habla. En uno de esos sueños, la analista presenta un caso y, aunque *él no logra escuchar*, sabe que habla de él. Luego, en un testimonio de esta misma escuela, que tratamos en el apartado 9.1.5., hay un sueño donde la analista dice una palabra en alemán, pero el relato no menciona cuál es esa palabra, tal vez por omisión o porque esa palabra no exista. Dejamos a gusto de cada Escuela interpretar qué sentido puede darse a estas diferencias.

el propósito de plasmar un decir que se va transformando. La interpretación que el sueño produce, parece ir desde un registro marcado por la exigencia superyoica hasta uno más descompletado y vivificante.

## 9. El soñante angustiado: invención de un significante nuevo o el sueño como acto de escritura

En su clase de seminario del 17 de mayo de 1977, Lacan plantea que si nuestros significantes son siempre recibidos “¿por qué uno no inventaría un significante nuevo? ¿Un significante, por ejemplo, que no tendría, como lo real, ninguna especie de sentido?”.

En los sueños que referimos en esta sección, ese aspecto se muestra muy claramente: hay invención a través del sueño y esa invención tiene efectos de escritura que vienen a resolver la angustia. Los significantes nuevos que el sueño arroja son en algunos casos creaciones singulares, en otros, son novedosos por su uso neológico. Si bien no se trata exactamente de significantes a los que no pueda adjudicárseles ningún sentido –lo cual sería imposible-, entendemos que su importancia no proviene de éste sino de su capacidad para nombrar.

Encontramos aquí una función del sueño que es distinta de la de proteger el dormir y cuyo producto reviste un gran valor para el soñante, pues llega incluso a convertirse en la herramienta con la cual nombrar un funcionamiento nuevo. “El trabajo del inconsciente puede a veces –sorprendiéndonos- producir otra cosa que adormecimiento, especialmente si se lo deja continuar hasta su extremo, hasta su punto de agotamiento” (Schejtman, 2006, p. 42). En muchos casos el trabajo del sueño, demandado y ejercitado a lo largo de toda la cura, termina por elaborar un nuevo nombre. “Es la invención de ‘un significante nuevo’ lo que observamos surgir en el límite del trabajo del inconsciente” (p. 44). Según lo observado en nuestro corpus de análisis, se destaca esta operatoria del sueño en los casos o momentos en que prima la angustia.

Es por este motivo que destacamos la función de escritura que tienen estas producciones, así como su poder condensador, que parece dirigirse a la nominación de al menos una punta de lo real en juego en cada caso.

En este sentido, es interesante un comentario de Lacan respecto al efecto de escritura que implicó para él la incorporación del nudo borromeo en su enseñanza<sup>86</sup>:

Considero que haber enunciado, mediante una escritura, lo real en cuestión tiene el valor de lo que se llama generalmente un traumatismo<sup>87</sup>. (...) Digamos que es el *forzamiento de una nueva escritura*, que tiene lo que es preciso llamar por metáfora un alcance simbólico, y también el forzamiento de un nuevo tipo de idea, si puedo decir así, una idea que no florece espontáneamente por el solo efecto de lo que produce sentido, es decir, lo imaginario (Lacan, 1975-76/2009, pp. 128-129, cursivas añadidas).

Aquí vemos que, según Lacan, la escritura permitiría “enunciar lo real en cuestión”. Volveremos sobre este punto más adelante.

En nuestra opinión, el traumatismo que refiere respecto a cierta escritura, podría pensarse como correlativo de la destitución subjetiva que implica todo acto. La idea de *forzamiento*, nos remite al franqueamiento que ocurre sin que un sujeto pueda reconocerse como agente del mismo, ya que él es allí producto.

Para examinar en detalle esta relación entre sueño y acto, tomaremos seis sueños relatados en testimonios de pase de nuestro corpus. Cinco de ellos tienen la particularidad de operar con juegos de palabras en más de un idioma, resaltando así la materialidad de la letra por fuera del sentido.

---

<sup>86</sup> “Hago notar, además, que la introducción de *lalengua* y del nudo borromeo en la enseñanza de Lacan sucede inmediatamente a una nueva enfatización de la escritura y la letra, a partir de 1970” (Soler, 2009/2013, p. 83).

<sup>87</sup> Nótese que, para referirse a este traumatismo, ocurrido por forzamiento de una nueva escritura, Lacan no utiliza el neologismo que había forjado dos años antes: el *troumatisme*, referido al agujero, *trou*, de la falta de relación sexual, que cada ser hablante colmará con un truco (Lacan, 1973-74). Si en esta ocasión Lacan no retoma aquél neologismo, creemos que es porque no está haciendo referencia exactamente al traumatismo del agujero en el sentido, sino al provocado por el surgimiento de una nueva escritura, que venga a *marcar el lugar* de ese agujero. Si bien ambos traumatismos están emparentados, consideramos que, al conservar la diferencia entre uno y otro, se destaca mejor el valor de lo que llama *forzamiento de una nueva escritura*.

## 9.1. Cinco sueños bilingües y uno más

En “Elogio del análisis en lengua extranjera”, Cottet (2007) destaca las virtudes del exilio de la lengua materna en los análisis fuera del país. Sostiene que en ellos el analizante es a veces privado de la satisfacción de decir y que esa impotencia muestra más rápidamente su fondo de imposibilidad. El decir, así intervenido, se revela en su capacidad de afectar al sujeto.

En nuestra opinión, las formaciones bilingües destacan la materialidad de la letra, el juego de la ortografía en su capacidad de inscribir variadamente los sonidos, y así lo escrito adquiere preponderancia sobre lo hablado. El bilingüismo favorece y potencia la posibilidad de condensación de numerosas expresiones en una sola escritura.

En nuestro corpus de análisis hay también otros sueños bilingües, pero aquí nos ocuparemos solamente de aquellos que guardan alguna relación con la angustia y su resolución vía la producción de un significante nuevo. Los primeros cinco que aquí transcribimos dan cuenta de esta operatoria; el sexto juega solamente sobre las letras en francés, pero igualmente lo incluimos, pues muestra la misma interesante relación entre angustia y escritura onírica.

### 9.1.1. *Rit – no sé – zero honte*

En los que serían las últimas sesiones de su análisis, Débora Rabinovich (2015) tuvo el siguiente sueño:

Un bosque, paisaje bucólico. Algunas personas, pocas, mi perro, y de pronto, un rinoceronte que corría hacia mí y me golpeaba contra mis piernas. Me chocaba, retrocedía, tomaba impulso y nuevamente me chocaba y chocaba.

Al despertar, lo que quedó del sueño fue, principalmente, el rinoceronte. Pero, ¿por qué un rinoceronte? Nada más alejado de mí. Sin embargo, era esa imagen y su significante los que tomaban la escena.

Rápidamente, aún no del todo despierta, *rinoceronte* devino un significante franco argentino (p. 97).



Ese significante resultó ser una condensación que permitía la escritura abreviada de ciertos rasgos fundamentales de su biografía: *ri – no sé – zero honte*. Por un lado, “ri”, pronunciación de la palabra francesa *rit* (ríe), le recordaba una frase de Lacan desde la cual -seguramente tocada por algo en esa expresión- había partido para elaborar su tesis doctoral.

En segundo lugar, el “no sé” la reenviaba a una escena traumática de su infancia, a su posición angustiada frente a los exámenes y a su no saber ser mujer. Se condensaban allí numerosos rasgos y acontecimientos de su historia.

Y, por último, *zero honte*, “cero vergüenza” en francés, se conectaba con su timidez, que allí comenzaba a ceder un poco. Escribe en uno de sus testimonios: “ya hace un tiempo que de a poco, aunque poniéndome colorada, voy pudiendo hablar” (p. 97). Sin embargo, el grado “vergüenza cero” es lo que resulta de allí como imposible; lo que escribe, podríamos decir, lo irreductible del síntoma.

La sesión en que narra este sueño tiene al parecer un tono conclusivo, a pesar de lo cual ella solicita ver al analista una vez más, “para intentar articular algo sobre el deseo del analista” (p. 97). Se va de allí pensando si eso duraría una vez más, una semana u otro tramo de análisis, pero efectivamente el siguiente encuentro dura apenas unos breves minutos, en los que retoma el *ri – no sé – zero honte* y un significante previo, cuya escansión inauguraba un nuevo uso para cierto síntoma. En esa sesión, da por concluido su recorrido.

Retomemos ahora la propuesta de Lacan de inventar un significante nuevo. En la misma clase donde lo enuncia, Lacan elogia la astucia del ser hablante para crear poesía y producir, por su intermedio, no sólo efectos de sentido, sino también *efecto de agujero*. Allí compara la interpretación con la poesía, ambas productoras de ese efecto de agujero que, en lugar de abonar las significaciones -que bien podrían seguir adicionándose infinitamente-, las descompleta. Consideramos que es por introducir dicho *efecto de agujero* que una escritura puede surgir por fuera de las significaciones repetidas y, emplazándose en el borde entre simbólico y real, provocar un *efecto de acto*. Fenomenológicamente, esto redundaría en la fuerte convicción que el soñante

obtiene de que allí, en ese sueño, sucedió algo que modificó su posición. En el citado testimonio se aprecia que este sueño acarreó consecuencias conclusivas.

En *Radiofonía*, Lacan (1977/2012) habla, justamente, del “efecto de acto que se produce como desecho de una simbolización correcta” (p. 446). En otra ocasión, también usa el término “correcta” para referirse a cierta escritura: “hay que ceder a ese engaño (*duperie*) de una escritura en tanto ella es correcta”, (Lacan, 1973-74, clase del 8 de enero de 1974). La cuestión estriba en qué implica, en este contexto, que una significación sea “correcta”. Muy al contrario de lo que podría sugerirnos un enfoque positivista, creemos que lo “correcto” para Lacan no se deriva de una correspondencia entre idea y realidad, sino de lo que, éticamente, hace lugar a la insondable decisión del ser, cuando imprime una rajadura en la repetición automática motorizada por el significante y permite decir sí o no al deseo del Otro.

Esa respuesta del sujeto puede muy bien ser una invención:

Un significante nuevo que no tendría ninguna especie de sentido, eso quizás sería lo que nos abriría a lo que (...) yo llamo lo real. ¿Por qué uno no intentaría formular un significante que, contrariamente al uso que se hace de él actualmente, tendría un efecto? (Lacan, 1976-77, clase del 17/05/77).

El énfasis puesto por Lacan sobre esta cuestión del efecto nos parece crucial. Sólo el analizante, al dar cuenta de dichos efectos, puede justificar el carácter novedoso de un significante que se ha vuelto escritura. En esto, este tipo de sueños nos remiten a la lógica del acto, cuya estructura depende de sus proyecciones. El efecto en cuestión no es ajeno a cierto traumatismo, al forzamiento propio de la destitución subjetiva que ocurre en todo acto, donde el sujeto no avanza sino al precio de perder el *statu quo ante*. Además, veremos que esta mutación subjetiva no ocurre sino en el marco de la angustia que motoriza ese franqueamiento.

Ese efecto, por otra parte, no es el de un despertar a nuevas significaciones, sino el de una modificación del sujeto, que Lacan localizó topológicamente como corte y modificación de una superficie.

### 9.1.2. Eyes dolorosos

En uno de sus testimonios, Cecilia Gasbarro (2014) relata un momento que también pertenece al tramo final de su análisis y que se inicia con una gran angustia, previa a una presentación en público que se había comprometido a realizar. A pesar de la intensa angustia, decidió no faltar a la cita y una vez terminada su exposición, dos personas muy cercanas le hicieron el mismo comentario: habían notado suspiros en su voz mientras hablaba. Fuera de ese detalle, su presentación no había sido impedida por su malestar, pero tampoco había introducido alivio alguno. Entonces relata:

La angustia persistió horas después, sin el menor alivio. Dormité y me desperté un breve sueño.

-Atravesaba varias habitaciones vacías, hasta llegar a una en la que había solamente una pequeña pizarra, con unas palabras escritas nítidamente con tiza y en cursiva: “eyes dolorosos”.

Completamente despierta y sin angustia alguna (sorpresa deliciosa) me concentré en la frase: ojos (en inglés) dolorosos escribían una versión del fantasma ya aislado, pero la homofonía permitía jugar con el equívoco, fuera de sentido:

-¡ay! Sonaba como los suspiros de los que me habían advertido la noche anterior.

-Hay, hizo emerger en la memoria una broma estúpida, completamente olvidada hasta esa noche (p. 97).

La broma a la que se refiere consiste en enunciar una frase absurda que, una vez descifrada, involucra el significante “triste”. Se trata de pronunciar con fonética inglesa la escritura *ai spous q'nascn trsts*, desafiando al oyente a traducirla. La respuesta buscada es: “hay sapos que nacen tristes”, lo cual es más un juego de fonemas que una traducción, como lo señala la autora. La cuestión es que esta frase se conectaba con un sueño que ella había tenido en la época de aquella broma, en su adolescencia, y que narró al iniciar su análisis. En aquel sueño había sapos, y la frase “soy un sapo de otro pozo” (p. 91) había quedado resonando durante años, con el telón de fondo de un rasgo, al parecer, muy suyo: la tristeza.

Ahora bien, todo indica que una vez recordada aquella broma y su absurda traducción -ya más cerca del final de su análisis que de su inicio-, se opera una separación: “si hay sapos que nacen tristes, hay otros que no”, pensó. Esto le permitió deshacer el destino de fatalidad comandado por el fantasma, tan parecido al de la tragedia griega; “introducir una grieta en un destino”, dice la autora. Como sabemos, a diferencia del héroe trágico, el analizante tiene en el horizonte la posibilidad de tomar distancia de su fantasma y de usar lo que quede de aquél como resto para un saber-hacer bien singular.

Recordemos que esta broma y los pensamientos posteriores surgen en el recuerdo a partir de poder leer “hay” en el significante “eyes”, que a su vez viene a inscribir el “¡ay!” de sus insistentes suspiros. La autora señala que aquella frase del sueño -eyes dolorosos- produce una escritura posible, la suya, del objeto mirada y que, con su estructura equívoca, esa inscripción introduce un fuerte efecto de inconsistencia.

Venimos destacando este efecto de escritura que produce a veces el sueño, esta suerte de *garabato agregado al objeto*<sup>88</sup>, para resaltar que estas escrituras, que condensan gran cantidad de acontecimientos y rasgos fantasmáticos, están sostenidas por el objeto, al cual recubren. Es por esto que la expresión *garabato*, usada por Lacan para referirse al sentido, nos parece propicia para pensar en un efecto de escritura: está el objeto –que es puro agujero- y, sobre él, se coloca una escritura que lo recubre, una vez desmontados los sentidos que lo vestían. Como venimos viendo, es una operación que ocurre habitualmente en los momentos finales del análisis y que los sueños parecen mostrar vivamente.

### 9.1.3. Down

Un sueño de este mismo estilo se encuentra relatado en uno de los testimonios de Paula Kalfus (2014). Se trata de un sueño que se inspira en un

---

<sup>88</sup> “El sentido es un pequeño garabato agregado a este objeto a con el que cada uno de ustedes tiene su ligazón particular”, decía Lacan en su seminario el 6 de enero de 1972.

libro y surge en un momento donde un síntoma suyo había recrudecido, como efecto del desmontaje que se produce a lo largo del análisis. Lo relata de este modo:

Un segundo episodio de anorexia vino a habitarme en ese tiempo de confrontación a lo indecible, episodio que sólo cedió con el diagnóstico singular que la fortuna puso en mis manos. Estaba leyendo un libro de Ishiguro –autor que sigo desde hace tiempo- que construye unos personajes errantes, se diría carentes de un  $S_1$  que los oriente, como perdidos después de algún cataclismo, *The Unconsoled*. Ese nombre –en la lengua paterna- bordea algo que conocía tan bien... Un sueño viene a puntuar de lo que se trata: una niña *down* secundada por dos personas adultas era conducida hasta el baño, llevaba un cuello ortopédico. La veo sentada en el inodoro, con las piernitas colgando y una mirada triste (pp. 60-61).

De acuerdo con el relato de la autora, creemos poder sostener que el título *The Unconsoled* pasa, a partir del sueño de la niña *down*, a nombrar algo singular. Ella lo relaciona con la X del deseo materno, una cuestión que la había interrogado durante toda su vida, moviéndola a investigar cada detalle sobre su madre. El desconsuelo por no poder leer en esa madre un rasgo deseante atraviesa todo el testimonio.

A nuestro parecer, podría decirse que este último sueño, al introducir el significante *down*, opera una mutación sobre el término *Unconsoled*: lo transforma, otorgándole un estatuto más cercano al de lo escrito que al de lo significativo, esto es, lo convierte en escritura que baliza una zona de borde, de límite entre lo que puede escribirse por vía simbólica y lo que quedará por siempre fuera de alcance. Esto tiene efectos que son clínicamente constatables: “La nominación *Unconsoled* posibilitó la separación del estragante goce materno” (Kalfus, 2014, p. 70).

Por otro lado, el término *down* viene a nombrar una particularidad de su humor, una forma del malestar que le era propia:

El destino de la niña *down* del sueño –cuya mirada triste se parecía a la mía en algunas fotografías de la infancia- se asociaba al de la niña del libro de Ishiguro. De lo que se trataba era de cercar la raíz de ese humor *down* en el que a veces me sorprendía, de entender su dialéctica. Atravesar esa zona, admitir los

significantes encontrados y hacer uso de ellos tornó la vida más liviana (Kalfus, 2014, p. 61).

El libro de Ishiguro al que se refiere en este pasaje es otro: *A pale view of hills*, donde tiene lugar, según sus palabras, “el suicidio de una joven, hija de una madre desorientada y errante después de la guerra en Japón” (p. 61). Al parecer, aquél libro suscitó en ella una identificación con el personaje. En cambio, el otro libro –o, mejor dicho, su título, *The Unconsoled*–, participó de la producción de una inscripción nueva, logrando nombrar algo que hasta ese momento no había hallado una nominación satisfactoria.

Recordemos que en el primer párrafo que hemos tomado de su testimonio, ella menciona que se encontraba en medio de un episodio de anorexia, y que ese síntoma sólo cedió a partir del “diagnóstico singular que la fortuna puso en mis [sus] manos”. Creemos que se refiere justamente al encuentro con el libro *The Unconsoled* y al sueño que escribe al fin una fórmula satisfactoria para ella, mediante el significante *down*. “Un humor *down*”, hermano del desconsuelo, sería entonces el diagnóstico con el que llega a nombrar su sufrimiento, volviéndolo, a la vez, más liviano.

#### 9.1.4. *Clandestine*

Otro de los testimonios del corpus nos aporta no uno, sino dos sueños bilingües. Ambos parecen colaborar en una operación sobre la angustia, no de forma directa, pero sí en un segundo tiempo. Con ellos se termina de escribir una nueva posición subjetiva y se extraen efectos conclusivos para el análisis.

El fantasma había sido construido. “Si hablo me matan”. (...) La angustia había cedido. (...) algo de mi goce sintomático adquiriría un nombre más preciso. (...) Una noche, estando mi analista en Buenos Aires, al ir a dormir pensé en mi sesión del próximo día. ¿De qué hablar? Con la firme convicción de la existencia del inconsciente, le pedí un sueño. Y escupió. Simple, una palabra, escrita sobre la arena, *CLANDESTINE*.

El inconsciente transferencial respondía con el S1 de mi goce sintomático, en la lengua del analista. Fue revelador (Mildiner, 2015, p. 124).

En este relato no encontramos, como en los anteriores, la referencia a la angustia como contexto inmediato del sueño, pero sí como marco del período de análisis en que la soñante se encontraba. Tenemos en este párrafo la mención a cierto goce sintomático y la importancia dada al hecho de que eso haya podido ser nombrado; condición que es posibilitadora de la resolución de la angustia. Lo que el sueño escribe nombra la satisfacción paradójica del síntoma y lo hace en otra lengua que la materna. “Fue revelador”, dice la autora, de lo cual deducimos que se operó allí cierta separación con respecto a esa posición.

Destaquemos entonces la posición que encontramos hasta aquí en las soñantes de estos sueños bilingües: su relación con éstos no es sólo la de encontrar allí una revelación o una construcción, sino específicamente la de encontrar un nuevo nombre. Algo allí pasa a ser nombrado de una manera nueva y propiciatoria.

En esta analizante, en particular, tenemos un segundo sueño con la misma temporalidad que el primero: ella logra salir, por el análisis, de una nueva embestida de la angustia y luego sueña. Ese sueño viene a escribir el hallazgo.

Relata que en el tiempo posterior al primer sueño “la angustia vuelve. Esta vez con una gran fuerza en el cuerpo” (p. 125). Esta angustia aparece en el contexto de toda una serie de cambios que estaban ocurriendo en su cotidiano a causa de la elucidación del fantasma. Su relación al saber y a la transmisión se había visto trastocada, al igual que su posición respecto a “la otra mujer”. Un recuerdo infantil emerge y en sesión es nombrado por el analista como “trauma”. Tanto la manifestación actual de la angustia como ese recuerdo se vinculaban con la falta de aire, “sensación de ‘pulmones llenos’”, “sensación de muerte” (p. 125). El trabajo en análisis resulta en ese momento muy eficaz:

Salí de esa sesión aliviada. Tenía un encuentro de amigos y decidí por primera vez sin dudarlo tomar el metro. (...)

Esa noche sobrevino un sueño translingüístico. Sueño con dos voces de mujer. Una dice *la oí* la otra *la ui*. Lo que en castellano interpreté primero como el goce de la huida, oigo, luego huyo. Pero luego, al escucharme ubiqué un translingüismo en el sueño, que lo transformaba en: por un lado, oigo “*la oí*” pero

por otro *la oui* “allí sí”. La diferencia de lenguas dejaba pasar un Sí que quedará así marcado. Desarmar esa lengua de huida en el silencio, para decir acá sí, consentir a lo que hay. Fue mi lectura en ese momento (p. 126).

Ese “allí sí” que se inscribe en el sueño forja una nueva posición, que todavía requirió de un tiempo más de análisis. Pero la angustia mayor parece resolverse allí. La analizante indica que quedaban algunos restos, especialmente en que la sensación de pulmones llenos se redujo, pero no el temor de aburrir al otro, ser excluida o experimentar una descomposición del cuerpo. En otro apartado (11.2), retomamos un sueño que acaece luego en este análisis.

Continuemos ahora con otras analizantes angustiadas y sus sueños de escritura<sup>89</sup>.

#### 9.1.5. *Errático, Randómico*

En su testimonio, Vera Iaconelli (2017) explica que, tras la caída de la transferencia y el final del análisis, transitó un período de mucho entusiasmo; que, sin embargo, “desembocó en un vacío tremendo” (p. 13). En esos momentos dudó de todas sus elecciones -laborales, de pareja, familiares, de lugar donde vivir-. Todo fue replanteado en ella y el entusiasmo del final no le alcanzó para transitar ese intenso cuestionamiento. Sin embargo, nada de eso la instaba a volver al análisis, sentía con convicción que esa no era la manera. Eligió continuar por la vía de los sueños, grabándolos de madrugada y escuchándolos por la mañana. Ese trabajo le permitió volver a elegir cada cosa de su vida, como si fuera la primera vez. El entusiasmo volvió, aunque diferente; ya sin la ilusión de que algo podía estar garantizado por el final del análisis. “Decepción necesaria”, confiesa (p. 13).

De los sueños que tuvo en ese período de intenso trabajo onírico, ella ha narrado en su testimonio uno en particular. Ocurre en el marco de todo ese

---

<sup>89</sup> Como tal vez ya se va notando, en el tema de esta sección todos los sueños que encontramos pertenecen a mujeres.



replanteo de sus elecciones y de vivencia de “vacío”, que ha nombrado también como “desolación”.

Salgo de una clase del Foro conversando con mi analista y buscamos una palabra para explicar algo. Ella me dice una palabra en alemán y yo respondo que tenemos una palabra en portugués: “ERRÁTICO”. Ella repite la palabra en alemán y yo insisto, im-paciente, es “RANDÔMICO”. Curiosa, me pongo a escribir estas palabras.

ERRÁTICO → E R R A t I C O → ERRA IACO → VERA IACO

ERRAR mi síntoma desde la infancia.

VERA IACO mi apellido para los amigos, que me diferencia de mi madre que también se llama Vera Iaconelli.

VERRÁ mi nombre pronunciado con el acento de mi analista.

VERA ERRA: Motivo de la vergüenza fuera de casa, pero de gracia para mi padre, que reía con mis yerros, aun al precio de negar mi sufrimiento en la vida escolar y, posteriormente, en la vida académica. (...)

RANDÔMICO → de donde se puede extraer: el nombre de mi analista DOMINIC, de mi primer hermano muerto RICARDO, y de mi segundo hermano muerto NIC (...). En una palabra, RANDÔMICO, el “arco” que cierra los duelos, incluyendo el del final del análisis. Randômico también tiene el sentido de errático en portugués (pp. 13-14).

Tenemos entonces otro sueño bilingüe, condensador de múltiples asociaciones que no vienen a sorprender a la soñante, sino a sintetizar y escribir lo ya sabido, lo ya desarrollado en el análisis. La autora destaca especialmente la función de nominación, pues dice haber recogido de este sueño el nombre de su identificación *sinthomática*, como forma singular de saber-hacer con el deseo del analista; deseo “de no recular ante el yerro, el erro, sino escucharlo, elevarlo a la dignidad del acto. Deseo que re-nuevo desde el período inercial del fin del análisis y que el sueño viene a nombrar” (p. 14).

Son dos significantes nuevos los aquí producidos: *errático* y *randômico*; ambos bilingües si no por su composición, al menos por su uso. Especialmente *Errático*, que se forma sobre la base de la acentuación francesa de su nombre portugués: Vera, *Verrá*. Diciendo: “*On verra*” (veremos), termina ella su testimonio. Y *randômico*, que une lo azaroso con el nombre de la analista.

Como se puede apreciar, el trabajo de la condensación, muy logrado, que llega a comprimir numerosos elementos en muy pocos términos, interviene tanto aquí como en muchos de los sueños que comentamos en otros apartados.

Con respecto a este ejemplo creemos que es muy interesante no solamente cómo el sueño viene a acompañar la resolución de la angustia y la elaboración de las elecciones, sino también la posición de esta analista que elige continuar su trabajo de análisis grabando sus sueños. Más adelante (Sección 13), volveremos sobre este detalle.

### 9.1.6. Noël, Gentile

Otro de los testimonios del corpus que nos ha aportado material para esta sección es el de Marie-Noëlle Jacob-Duvernoy (2017). Allí relata el final de su análisis y su entrada en el dispositivo del pase inmediatamente después de dejar de concurrir a las sesiones. En otro apartado (12.2) examinamos las vicisitudes temporales de ese final, muy detalladas y bien trabajadas en el testimonio.

Aquí queremos enfocar la relación entre angustia y elaboración onírica en el último sueño que esta analista relata:

Más precisamente, fue una pesadilla poniendo en escena el homicidio de los padres y a fin de cuentas un cara a cara inédito con su padre que le dice lo siguiente: “Marie-Noël vas a ser buena, te vas a dejar hacer, te voy a cortar las uñas.”. **Despertada angustiada** en plena noche, creyó que había que anular su petición de pase y volver a la cura. En ese gran desconcierto, **escribe** esta pesadilla y cosa excepcional se vuelve a dormir como un bebé. Por la mañana, sabe que es un sueño para el pase que permite la **resolución de la angustia**. Y con sus **efectos de escritura**, hará orientación del pase para la Escuela con una claridad nueva, un paso nuevo (p. 9).

Esta autora señala justamente aspectos que nos interesan: el sueño la despierta, se angustia, lo escribe y vuelve a dormirse. Por la mañana capta cómo el sueño había venido a resolver la misma angustia que al inicio pareció

despertar; fue por la escritura del texto onírico que la angustia se disipó y la soñante pudo dormir nuevamente; pero, además, el efecto de escritura tiene mayor alcance que el inmediato, pues le queda como hallazgo duradero, del cual obtiene una orientación.

La autora destaca la movilidad de las letras, que han ido desde su nombre –Noëlle- hacia *gentille*, dejando *Noël* como *navidad* –que era como su padre escribía a veces el nombre de ella-. Señala que justamente son las letras que denotan el género femenino en los adjetivos franceses, *lle*. “Las letras se desplazan a diferencia de las palabras que se quedan inmóviles lastradas por el peso de su sentido”, afirma (pp. 9-10).

Aquí encontramos un tiempo más, pues el sueño no resuelve por sí mismo la angustia, sino que provee la cifra que sólo al ser puesta por escrito disipa la angustia. Razón de más para sostener que en los sueños previos es un trabajo de escritura el que le da solución a ese afecto.

## 9.2. La escritura onírica: una reducción de la biografía<sup>90</sup>

Lacan (1957/2003, 1961-62, 1970/2012b, 1971/2012, 1975-76/2009) siempre consideró a la escritura como límite entre simbólico y real<sup>91</sup>. Comenzó insistiendo sobre la materialidad de la letra y más adelante la localizó como

---

<sup>90</sup> No desconocemos la fuerte crítica que realiza Soler (2009/2013) al programa que, previo a la escisión de 1998, alentaba a los analistas a relatar en el pase “la letra del síntoma”. Dice entonces: “¿Cómo no percibir en cada caso la dimensión irrisoriamente «elucubrada» -para tomar este término de Lacan- de ese trofeo y hasta de ese fetiche, y la mentira organizada acerca de la parte de opacidad jamás reducida?” (pp. 140-141). Confiamos en que la mención a lo real irreductible, del que apenas puede señalizarse un borde, alcance en esta tesis para dejar en claro que no abonamos la ilusión de aquella época. Asimismo, esperamos que el avance a través de los apartados siguientes enfatice suficientemente lo infinito, lo inconcluso, lo que retorna en los sueños posteriores a la finalización de un análisis y también la importancia de la “satisfacción de fin” como trampolín del acto conclusivo, que tampoco será total ni final.

<sup>91</sup> Soler (2009/2013) lo dice en estas palabras: “la letra se define por una coalescencia entre el goce y un elemento de lenguaje fuera del sentido” (p. 79).

borde, como litoral entre dos registros heterogéneos. Tenemos también razones clínicas para creer en esta relación entre escritura y real, pues los análisis con psicóticos a menudo dan cuenta de esos esfuerzos por combatir el retorno en lo real mediante la escritura: a veces en sesión, otras trayendo material escrito durante la semana, otras publicando, en fin.

Consideramos que algunos sueños de los testimonios de pase abonan también esa hipótesis. Los significantes *down*, *Unconsoled*, *eyes dolorosos*, *rit-no sé-zero honte*, *Clandestine*, *Errático*, *Randômico*, *Noël*, *Gentille*... todos ellos dan cuenta de escrituras que podríamos llamar *de borde*. “Trato de situarles lo escrito como ese borde de lo real”, decía Lacan el 9 de abril de 1974 en su seminario.

Para pensar este borde, el ejemplo de las matemáticas puede resultar operativo, puesto que allí también se recurre a notaciones que señalizan el límite entre lo que puede escribirse y lo que sería imposible de escribir. En su seminario *Ou pire*, Lacan (1971-72/2012) da el ejemplo de un número inconmensurable conocido desde los pitagóricos: la raíz cuadrada de dos, cuyo cálculo arroja un resultado con decimales infinitos, no periódicos (1,4142135623...), de tal modo que no alcanzaría una vida para terminar de escribirlo –ni infinitas vidas, claro está-. Ante esta imposibilidad de escritura, en matemáticas se recurre a una notación que, podríamos decir, hace de borde, llega hasta el límite de lo inscribible: la fórmula  $\sqrt{2}$ , cuya ulterior reducción es imposible. Cuando en una operación más extensa se necesita incluir ese número (1,4142135623...) como parte de sus elementos de cálculo, se utiliza directamente la notación  $\sqrt{2}$ . Así, la fórmula  $\sqrt{2}$  escribe, de manera reducida, un número irreducible, con el que de otro modo no podría operarse.

Este ejemplo matemático tal vez nos permita concebir la naturaleza de las fórmulas arrojadas por los sueños que venimos analizando: ellas funcionan como escritura de borde, indican que hasta allí han llegado los esfuerzos de reducción, de precisión, de especificación. Son fórmulas que, mediante la combinación de letras que valen para un único ser hablante, condensan del modo más reducido posible las marcas históricas de su existencia singular. Aunque no son ajenas al sentido, estas fórmulas son notablemente magras.

La relación entre el sueño y el soñante parece ser, en estos ejemplos, de nominación; el sueño viene a colaborar en una reducción de la biografía que se centra especialmente en la historia del padecimiento y en el nombre que se le puede dar a partir de las letras extraídas del trabajo inconsciente.

Como vimos anteriormente (Cf. apartado 1.5.2.5.) Marcelo Mazzuca (2011) declaraba a propósito de uno de sus sueños conclusivos:

Sueño que no podría calificar con Freud de 'biográfico', sólo porque allí la biografía se reduce a sus elementos mínimos hasta prácticamente desaparecer. Algo así como unos pedacitos de subjetividad desde donde se construye la historia de vida, una suerte de *gesta* de lo biográfico (p. 48).

Si esta reducción merece el nombre de *escritura*, es porque arroja fórmulas cuya inscripción tiene efectos duraderos –sin que podamos decir “eternos”, porque sabemos de las idas y vueltas de los análisis (Cf. Sección 12); pero sí podemos decir que son duraderos y que pueden volver a ponerse en funciones después de cierto tiempo de inoperancia-.

En *Lituraterre*, Lacan (1971/2012) comenta: “la escritura es en lo real abarrancamiento del significado, lo que ha llovido del semblante” (p. 25), postulando así a la letra como aquello que decanta del trabajo analítico al final, y agrega más adelante: “¿Cómo lo olvidaríamos nosotros, cuando nuestra ciencia<sup>92</sup> solo es operante por un chorreado de letritas y de gráficos combinados?” (p. 26).

Ahora bien, ¿cómo se arriba a esta reducción de lo novelado a lo escrito? ¿Qué mecanismos lo permiten? Nos interesa especialmente analizar cómo esto se produce durante el sueño, objeto de nuestra investigación.

---

<sup>92</sup> Perdónese, aquí, la generalización abusiva implicada en una expresión como “la ciencia”. Entendemos que Lacan se refiere a aquellas ciencias que extraen sus resultados del uso del número y la combinatoria; cualidad que no se aplica a la mayoría de las ciencias sociales y humanas.

### 9.3. Función de la condensación

En *Radiofonía*, Lacan (1970/2012b) retoma dos de los mecanismos del sueño, el desplazamiento y la condensación, y los articula de un modo que nos permite pensar que, según él concibe los registros simbólico y real, podría decirse que el primero de estos mecanismos hace pasar lo real a lo simbólico -o permite que lo real se deslice en lo simbólico-, mientras que el segundo posibilita el pasaje de lo simbólico a lo real.

Acerca de lo primero, sabemos de las virtudes del inconsciente para elaborar, mediante el desplazamiento, lo real traumático. Los sueños son a menudo un ejemplo muy claro de ese trabajo del inconsciente, y acompañan el análisis a lo largo de todo su recorrido. Además, hay que destacar que el sueño se vuelve especialmente productivo cuando nos enfrentamos a duelos y acontecimientos traumáticos. Allí se muestra en todo su esplendor la capacidad del inconsciente para elaborar por la vía simbólica –siempre parcialmente, por supuesto- lo que viene de lo real.

Pero aquí queremos enfatizar la otra operación, la del pasaje de lo simbólico a lo real cuando ya la libido analizante está agotándose y el clima transferencial reclama algún principio de conclusión. Para cerrar el recorrido de la cura, donde el trabajo simbólico y las iluminaciones de la verdad han abundado, se vuelve necesario cercar lo real del síntoma e inscribir ese borde.

La lectura que realizamos se basa en dos afirmaciones, un tanto encriptadas, sobre las que operamos una lectura posible. Una de ellas surge de una comparación entre el desplazamiento y la condensación, donde Lacan expresa: “Muy otro es el efecto de la condensación, en tanto que parte de la represión y hace el retorno de lo imposible, a concebir como el límite desde donde se instaura por lo simbólico la categoría de lo real” (p. 439). De allí extraemos que lo real, aunque imposible de concebir, toma existencia en esa zona de borde entre real y simbólico que es la condensación.

La otra afirmación, reza: “me desplazo con el desplazamiento de lo real en lo simbólico, y me condenso para dar peso a mis símbolos en lo real, como conviene al seguir al inconsciente en sus huellas” (p. 443). La utilización de la

primera persona en esta frase -que entendemos por su contexto como pieza de una justificación de su enseñanza-, no debe impedirnos extraer las afirmaciones allí contenidas. En la misma línea que la frase anterior, Lacan sostiene que la condensación otorga al símbolo cierto peso en lo real.

Insistimos en que es prudente pensar ese pasaje a lo real, que bien puede producirse en el sueño, como un pasaje más precisamente al límite entre lo simbólico y lo real, lo cual es de todas maneras un esfuerzo enorme en el análisis, y que acarrea fuertes efectos, al señalar ese borde con una escritura.

Estas afirmaciones de *Radiofonía* nos resultan francamente novedosas, especialmente porque implican, creemos, volver a poner en funciones la importancia del sueño en la enseñanza de Lacan; apreciable en que los términos de *metáfora* y *metonimia* -habitualmente usados por él para referirse a las operaciones productoras de sentido- sean en esos párrafos sustituidos por los clásicos *condensación* y *desplazamiento*, más ligados a lo onírico desde su surgimiento en *Die Traumdeutung*.

Cabe recordar que esta elaboración lacaniana sobre la condensación germina en el marco de su trabajo con la noción de *letra*, *lalangue* y la función de *lo escrito*. Son avances en la dirección de una conceptualización del significante que no lo reduce a su posibilidad de significar, sino que radicaliza su función como independiente de todo significado y su valor real de signo<sup>93</sup>.

Los sueños que venimos tratando en esta sección, muestran de forma muy clara unos productos de condensación que no valen tanto por su apertura a significaciones nuevas como por su reducción de sentidos biográficos a escrituras mínimas e inventadas. En ellos, el significante funciona más cercano al signo, esto es, pasa de representar a un sujeto para otro significante -y otro, y otro- a representar algo para alguien.

La razón por la cual esta operatoria introduce modificaciones en la vida cotidiana de los analizantes, vale decir, en la realidad, requiere de algunas precisiones acerca de la otra escena, la escritura y el acto.

---

<sup>93</sup> Son las conceptualizaciones desde las cuales se postula al inconsciente como teniendo un costado real, en el sentido lacaniano dado a ese registro (Lacan, 1976/2012; Miller, 2013a; Soler, 2009/2013).

#### 9.4. La otra escena, espacio de escritura

“La huella de un sueño no es menos real que la de una pisada”.  
(Georges Duby, *Diálogo sobre la Historia*, p. 39)

Ya en el primer capítulo de *Die Traumdeutung* Freud (1900/2001) retoma la idea de Fechner según la cual “el escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigilia” (p. 72). Desde el inicio descarta que pueda tratarse de una localización fisiológica o cerebral, pero se reserva la hipótesis de que la escena del sueño pueda estar vinculada con una instancia psíquica en particular dentro del aparato anímico. Reformulando esta idea en términos lingüísticos, Lacan (1957-58/2003) expresa:

En nosotros un sujeto piensa, y piensa de acuerdo con leyes que resultan ser las mismas que las de la organización de la cadena significante. Este significante en acción se llama en nosotros el inconsciente. Freud así lo designa. Y (...) nos repite de mil formas que se trata de *otra escena psíquica*. El término se repite constantemente en la *Traumdeutung* (p. 110).

Esta escena, creada por la existencia de lo simbólico, es para Lacan (1973-74) la escena “que habitamos realmente”, la escena del inconsciente, “nuestro espacio habitado como seres hablantes” (clase del 13/11/73)<sup>94</sup>.

Esta cuestión no deja de plantear interrogantes con respecto a cómo concebimos la realidad. En el seminario 21, Lacan señala que Freud dejó planteada la cuestión de la realidad del sueño al final de *Die Traumdeutung*, en

---

<sup>94</sup> Incluso para pensar la percepción Lacan (1954-55/2008) se basaba, muchos años antes, en la participación de lo simbólico y la nominación: “Aquí interviene la relación simbólica. El poder de nombrar los objetos estructura la percepción misma. El *percipi* del hombre no puede sostenerse sino en el interior de una zona de nominación. Mediante la nominación el hombre hace que los objetos subsistan en una cierta consistencia. Si sólo estuviesen en una relación narcisística con el sujeto, los objetos no serían percibidos nunca más que en forma instantánea” (p. 257).



el contexto de una interrogación acerca de la responsabilidad moral por los propios sueños. Allí, Freud escribió: “Yo no sé si a los deseos inconscientes hay que reconocerles *realidad*” (p. 607). En 1914, agregó: “es preciso aclarar que la realidad *psíquica* es una forma particular de existencia que no debe confundirse con la realidad *material*” (p. 607). En las notas del editor se aprecia que Freud fue modificando esos párrafos en distintas ediciones: en 1909, por ejemplo, había escrito “es preciso recordar sin duda que también la realidad psíquica tiene más de una forma de existencia” (p. 607, n. 11); en 1919, introdujo la palabra *material* en la oración que citamos, donde anteriormente decía *fáctica*; movimiento de idas y venidas que da cuenta de lo complejo de su formulación.

Lacan (1975/2007a) retomará esta cuestión de la materialidad para señalar que, a su parecer, el materialismo en juego para los seres hablantes es el de la palabra –un *moterialisme*, condensación de *materialismo* y *palabra (mot)* (p. 126)-. La pregunta, para él, sería: esa “realidad que él [Freud] califica de psíquica: ¿qué puede tener que ver con lo real?” (Lacan, 1973-74, clase del 13/11/73).

Hay un real que se localiza para él en la letra, soporte material del significante (Lacan, 1957/2003) y en *lalangue*, el continuo de sonidos prestados por el Otro que marcan el cuerpo desde el nacimiento; cuestión que lo llevó a redefinir la pulsión como “eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir” (Lacan, 1975-76/2009, p. 18). Propuso también que el análisis llevaría a una “precipitación” de *lalengua* en la letra (Lacan, 1975/2007b, p. 95), un pasaje a lo escrito.

Esta precipitación es lo que hemos intentado mostrar en esta sección, donde localizamos, además, que en algunos sueños de los testimonios se puede apreciar el efecto de esta operatoria sobre la angustia.

## 9.5. El sueño como acto de escritura

“La pintura demuestra allí (...) su matrimonio con la letra, muy precisamente bajo la forma de la caligrafía”  
(Jacques Lacan, *Liturierra*, p. 24.).

Estos ejemplos, junto con los que venimos retomando en otras secciones, enseñan que hay sueños cuyos efectos analíticos no esperan hasta la sesión, sino que se producen en el instante mismo del despertar. Cabe, al respecto, citar las palabras de Naparstek (2005) acerca de un despertar “que se produce bajo el efecto de lo que ya no es lo que era” (p. 53).

Creemos que la participación de este afecto es central para sopesar la lógica de los sueños que venimos mencionando; en ellos, la angustia ha funcionado como motor y ha empujado al trabajo soñante hasta el límite donde algo puede resolverse por una escritura que implica, además, un paso, un franqueamiento<sup>95</sup>.

Según describen estos testimonios, el soñante se va a dormir angustiado, pero despierta aliviado; y esto no sucede por la realización imaginaria de algún anhelo en el sueño, ni por el trenzado de sentidos que habitualmente vienen a adormecer lo alarmante –en formas del sueño mucho más conocidas–, sino por un efecto de escritura que agujerea el sentido y apela a la materialidad de la letra, sirviendo para demarcar el lugar donde se aloja un real indomeñable.

Conviene detenerse en este rasgo esencial: son sueños motorizados por la angustia, que además producen una operación que la resuelve, y que introducen un antes y un después. Estas son características que conocemos por la noción lacaniana de *acto*.

El acto -dice Lacan (1969/2012) en una formulación mínima- es “un decir a partir del cual el sujeto cambia” (p. 395). Por otra parte, cabe una consideración adicional respecto a la relación entre síntoma y acto, que podría ser indicadora de lo que ocurre en estos sueños:

Si el síntoma adquiere en el análisis un valor subversivo respecto a todo programa –personal, de la familia, de la sociedad, de la civilización- el acto analítico no tiene como fin propio su reducción, sino su producción como “incurable”, como esa parte del ser hablante que no es destituable como sujeto, por no ser para él la exigencia pulsional integralmente sublimable en acto (Lombardi, 2008, p. 219).

---

<sup>95</sup> El sueño “de la inyección de Irma” es aquí el paradigma.

En este sentido, los sueños que mencionamos no sólo realizan un acto mediante una simbolización que se constituye como respuesta electiva del ser hablante, sino que además incluyen en dicha escritura una fórmula de lo incurable: lo doloroso de los ojos tristes, lo inconsolable del humor *down*, la vergüenza no reductible a cero, en algunos de los ejemplos.

Para cerrar esta sección, queremos destacar dos observaciones fenomenológicas que también apuntan hacia la lógica del acto, como son: a) la gestación de estos sueños en el marco de una angustia que ellos vienen a resolver y, b) el despertar que estos sueños provocan, que viene a instaurar una discontinuidad ubicable como un decir a partir del cual el sujeto cambia.

## 10. Los sueños-índice

Como hemos comentado en el estado del arte, un aporte valioso para nuestro tema de investigación fue realizado por M. Mazzuca (2011), al proponer la categoría de *sueños-índice*. Hemos destacado que el autor pone el énfasis en el valor de acontecimiento de estos sueños, lo que hace de ellos un momento de la experiencia en que el trabajo analizante tiende más a detenerse que a relanzarse.

Como dijimos, Mazzuca habla de *sueños-índice* para referirse a aquellos que vienen a dar cuenta de “una relación establecida entre *deseo* y *satisfacción* en un momento determinado de la experiencia” (p. 38). Hemos señalado también que este planteo hace referencia a la noción de *satisfacción de fin*, acuñada por Soler (2009/2013, p. 104) para nombrar algunos hallazgos del dispositivo del pase, siguiendo una frase de Lacan (1976/2012): “El espejismo de la verdad, del que solo cabe esperar la mentira (...), no tiene otro término que la satisfacción que marca el fin del análisis” (p. 600)<sup>96</sup>.

Para hablar de su experiencia, Mazzuca dice: “el trabajo analizante (...) había llevado el deseo hasta los bordes del Ideal, hasta confrontarlo con la pulsión (especialmente en su versión oral e invocante), y de aquel borde el sueño es índice” (p. 41).

En su presentación, relata diez sueños y atribuye a uno de ellos el valor de índice del final de su análisis. Se trata de un sueño muy breve, en el que se le derretían dos o tres dedos de la mano. Mazzuca considera que ese sueño-índice “apareció para hacer signo de la existencia de un nuevo deseo, y de su

---

<sup>96</sup> Este modo de enfocar las condiciones del final intenta salir de la encerrona que planteaban los modos previos de concebirlo, tales como el encuentro con lo imposible de decir y lo imposible de escribir. “En el fondo, el inconsciente-*lalengua* es inagotable (...) incluso lo que aislamos como letra del síntoma nunca deja de ser hipotético. No es cuestión, entonces, de que el inconsciente pueda decir hasta donde llegará en su propia prospección; no es él quien marcará a ninguno de sus significantes (...) como significante último. El inconsciente habla sin duda, pero no concluye” (Soler, 2009/2013, p. 92).

relación con la satisfacción ya obtenida” (p. 45). Dirá entonces que esa producción onírica “sanciona retroactivamente el final del análisis” y sirve como bisagra para comenzar a trabajar en el dispositivo del pase. No obstante, relata que posteriormente, durante su participación en este dispositivo, sobrevinieron otros sueños que ya no eran tan fácilmente diferenciables como sueños-significante o sueños-índice. En este punto, como lo comentamos en el estado del arte, menciona que no era necesario para él un despliegue asociativo para notar que cada sueño remitía de algún modo al sueño-pivote, al sueño de castración, y que el aspecto comprimido de ese sueño le hacía recordar a los sueños biográficos que postulara Freud, aunque, en este caso, sería uno sumamente reducido, circunscrito a sus elementos mínimos.

Esta condensación onírica de los elementos biográficos hasta un mínimo indispensable es muy interesante y rastreada en muchos testimonios. Hay un sueño, por ejemplo, de Ricardo Estacolchic, que ya hemos comentado anteriormente y del que ahora no retomaremos el texto (Cf. Apartado 12.2), sino lo que el autor dice acerca de este carácter condensador, reductor, que liga además al hecho de no haberlo olvidado, como sí le sucedió con muchos de sus otros sueños:

Les voy a contar lo que me pareció que era el sueño que daba finalización a mi análisis, aunque después siguió un tiempo más mi concurrencia al consultorio del psicoanalista. Este sueño es raro, porque yo olvidé casi todos los sueños de este análisis, me costaría muchísimo recordar alguno y, sin embargo, éste me quedó grabado con mucha precisión, no sé por qué (...). Este sueño condensa una cantidad de cuestiones de mi vida, de toda mi existencia (Estacolchic, 1999/2006, p. 39).

Se comprueba la observación de Freud según la cual en algunas ocasiones el material del caso, en su conjunto, es figurado de manera condensada en un solo sueño, y que se requiere del desarrollo de toda una cura para comprender su composición –agreguemos ahora: sea que se lo sueñe al inicio, durante o al final-.

Como dijimos en el estado del arte, luego de comentar que no todos los sueños que tuvo durante el pase obedecían a las características de un sueño-índice, Mazzuca señala que, terminado ese trayecto y una vez nominado por la

escuela, tiene un sueño que nuevamente reviste las características de sueño-índice, cerrando el recorrido. Se trata de un sueño que veremos en el apartado 11.1 -sobre la posición del soñante ante la muerte y el tiempo-, en el que tres generaciones de mujeres conversan, mientras una de ellas está a punto de “descansar en paz” (p. 49). Es interesante que se trate entonces de un sueño sobre la muerte y la transmisión que viene a cerrar ese trayecto testimonial.

Otros de los sueños-índice que este analista relata son los siguientes, ordenados así, en una sucesión:

Tercer sueño: *Tengo una relación sexual con una mujer. Mi hermano se encuentra detrás prestándome el órgano.* Respecto del sentido del sueño: la *Gestión* y el ejercicio de la palabra quedan figurados por el falo fraterno.

Cuarto sueño: *Estoy acostado en una camilla a punto de parir. A mi lado se encuentra mi padre con un hombre que podría ser mi hermano mayor.* Sentido: se produce un deslizamiento de la *gestión* a la *gestación* y del padre al hermano mayor.

Quinto sueño: *Estoy embarazado, pero no soy la madre de la criatura. Simplemente presto mi vientre para que alguien tenga un hijo.* Sentido: el producto no es todo mío. El cuerpo funciona como caja de resonancia para que la palabra del otro acceda a la creación.

Sexto sueño: *Dejo a mi hijo recién nacido un tiempo en un hospital-estacionamiento. Nos vamos con mi mujer a disfrutar un tiempo solos.* Sentido: el hijo es no todo mío y la mujer es no toda madre (Mazzuca, 2011, p. 42).

Otro sueño suyo, que comentaremos en el apartado 11.1, versa sobre la muerte del padre, en torno a la cual se celebraba un banquete y se oye música.

Ya que el autor los señala como índices de una relación entre deseo y satisfacción, cabe introducir algunas precisiones acerca de la relación de estos sueños con lo pulsional. En esta serie Mazzuca señala especialmente la importancia de los *objetos oral e invocante*. No obstante, es remarcable el hecho de que el objeto *a* no aparece allí con la crudeza que vimos en otros sueños, sino más bien velado e insertado en una trama, lo cual permite apreciar el movimiento pulsional posterior a la travesía del fantasma, que se liga fuertemente a la sublimación. Aquí la *oralidad* es aludida mediante cenas y banquetes; la voz, a través de la música y la conversación.

Estas mismas características encontramos en varios sueños de otros pasantes, donde las transformaciones del objeto son indicadas por el sueño, sin que se trate de la aparición horrorosa o angustiante del objeto en su crudeza. Antes bien, creemos que lo que los sueños-índice vienen a mostrar son ciertas transformaciones que hablan de una nueva plasticidad en el funcionamiento pulsional. Por ejemplo:

En este sueño la analista con tono oracular, pronuncia la palabra “¡Aluminio!”<sup>97</sup>. El aluminio me remitió a unos versos de Jacques Prévert, que hablan de “una dulce mirada de acero”, una mirada que asocié con la de mi padre, inflexible y cruel por momentos. En el sueño el acero se transforma en aluminio, un metal que puede ser fuerte, ligero, dúctil y maleable. Se había producido una operación metalúrgica de flexibilización, **algo que ya me había sucedido** y que tenía relación con mis elecciones de objeto (Fuentes, 2011, párr. 43).

Hemos marcado con negritas el énfasis en lo ya acaecido.

Además de este material onírico, que habla de una mutación en las características de la mirada, esta misma analista relata otro sueño donde lo transformado es la voz<sup>98</sup>. Encontramos, en ambos, nuevos rasgos del objeto pulsional y, por lo tanto, de la satisfacción en juego. Como sucede con los sueños-índice de Mazzuca, la autora señala, justamente, que la escena onírica da cuenta de un cambio ya acaecido:

Más tarde pude darme cuenta gracias a un sueño que olvidé contar en el dispositivo del pase, de qué se trataba en la pregunta por el relieve de la voz<sup>99</sup>. En el sueño estaba en París, había huelga, manifestaciones, gente que gritaba consignas, sin embargo yo tenía la sensación de que le habían bajado el volumen a París. Era sorprendente.

Eso que ocurría afuera, en mi sueño, **me había pasado** a mí, mi voz había perdido algo de brusquedad, de ruido, además, ahora practicaba más la metonimia. Una antigua paciente muy sensible a la voz me lo confirmó (Fuentes, 2011, párr. 61-62).

---

<sup>97</sup> Se asocian en este sueño las características de sueño-índice y de “hacer decir al analista”, que trabajamos en la sección 8.

<sup>98</sup> Ya citado en los apartados 6.6 y 8.5, a propósito de otros aspectos del mismo sueño.

<sup>99</sup> Pregunta del “analista onírico”, que citamos en el apartado 8.5.

Otros analistas narran sueños con estas características, pero ponen el foco en el hecho de responsabilizarse por aquello que el sueño ha presentado como condición de goce y posición subjetiva, como es el caso de Marcus André Vieira (2013). Él señala que un sueño vino a marcar un cambio que ya había tenido lugar en su cuerpo y que su efecto fue la obtención de una certeza en relación a su posición.

Estos temas, que en cierto modo ya hemos desarrollado en la sección sobre lo pulsional en los sueños, los retomamos aquí para poner el énfasis en lo que los pasantes señalan como ya operado, de manera que podamos observar cómo el sueño viene a funcionar como índice:

Eso solo fue posible porque, de hecho, ese goce en más, el goce de la *mordidavida* **ya se había realizado en mi cuerpo**. Era de allí de donde venía esa certeza. Responsabilizarme en soledad por este goce y consecuentemente por mi sueño a partir de ese punto de real, fue mi pasaje de analizante a analista (p. 92).

Mazzuca explica también que al finalizar su análisis se encontró con un período de varios meses de ausencia de sueños, hecho que le resultó significativo porque todo le indicaba que era la primera vez que eso le sucedía en quince años. Relacionó esta circunstancia con la satisfacción que experimentaba desde la finalización de su análisis y que traía aparejada una mayor facilidad para encontrar, en la palabra “hablada o escrita” (Mazzuca, 2011, p. 45), la ocasión para el acto. De modo que cuando advino el sueño-índice que él considera central en su testimonio, advirtió que se trataba de un sueño de otro tenor que los que llaman al desciframiento. “Podríamos considerar que el *sueño-índice* del nuevo anudamiento entre *deseo* y *satisfacción* es más bien un *no-sueño* –por decirlo de algún modo-, un ‘basta para mí’ en lo que respecta a la significación del deseo, o un ‘eso me satisface’” (p. 45). Tal como él lo señala, se trata de sueños que más que orientar una búsqueda –como lo hacen en la mayor parte del análisis- apuntan hacia lo ya obtenido.

En cuanto al *tipo de despertar* o al *efecto del sueño al despertar*, cabe subrayar que el autor señala, dato interesante, el *valor de acontecimiento* que tuvieron para él. Entendemos que también aquí se trata de una escritura que



ocurre a través del sueño, pero no como resolutive de la angustia –como vimos en el apartado anterior–, sino como índice de un cambio que ya sobrevino y que el sueño inscribe. Podría decirse que, en algunos casos, el nuevo lazo entre deseo y satisfacción es a veces marcado por el afecto que provoca el sueño al despertar, como en el siguiente:

El verano siguiente, tuve un sueño del que me desperté alegre, lo que me sorprendió tanto es que me pareció anodino: había simplemente encontrado la valija de vacaciones de mi infancia, y dentro una piedra parda recogida antaño sobre la playa, asimismo pedazos de juguetes rotos. Ese placer inédito de encuentros con fragmentos de la infancia, esos trazos gozosos, me evocaron trazos fugitivos de mi padre, que había encontrado en lecturas recientes. En el fondo, yo no lo había encontrado nunca más que así. Me había vuelto alegre porque, gracias al análisis, me había reconciliado con sus bromas (Chiriaco, 2011, p. 102).

La pregunta que se han hecho varios analistas es en qué se diferenciarían estos sueños de los sueños de satisfacción habituales, que conocemos desde *Die Traumdeutung*. Todo indica que la respuesta radica en este dato que venimos destacando: una cosa es soñar con una satisfacción deseada y otra es tener la firme convicción de que esa satisfacción ya ha tenido lugar, y que encuentra en el sueño un modo de escritura. Por eso es tan frecuente que este tipo de sueños advenga en el período posterior a la construcción del fantasma y acuda a testimoniar sobre un nuevo funcionamiento de la sublimación.

¿Cómo diferenciar un sueño de alguien que utiliza el resto diurno de una lectura de un texto cualquiera sobre el final de análisis aliado al deseo de concluir su propio análisis, de un sueño de alguien que de hecho concluyó su análisis?<sup>100</sup> Mi hipótesis es que en el primer caso el sueño es un vector del deseo que se realiza apenas en la escena onírica y, en el segundo, se trata de un sueño que expone la conclusión que acaba de ocurrir como deseo realizado. Mi hipótesis es que, en el segundo caso, el sujeto finaliza el análisis y después sueña concomitante al

---

<sup>100</sup> Este modo de expresión, que parece abrigar la idea de que la finalización de un análisis sería un dato fáctico y contundente, más que una decisión, no nos parece el más conveniente; pero como dijimos en el estado del arte, ha sido preocupación de varios.

momento de concluirlo. El sujeto registra y valida con el sueño el crepúsculo del sujeto supuesto saber (De Campos, 2012, p. 52).

Volvemos, entonces, a que es posible diferenciar la función que cabe a los sueños cuando se trata de relanzar el análisis y cuando, en cambio, vienen a inscribir -con efectos de convicción para el sujeto- los cambios de posición. Dichos cambios, o la forma en que son “registrados”, por así decir, no tienen el mismo efecto según advengan al modo de una revelación o simplemente de un índice o inscripción.

Encontramos sueños de este mismo estilo en muchos testimonios. “Se puede describir esos sueños como siendo una especie de sueños de premonición onírica realizada”, comenta Sérgio De Campos (2012), y agrega: “mi hipótesis es que, el sueño de final de análisis, se configura como índice de conclusión y que se materializa como deseo realizado” (p. 52). Al igual que Mazzuca, va a sostener que, en su caso, “el sueño de final es un índice que sanciona la conclusión del trayecto” (p. 55).

Otra pasante comenta que un sueño operó para ella como confirmación de la posición que obtuvo gracias al análisis, que implicaba un modo singular de habitar el lazo con otros:

Tercer sueño: (Días después de enviar la carta de pedido de pase).

Por fuera del testimonio y por tanto lo que causó, encauzó el dispositivo; lo que abrió el Inc. El sueño: "Estaba en la E.F.B.A. Un analista – amigo de otras épocas – me preguntaba “¿Qué haces acá?”. Y acotaba lo complicado que es estar en una institución, en el centro". **El sueño daba la clave:** andar por fuera, por los Bordes. (...) Recordé que ese analista me acusaba, hace algunos años, de gozar de demasiada libertad en la institución donde estábamos, de andar siempre por los Bordes (Missorici, 1998/2006, p. 23).

Vemos que este sueño indica algo que ya ocurrió en la economía libidinal de la pasante que, a su vez, en y por el sueño ratifica su posición, reafirma ese habitar los bordes que le permite una circulación más fluida por ciertos ámbitos.

En lo que concierne a la relación entre el soñante y su sueño, encontramos también la interesante vicisitud de que un sueño así puede advenir y, sin embargo, no ser relatado de inmediato. Es el caso de un sueño que fue

guardado “cual secreto en la cajita de cristal<sup>101</sup> durante (...) siete largos meses” (Mildiner, 2016, p. 67). Al parecer, el solo hecho de relatarlo tenía para la soñante un cariz terminal:

En el final del arco me despedía de ese Otro que me había construido y que suponía que me silenciaba, y lo situó en la decisión de contarle al analista el sueño que llamé del final del análisis y que había soñado siete meses antes (p. 66).

Se nota aquí un cambio de posición entre la ocurrencia del sueño y la decisión de contarlo, siete meses después. En el relato, hay varios elementos ligados a la satisfacción obtenida:

Comienza con un viaje en subterráneo oscuro, en donde me quedo dormida, y al despertar, el subte se ha convertido en un tren, había salido a la luz, al aire libre. Allí me doy cuenta que no tengo mi bolso, lo encuentro en otro asiento lo abro y está vacío. Al darme cuenta de que no tengo la dirección de la fiesta a la que iba, levanto la vista y veo afuera un cartel con letras de neón que dice CI-MI-NO. Bajo del tren y le digo al hombre que recibe los pases; allí es la fiesta, a lo que responde con un gesto afirmativo: sí (p. 67).

El salir al aire libre se vincula con cierto malestar que le impedía anteriormente tomar subtes, pero también con un síntoma, una sensación “de pulmones llenos” que ya hemos mencionado (Apartado 9.1.4). Finalmente, esta soñante señala que las letras halladas en este sueño son para ella un índice de su consentimiento, que legitiman tanto su “sí” como su “no”. También encontramos allí una fiesta, dato que ya hemos anotado en Mazzuca y que vimos aparecer en otros sueños del final, probablemente como metáfora de la satisfacción obtenida. En este último ejemplo, nos resulta central el valor de acto que la soñante confiere al hecho de contarle a su analista -meses más tarde -, ya con la convicción de que se trataba de un sueño que sancionaba el final.

### 10.1. Una observación metodológica

---

<sup>101</sup> La *cajita de cristal* era un elemento del relato de su novela familiar.

Como seguramente se ha podido apreciar, el recorrido por nuestro corpus de análisis nos ha permitido rastrear esta función de índice de algunos sueños al atender especialmente a cómo los soñantes los presentan, es decir, a lo que comentan sobre ellos, ya que es allí donde se aprecia el lugar confirmatorio al que vinieron. En este sentido, lo hallado parece ratificar también las hipótesis de los autores que sostienen que este tipo de sueños ocurre luego de un cambio y no antes, no son sueños que se adelanten, sino que vienen a testimoniar sobre un cambio de posición ya acaecido, una decisión ya tomada o una nueva satisfacción hallada.

Fabián Fajnwaks (2016) dice, por ejemplo: “Un sueño **vino a confirmar esta decisión** algunos días más tarde, sueño que interpreté como un sueño de conclusión de la cura” (p. 75) y señala más adelante el mismo hecho con respecto a otro momento: “un sueño hecho en el contexto de esta construcción **vino a certificar** la operación de reducción de goce producida por esta separación” (p. 81). Lo que nos da la clave es aquí el modo de expresión de los pasantes, el modo de introducir o comentar el efecto de ciertos sueños, en este caso el “vino a confirmar” o “vino a certificar”.

Leonardo Gorostiza (2011), por su parte, comenta cómo encontró en el síntoma y sus transformaciones, la cifra del deseo del analista. “Un sueño surgido en el interior del último tramo de mi análisis **testimonia de ello**”, dice (p. 115). Al sueño-índice se le adjudica aquí la acción de testimoniar.

De manera similar, Bruno De Halleux (2015) relata los avatares de sus cambios de posición en análisis, las vicisitudes de la neurosis y del acto, y encuentra en un sueño la confirmación de un cambio ya operado:

El hombre viene derecho hacia mí a pegarme. Se me quiere tirar encima y, en lugar de evitarlo e irme corriendo como sería prudente, me dispongo a pegarle. En el momento en el que va a pegarme, le doy un golpe en la cara y grito: “No”, tan fuerte que despierto a mi mujer, mi hija y mi hijo.

(...) este terrible puñetazo (...) hace referencia a un cambio radical. No es mi estilo romperle la cara a alguien. Siempre abordé al Otro con dulzura, de manera distendida, creyendo en el diálogo. El puñetazo, el “no” que grito, **muestran una mutación radical de mi posición subjetiva** (pp. 115-116).

## 10.2. Reflexiones sobre esta categoría de sueños

En conclusión, la postulación de la categoría *sueño-índice* permite iluminar otra relación posible entre el sueño y el soñante, una donde el sueño viene a confirmar los cambios operados por el análisis, transformándose así en un sueño inolvidable, como vimos que lo destacaba Estacolchic (sección 10).

Algo de esto ya fue señalado por Freud cuando escribió sobre los *sueños confirmatorios* (1911/2001a, p. 92; 1923/2000, p. 117). Su experiencia clínica lo llevó a destacar principalmente: (a) la temporalidad -señaló que son sueños que ocurren después de que algo ya fue tema del análisis, especialmente si hubo una construcción de algún suceso vivido-, (b) la participación de la sugestión -sólo ocurren en determinadas condiciones de influjo por la cura- y (c) lo fáciles de interpretar que son -ya que, como en todos los que vimos, no hay gran participación de la censura que ocasionaría el disfraz-. Freud (1923/2000) se planteó la misma pregunta que los analistas que teorizan la clínica del pase: ¿es creíble lo que muestran los sueños confirmatorios? Se respondió que no, que “carecen de toda virtud probatoria” (p. 117).

Sin embargo, hemos de destacar que Freud no estaba pensando en sueños que ocurren luego de más de una década de análisis, en alguien cuyas condiciones de satisfacción han cambiado, sino en sueños que venían a confirmar construcciones del analista en el proceso de la cura. “Parece como si el paciente hubiera tenido la amabilidad de brindar en forma onírica eso mismo que inmediatamente antes se le «sugirió»”, comentaba (Freud, 1911/2001a, p. 92). De ahí su sospecha de una participación de la sugestión.

Nosotros coincidimos con los autores que proponen que el factor principal para sopesar el valor de los sueños-índice es su temporalidad, el hecho de que ocurran después de que una modificación pulsional crucial ha tenido lugar y que vengan a confirmarla, y a eso adicionamos la fundamental cuestión de la posición del soñante: su convicción de un cambio subjetivo es previa al sueño y no se anoticia de ella por éste, aunque sí encuentra en él un modo de nombrar o inscribir esta nueva posición.

La situación es la inversa de otra que algunos analistas mencionan: que sus pacientes tienen sueños que quieren adelantarse a la cura y esperan de ellos -de los analistas- la confirmación de que algo está sucediendo (Cottet, 2000; De Campos, 2012; Leguil, 2012; Nemirovsky, 2004).

Destacamos, además, la precisión de Mazzuca al proponer que aquello de lo cual este tipo de sueños son índice es fundamentalmente la relación establecida entre deseo y satisfacción en distintos momentos de la experiencia.

Esto nos permite postular: (a) sueños-índice que dan cuenta de dicha relación en un momento posterior a la construcción del axioma fantasmático y que podríamos considerar sueños-índice en un sentido más bien estricto -para mantener esta categoría dentro de una caracterización bien delimitada por los rasgos que fuimos detallando-, y (b) un sentido más laxo, desde el cual podríamos considerar el rasgo indiciario de muchos otros sueños, tales como aquellos que ofrecen su aporte para una captación inicial de la repetición en juego, el síntoma, la transferencia, etc. También en ellos encontramos ciertas características del sueño que lo presentan más como índice o signo que como material significativo a desplegar. De allí la habitual dificultad para obtener asociaciones de parte del soñante, como lo indicó Freud para esos sueños que pueden advenir al inicio de la cura y que están a tal punto condensados que no puede esperarse una extracción de sus elementos en el corto plazo.

Entonces, otra diferencia esencial entre estos dos modos en que proponemos entender los sueños-índice es que los que hemos considerado como tales en sentido estricto gozan siempre de una lectura no ingenua de parte del soñante mismo, incluso son más transparentes para el soñante, en ese momento avanzado de la cura, que para el analista. Los otros, en cambio, arrojan un material condensado que aún no puede ser leído, convirtiéndose en índices de algo que aún no se sabe. A este respecto, la posición del soñante es comparable con la de la experiencia de significación personal de la psicosis: eso me concierne, pero no sé cómo ni por qué. Los sueños-índice del final de la cura son, por el contrario, algo así como un “eso me concierne y sólo yo sé cómo y por qué” -siempre y cuando tomemos al verbo “saber” con todas las salvedades que corresponden a la participación de lo inconsciente-.

## 11. Posiciones del soñante frente a la muerte y el tiempo

“¿Qué hay quien intente reinar, viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte?”

(Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, p. 76).

En su seminario sobre el deseo, Lacan retoma un sueño narrado por un paciente de Freud (1911/2001b), un sueño recurrente que se produjo en los meses siguientes al fallecimiento de su padre: “*El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía. Pero él se sentía en extremo adolorido por el hecho de que el padre estuviese muerto, sólo que no sabía*” (p. 230). El padre estaba muerto, pero no lo sabía, entonces el soñante, al verlo, experimentaba el dolor en su lugar.

Este sueño es pensado por Lacan (1958-59/2015) como defensivo, sueño animado por el deseo de no despertarse, y por lo tanto no localiza en él una verdadera valentía del soñante frente a eso que ha llamado “el mensaje secreto” del sueño.

El sujeto se carga con el dolor del otro, mientras que hace recaer sobre éste lo que él no sabe, o sea, su propia ignorancia –la de él, el sujeto. Su deseo es en efecto sostenerse en esa ignorancia, prolongarla. Ése es precisamente el deseo del sueño. (...) Es el deseo de no despertarse –de no despertarse al mensaje, el mensaje más secreto que pueda conllevar el sueño mismo, y que es que el sujeto, por la muerte de su padre, de ahí en más se ve confrontado con la muerte, algo de lo cual hasta entonces la presencia del padre lo protegía (p. 112).

Lacan lee en este sueño un asunto generacional, el de la concatenación que conduce a la muerte en un orden a menudo predecible. El intento de sostenerse en la ignorancia a este respecto es, para Lacan, lo que el analista podría interpretar a partir de un sueño así, siendo que, frente a esa posición cómoda, posición defendida, “el psicoanálisis -dice en otro sitio- está mandado

a hacer para desprender de ello al sujeto que de ello se fía” (Lacan, 1984/2006, p. 23). El análisis está hecho para llevar al sujeto hasta ese punto de falta de garantías que deja como única opción el acto, la elección dentro del tiempo acotado de la vida. Nadie, ni siquiera la generación anterior, puede proveer al sujeto de garantías respecto de cómo obrar. “Ése es, si me permiten, el gran secreto del psicoanálisis. El gran secreto es: no hay Otro del Otro” (Lacan, 1958-59/2015, p. 331).

El sueño se ocupa de envolver, velar, pero también revelar lo secreto, como es en este caso el secreto insoportable de la facticidad de la muerte, una de las formas de la castración. Por eso, frente a este sueño que le es relatado a Freud, Lacan (1958-59/2015) se pregunta por la posible interpretación que podría ensayar el analista, una interpretación que apunte justamente hacia la dificultad de asumir la castración.

¿Qué significa *asumir la castración*? ¿Acaso la castración es en verdad asumida alguna vez? ¿Qué es esa especie de punto sobre el cual van a romper las últimas olas del *análisis terminable o interminable*, como dice Freud? ¿Y hasta qué punto el análisis está, no sólo en derecho, sino en posición, en potencia, en poder, de interpretarla, en este sueño y a propósito de este sueño? (p. 113).

La cuestión de qué de la castración es posible de ser asumido llevará a Lacan a dictar muchos seminarios más, sobre el fantasma, el acto, el *sinthome*... Pero aquí ya esboza esta inquietud, y lo hace justamente a propósito de un sueño.

Si leemos detenidamente las clases que le dedica, encontramos que usa allí el término *deseo* en formas contradictorias, que hemos intentado despejar en las secciones 4 y 5. Nuestro recorrido nos ha llevado a separar el deseo, entendido en algunas de sus frases como una mera tendencia hacia la comodidad -donde tal vez se lo confunde con el principio del placer-, del deseo en sentido estricto, aquél que se mantiene en el umbral del principio de placer y que se realiza transgrediéndolo.

Por el contrario, el sueño del padre muerto intenta “en ese momento crucial de la vida del sujeto que es la desaparición del padre, interponer la imagen del objeto para hacer de ella el soporte de una ignorancia perpetua que



vele el deseo” (Lacan, 1958-59/2015, p. 113). Es un sueño que requiere de la intervención del analista para rescatar en él lo que puede haber de interesante, lo que puede hacer avanzar el análisis, porque de otro modo este sueño no empuja el límite de lo soportable por el neurótico un poco más allá, no ejerce esa presión que caracteriza al deseo, sino que, por el contrario, “separa al sujeto de su deseo, proporciona al sujeto un refugio, una defensa, a fin de cuentas, contra ese deseo, le provee un pretexto moral para no afrontarlo” (p. 113). Afrontar el deseo implicaría un cierto reconocimiento de la muerte como destino, no sólo la del padre, sino la del analizante mismo.

Es interesante observar que, a propósito de otro sueño escuchado por Freud, Lacan hace un comentario similar. Se trata de la situación inversa: el padre ve en su sueño a su hijo muerto en llamas y le oye decir “*Padre, ¿acaso no ves que me abraso?*” (Freud, 1900/2001, p. 504). Cuando Lacan (1964/2006) retoma este ejemplo se pregunta qué es lo que despierta a este soñante, cuál es el punto verdaderamente sensible de este sueño, su mensaje más secreto, y también cuál es su relación con la muerte.

La realidad que determina el despertar, ¿es en verdad el ruido ligero contra el cual se mantiene el imperio del sueño y del deseo<sup>102</sup>? ¿No será más bien otra cosa? ¿No será lo que se expresa en el fondo de la angustia de ese sueño? –a saber, lo más íntimo de la relación del padre con el hijo, y que surge no tanto de esa muerte sino de lo que ella es, allende en su sentido de destino (pp. 76-77).

Como dijimos, eso que la muerte es *en su sentido de destino* no es otra cosa que una de las formas de la castración y a menudo forma parte del gran secreto que el analizante descubre a lo largo de su análisis; no porque la muerte sea por alguien desconocida, sino porque todo en el ser hablante intenta acallar ese saber, desconocerlo defensivamente, con alto gasto de energía (Freud, 1915/2000b). El análisis, en cambio, abre las vías para que muchos de esos saberes rechazados obtengan una nueva localización en la constelación subjetiva, entre ellos “el doloroso enigma de la muerte, para la cual hasta ahora

---

<sup>102</sup> Nótese que aquí Lacan usa el término *deseo* en un sentido más ligado al deseo de dormir que a ese *otro deseo* que hemos enfatizado en la sección 5 y que consideramos central en sus desarrollos sobre el sueño.

no se ha hallado ningún bálsamo ni es probable que se lo descubra” (Freud, 1927/2001, p. 16).

Ahora bien, sobre esta cuestión de los sueños edificados en torno a la presencia de un muerto, Freud escribió que “plantean en general a la interpretación difíciles tareas” (1900/2001, p. 430), pues los sentimientos de ambivalencia del soñante hacia el difunto introducen en la escena onírica extrañas mutaciones, haciendo que éste aparezca por momentos vivo, por momentos muerto y que a menudo recobre vida en algún instante del sueño. La perplejidad que causan estos abruptos cambios es, para Freud, señal de la ambivalencia del soñante y de sus esfuerzos por desmentir sus actitudes afectivas.

Distinta es la situación en que dentro del sueño no se advierte que el muerto está muerto; para estos casos Freud considera que hay una regla que ayuda a orientarse: se trata en ellos de que el soñante se iguala al muerto, es decir que sueña con su propia muerte. Luego, “el recuerdo que con asombro emerge de pronto en el sueño: «¡Pero si ha muerto hace tiempo!» opera como cautela contra esta comunidad y rechaza ese significado, el de la muerte del propio soñante” (p. 431).

Este tema no podía quedar por fuera en una investigación sobre la posición del soñante en el final de las curas, pues, como escribirá Freud casi una treintena más tarde, “una premonición de muerte asedia al que duerme”.

Esta frase pertenece al relato de uno de sus sueños, un sueño de muerte que presenta otra valentía que la del soñante que contra esa verdad se protege. Tal como en el sueño “de la inyección de Irma”, Freud (1927/2001) da cuenta de sus agallas, de su cualidad de soñante decidido, aun cuando la continuación del sueño le ofrezca un paliativo. Su relato dice lo siguiente:

Una premonición de muerte asedia al que duerme, quiere trasladarlo a la tumba; pero el trabajo del sueño sabe escoger la condición bajo la cual aún ese temido evento se convierta en un cumplimiento de deseo: el soñante se ve en una antigua tumba etrusca a la que había descendido, dichoso, para satisfacer sus intereses arqueológicos (p. 17).

Observemos las dos interpretaciones que él ofrece: la de verse en una tumba por intereses arqueológicos –interpretación más liviana- y la de verse trasladado a una tumba por el sencillo motivo de que, como dice, *una premonición de muerte asedia al que duerme*. También en este sentido es *a causa de sus intereses, pero epistemofilicos*, podríamos decir, ya que se trata de un saber, el saber habitualmente rechazado sobre la muerte como destino; saber del que Freud nunca rehúye.

En los sueños de Freud el atravesamiento del dormir defensivo es a menudo evidenciado; sus sueños lo conducen al despertar, si no en el sentido corriente del término, al menos en un sentido conceptual estricto (Koretzky, 2012), pues suele ir, en la escena onírica, un poquito más allá de lo cómodamente soportable. La visión de la garganta con escaras de Irma es el más conocido ejemplo; este otro sueño, el de la tumba, no tiene nada que envidiarle.

### 11.1. Los sueños de muerte del padre

Además de la ya mencionada dificultad interpretativa que revisten los sueños con personas muertas en general, Freud (1900/2001) escribió que no es casual que los sueños que involucran la temática de la muerte del padre se presenten protegidos por tanto disfraz: “es que ahí se reúnen de manera típica las condiciones para la creación de sueños absurdos” (p. 434). Muchos de los sueños suyos que plasmó en *Die Traumdeutung* están edificados sobre este contenido, pues justamente se trata de la obra que concibió durante el duelo por la muerte de su propio padre. Cuando, años más tarde, pensó en revisarlo e introducir modificaciones, se sintió “incapaz de borrar las huellas de esa influencia” (Freud, 1900/2001, p. 20). “Es que para mí el libro posee otro significado, subjetivo, que sólo después de terminarlo pude comprender”, escribe, “advertí que era parte de mi autoanálisis, que era mi reacción frente a la muerte de mi padre” (p. 20).

Uno de esos sueños merece especial mención en esta tesis, pues anuda el fallecimiento del padre con la realización del deseo durante la vida. Se trata de un sueño extenso, con muchos elementos y asociaciones, plagado de referencias a la muerte. Para nosotros, lo más destacable es lo siguiente: en cierto momento del sueño, Freud (1900/2001) advierte que por error pronuncia «NON VIXIT» («no vivió») cuando debía decir «NON VIVIT» («no está con vida») (p. 422). Al despertar, se pregunta durante un tiempo de dónde sacó esa expresión y llega finalmente a una frase que había visto escrita en un monumento en memoria del emperador José: «*Saluti patriae vixit non diu sed totus*» («tuvo corta vida, pero la dedicó íntegra al bien de su patria») (p. 423). Luego, advierte también que la frase original decía «publicae» (pueblo, Estado) y no «patriae», como él lo recordaba, agregado suyo que asocia con el «pater» (Fratini, 2009).

La sustitución, en el sueño, de ese «no está con vida» por el taxativo «no vivió», nos conduce de forma directa a un juicio sobre la vida, suya o de su padre; tema que Freud (1936/1997) no evade cuando escribe, por ejemplo, que con él lo liga una “moción de piedad”, emanada de una consideración por todo lo que aquél no pudo realizar en vida (p. 221). Pero mucho antes, ya en 1900, advierte que el sueño «NON VIXIT» se vincula con el ir más allá del padre, el tomar su lugar, cuando señala: “Al final del sueño siento una enorme alegría y después formulo un juicio, (...) a saber, que existen resucitados que pueden eliminarse por el mero deseo” (Freud, 1900/2001, p. 477). Idea ya presente en el relato del sueño, por el hecho de que “golpear”, “pegar” («Wichsen»), según señala Freud mismo, “se pronuncia «vixen»” (p. 425). Ese golpe, asestado no al padre, sino a su función, a lo que representa el padre en la neurosis, es vivido al final del sueño como *una enorme alegría*. No por azar el sueño figura, en otro momento, lo siguiente: “miro entonces a P. con intensidad [personaje del sueño que nos basta con tomar como sustituto del padre], y bajo mi mirada él se torna pálido, difuso (...), y por último se disuelve” (p. 422). Volveremos a encontrar esta disolución del padre de muy diversas maneras en los sueños de los testimonios.

El problema que se presenta a menudo en el centro de la neurosis es el del padre muerto pero conservado, la pervivencia del padre como mito y como ideal. Un sueño de un paciente de Freud (1917/2000b) lo plasma a la perfección:

He aquí el sueño de un hombre que hacía varios años había perdido a su padre:

El padre es finado, pero lo exhumaron y se le ve mal aspecto. Desde entonces sobrevive, y el soñante lo hace todo para que él no lo note.

(...) el soñante refiere: Después que estuvo de regreso del sepelio de su padre, empezó a dolerle un diente. Quiso tratar a ese diente según el precepto de la doctrina judía: «Si tu diente te fastidia, arráncalo»; y se fue a casa del dentista. Pero este dijo: «Un diente no se arranca; uno debe tenerle paciencia. Le pondré algo para matarlo; pasados tres días vuelva usted, y entonces le extraeré eso». (...) Entonces, el soñante habría condensado al padre finado con el diente muerto y, no obstante, conservado; los habría fusionado en una unidad (pp. 171-172).

El padre muerto pero conservado, entonces; tema central en muchos análisis. ¿Cómo disolver esa idealización, ese nudo entre autoridad y amor u odio, que le otorga a veces una presencia aplastante, aniquilante del deseo propio? Lacan (1959-60/2007) sostuvo que:

La única función del padre, en nuestra articulación, es ser un mito, (...) nada más que el padre muerto, como Freud nos lo explica en *Tótem y Tabú*. Pero, obviamente, para que esto sea plenamente desarrollado es necesario que la aventura humana, aunque más no fuese en su esbozo, haya sido llevada hasta su término, a saber, que la zona en la que avanza Edipo después de haberse desgarrado los ojos haya sido explorada (p. 368).

Para Lacan, habrá que ir más allá del padre si se quiere realizar algo del deseo. Tomando algunas de las expresiones que veremos aparecer en los sueños que los pasantes han publicado en sus testimonios, podríamos decir que habrá que desasirse de su autoridad, abandonar su sombra o reconocerlo como semblante. Uno de ellos dice lo siguiente:

*Hay un trajín en el corredor. No es como habitualmente. Ocurre algo importante. El analizante no comprende. Quiere comprender y va a informarse. Se entera de que es un día de duelo. El analista perdió a alguien cercano. Se procederá a la autopsia del cuerpo, lo que explica el trajín. Hay una mesa de autopsia e instrumentos. La caja craneana está abierta. Alguien retira del cráneo una masa gelatinosa y la apoya sin miramientos sobre una silla. El analizante se acerca y*

*ve una pieza de queso de cabeza<sup>103</sup>. Los empleados de las pompas fúnebres se llevan el cuerpo.*

¿Qué era ese queso de cabeza [*pâté de tête*]? El analizante no necesitó mucho tiempo para reconocer allí el *pater*. Al soñador le había bastado quitarle la *r* para que no quede más que paté [*pâté*], una pieza de gelatina sin ningún interés (Seynhaeve, 2011, p. 204).

La muerte del padre, aquí disfrazada, es reconocida rápidamente por el soñante una vez despierto. En realidad, la figura del padre, ese protector que, como Dios, ofrece el bálsamo que promete curar al viviente de todo asedio, es aquí diluido, reducido a una masa gelatinosa. La posición del soñante es aquí más osada que la de los dos pacientes de Freud, pues no se trata ya de si el padre sabe o no sabe, ni de si ha muerto y ha sido conservado, sino de su inevitable reducción.

Como al pasar, el sueño parece mezclar esta temática con la de la terminación del análisis - “el analista perdió a alguien cercano”-, cuestión que veremos repetirse en otros testimonios. Aquí el relato es muy rico, podríamos enfocarnos en la participación del cuerpo, de lo autopsiado -los restos, tal vez sintomáticos-, la demarcación del evento importante, pero retengamos por ahora esta relación entre la muerte del padre y el fin del análisis.

Vayamos a otro sueño de nuestro corpus de análisis. Aquí el padre es reducido a un muñeco. Se advierte -detalle central- que lo importante no yace ahí, junto al remedo de padre, sino en la vereda de en frente.

Llegamos finalmente al sueño. Este se dio en el intervalo entre el período de análisis en que estaba, y aquél que sería el último. Lo relato:

*Es de noche, llego a la pequeña calle donde está la casa materna. Frente a la puerta cerrada, en la penumbra, extendido en la vereda estrecha, hay un cuerpo.*

*Está la duda: ¿es un hombre? ¿Un cadáver o un muñeco de trapo como los de Judas de los antiguos sábados de Aleluya? Me aproximo. La puerta está cerrada, pero una pequeña ventanita de la puerta está abierta. La casa está a oscuras.*

*Cuando miro al muñeco, éste parece moverse, y algo me dice que podría ser mi padre. (...) intento tomarlo entre mis brazos, y esto le provoca un dolor inmenso y un gemido lacerante.*

---

<sup>103</sup> “Pâté de tête: queso de cabeza o queso de cerdo, áspic de carne hecho a partir de la cabeza de un ternero o cerdo” (Nota de la traductora en el texto original, p. 204).

*No sé qué hacer, pues solo quiero huir, pero soy médico y no puedo no auxiliarlo. En ese momento de dolor, se escucha un barullo que proviene del otro lado de la calle, más adelante, en dirección al movimiento de los autos. Allí veo algunas personas alrededor de alguien, pero no consigo ver demasiado. Solo escucho. Sea quien fuese, está agitado y produciendo confusión y ruido. ¿Será un borracho o un mendigo?*

*No sé, pero soy tomado por la certeza de que es allí, del otro lado, donde está lo que importa. En ese momento, miro hacia el padre que tengo en mis manos, y ahora tengo la certeza de que es solo un muñeco, y el atropello pierde su carácter doloroso para volverse una farsa. Lo veo como a aquellas muñequitas que cuando se las aprieta dicen “mamá” o “te amo”. En este caso, diría “¡ay!” (Vieira, 2013, pp. 90-91).*

Según refiere Vieira, este sueño lo dejó “perplejo y malhumorado” (p. 91), pues no encontraba nada nuevo en él, sólo elementos ya consabidos. Pero en el último período de análisis, cuando retoma este material onírico, asocia con el recuerdo de las manos de su padre, siempre mordidas por intervenir en las peleas de los casi cincuenta perros que tenía en su casa. “Esa mano inscribía la mordida que autorizaba la violencia de la pacificación, de los gritos o de la tortura” (p. 91). Junto con esto, el analizante encuentra un circuito pulsional paterno que le parece también suyo: “hacerse morder” y “hacerse aplastar” (p. 91). “Salgo de esa sesión escuchando *manomordida (mãomordida)*<sup>104</sup> y al mismo tiempo *morsure*, en francés (que significa “mordida” pero también “*mort sure*”, “muerte segura”)” (p. 91).

Tenemos aquí la contracara de lo que señalaba Lacan: la presencia del padre protege al sujeto del enfrentamiento con el saber sobre su propia muerte. Reducido el padre -a un muñeco o una masa amorfa, por ejemplo- el sujeto ya no tiene excusa para creerse inmortal o para vivir como si el tiempo fuese infinito.

Otro testimonio relata lo siguiente:

El sueño: “Soy llamado como médico para atender de urgencia a una persona que está muriendo. No hay luz. Está todo oscuro y opaco. Consigo, con dificultad, leer la placa de la calle: *Angustura*. Era allí. Entro en la casa oscura, vacía y abandonada. Me dirijo al barracón en el fondo de la casa. La puerta está atrancada. La empujo y encuentro resistencia. Pongo mucha fuerza y la puerta

<sup>104</sup> En su lengua materna, el portugués.

sueno. Consigo abrir una brecha por donde meto mi cabeza. Giro la cabeza para examinar el pequeño recinto y veo la razón de la resistencia. Hay una sombra caída, en el ángulo interno de la puerta. Al encontrarme con la sombra oscura y muerta, en estado avanzado de putrefacción, vomito y despierto". *Angustura* es el significante que sintetiza ese sueño.

*Angustura* es una palabra originaria del siglo XIV que significa angustia, desfiladero, pasaje estrecho o brecha. El significante es marca de la separación del sujeto con el Otro, cuando encuentra la sombra del padre muerto, ya en estado avanzado de descomposición. Su neurosis fue intentar, en vano, salvar al padre (Passos Ribeiro de Campos, 2010, pp. 61-62).

En este sueño el padre ha sido reducido a una sombra, una sombra muerta en estado avanzado de putrefacción. Es muy interesante cómo este sueño retoma y reedita el escenario de una situación sumamente traumática de su infancia, en la que también participa su padre y que acaece, justamente, en ambos lados de una puerta atrancada. En esa escena intervino también la mirada, con un poder cristalizador muy marcado, sufriente. Toda la escena congela el paso del tiempo, que luego el analizante desarrolla en su testimonio como detención en la infancia. Uno de los detalles que resalta es el escenario infantil de la mayoría de sus sueños durante el análisis. Sitúa allí algunas modificaciones que se produjeron como efecto del tratamiento:

Puedo decir que los sueños se delimitaron en tres etapas: la primera posición, que corresponde a la entrada en análisis y a un *instante de ver*: el sujeto está siempre en una fase entre el final de la infancia y el inicio de la adolescencia.

(...) La segunda posición coincide con un *tiempo de comprender* que duró años, en el cual el sujeto está fuera de la escena y, en una alteridad, se ve en escena figurado como un adolescente. (...)

La tercera posición, considerada como el *momento de concluir*, coincide con la última etapa de la gramática freudiana de "pegan a un niño". La posición en el sueño ahora es Otra. El sujeto está dentro de la escena nuevamente, pero ahora como adulto, aunque la temática onírica de fondo aún sea infantil (p. 59).

Sobre el final de su testimonio explica que esas mutaciones de la escena onírica fueron contemporáneas a las modificaciones que se produjeron en su relación con el tiempo: "el sujeto, congelado en un tiempo eterno, era espectador de su vida y, fotografiado en un instante de ver, sentía que nunca envejecía" (p.



62), mientras que en un momento posterior, más cercano al final de su análisis, eso sufrió una transformación que se evidenció tanto en la escena onírica como en su sentir respecto al tiempo: “ahora, el tiempo no está más suspendido, ni tampoco posee una fuente de la juventud, pues el sujeto percibe que envejece rápidamente” (p. 62), incluso “percibe que la vida es fugaz (...), de modo que surge un deseo de vivir intensamente” (p. 62).

Vamos encontrando, en estos testimonios, una relación entre muerte, tiempo y deseo que es estrecha e insoluble. La caída de la figura que hizo las veces de garante en la neurosis, deja al sujeto frente a una vida que se abre al futuro como un signo de pregunta; pregunta que él deberá responder haciendo su propio camino. Así lo dice el sueño de otro pasante:

Mi padre está muerto, yace bajo una sábana blanca en el comedor de mi casa; atrás del cuerpo se puede ver un enorme signo de interrogación con piedras brillantes clavadas, justo en el lugar donde habitualmente el ritual católico coloca un ostensorio dorado (Fernando, 2015, p. 156).

Los sueños del análisis avanzado apuntan a que más allá del padre está la continuación de la vida, pero en una nueva posición.

Soñé con la muerte del padre. Lo abrazaba, lo cargaba en mi hombro. Era tan liviano que no sentía el peso. Lo dejaba atrás. Se trataba tanto de mi renuncia a seguir cargando con ese cuerpo muerto como de comenzar a hacer tambalear el goce de la imagen congelada en la muñeca materna (Udenio, 2014, p. 103).

Aquí una pasante mujer nos ofrece un lazo entre muerte del padre y ligazón con la madre. Ser la muñeca materna es lo que deja atrás esta soñante, a la vez que deja caer el cuerpo muerto que cargaba en su hombro. El análisis ha permitido ese acto.

Señalemos ahora que, si bien hemos titulado este apartado “La muerte del padre”, para recuperar lo que la tradición psicoanalítica ha elaborado en torno a esta figura, podemos actualmente abrirnos a una consideración de este lugar no basada en distinciones de género. Se tratará, en realidad, de lo que cada analizante habrá localizado como figura protectora, antecesora, admirada o temida. Los tiempos están cambiando y, con ellos, las coordenadas simbólicas

e imaginarias de la constelación subjetiva<sup>105</sup>. Incluso actualmente es posible ubicar, en los sueños de los testimonios, figuras femeninas que encarnan las mismas temáticas de muerte, sucesión generacional y deseo.

Un segundo sueño tiene lugar justo después de la muerte de mi madre, el febrero anterior. Espero el metro junto a mi marido. Llega un enorme TGV todo negro portando el nombre de *Vagón-cama* que sólo yo veo. El tren parte recto. Termina por detenerse en una zona lejana a la ciudad. Pero no estoy inquieta. Dejo a mi madre en el vagón-cama de la muerte. Encuentro la salida. Me voy a mi casa junto al hombre de mi sueño<sup>106</sup> (Bonnaud, 2012, p. 115).

En este sueño la pasante sigue su camino habiendo dejado el cuerpo de la madre en el tren de la muerte, que formaba parte de su novela familiar. Ella se va junto a su pareja, encuentra la salida, el más allá de esa muerte.

En el sueño de otra pasante –citado parcialmente en el apartado 7.2- encontramos un vaciamiento de la figura parental muy similar a los que vimos con la reducción del padre a una masa gelatinosa, una sombra o un muñeco:

Antes de la cita [con la segunda pasadora] se produjo un sueño:

“Estaba durmiendo y venía hacia mí una especie de camión (¿o mortaja?). Era Blanco, largo, se elevaba, como que sobrevolaba. Estaba vacío, ya no tenía voz, era sin voz”. (No dudé que se trataba de mi madre.)

Un nuevo pasaje por la inexistencia del Otro, esta vez, recortando la ausencia de esa voz que tanto había llenado antes mi vida (Missorici, 1998/2006, p. 30).

Vemos que el sueño toma la figura de la madre para los mismos fines que hemos visto como vaciamiento de la figura paterna: se trata ahora de un camión/mortaja vacío. Esta misma pasante relata luego lo siguiente: “La mañana de la última cita con la pasadora se produjo un sueño: ‘Sólo había esta vez una carta, en ella mi madre escribió que había decidido ir a morir a otra parte’” (p. 31).

---

<sup>105</sup> En rigor, no sólo la constelación subjetiva, sino también nuestras posibilidades de leer material clínico que anteriormente estaba invisibilizado por un sesgo teórico que enfatizaba las distinciones de género en la novela familiar.

<sup>106</sup> Traducción nuestra.

También los sueños de un pasante varón testimonian bellamente sobre esta mixtura posible entre muerte del padre y relevo generacional en femenino. El primer sueño es este:

*Hay un banquete y una gran celebración, como si fuera una escena de una película de Kusturika, y en especial por su música. El padre está muerto.*

No era la primera vez que en sueños aparecía alguna versión de la muerte del padre. Pero aquellos *sueños-significante* –como les llamo– habían puesto en escena el aspecto más imaginario (aunque no por ello figurativo) de esa muerte. Mientras que este *sueño-índice* funciona como signo de una nueva relación posible entre deseo y satisfacción. Al padre ya no se lo ve, en su lugar están la comida, la comicidad y la música, acompañadas por una leve sensación de euforia y calma al mismo tiempo (Mazzuca, 2011, pp. 40-41).

El otro sueño ocurre más adelante y se ubica en el momento de finalización de su recorrido por el pase:

*Tres generaciones de mujeres de una misma familia, que no era la mía pero que al mismo tiempo me es cercana. Una de ellas a punto de “descansar en paz”, las otras dos conversando y lidiando con lo que les toca en suerte.*

Sueño cuyo marco escribe *muerte y feminidad*, movimiento y quietud, goce y satisfacción, pero también y esencialmente la transmisión del deseo y de la palabra viva de generación en generación (Mazzuca, 2011, p. 49).

Con estos sueños extraídos de los testimonios llegamos entonces a la íntima relación que anuda muerte y deseo.

## 11.2. Estrecha ligazón entre muerte y deseo

Comencemos con una frase de Lacan (1959-60/2007):

La cuestión de la realización del deseo se formula necesariamente desde una perspectiva de Juicio Final.

Intenten preguntarse qué puede querer decir haber realizado su deseo –si no es el haberlo realizado, si se puede decir, al final. Esta intrusión de la muerte sobre

la vida da su dinamismo a toda pregunta cuando ella intenta formularse sobre el sujeto de la realización del deseo (p. 351).

Inmediatamente después de arrojar esta afirmación, Lacan clarifica que no se refiere a la muerte del cuerpo, la muerte real, sino a la que a partir de Sade llama “segunda muerte”, la muerte simbólica, aquella que la religión nos ha acostumbrado a combinar con la idea de una vida en el más allá. El Marqués de Sade (1806) rechazaba completamente la posibilidad de una vida tras la muerte, incluso aquella que tendría lugar en la memoria de la humanidad a través de su obra y, por lo tanto, escribió en su testamento que quería ser enterrado en una fosa donde luego plantaran bellotas, de modo que, al crecer la vegetación, toda huella de su tumba fuera finalmente borrada, así como deseaba borrar su recuerdo de la memoria de la humanidad. Esa desaparición total, primero del cuerpo y luego del rastro simbólico, es lo que se ha dado en llamar “segunda muerte”.

Como esta idea de algo posterior a la muerte está arraigada en la humanidad desde muy temprano, Lacan (1959-60/2007) se pregunta si es por la existencia del lenguaje que el sujeto está obligado a captar esa posibilidad de su propia desaparición. “En la medida en que el sujeto articula una cadena significativa, palpa que él puede faltar en la cadena” (p. 352). Va a sostener, entonces, que es por entrar en lo simbólico que el ser hablante va a estar condenado a “conocer (...) su propia relación con la muerte” (p. 352)<sup>107</sup>. Este hallazgo le parece incluso central desde un punto de vista clínico y lo lleva a afirmar que “no reconocer que éste es el descubrimiento del inconsciente, literalmente, bajo la forma de esa palabra última, quiere decir solamente que no saben qué hacen” (p. 352). Retoma de este modo su propuesta de que la realización del deseo es una cuestión que, al momento de ser pensada, nos obliga a entrar en una perspectiva final.

---

<sup>107</sup> Justamente para aquello que Freud teorizó que no habría representación en lo inconsciente – el sexo y la muerte- Lacan utiliza aquí el término “conocer”, que años más tarde reservará únicamente para el síntoma. Creemos que el hecho de que la muerte sea irrepresentable no impide que el análisis modifique la relación con el tiempo, incluyendo a la finitud de la vida como elemento clave del posicionamiento deseante.

Gabriel Lombardi (2015) ha señalado que mucho antes de que Sade hablara de una “segunda muerte”, esta expresión ya había sido muy utilizada en el texto bíblico llamado *Apocalipsis*, texto que “revela el final de los tiempos desde la perspectiva de un juicio, en el que el ser moral ha de tragar y digerir el libro dulce y amargo en el que se inscriben sus obras, con las que ha perpetrado su propio destino” (p. 202). Dirá, entonces:

Reencontramos en Lacan las coordenadas de Juan [el autor del *Apocalipsis*], la angustia, la culpa, las cuentas estrictas a rendir, el juicio sobre lo actuado y lo descuidado, la responsabilidad por el propio destino y también la inminencia de la muerte como marco asimétrico de nuestra praxis (p. 217).

Justamente, en el clima de duelo por su padre dentro del cual Freud escribe *Die Traumdeutung*, son sus sueños los que lo orientan acerca de su relación con la muerte. Hemos comentado el sueño del “no vivió”, pero hay también otro, en el que Freud (1900/2001) no puede “marcharse”. Según el relato, lo han acusado de apropiarse de algo y no lo dejan marcharse hasta que no se realice una “revisión”. El sueño culmina:

*Entro después sin servidor a una gran sala donde hay máquinas y que me recuerda a un «Inferno» con sus faenas de diabólicos castigos. Encepado en un aparato veo a un colega que tendría todas las razones para hacer caso de mí; pero no repara en mí. Dicen entonces que ahora puedo marcharme {gehen}. Pero no encuentro mi sombrero y no puedo marcharme (pp. 340-341).*

El traductor llama la atención sobre la aparición en el relato de voces alemanas derivadas de «*Schuld*» («culpa, deuda») y sobre la repetición del término «*gehen*» («marchar»). Freud señala: “También se oculta, tras el final de este sueño, el rechazo de unas tristes ideas de muerte: Yo todavía no he hecho lo que debía; todavía no puedo irme” (n. 47, pp. 341-342).

Luego comenta que esta temática se había presentado poco tiempo antes en otro de sus sueños, que llamó “el sueño de Goethe y el paralítico” (Freud, 1900/2001, p. 439), en el que la cuestión del nacimiento y la muerte era aludida a través de expresiones como “el inmortal Goethe”, “año de la muerte” y “contar desde el año de su nacimiento”.

Tal como sostiene Lombardi, todo ser hablante realiza en algún momento un juicio íntimo sobre sus propios actos y se encuentra con el peso de la pregunta que Lacan (1959-60/2007) formuló como origen de la culpa: “¿Ha usted actuado en conformidad con el deseo que lo habita?” (p. 373).

Lacan abre esta pregunta con plena conciencia de que la culpa por las cuentas no saldadas y por el deseo irrealizado puede ser mucho más apremiante cuando Dios no existe, cuando la esperanza y el perdón de Dios ya no están en el horizonte de la vida.

En efecto, si Dios falta, el infierno se anticipa y la muerte segunda no puede ser ya pospuesta hasta después de la primera, que es la del cuerpo viviente. (...) Por eso Lacan asegura que para realizar el deseo hay que ubicarse en esa perspectiva final que anticipa la muerte e invita a entrar ya en esa zona entre-dos-muertes donde podemos aprovechar nuestra suerte (Lombardi, 2015, p. 204).

Para explicar esa zona entre-dos-muertes, Lacan se sirve de la tragedia *Antígona*, de Sófocles (2007). Antígona, ya encerrada en la cueva en la que ha sido condenada a morir por haber cometido un crimen contra las costumbres de la ciudad, habita esa singular zona entre la muerte simbólica, que ya ha sucedido -pues ha sido decretada, ordenada irrevocablemente- y la muerte del cuerpo, que aún no acaece, pero está próxima. El ser hablante, si por lo simbólico está condenado a saber sobre su propia desaparición, habita también esa zona entre-dos-muertes; sólo que tiende a desconocer ese saber, tiende a rechazarlo y a posicionarse en relación a un tiempo infinito. Pero este saber, justamente, sale a la luz en el análisis y la cuestión es conducida hasta un punto en que se vuelve imposible desconocerlo.

La función del deseo debe permanecer en una relación fundamental con la muerte. Hago la pregunta -¿la terminación del análisis (...) no debe enfrentar en su término al que la padece con la realidad de la condición humana? Es propiamente esto lo que Freud, hablando de la angustia, designó como el fondo sobre el que se produce su señal, a saber, la *Hilfflosigkeit*, el desamparo, en el que el hombre en esa relación consigo mismo que es su propia muerte -pero en el sentido en que les enseñé a desdoblarla este año- no puede esperar ayuda de nadie (Lacan, 1959-60/2007, p. 362).

Lacan evoca en este seminario a la segunda muerte, pero no para ubicarla después de la primera, la del organismo, sino antes (Lombardi, 2015). La muerte simbólica en algún momento se inscribe y, entonces, antes de la muerte del cuerpo, el hablante pasa a habitar esa zona entre-dos-muertes. “En una impactante anticipación, el cuerpo resucita antes de morir para definir su destino” (Lombardi, 2015, p. 221).

El saber sobre la propia finitud, aquello con lo que, según vimos, se ve confrontado el soñante de muy diversas maneras, se conjuga particularmente con la urgencia del acto. La postergación es incomodada, sacudida por este saber, y el acto se ve facilitado. La pregunta inconsciente que antes acicateaba la culpa - ¿has obrado en conformidad con tu deseo? - se vuelve operativa ahora desde otro lugar, generando una nueva posición.

Lo que el analizado conquista al final del proceso no es solamente el acceso a la cuestión central del deseo, que una vez abierta en análisis, antes de la muerte biológica, permanecerá para siempre abierta, sino también lo esencial para su estatuto de *res eligens*, que es su propia ley. (...) Si el analista puede ayudar, es por haber hecho el proceso anteriormente y haber franqueado los límites del ser, residente ya entre dos muertes (Lombardi, 2015, p. 221).

Lacan considera en su seminario sobre la ética la afinidad entre deseo y pulsión de muerte, haciendo del deseo inconsciente uno de los destinos posibles de esta última. Todo esto culmina, como era de esperarse, en una nueva relación con el tiempo, que se encuentra ahora recortado, localizado en un tiempo real de vida posible. El alivio de la procrastinación suele ser su efecto más notorio.

Algunos sueños de los testimonios vinculan, como lo hace Freud, la muerte del padre con la muerte propia. Antoni Vicens (2013), por ejemplo, relata el siguiente sueño: “unas gentes rodean el cadáver de mi padre. Al despertar, la cifra del sueño muestra que el muerto soy yo. Vagamente, un duelo se celebra en torno de mi cuerpo” (p. 56).

Otros pasantes dan testimonio de la inscripción de la segunda muerte en sus sueños, pero ya sin referencias al padre o a la generación precedente:

Último sueño: “Niño, rema en un bote sobre un lago hecho de sopa de letras. Él está con una capucha que lo sofoca, semejante a la del cuadro *Les amants*, de

René Magritte (1928)". Si, por un lado, como niño, se asfixia y muere, por otro, como médico, es llamado para constatar el fallecimiento (Passos Ribeiro de Campos, 2010, p. 62).

Un primer sueño se ubica en el tiempo de suspenso, entre el final del testimonio y antes de recibir la respuesta del Cartel: dos mensajeros vienen a traerle a la sujeto una respuesta. Esta respuesta es un sí, una afirmación puesto que le dicen que sí, que han encontrado una **marca en su cuerpo y que esta traza es la marca de la muerte.**

La sujeto comprende atónita en el sueño que si a esa marca nunca se la vio en el espejo es porque ésta no es visible, entonces deduce que es, por el contrario, una marca que no se ve pero que se lee y que su inscripción significa que **no le queda mucho tiempo, que el plazo es fatal.** Se produce entonces en el sueño una precipitación y una lucidez insoportables, que no son otra cosa que la función de la prisa en estado puro, que conduce al despertar (Solano, 1996, pp. 35-36).

Yo estaba en un grupo enorme, personas de todos mis entornos, amigos, colegas, parientes. De repente, una pareja me llama a un rincón, yo sabía lo que querían, era necesario hacer una especie de eutanasia. Se trataba de su hijo y yo realicé lo que ellos esperaban. **Aquel sujeto era yo mismo. No había otra alternativa para él** (Ferreira da Silva, 2013, p. 100).

En otros casos, los sueños muestran un anudamiento entre final del análisis y muerte. Muere el analista, alguien cercano a él, o incluso alguien anónimo, cuya partida se figura como despedida que genera afectos de duelo, pero también alivio. La temática de la disolución se hace presente, por ejemplo, en la figuración de un cuerpo leproso.

El sueño ubica al analista muerto y la analizante en un largo pasillo vacío con una bebé en brazos que, por la equivocidad del texto ordena la demanda de análisis a la analista como formalización de la falta en ser (Dargenton, 2000, p. 45).

La analista aparecía en la puerta de su casa, limpiando las huellas del lugar en el que su marido había muerto. Me decía que iba a hacerle una fiesta-homenaje, yo le contaba que me iba a presentar al pase, entonces ella me preguntaba: ¿qué hay del relieve de la voz? (Fuentes, 2011, párr. 58).



Me avisaban que una mujer joven estaba muy enferma, tenía que viajar a despedirme. El viaje era en tren, a la localidad de Open Door. Cuando llego me recibe un médico, me dice que es el final. La abrazo. La joven tenía el cuerpo deshecho como con lepra. Al despedirme siento alivio. La tristeza y el alivio de la despedida (Mildiner, 2015, p. 128).

Nótese que en los tres sueños aparece un cierre, pero también una reapertura, ya sea por la referencia a la puerta abierta (*Open Door*), a una nueva demanda de análisis para arreglárselas con la falta en ser, o en la pregunta del analista - ¿qué hay del relieve de la voz? -, que invita a una nueva elaboración. Es que la efectuación de la segunda muerte en análisis, a menudo anoticiada en los sueños, deja, como decíamos, la puerta abierta para la continuación del trayecto en una posición nueva, posición de mortal, podríamos decir, o posición advertida. Un sueño de otra pasante da cuenta de la importancia de habitar esa zona una vez anunciada esa muerte:

En la primera parte de mi último sueño, yo debía morir, como Sócrates. Estaba escrito.

Mi desaparición estaba cerca. Al principio parecía resignarme a ello. Crucé a aquel con quien compartía mi vida. De repente cambié de parecer y me escuché proferir, vibrando con toda mi voz, un NO!, acompañado de esta afirmación clara: "tengo cosas que hacer" (Naveau, 2004, p. 4).

Como se ve, hay una gran similitud entre este modo de presentar el asunto y aquello que nos decía Freud con su sueño del «*Inferno*»: aún no puedo marcharme, todavía tengo cosas que hacer. La soñante decidida provoca aquí su propia resurrección, para tomar a su cargo esas cosas que tiene por delante.

Esta cuestión de un recorrido que se cierra abriendo otro, nos lleva a la próxima sección, donde abordamos los sueños de fin de análisis como corte entre lo finito posible y lo infinito imposible.

## 12. Los sueños conclusivos: corte entre lo finito posible y lo infinito imposible

En *Análisis terminable e interminable* Freud (1937/2000) se pregunta “si existe un término natural para cada análisis” (p. 222), cuya forma más ambiciosa entiende como el haber “promovido el influjo sobre el paciente hasta un punto en que la continuación del análisis no prometería ninguna ulterior alteración” (p. 222). Esta formulación nos llevaría directo a una imposibilidad, pues un estado así, acabado, incapaz de ulteriores alteraciones por el análisis, se revela imposible desde cualquier apreciación práctica. Freud mismo lo señala, pero también ofrece, en ese texto, otro modo de entender ese estado en que podría considerarse terminado un análisis por no poder esperarse ya nada nuevo de su continuación:

Se cuenta con que las incitaciones recibidas en el análisis propio no han de finalizar una vez cesado aquel, con que los procesos de la recomposición del yo continuarán de manera espontánea en el analizado y todas las ulteriores experiencias serían aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir. Ello en efecto acontece, y en la medida en que acontece otorga al analizado aptitud de analista (p. 250).

Es una resolución interesante para la paradójica forma de finalización de un proceso que es finito e infinito a la vez; proceso que no puede considerarse nunca terminado y que, sin embargo, puede alcanzar un momento de agotamiento, de cierre relativo, en el que una continuación ya no entusiasma, pues no se espera mucho de ella.

Esta aptitud para continuar los procesos de manera espontánea que menciona Freud, donde las experiencias nuevas pueden ser “aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir”, da cuenta de una modificación operada en el analizado, pero una modificación dinámica, móvil, cambiante de continuo, capaz incluso de estancarse y requerir entonces una nueva vuelta de análisis -

tal como él lo señala cuando recomienda a los analistas volver a tratarse periódicamente, “quizá cada cinco años” (p. 251)-.

Con todo, esa modificación operada, esa nueva aptitud para el análisis de la constelación subjetiva propia, es un plus que el análisis provee y que “constituye la diferencia esencial entre el hombre [o mujer] analizado y el no analizado” (pp. 229-230, corchetes nuestros), incluso aunque deba precisarse que “el distingo entre el no analizado y la conducta ulterior del analizado no es tan radical como lo ambicionamos” (p. 230).

### 12.1. El efecto inconstante del análisis

El hecho de que esa distinción no sea tan radical como querríamos, también es una cuestión dinámica y cambiante, pues se debe a lo que Freud llama allí el “efecto inconstante del análisis” (p. 230), expresión que da la pauta de que piensa esa diferencia entre el analizado y el no analizado como un cambio que solo será apreciable por momentos, y que puede quedar suprimido en ciertas coyunturas, o cuando el efecto del análisis se encuentre adormecido, no operante.

Entonces, hay para Freud una eficacia del análisis, pero esa eficacia es inconstante. Cuando se encuentra activa, permite al analizado continuar analizándose, le permite aprovechar las nuevas experiencias para ajustar su posición subjetiva. Que algunos prefieran hacer esto en el marco más formal de un nuevo análisis y otros elijan, en cambio, aprovechar otros influjos cotidianos, no debería dividir aguas entre los fervientes partidarios del análisis de por vida y los que abogan por el reconocimiento de los finales de análisis, pues también los primeros reconocen haber terminado alguna vez una cura, tanto como los segundos no niegan las constantes resignificaciones que las contingencias de la vida posibilitan. Y, para decirlo todo, los primeros están tan poco exentos de sentirse, por cierto tiempo, hartos de los re-análisis, como los segundos de encontrarse alguna vez deseando y realizando uno. En definitiva, cada cual se conducirá en lo posanalítico a gusto y *piacere*.

Volvamos ahora sobre ese interesante “efecto inconstante del análisis” que radica en la capacidad de continuar analizándose de manera espontánea. Ese efecto no ha sido pasado por alto en la experiencia del pase y lo que aquí nos concierne muy especialmente es que ha sido señalado también a propósito de los sueños.

Hemos comentado que, en 1995, Brousse señalaba que su experiencia en cárteles de pase le hacía pensar que “de alguna manera, hay una cierta absorción por parte del analizante –dentro de lo que constituye su cadena inconsciente- de las intervenciones del analista, si esas intervenciones han sido justas” (p. 33). Como dijimos, esta observación se produce en el marco de un examen detallado que ella realiza acerca del papel de los sueños en los testimonios, concluyendo que “el sueño se ha convertido en el analista, lo que da a estos testimonios un aspecto de autoanálisis” (p. 23). La manera en que los pasantes presentan sus sueños, donde los efectos parecen haberse producido por el sueño mismo y no por una interpretación posterior, le permitía deducir que en ciertos momentos el sueño “interpreta, no es interpretado” (p. 23) y tal vez no en el mismo sentido en que Lacan (1984/2006) habla de “interpretación salvaje” (p. 22) para referirse a aquello que proviene del sueño, sino en un sentido propiamente analítico, que podemos acercar a las comprobaciones de Freud, aquellas que le hacen concluir que el análisis dota al analizado de una nueva cualidad para el autoanálisis<sup>108</sup>.

Este papel de los sueños en las últimas etapas del análisis es también testimoniado como caracterizando en algunos casos el período posanalítico. “Al terminar mi análisis los sueños continuaron permanentemente. Cada tanto un sueño me indicaba tomar una decisión”, dice una analista (Alderete de Weskamp, 1999/2006, p. 64).

Otra explica que el final de su análisis trajo aparejado un entusiasmo que luego cayó y que, entonces, se encontró con un vacío que la obligó a replantearse toda su vida y a volver a elegir cada cosa como si fuera la primera vez. “En ningún momento de ese período tuve el deseo de volver a análisis”, explica, “no había para qué volver, tenía una extraña convicción de mi

---

<sup>108</sup> Perdónese aquí esta expresión, que no pretende olvidar que no es “auto”, ya que es siempre en, o por, el encuentro contingente o planificado con otros y, además, nunca es sin Otro.

desolación. Continúe por la vía de los sueños. Los grababa de madrugada y los escuchaba en la mañana” (Iaconelli, 2017, p. 13). Esos sueños se producían tras el diálogo con algún colega, por ejemplo, a partir de algo que ella se quedaba pensando, o bien cuando algo la concernía inadvertidamente. Y en ese período, ya lejano al final de los encuentros con su analista, posterior incluso a una caída del entusiasmo del final, ella encontraba en sus sueños nuevas claves para leer su posición; por ejemplo: “recogí de este sueño el nombre que marca mi identificación *sinthomática*; el destino dado al deseo del analista como permanente búsqueda por escuchar el error/verdad del inconsciente” (p. 14).

Volvamos a aquello que Freud (1937/2000) encuentra como producto del análisis, ese *efecto inconstante* pero existente que trata en el texto que venimos comentando. Cuando las circunstancias lo permiten, el análisis puede ser conducido con el propósito de “producir un agotamiento radical de las posibilidades de enfermedad y una alteración profunda de la persona” (p. 227). Sobre lo primero no habremos de hacernos muchas ilusiones; ya nos advierte el maestro vienes que los avatares de la vida tienen mucho más poder que el análisis para determinar el estado ulterior de una persona, sobre todo si en esa vida suceden luego grandes tragedias y retahílas de eventos desafortunados.

Pero acerca de lo segundo sí podemos registrar una diferencia marcada entre el analizado y su estado previo. Esa alteración profunda de la persona que Freud menciona no significaría en ningún caso el abandono total de la posición fantasmática, ni del síntoma fundamental, pero sí implicará que muchos rasgos de carácter hayan quedado en el camino, hasta volver prácticamente irreconocibles algunas viejas identificaciones.

Y, más importante aún, habrá una modificación a nivel pulsional que constituye el centro del asunto. Ni el influjo de los traumas, ni la alteración del yo le parecen tan decisivos a Freud como la cuestión de la “intensidad pulsional” (p. 227) al momento de sopesar los efectos del análisis en ciertos casos. La exigencia pulsional, que Freud considera central para la terminación del análisis, habrá de recibir una cierta tramitación que, según explica, no podría pretender hacerla desaparecer, sino que radicaría en que la pulsión sea “admitida” (p. 228) en cierto modo de funcionamiento, en el que será menester que ésta sea sensible a diversos influjos y aspiraciones. Freud se aventura incluso a decir que

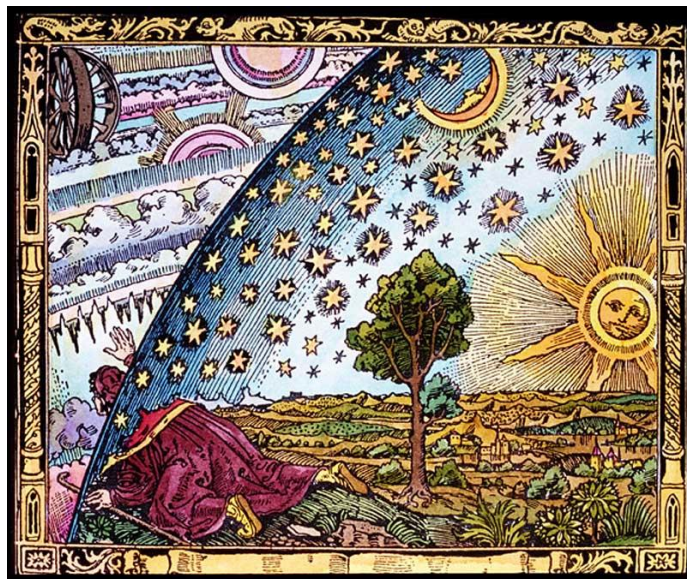
el análisis proveerá “nuevos diques” (p. 230); diques basados en el “reconocimiento” de aquellas represiones que no hayan podido ser liquidadas.

Tenemos aquí los cimientos de la noción de “conocimiento del síntoma” que propondrá Lacan (1976-77), único elemento para el cual reserva el término, tan criticado por él mismo, de “conocimiento”. Y como para que no quedaran dudas de que se refiere, también allí, a lo pulsional, Lacan agrega que con “conocer el síntoma” se refiere a “saber desembrollarlo, manipularlo” (clase del 16/11/76), lo cual nos lleva a la idea de plasticidad pulsional.

## 12.2. Posiciones del soñante frente a lo finito y lo infinito del análisis

A pesar de estas puntualizaciones sobre ciertos efectos del análisis que justifican su terminación, no podemos dejar de ocuparnos de la difícil cuestión de cómo, o a partir de qué, cada uno decide que ha llegado al final. ¿Participan los sueños en esta decisión?

Aun cuando ese alguien haya tomado muy seriamente en cuenta todas las salvedades que el término “final” debe implicar, no podrá esquivar cierta dificultad lógica cuando se encuentre en esa etapa terminal, no podrá evadirse de decidir mediante el acto cuál será el día en que efectivamente deje de concurrir al consultorio del analista –y aún si más



Anónimo (s/f). *Grabado Flammarion*. Utilizado en la serie *Cosmos* (Ep. 1 de la Segunda Edición) para representar “el sueño de Giordano Bruno”, origen de su concepción del infinito.

adelante vuelve o va a otro, habrá dicho “hoy” cuando lo haya discontinuado por primera vez, y no por interrupción circunstancial sino por considerar algo como tramitado, finalizado, agotado o lo que fuere-.



Vemos que, puestos nuevamente sobre el camino de la elucidación de los finales, nos encontramos otra vez con este hecho ineludible del acto. Nos preguntamos, entonces, ¿de qué modo los sueños, omnipresentes en los testimonios de pase, colaboran con esa conclusión?

Hemos comentado que, para responder a la cuestión de cómo los analizantes deciden dar por finalizada la cura, Soler ha retomado la siguiente expresión de Lacan: “el espejismo de la verdad (...) no tiene otro término que la satisfacción que marca el fin del análisis” (1976/2012, p. 600) y ha acuñado la expresión “satisfacción de fin” (Soler, 2009/2013, p. 93). Se advierten allí los ecos de una frase de Ferenczi (1989/1996): “el análisis debe morir por agotamiento” (p. 57), circunstancia que este autor explica como todo lo contrario a una suspensión, ya que el desprendimiento le parece más fehaciente cuando es lento pero firme. En muchos testimonios se constata este aspecto de una muerte lenta y dolorosa, y muchas veces son los sueños los que dan fe de este hecho, como veremos.

Antes de remitirnos a ellos, preguntémosnos: ¿Cómo se articulan estas dos constataciones clínicas? ¿Cómo es que a la vez hay un sentimiento de satisfacción y un agotamiento del recorrido? Aunque pueda parecerlo, estos dos hechos no son contradictorios: puede ocurrir que algo se agote y que ese agotamiento produzca una satisfacción, pero una lectura atenta de los testimonios –y de los sueños en particular– permite observar que esos dos hechos a veces no son temporalmente coincidentes.

“Llegado a este punto, es por primera vez que el sujeto se reconoce decidido en terminar el análisis”, explica un pasante –refiriéndose a sí mismo en tercera persona–, y luego aclara: “cuatro años más le llevaría dicha tarea” (Naparstek, 2007, p. 23). Inmediatamente señala: “en ese momento, un sueño da las coordenadas del impasse en el que se encontraba”. ¿Por qué le lleva cuatro años más dicha tarea? Las teorizaciones del fin de análisis nos dirán que no alcanza con ciertas constataciones para hacer de ese agujero, vocación; que hace falta luego de construir/develar el fantasma, asentar el nuevo funcionamiento de la pulsión, corroborar la instalación del saber-hacer con el síntoma, recoger los restos incurables, hacer un duelo, abrazar el entusiasmo, volver a hacer otros duelos, etcétera. Reduzcámoslo aquí a lo único indudable:

hace falta tiempo. En ese tiempo, habrá de instalarse una diferencia entre lo alcanzado y lo inalcanzable, entre lo curado y lo incurable, entre el análisis terminable y el interminable o, mejor aún, entre la tarea *finita* y la *infinita* –como señala con tímidos corchetes el traductor de Freud (1937/2000, p. 251), tal vez sin advertir que ese uso terminológico abre la puerta a las matemáticas-.

Esa diferencia que habrá de instalarse no será, ni podría ser nunca, la elección de uno de los términos por sobre el otro, sino una verdadera diferencia que, tal como en la operación de separación, otorga nueva existencia a dos términos antes alienados el uno en el otro (Lacan, 1964/2005).

Esto es lo que veremos aparecer en algunos sueños testimoniados, es decir, ya no solo la inscripción de un hallazgo concerniente a la constelación subjetiva del analizado, sino también una inscripción del tiempo que precipita el acto de corte entre lo finito –que por ese acto queda delimitado- y lo infinito –que sería imposible limitar.

Pero también –¿por qué no pensarlo además de este otro modo? – podríamos decir que los sueños que marcan ese corte vienen a dar cuenta de la captación de un infinito más cantoriano, un infinito que, sin dejar de ser inabarcable por el pensamiento, tiene no obstante sus límites –tales como el infinito de los decimales posibles encerrados entre 0 y 1, o entre 1 y 2, etcétera.

Puesto a trabajar sobre el problema de lo inagotable del análisis, pero una vez decidido a encontrarle algún término, el analizante no puede más que toparse con este problema matemático, lo advierta o no. Dejemos que los sueños nos enseñen aquí alguna cosa.

“La cura se eterniza”, dice una pasante, “un sueño viene a iluminar su punto de finitud” (Bonnaud, 2012, p. 113). Pero luego señala que ese sueño consiste en una simple y pura pérdida: ella sube en ascensor y su cartera cae y queda “irrecuperable” sobre el techo de un edificio. Sueña al poco tiempo con el significante “éjecté” (eyectado) que da cuenta de su expulsión de ese análisis, pero con una fijación al objeto perdido que la deja con un fuerte talante depresivo.

Recién en un análisis siguiente podrá encontrar una finalización en otros términos. También allí los sueños dan cuenta de los movimientos cruciales. Uno de ellos la ubica buscando una estación de trenes –locación muy frecuente en los sueños de los testimonios-, donde encuentra una puerta.



En otro sueño, dos cuestiones se distinguen: ella viene de formular el “hacerse tirar” como axioma fantasmático; en el ínterin su madre muere. En el sueño ella espera el tren junto a su marido. Llega un enorme tren negro –negro como su padre, dice- con la inscripción “vagón-cama” –el tren de la muerte había sido un tema recurrente, teniendo ella antepasados judíos-. El tren parte con ellos dentro y se detiene luego en un lugar lejano. Ella no se siente inquieta, sino que esta vez deja a su madre “en el vagón-cama de la muerte” (p. 115) y encuentra una salida. Luego vuelve a su casa con su marido<sup>109</sup>.

Más allá de las resonancias de los significantes y hechos en estos sueños condensadores, detengámonos en la cuestión temporal y espacial –ya que tantas veces el tiempo es representado en los sueños con metáforas espaciales. Ella toma un tren, hay movimiento y avance, pero luego se baja de él, deja allí a la madre muerta y emprende otro recorrido, hacia su casa. Esas dos trayectorias que se separan, la del tren que ella abandona y la del trecho que emprende luego, señalan magistralmente la diferencia entre dos procesos que son, ambos, temporales, pero de los cuáles solo uno puede quedar atrás. Recordemos aquí a Freud y a su idea de un análisis cuyo mejor efecto terminal es el de otorgar al analizado la aptitud de continuar su análisis de otro modo, iniciando una nueva trayectoria, podríamos decir.

Otra pasante escribe:

Quería, pero no podía terminar el análisis, no me sentía presentable.

(...) La salida estaba, pero no había forma de encontrarla.

Soñé que extraía una sustancia blanda del dedo gordo del pie sin encontrar resistencia. **No había hueso**. Al fondo, un hilo blanco invitaba a estirarlo. Era el cabo del análisis.

(...) Soñé. Alguien escribía una dirección en un papel, pero la lluvia volvía líquidas las palabras y las letras se deshacían en hilos negros. Esos hilos se convertían en cuerdas de vivos colores con las que yo inventaba **sistemas para entrar y salir** de un **espacio sin puertas**, luminoso y vacío.

El pase fue indispensable para percibir, en anamorfosis, el objeto de mi análisis, perdiéndolo. Lo que yo había pensado como un trayecto lineal se me presentó

---

<sup>109</sup> Transcribimos el sueño completo en el apartado 11.1, a propósito de la muerte de una figura parental. Aquí nos detendremos en las cuestiones temporales.

como el carrusel de unos pocos significantes **girando sin ton ni son alrededor de un agujero** (Aromí, 2014, pp. 76-77).

Vemos que la percepción de lo circular, lo infinito, lo inagotable, no necesariamente impide la finalización, sino que, al contrario, la habilita.

Otra analista escribe –refiriéndose a sí misma en tercera persona–: “el gran giro de su análisis, aunque le harán falta más de 15 meses para acabar, es ciertamente el paso de un saber cierto sobre el traumatismo, al reconocimiento del no-saber como traumático” (Jacob-Duvernet, 2017, p. 5). Ese no-saber, por supuesto, podemos imaginar que implica un andar, un andar no sabiendo, o mejor aún, sabiendo algo y sabiendo también que hay algo que no se sabe. En cierto momento, ella se pregunta: “si hay cambio que se siente como determinante, ¿por qué no es el fin de la cura?” (p. 6). Y explica:

Lo que siente en ese tiempo es seguir sin saber hacer sin el analista ni hacer sin el síntoma. Este periodo de 15 meses hasta el fin, he escogido llamarlo la “erre” (aire) de fin. La “erre” como la escribe Lacan, con 2 “r”, ese “algo como el impulso, cuando se para lo que la propulsa y todavía continúa corriendo”<sup>110</sup>. En el vocabulario marítimo es la velocidad restante de un buque cuando cesa de ser propulsado. El impulso cuando cesa la propulsión de la verdad. Cesa, pero algo sigue corriendo a lo que hay que dejar tiempo, a lo que hay que consentir para no romper su erre por una interrupción prematura de la cura (p. 6).

Sueña entonces con tres letras, TNT, que en francés se pronuncian como “eres-odio-eres”. Ella ubica allí la existencia de lo que “lleva en sí el germen de la destrucción” (p. 7) pero, aun así, esto tampoco precipita el final de su análisis.

De hecho, esta nominación no le permite terminar su cura en esta sesión. Lo que puede parecer paradójico me resulta hoy lógico, una certeza decisiva no siempre es una certeza decisoria. Y distinguir lo decisivo de lo decisorio le deja el tiempo del *après-coup* que traerá esta vez la decisión de fin de cura (p. 8).

---

<sup>110</sup> La autora cita aquí a Lacan (1973-74, clase del 13/11/73).

Otro sueño adviene y ella lee en él una indicación: “dejarse hacer” (p. 9). “Me siento como una flecha lanzada”, había dicho poco antes, y ahora agrega: “hacia un objetivo que queda por precisar” (p. 9).

Esta orientación es lo que va a emerger del sueño que hace la noche siguiente a su petición de pase.

Más precisamente, fue una pesadilla poniendo en escena el homicidio de los padres y a fin de cuentas un cara a cara inédito con su padre que le dice lo siguiente:

“Marie-Noël vas a ser buena, te vas a dejar hacer, te voy a cortar las uñas.” (p. 9)<sup>111</sup>.

Luego localiza en otra serie de sueños un juego de palabras entre verde (*vert*), agusanado (*véreux*) y hacia (*vers*). Ese “hacia” resuena con la flecha lanzada o, como dice al final del testimonio, “la orilla abierta, desconocida” (p. 10).

Este relato toma justamente la cuestión temporal, vuelve repetidamente a la pregunta por el corte posible que la analizante deseaba ponerle a la cura, pero que no lograba decidir. Podemos apreciar en su escrito que ese análisis no concluye hasta que algo de lo infinito queda inscripto y separado de lo que sí puede saberse -que el análisis ha clarificado y además producido, pulsionalmente hablando-.

El sueño del Twingo, de Bruno de Halleux (2015), nos enseña lo mismo. Es un sueño donde hay mucho movimiento, mucha trayectoria. Él va en bicicleta, la bicicleta “se frena sin ninguna razón aparente” (p. 115), luego llega el Twingo, que se detiene a su lado, y seguidamente suceden varias cosas más. Nos interesa el juego de movimientos y detenciones que aquí se aprecia y, finalmente, lo que este pasante, hermano gemelo, extrae: “¡Anda gemelo! ¡Twingo!” (p. 118). Así termina su testimonio, con la indicación de seguir camino, andar. Vemos que también allí fue un sueño el que proporcionó esa clave.

---

<sup>111</sup> Hemos trabajado este sueño también en el apartado 9.1.6, a propósito de la angustia como motor del sueño y la escritura como resolución onírica de la misma. Lo retomamos aquí por lo que aporta en términos de orientación para la etapa posterior al fin de análisis, “esta orientación es lo que va a emerger del sueño”, dice la soñante.

Continuemos con el tema de los dos trayectos, el finito y el infinito, y cómo los sueños lo ponen en escena:

La relación con mi hijo adolescente todavía me daba esperanza de ser algo. Un sueño: Estoy manejando una bicicleta que tiene asiento para acompañante adelante. Yo manejo, él se divierte en el asiento. De repente, noto que él hace un recorrido propio con la bicicleta que yo no puedo controlar, pero hago de cuenta que lo controlo, acompañando sus movimientos. Él sigue su camino, ahora son dos bicicletas, yo no logro acompañarlo más, él es más rápido, ágil y está muy feliz por eso. Disminuyo la velocidad, él se aleja y admito que debo dejarlo seguir adelante. Él puede, y debe, seguir sin mí (Ferreira da Silva, 2013, p. 99).

“Voy en un tren”, sueña otra analista, “veo la terminal delante, pero decido bajar en una estación anterior, pues ese último tramo lo haré a pie” (Udenio, 2014, p. 107).

De un modo magistral, los sueños muestran que hay algo que no puede concluirse si no es por un acto decidido, emplazado inevitablemente “antes” de cualquier final imaginario. Ese último tramo, que se hará “a pie”, es el que el analizado tiene por delante cuando pone fin a su análisis. Lo que los sueños suelen mostrar es entonces esa diferencia entre dos trayectorias que en un punto se separan.

Un sueño extenso, al que nos hemos referido en varios apartados, es el de Ricardo Estacolchic (1999/2006). Dirigimos anteriormente la atención hacia sus comentarios acerca del sueño (apartados 7.2 y 10) y transcribimos una segunda parte que, según dice, le aparecía como separada del resto y tenía un valor crucial (Cf. Apartado 8.5). Veamos ahora el texto de la primera parte del sueño:

*“Yo le estoy disparando al psicoanalista con un arma de la que salen rayos de color, como uno veía de chico en las historietas (...). Pero él no termina de morir del todo. (...) Yo, para asegurarme, le corto la vena yugular con una tijerita que realmente existe o existía y que yo tenía en algún cajón. Él agoniza, va en camino a alguna parte, en un edificio que se parece al a entrada de un hospital, va tapado con una vieja colcha que yo recuerdo era de una ex esposa (...). Yo lo voy acompañando cuando él agoniza, junto a una enfermera, pero de pronto se me*

*aparece la idea –una idea que aparece con claridad en el sueño- de que él se puede arreglar solo. Entonces, yo me voy no sé adónde” (p. 39).*

Más allá de la resonancia “colcha/Estacolchic”, que el autor señala, aquí también es evidente la separación de dos trayectos: aquél que se decide abandonar, que se deja ir, y aquél por donde la marcha se continúa, no se sabe hacia dónde, pero arreglándose solo.

### 12.3. “Finales”

Esperamos, con la visita del texto freudiano que hemos emprendido, haber alejado las confusiones relativas a estos “finales”, pues no desearíamos abonar el malentendido de que los finales de análisis serían finales en un sentido imaginario, cerrado o totalizante. Hemos intentado, en cambio, mostrar el interjuego complejísimo entre algo que es infinito y algo que, por acto, puede decretarse finalizado, pero no sin que ese final sea sumamente flexible y abierto a las contingencias futuras.

Retomando el tema de la sección anterior, podríamos decir que ese recorrido que queda por hacer “a pie” es el tramo de vida que resta cuando la segunda muerte ha sido inscripta; y en ese trecho, como dice Freud, el analizado ya está en condiciones de aplicar lo que acaba de adquirir.

Se entiende, entonces, que el recorrido continúa. Pero de alguna manera el sueño intenta metaforizar también lo finito del recorrido realizado, en cierto modo agotado, los hallazgos obtenidos y luego, sí, un trayecto que queda por delante.

El último sueño se produce **antes de la entrevista con el secretariado del pase** de la *École de Cause Freudienne*. Estamos en un hotel toda la familia y se vuelven a producir movimientos de tierra. Tenemos que salir huyendo del lugar. Pierdo a mi mujer y mis dos hijos. Los busco pero no los encuentro. En el medio de esa tarea encuentro un pequeño hotel en el que hay psicoanalistas que conversan. Un lugar tranquilo en el que podía descansar cuando no me quedaban

fuerzas para seguir buscándolos. Un querido colega me dice que los ha visto con vida, lo que **me anima a continuar buscando** (Castellanos, 2014, p. 121).

Esa continuación, que cada cual transitará a su manera, está para nosotros en íntima relación con los restos ineliminables del análisis. “Casi siempre hay fenómenos residuales”, admite Freud, “en cada momento unos fragmentos de la organización anterior persisten junto a la más reciente” (1937/2000, p. 231), “sectores del mecanismo antiguo permanecen intocados por el trabajo analítico” (p. 232).

Tiene sentido que en este contexto Freud piense al final de análisis como la adquisición de la aptitud para analizar y analizarse, posibilitando que los influjos recibidos puedan ser aplicados a experiencias venideras. De este modo, la finalización de la cura es menos un cierre que una apertura; apertura hacia otra cosa.

Apenas pedido el pase, tuve el siguiente sueño: Un muro con ventanas con postigones cerrados. Pienso en el sueño: **son los buceos que me faltan**.

Al despertar: ventanas que se abren. **Son los buceos que ahora voy a realizar**. Sensación de alegría y espera (Alderete de Weskamp, 1999/2006, p. 58).

Hay una escena que no puedo situar en qué orden viene en el sueño pero que está claramente plasmada en mi recuerdo. En esta escena yo exclamo lo siguiente: “*mire usted las pelotudeces en las que uno ha creído*”. Y luego es como que lo interpelo de este modo [al analista]: “*y usted, por qué no me dijo, por qué no me advirtió. Y ahí lo veo, en el sueño, levantar las dos manos (...), que me parece que es un mensaje muy elocuente, por un lado, es como si dijera ‘sí, usted ha creído muchas pelotudeces’ y, por otro, como si dijera ‘qué se le va a hacer, yo no podía advertirlo*”. Siento también cuando en ese momento asociaba, que ese gesto es una especie de “*no somos nada*”.

Hace pocos días recordaba que vi a una persona hacer un gesto parecido, que fue en Nápoles, en la Catedral donde está la sangre de un santo que está en Freud, en “*aliquis*”. Yo voy ahí, hay una señora que es la encargada de las tareas de mantenimiento (...) y le pregunto a esta señora qué pasa con la sangre de San Genaro (...) ¿qué le parece, le parece que esto es cierto? Y me hace el gesto con las manos, como si me hubiera dicho “**y bueno, es un punto en el cual cada uno toma su decisión**” (Estacolchic, 1999/2006, pp. 39-40).

### 13. Posiciones del soñante después de un final de análisis

Hemos de tomar en cuenta que los testimonios que venimos trabajando han sido escritos después de haber transitado por el dispositivo del pase, pero muchos de ellos pertenecen a personas que continúan durante ese período en análisis.

Para teorizar sobre la economía onírica posterior a la finalización de la cura son más útiles los testimonios de quienes ya no concurren al consultorio del analista -al menos no en esos momentos, aunque puedan hacerlo en un futuro-. En ellos encontramos, a veces, referencias a su relación con los sueños en la etapa posanalítica. Referimos aquí algunos casos, que presentan cierta diversidad<sup>112</sup>.

Tenemos, por un lado, a aquellos que dicen que al terminar el análisis sus sueños continuaron permanentemente, como Mariel Alderete de Weskamp (1999/2006), quien indica que, además, cada tanto un sueño le indicaba una decisión a tomar, la ayudaba en los momentos electivos.

Una posición afín es la de Vera Iaconelli (2017), quien enfrentó grandes desafíos luego de concluir su análisis y se sirvió justamente de los sueños para revisar su posición durante esa etapa:

En ningún momento de ese período tuve el deseo de volver a análisis, no había para qué volver, tenía una extraña convicción de mi desolación. Continué por la vía de los sueños. Los grababa de madrugada y los escuchaba en la mañana. De a poco fui eligiendo cada cosa de nuevo. De nuevo. O sea, por primera vez. Fui descubriendo un entusiasmo diferente, sin garantías (p. 13).

Estos testimonios, sin embargo, parecen de algún modo ubicar esa elaboración auxiliada por los sueños como perteneciente a un período determinado. No aclaran si pasados unos años se continuó con esa economía

---

<sup>112</sup> Para esta sección utilizamos tanto los testimonios del corpus como algunas comunicaciones aisladas, que constan en publicaciones de temáticas afines al pase, sin constituir en sí mismas en testimonios completos.

de realimentación entre el analizado y sus sueños, o si la escena onírica fue decayendo en su atractividad y en su capacidad de gestar la novedad, como veremos que sostienen otros.

En esta misma línea ubicamos la posición de Aníbal Leserre (2012), quien considera que “luego del final de análisis, uno, como analizante, sigue en relación a su inconsciente, a sus formaciones” (p. 65) y que el análisis continúa por esa vía. “Y es más, sostenemos que los sueños son la vía regia para este autoanálisis permanente y para la posible transmisión que mantenga abierto el psicoanálisis a la subjetividad de la época” (p. 65).

Pero no todos los analistas opinan lo mismo. Una posición bastante diferente puede leerse en un texto de Elisabete Thamer (2018):

Estas manifestaciones del inconsciente (...), el sujeto no las lee más de la misma manera, incluso no las lee más. Es eso lo que es, en mi opinión, más sorprendente, lo que es absolutamente nuevo para el sujeto mismo. Esto puede eventualmente probar que la relación del sujeto a su propio inconsciente ha cambiado. No más asociaciones infinitas, no más parloteo gozoso, no más libido interpretativa. Ese fue el caso para mí, lo es todavía hoy.

No más amar su inconsciente como a sí mismo, eso libera la libido para otras realizaciones en la vida (p. 7).

Algo similar sostiene De Campos (2012) cuando escribe: “Hace casi dos años que no sueño pero realizo” (p. 54), pues considera que el sueño “se opone al acto” (p. 55).

En el mismo sentido, Luis Darío Salamone (2012) sostiene que al final del análisis los sueños se presentan como “una tierra colonizada, que ha sido abandonada por dejar de aportar las riquezas buscadas, cuando los recursos ya se han agotado” (p. 79). Sin embargo, él defiende la existencia de ciertos sueños posanalíticos que le parecen muy similares a los de los niños, transparentes, directos, que apuntan a lo deseado sin mucho disfraz.

Encontramos, entonces, sino posiciones contrapuestas, al menos puntos de vista que consideran el asunto desde ópticas diversas, pues las autoras que citamos al principio parecían más bien encontrar en el sueño la ocasión para el acto, su apoyatura, la clave para cierto hacer. Al igual que ellas, Débora Rabinovich (2019) comenta:



Del inconsciente, destaco que su vía regia para saber algo de él, han sido y lo siguen siendo muy freudianamente mis sueños. Y que de vez en cuando, no muy seguido, libran algo que funciona como un **indicador de mi posición**, de ahí entonces la **posibilidad de cambiar la dirección** (párr. 5).

Veamos otro ejemplo. En su testimonio, Marcus André Vieira (2013) señala: “Lo esencial no fue tanto el sueño, su relato o desciframiento, sino el **nuevo destino dado a mi inconsciente, que continúa trabajando**, pero ganó otro lugar en mi vida” (p. 83). Su comentario parece unir los dos cabos de los planteos mencionados previamente: continúa trabajando, pero tiene otro lugar. En el mismo testimonio escribe: “La *mordidavida* [un significante nuevo que se vincula con su ser como deseante] no apaga el fantasma y el inconsciente, que **continúa el trabajo a partir de la misma trama, solo la desplaza**” (p. 92). Su aporte va en el sentido de destacar ese trabajo, que continúa -sobre el cual incluso parece insinuar cierta monotonía-, y la nueva posición obtenida por el final del análisis, que desplaza el centro de fuerza hacia un hallazgo que orienta el deseo -en su caso, el significante neológico *mordidavida*-, en detrimento de la melodía monocorde del fantasma.

El agotamiento de cierta lógica aparece evidenciado también cuando los analistas comentan que, tras el final del tratamiento, atravesaron un largo período sin sueños, que les sorprendía por no ser habitual en ellos (Cf. Mazzuca, 2011).

Incluso quienes se han visto en la necesidad de dar una vuelta más de análisis después de cierto tiempo testimonian sobre esa diferencia en el funcionamiento onírico y del inconsciente en general, como Estela Solano (1996), que escribe: “no es fácil abrir nuevamente las compuertas del inconsciente, que aparecía desde hacía tanto tiempo como agotado cuando, además, la apetencia por descifrarlo estaba también como clausurada” (p. 34).

Cabe mencionar también que muchos han señalado una cierta “re-apertura” del inconsciente durante el pase (Alderete de Weskamp, 1999/2006; Farías, 2011) –para el caso de quienes se sumergen en este dispositivo un tiempo después de haber dejado de concurrir a sesiones-.

### **13.1. Reflexiones sobre las paradojas de la relación sueño-soñante después de finalizado un análisis**

Es notorio que estamos ante hechos que parecen contradictorios y que tal vez sólo puedan zanjarse conservando las paradojas en juego. Por ejemplo, tenemos por un lado las posturas que resaltan la ausencia de sueños, o bien la inutilidad o monotonía de los mismos, pero esto no es necesariamente contradictorio con que, por otro lado, algunos encuentren que el sueño puede volver a ser una herramienta útil en algún momento posterior al fin de análisis.

Todo parece indicar que, si bien el sueño durante el análisis puja por hacer pasar una palabra, producir el encuentro con el objeto e inscribir o producir nuevos significantes, una vez terminado el mismo suele advenir –aunque nunca será para todos- una especie de telón de fondo caracterizado por una ausencia de sueños, que en realidad probablemente no es tal, sino que acaece porque el analizante ha dejado de interrogarlos y entonces éstos quedan menos grabados en la memoria al despertar. Como señala Vieira, el inconsciente continúa trabajando sobre una misma trama y por eso cansa, resulta monótono, ya consabido y falta de novedad. Razón de más para que el analizado deje de prestarle atención.

Sin embargo, tomando los otros testimonios, también podemos sostener que el analizado puede volver a servirse de sus sueños cada tanto, cuando algo en su vida se ve fuertemente trastocado, cuando atraviesa un momento de decisiones o cuando decide pedir una vuelta más de análisis. El trabajo del sueño es nuevamente convocado y, entonces, responde, vuelve a producir y a ser recordado, hecho muy a menudo señalado como efecto de participar en el pase.

En definitiva, vemos nuevamente que lo que divide aguas es la posición del soñante, esto es, la relación que mantiene el analizante/analizado con sus producciones oníricas. Es ésta la que define si habrá sueños o no, o, mejor dicho, si serán recordados o no, además de si serán más de lo mismo o entregarán alguna novedad. Consideramos que la atención puesta sobre los restos oníricos al despertar es la que define estas variaciones, la que hace que, entre un soñante

y otro, pueda testimoniarse sobre un papel fundamental de los sueños para un “autoanálisis” permanente, o bien de una tierra agotada, que ya no entrega nada valioso y debería ser sustituida por el actuar.

Pero entonces, última paradoja, ¿no son los sueños que revelan cada tanto la necesidad de un cambio de posición subjetiva solidarios del acto mismo?

---

## **CUARTA PARTE**

## **CONCLUSIONES**

---

## Conclusiones

### A. Los sueños en los testimonios de pase

Una conclusión general que puede extraerse de esta investigación es que los sueños narrados en los testimonios del corpus de análisis no presentan diferencias entre escuelas. Lo que sí difiere es el modo de organizar el testimonio.

En los que hemos tomado de la Escuela Freudiana de Buenos Aires consideramos que se palpa un cuidado constante por no transgredir ciertos límites entre lo privado y lo público, se menciona el riesgo de obscenidad como preocupación (Alderete de Weskamp, 1999/2006) y a veces tienen un estilo más bien poético.

Los testimonios de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano están, en general, centrados en el deseo del analista, su advenimiento y el acto de autorización, aunque algunos –justamente los que incluimos en el corpus- proveen información clínica personal e incluyen variados sueños.

Y finalmente, los testimonios de escuelas pertenecientes a la Asociación Mundial de Psicoanálisis parecen estructurados de acuerdo con ciertos lineamientos; incluso puede notarse un estilo que va cambiando según épocas y va trasladando el énfasis a ciertos conceptos.

Sin embargo, en cuanto a los sueños, los hallazgos son mucho más coincidentes que discrepantes. Inclusive el uso que hacen los pasantes de sus sueños, los efectos que testimonian, la variación entre sueños breves o extensos, todo eso no varía entre escuelas. La excepción es, como lo hemos indicado, la gran cantidad de sueños de pasantes de la AMP que ponen palabras en boca del analista, convertido en personaje del sueño<sup>113</sup>. En las otras dos escuelas, los analistas, si aparecen personificados en el sueño, están en silencio

---

<sup>113</sup> Tómese en cuenta que nos referimos únicamente a los testimonios que han formado parte de este corpus de análisis. No podríamos emitir juicio alguno sobre la totalidad de los testimonios publicados hasta la actualidad por cada escuela.

o dicen algo que no se llega a oír. Es un interesante ejemplo de la esencia del psicoanálisis, como la pensaba Lacan (1968-69/2008): “un discurso sin palabras” (p. 51).

Luego de esta apreciación amplia, cabe introducir otras tres conclusiones generales que podemos extraer de esta investigación y que conciernen a los efectos que el avance de la cura parece tener sobre los sueños según los testimonios.

## **B. Cambios en la rigidez de la censura onírica**

La primera de esas conclusiones es que hay cambios en la posición del soñante que redundan en formas de presentación del sueño que a éste le resultan más claras, más legibles. Hemos visto que muchos testimonios hacían alusión a este punto: el sueño aparecía junto con su interpretación, o bien el sueño no requería de un despliegue asociativo, o se parecía a los de los niños, a veces tan directos, tan claros.

Sobre este asunto hemos de tomar en consideración dos cuestiones. La primera es que la función de la censura se ha convertido para nosotros en el indicador príncipes de la posición del soñante, y no únicamente porque a veces deje pasar más de lo habitual -como ya lo señalaba Freud a propósito de los sueños de angustia-, sino también porque parece resultar más permisiva a medida que el análisis avanza.

¿Cómo explicar esa permeabilidad aumentada de la censura onírica en los analizantes/analistas<sup>114</sup> próximos a finalizar la cura?

Creemos que aquí lo onírico es espejo de los cambios de posición que ya han tenido lugar en el analizante por efecto del tratamiento. Se tolera mejor cierto saber sobre la castración –en todas sus formas imaginarias- y entonces se

---

<sup>114</sup> Aquí es donde echamos de menos la existencia de testimonios sistematizados de legos acerca de su final de análisis, donde podríamos cotejar si esta virtud permisiva de la censura onírica ocurre también en quienes no se han formado en teoría psicoanalítica. Suponemos que sí, pero no podemos desprenderlo de esta tesis.

sueña, con más claridad y menos reparos, con aquello que se ha llegado a advertir y que antes comandaba el horror al saber. Sin que ese horror se levante, de todas formas, se soporta mejor la cercanía del costado siniestro del objeto causa.

Esta constatación es altamente coincidente con las enseñanzas de Freud acerca de la censura:

Las tendencias que ejercen la censura son las que *el soñante admite despierto* en su *actividad judicial* y con las cuales se siente consustanciado. Si ustedes deciden rechazar la interpretación correctamente realizada de un sueño propio, tengan la seguridad de que lo hacen por los mismos motivos por los cuales se ejerció la censura onírica, se produjo la desfiguración del sueño y se hizo necesaria la interpretación (Freud, 1917/2000b, p. 130, cursivas añadidas).

Una flexibilización del analizante con respecto a sus propias tendencias, contradicciones y paradojas provocará, entonces, no solamente un cambio de posición en su vida diurna, sino también la capacidad de censurar menos los pensamientos oníricos. Los mismos motivos que llevan a la censura a operar – dice Freud-, son los que llevan al soñante a rechazar la interpretación de su sueño. Entonces, a la inversa, si el soñante se vuelve más afín con ese saber que sus sueños le proveen, habrá de necesitar menos la censura onírica.

Tengan presente también que la desfiguración onírica es proporcional a dos factores. Por una parte, se vuelve tanto mayor cuanto peores sean los deseos que han de censurarse, pero, por la otra, *cuanto mayor sea la rigidez* con que se presenten las exigencias de la censura en ese momento. Una muchacha joven, educada con severidad y melindrosa, desfigurará con inflexible censura mociones oníricas que, por ejemplo, nosotros los médicos nos veríamos obligados a admitir como unos deseos permitidos, inofensivamente libidinosos, y que la propia soñante, un decenio después, juzgará también así (Freud, 1917/2000b, p. 131, cursivas añadidas).

En definitiva, Freud mismo contempló la posibilidad de que la censura onírica -y la desfiguración que es su efecto- pueda disminuir con el paso del tiempo y del análisis. Nosotros consideramos que los testimonios muestran una progresión de los sueños en este sentido.

Otra cuestión a considerar sobre este punto de los cambios a nivel de la censura y la desfiguración, es el papel de la inspiración *preconsciente* del sueño. ¿Por qué los sueños se vuelven tan claros con respecto a la posición del analizante? ¿Por qué develan con tanta sencillez lo que en el análisis se viene interrogando?

Venimos sosteniendo que muchos pasantes hacen de sus sueños el eje de transmisión de los giros principales de sus análisis. En los testimonios puede apreciarse cómo esos sueños vienen a encadenarse con *preguntas conscientes* o *preconscientes* que la cura va despertando; justamente aquellos interrogantes que quedan abiertos y que el sueño retoma para intentar una respuesta.

Siguiendo el hilo de las enseñanzas freudianas podemos explicar esta condición. En *Esquema del psicoanálisis*, Freud separó aquellos sueños cuyo motivo proviene del ello, de aquellos otros que surgen a partir de una motivación preconsciente:

Todo sueño en tren de formación eleva al yo, con el auxilio de lo inconsciente, una demanda de satisfacer una pulsión, si proviene del ello; de *solucionar un conflicto*, *cancelar una duda*, *establecer un designio*, si proviene de un resto de actividad preconsciente en la vida de vigilia (Freud, 1938/2000, pp. 167-168, cursivas añadidas).

Esta separación freudiana nos permite alcanzar el porqué de tal entramado entre las preguntas de analista y analizante y los sueños, ya que estos últimos pueden estar motivados en *solucionar un conflicto*, *cancelar una duda*, *establecer un designio*.

Consideramos que lo que se ve en los testimonios es cómo el progreso de la cura, y especialmente los interrogantes que hacen al axioma del fantasma y al nombre o definición del síntoma fundamental -ambos como comando de la repetición-, se han convertido en motivo de muchos sueños. Vimos variados ejemplos: aquellos soñantes que piden al sueño una respuesta, o que se hacen decir a un personaje que representa al analista en la escena onírica; pero también aquellos sueños que resuelven una toma de posición nueva con respecto a la finitud de la vida, la caída de la suposición de un sujeto al saber y del Otro como figura completa. También la elaboración a través del sueño del



tema de lo infinito del análisis, de aquello que no tiene una resolución definitiva en y por la cura, sino que queda como resto a re-trabajar en sucesivos retornos de la posición sintomática. El sueño arroja fórmulas -muchas veces mejor elaboradas que las de vigilia- acerca de estos temas que interrogan al analizante.

No obstante, si bien este aspecto explica el encadenamiento tan íntimo entre los sueños y los avances de la cura, no siempre será tan claro si el motivo desencadenante del sueño es únicamente una duda o conflicto preconsciente. Antes bien deberemos volver al esquema clásico, en el que Freud explicaba que el motivo preconsciente inspira el sueño porque despierta también al deseo pulsional. De allí proviene el empuje y, como diremos más adelante, también los efectos.

En este encadenamiento de motivos vemos operar ese *otro deseo*<sup>115</sup> que en 1920 Freud advierte como ligado a la sugestión –o podríamos decir “al entusiasmo de analizarse”- y que colabora en “convocar lo olvidado y reprimido” (1920/2000, p. 32), de la mano de la compulsión a la repetición.

Es interesante que el vienes, en esas frases que citamos en el apartado 4.4, haya mencionado una cierta distancia entre los sueños que figuran un anhelo como realizado y los sueños que vienen a auxiliar al análisis, al precio de convocar vivencias de la infancia a menudo penosas. Es en este aspecto que puede decirse que hay sueños que cumplen su cometido deseante de otro modo que no siendo recordados o protegiendo el dormir, pues se trata de sueños que se abocan a resolver los interrogantes sobre la propia posición subjetiva, las preguntas que el análisis abre.

Por último, nos resta retomar la cuestión de la censura desde su costado metódico. ¿Cómo reduce su injerencia la censura? O, mejor dicho, ¿qué conformación del sueño se produce por esta baja en su participación?

Lo que los testimonios parecen indicar es una participación estable –o incluso incrementada- de la condensación, en desmedro del desplazamiento, que se ve notoriamente disminuido.

---

<sup>115</sup> “Los sueños que se presentan en los psicoanálisis, y que nos devuelven el recuerdo de los traumas psíquicos de la infancia. Más bien obedecen a la compulsión de repetición, que en el análisis se apoya en el deseo (promovido ciertamente por la «sugestión») de convocar lo olvidado y reprimido” (Freud, 1920/2000, p. 32)

Como vimos anteriormente, Freud (1932/2000) indicaba que cuanto más sinuoso fuera el camino que la asociación debía emprender, más intervención de la censura debíamos suponer. En consonancia con esto, sostenía que cuando el desplazamiento ha trabajado con esmero, “uno tiene que escuchar una larga cadena de ocurrencias antes de conseguir algo utilizable para la comprensión del sueño” (p. 13). Esto lo llevó a destacar al desplazamiento -por sobre los otros mecanismos del sueño- como fuertemente solidario con la censura:

Ninguna otra pieza del trabajo del sueño contribuye tanto a tornar a este último ajeno e incomprensible para el soñante. El desplazamiento es el principal medio de la desfiguración que los pensamientos oníricos deben admitir bajo el influjo de la censura (Freud, 1932/2000, p. 20).

Vale destacar, al respecto, las palabras de algunos pasantes acerca de su experiencia soñante:

- “Ocurría como si cada uno de los sueños de aquella experiencia remitiera fácilmente y sin necesidad de un despliegue asociativo a alguno de los elementos o aspectos del *sueño-pivote*” (Mazzuca, 2011, p. 48);
- “No fueron sueños que aparecían como enigmas, ni soñados para la interpretación: ella surgía, para mí, al ser recordado” (Alderete de Weskamp, 1999/2006, p. 64);
- “Este sueño condensa una cantidad de cuestiones de mi vida, de toda mi existencia” (Estacolchic, 1999/2006, p. 39).

### **C. La cuestión de la satisfacción**

Dijimos que podíamos extraer tres conclusiones generales sobre los efectos que el avance de la cura parece tener sobre los sueños según los testimonios. La primera ha sido la concerniente a los cambios experimentados a nivel de la censura onírica; la segunda refiere a la compleja cuestión de la satisfacción en y por el sueño.

Nos es necesario plantear este asunto porque su aparición es frecuente en los textos que tratan sobre el tema de lo onírico y el final de la cura, así como en los testimonios.

En principio, encontramos una mención a este aspecto en Lacan (1954-55/2008), cuando se pregunta, en relación con el sueño “de la inyección de Irma”, cómo explicar “la inmensa satisfacción que procura a Freud su solución del sueño” (p. 231). Y la respuesta que se da es que Freud siente, en y por ese sueño, haber dado un paso. “Si siente que lo ha dado, es porque lo ha dado” (p. 231), concluye.

Encontramos aquí una referencia al “sentir” que no es lo más habitual en Lacan. En general, él seguía a Freud en la indicación de desconfiar de los afectos, especialmente los ligados al sueño, que suelen provenir de grandes desplazamientos y colaboran en errar el camino hacia la elucidación de aquello que lo ha provocado. Pero también ambos han separado a la angustia como afecto que no engaña, afecto señal de algo esencial.

En esta misma línea, Soler (2009/2013) ha destacado que la satisfacción parece transformarse, en la enseñanza de Lacan, en un afecto con un peso similar al de la angustia, un “afecto didáctico” (p. 100). Como hemos mencionado previamente, esta autora habla de una “satisfacción de fin” que suele marcar el final del análisis; satisfacción con el recorrido realizado y el saldo obtenido. También ha señalado que esta satisfacción puede entenderse como “respuesta del ser” (p. 100), lo que nos permite a nosotros repensar su papel en la vida onírica, cuando ocurre que un sueño se vuelve tan central para un analizante.

¿Es posible vincular la satisfacción de fin con aquella que Lacan reconoce en Freud tras su sueño “de la inyección de Irma”? Creemos que sí.

En principio, es claro que la satisfacción que viene a marcar un cambio irreversible no es comparable con la satisfacción del fantaseo, que sería equivalente a la figuración de un anhelo como cumplido en la escena del sueño. Hablamos de una satisfacción que tiene otro alcance, es duradera y habla de un cambio en la posición subjetiva.

No por azar, este hecho de la relación tan particular que los pasantes tienen con algunos de sus sueños ha sido a menudo señalada:

- “Los pasantes hablan mucho de sus sueños con la idea de un efecto conclusivo, a veces oracular” (Cottet, 2000, p. 98);
- “Estas manifestaciones del inconsciente sobrevenidas en el momento de pase sorprenden y afectan de otra manera al sujeto hasta tal punto de ser inolvidables (...) Esto puede eventualmente probar que la relación del sujeto a su propio inconsciente ha cambiado” (Thamer, 2018, p. 7);
- “Los pasantes sitúan sueños que verifican el fin de sus análisis, de los que extraen consecuencias conclusivas” (Yacoi, 2002, p. 98);
- “Sueños que tienen una consistencia diferente” (Alderete de Weskamp, 1999/2006, p. 64).

A nuestro modo de ver, esos sueños entrañan una satisfacción conclusiva. Incluso cuando no sean sueños del final o no impliquen la conclusión de la cura en breve, parecen ser sueños que de algún modo concluyen algo, cierran cierto recorrido. Y si lo hacen, si logran producir ese efecto, ha de ser porque el soñante se manifiesta conforme con ese cierre, su respuesta es la satisfacción con respecto a ese sueño, su conformidad, su aquiescencia. También en ellos se escucha el eco de aquella frase de Lacan acerca de Freud: “ha dado un paso” y “si siente que lo ha dado, es porque lo ha dado”.

El “factor satisfacción”, dirá Soler (2009/2013) “es incalculable y, por lo tanto, improgramable” (p. 95). Y además explica:

Esta respuesta del ser (...) que le hace o no dejar de lado su horror al saber, es la única que introduce el margen de libertad sin el cual todos seríamos tan sólo marionetas de nuestro inconsciente. Esta respuesta no solamente es imprevisible, como he dicho, sino también informable en un enunciado, y sólo es posible acercarse a ella a través de signos. Signos que Lacan terminó situando del lado de los afectos generados por el pase al vislumbre de lo Real (p. 100).

Aquí Soler enfatiza el papel de los afectos y, además, destaca lo informable de esa respuesta del ser; lo cual nos permite repensar, por ejemplo, la distancia enorme entre el efecto del sueño “de la inyección de Irma” sobre Freud y el único enunciado al cual él logra recurrir –el deseo de no ser culpado

por el estado de Irma- manteniéndose, no obstante, en las penumbras sobre el valor de satisfacción de ese sueño. “Ni yo mismo lo sé”, dice (1900/2001, p. 129). De igual manera podemos entender la distancia irreductible entre lo que los pasantes pueden explicar sobre la importancia de determinados sueños y el efecto que experimentan.

Por otro lado, ya nos hemos preguntado, en el apartado 12.2, cómo es posible que haya a la vez un sentimiento de satisfacción y un agotamiento del recorrido. Y si los sueños vienen a mostrar estos dos aspectos, ¿cómo los conjugan?

“Un fin de análisis es, asimismo, el fin de la alegría de descifrar”, afirma Soler (2009/2013, p. 105). Y a la vez sostiene que ese fin entraña una satisfacción específica, que hace signo al analizante.

Este aspecto ha sido examinado en el apartado 10, a propósito de la categoría de sueños-índice (Mazzuca, 2011). Allí destacamos cómo el autor ha mostrado que esos sueños no tenían la función de relanzar el trabajo del análisis sino de frenarlo, marcando virajes como los que tan a menudo encontramos en los testimonios. La presentación de Mazzuca tenía además la virtud de mostrar justamente el aspecto de satisfacción en juego, que en otros testimonios hubo que rastrear sin que los sueños estuvieran presentados directamente desde esa perspectiva. La coincidencia, no obstante, nos parece clara y hemos intentado señalarla.

Creemos que, a su vez, el agotamiento del recorrido, el aspecto de detención que implican esos sueños –además, finalmente casi todos los que hemos tomado son en algún sentido índices- explica perfectamente el efecto de convicción tantas veces señalado por los autores que fuimos citando.

“El inconsciente habla sin duda, pero no concluye”, afirma Soler (2009/2013, p. 92). Por eso se ve precisada de distinguir el inconsciente en su faz trasferencial, del inconsciente que, a partir de algunos desarrollos de Lacan, llama “real”. El primero no concluye y se encarga de seguir cifrando infinitamente; el segundo, en cambio, se localiza allí donde caen los sentidos y queda solamente la materialidad de la palabra (*materialité*).

A la vez, esta distinción tiene una vinculación intrínseca con la institución del sujeto supuesto saber –para el inconsciente trasferencial- y la destitución

subjetiva –para el inconsciente real-. La convicción, pariente del acto, se vincula mucho mejor con el segundo que con el primero, pues ese primero, justamente, no concluye.

La satisfacción, entonces, en y por el sueño, es un asunto que en esta tesis encontramos íntimamente ligado a los efectos de acto de ciertos sueños, que vienen a cerrar partes del recorrido. En *Radiofonía*, Lacan (1977/2012) habla, justamente, del “efecto de acto que se produce como desecho de una simbolización correcta” (p. 446). Hemos intentado mostrar que esa simbolización, que ocasiona efectos de convicción, parece ocurrir, en los sueños del corpus, a partir de dos modalidades: la *función mostrativa* y la *función escritural*. En cierto punto, ambas son una misma cosa, ya que la mostrativa, que apunta al objeto en juego, es en realidad recubierta por la escritural cuando la letra prevalece en ciertos sueños y se convierte en una especie de *garabato agregado al objeto* (Lacan, 1971-72/2012). En la sección 6, hemos explorado las formas paradigmáticas de la función mostrativa que aparecen en los sueños del corpus, y en la sección 9, la función escritural y su efecto resolutivo sobre la angustia. Ejemplos de esto último son los sueños que agrupamos a partir de la escritura de una cierta fórmula: Rit – no sé – zero honte, Eyes dolorosos, Down, Clandestine, Errático, Randômico, Noël, Gentille.

Ejemplos de lo primero –la función mostrativa- son las diversas presentaciones del objeto *a* en la escena onírica, en sueños como el del ojo de la rata, de Cora Aguerre (2011). Este mismo objeto, el escópico, vimos reaparecer transformado en sueños de otros pasantes, como el del magma incandescente (Castellanos, 2014), el de la intensa luminosidad (Paola, 2010), los ojos brillando en la oscuridad (Vicens, 2013), y el sueño del traje de luces (Fuentes, 2011).

Pudimos captar también la presencia del inaudible objeto invocante en el sueño de matar al primogénito a pedido de la voz de Dios (Naparstek, 2005), y la reducción de lo invocante a un sonido, “crac”, en el sueño de Vidal citado por Rojas (2017). También hemos visto la disolución de lo invocante en el sueño de “bajar el volumen a París”, de Fuentes (2001).

La referencia a la analidad, explícita en Aguerre y también en Lutterbach Holck (2009) –en el sueño del perro defecando el paté-, es ubicable asimismo

en el sueño de las cucarachas reportado por Rojas. Vimos además la articulación de analidad y mirada, en el sueño de la babosa, de Rabinovich (2015).

Aun así, lo que el sueño muestra siempre resulta poco en relación a los efectos que produce, cuando es eficiente. Es que la esencia del objeto es justamente su ausencia, y por eso, en sentido estricto, en el sueño no puede verse.

Partiendo de que entre imágenes y relato del sueño hay una ruptura, una discontinuidad, Polari (2005) sostiene que “la descripción, lejos de ser armónica con la imagen, se presenta en ruptura con ella y porta la parte invisible del cuadro, la que no puede ser vista ni decirse. Reconocemos aquí el entrelazamiento entre registros y también su irremediable discontinuidad” (p. 3). Tenemos, por un lado, el hecho irremediable de que “no hay manera de conciliar lo que se dice con lo que se ve” (p. 3) y, por otro, la cuestión de que hay algo que no puede ni verse ni decirse.

En nuestra opinión, hay un intento que se hace en el análisis, un forzamiento que se llevará tan lejos como se pueda, basado en que “recordar un sueño a posteriori (tanto las imágenes visuales como las palabras con que se lo relató) revela instantáneamente un plus, algo no visto cuando el sueño estaba casi todo en la memoria consciente” (p. 4), pero ese plus no será totalmente reabsorbible en palabras o imágenes y quedará como *intuición onírica*. Tal vez como *plus-valor* de un sueño puntual, que se conserva en la memoria durante años porque sigue detentando una posesión innombrable.

Al respecto, es interesante volver sobre una de las *Conferencias y charlas en universidades norteamericanas*, en la que Lacan (1975b) renombra los elementos del discurso analítico del siguiente modo:

$$\begin{array}{ccccccc}
 \text{(Silencio)} & a & \rightarrow & \$ & \text{(Lo que él dice)} \\
 & \hline & & \hline & \\
 \text{(Medio-decir)} & S2 & // & S1 & \text{(Lo que él no dice)}
 \end{array}$$

Hace del S1 -producto de ese discurso- un hueco: lo que no se dice, lo que no se llega a decir nunca; y del objeto *a*, que comanda, un silencio.

Desde esta perspectiva, debemos decir que, en sentido estricto, lo que el análisis produce no podría mostrarse en un sueño, pues no puede ser dicho, ni tampoco mostrado. Lo que el sueño puede escribir o mostrar son aproximaciones, siempre del lado del semblante -de todas maneras, útil e ineludible-.

Es por esto que, al efecto de acto de algunos sueños, con la carga de convicción y satisfacción que traen aparejada, debemos adscribirlo en definitiva a este aspecto innombrable de la experiencia y ubicarlo en aquello que en el sueño no se ve. Lo que sigue siendo clínicamente constatable, y de interés, es que ese efecto ha sido muy testimoniado, cuando ciertos sueños se separan de la serie habitual y acarrear efectos irreversibles.

#### **D. Funciones del sueño**

Finalmente, cabe una última conclusión, que se desprende, en primer lugar, del recorrido conceptual que realizamos sobre la noción de *realización de deseo en el sueño* desde Freud y Lacan; aunque también se extrae de lo que los testimonios nos han mostrado como *funciones del sueño* en el avance de la cura.

Hemos partido de la postulación freudiana del sueño como realización de deseo, tanto en su vertiente de figuración de un anhelo como cumplido, como en otras vertientes más complejas, de realización del deseo propiamente inconsciente a través del entramado mismo del sueño, de su trabajo de cifrado a partir de significantes centrales. Atendimos también al postulado del sueño como guardián del dormir, aspecto que se evidencia mejor en los sueños de comodidad que en aquellos que de algún modo incomodan o interpelan al soñante.

Fuimos viendo, especialmente en los testimonios, que la gama que va desde los sueños de comodidad hasta los que despiertan es muy variada; encontramos que muchos sueños cumplían mejor su función si eran recordados, porque así llegaban a interpretar al soñante, a modificar su posición, en un diálogo constante entre sueño y vigilia.



Así, la idea de Freud (1925/2000) de que “los sueños de los cuales uno no sabe decir nada tras despertar son los que mejor han desempeñado su función” (p. 129) parecía verdadera sólo desde el costado protector del dormir, pero no en un sentido que tome a la interpretación en y por el sueño como otra de las funciones posibles, intrínsecamente ligada al análisis. Esto puede ser vinculado con lo que Freud (1920/2000) postula como el *deseo*, promovido por la *sugestión*, de convocar lo olvidado y reprimido durante el tratamiento. Por nuestra parte, lo hemos renombrado como “entusiasmo de analizarse”, porque creemos que la sugestión no alcanza para explicar los alcances de dichos sueños.

Por eso hemos destacado aquellos desarrollos que enfatizaban la “causa” del sueño y la distinguían de la función de aquél como guardián del dormir (Cf. Basz, 2012). Esa causa, ilustrada en Freud con el ejemplo del socio capitalista, encuentra en el Seminario 19 de Lacan una formulación muy puntual: es el objeto *a*, como causa de la división subjetiva. Ese es, para Lacan, el encuentro al cual conduce la experiencia soñante en análisis y que constituye, a la vez, la causa del soñar. Si bien en los seminarios siguientes va a teorizar preferentemente el valor de goce del cifrado –indicación útil para pensar lo que hemos referido como agotamiento de la libido analizante frente al aspecto infinito del análisis–, creemos que no invalida de ningún modo los desarrollos previos, que resultan muy fructíferos para pensar los medios por los cuales el análisis avanza.

Para valorar la articulación entre la pulsión y este encuentro con la causa de deseo nos han resultado de utilidad los desarrollos de Alenka Zupančič (2000/2010) y de Lacan (1964/2006), quien va a plantear al deseo como “actuado en la pulsión”. Por este motivo, destacamos las articulaciones de Freud posteriores a 1920, que hablan del sueño en su lazo con el *deseo pulsional* y la *satisfacción pulsional deseada*.

Los ejemplos más claros que vimos al respecto tal vez sean el de Cora Aguerre (2011), por cómo ubica a partir del sueño su curiosidad, su posición con respecto a prestar el oído a las miserias ajenas; el sueño del perro lobo atado por su amo (Blancard, 2013), que le permite desprender su posición masoquista; y finalmente el movimiento de ida y vuelta del frisbee de Horne (2012), sobre lo cual señala, justamente, la fijación pulsional que comienza a flexibilizarse.

Seguramente una lectura similar sea posible a partir de muchos de los sueños citados, pero estos son los que explícitamente mencionan la ligazón del sueño - en determinado momento- con el recorrido de la pulsión.

Cabe finalmente recordar la propuesta de Lacan de que el deseo del sueño, si bien es deseo de dormir, en ocasiones lo es “para que allí despierte otra realidad”, postulación que va a vincular con el *mensaje secreto del sueño*, en los Seminarios 6 y 11, y con el *objeto causa* en los Seminarios 11 y 19. Como vimos, también en el 21 insiste sobre este punto, enfatizando el *saber del sueño*, que implica cierto encuentro, “hasta allí ustedes han llegado”, dice, “por eso es tan importante descifrar ese sueño, ese sueño que ustedes sólo sueñan durante cierto tiempo” (clase del 18 de diciembre de 1973).

En lo que respecta a la función del sueño, los testimonios nos han permitido mostrar, en la sección 6, la *función del sueño como mostración del objeto causa*, es decir, del costado pulsional que puede apreciarse en los sueños de los pasantes. En las 7, 8, 11 y 12, hemos enfocado más la *función del sueño como interpretación*. En la 9, hemos destacado la *función escritural* y su capacidad de resolución de la angustia, y en la 10, la *función del sueño como índice*. Podríamos decir que estas cuatro funciones se distinguen en cierta medida de la *función de guardián del dormir* y se corresponden, en diversos sentidos, con la *función de realización del deseo*.

No queremos insinuar que esta divisoria agote en modo alguno la posible categorización de funciones del sueño en los tratamientos, sino que son las que pudimos desprender del corpus de análisis con que trabajamos. Tampoco proponemos que las cuatro funciones que podrían nombrar los desarrollos de esta tesis puedan equipararse con las más amplias y originales funciones que Freud le reconoció. Creemos que son, en todo caso, precisiones que aportan un punto de vista clínico que toma en cuenta los relatos de análisis llevados hasta cierto final.

## E. Orientaciones clínicas

¿Qué utilidad clínica tiene el estudio de estos detalles de la vida onírica en los testimonios de pase? ¿Puede servir para sensibilizar la escucha respecto a lo real como causa del sueño? ¿Puede aportar alguna indicación sobre cómo intervenir?

Como hemos dicho, Soler (1988) señala que el sueño, que habitualmente trabaja para plantear la pregunta del sujeto, bien puede a veces incluir en él una respuesta, señalando el objeto causa de deseo y de goce.

¿Pero qué función tiene esto para la cura? Ya he dicho, es cuestión de tratar al sueño-metáfora como invitación a la metonimia. En cuanto a la inserción de la pulsión, en efecto, el paciente no está ahí para gozar, aunque fuera en sueños. (...) Está ahí para decir lo que se puede decir de su ser de goce. Se trata entonces, ahí también, de despertarlo del sueño, sin que olvide lo que en el sueño despierta (p. 81).

De aquí extraemos dos indicaciones. Por un lado, que no se olvide lo que en el sueño despierta, lo cual valdría como indicación de no adormecer con palabras lo que el sueño ha logrado mostrar con cierta crudeza, o incluso no mostrar. Por otro lado, y esto ya para el caso del sueño ordinario, invitar a la metonimia, a la asociación, porque el paseo por los hallazgos de la asociación libre nunca se cierra sobre un sentido unívoco, y a la vez, en su expansión de sentidos múltiples, apunta también al sinsentido, a la vacuidad del saber elucubrado, pues no concluye. Esto conduce a un agotamiento del trabajo analizante que, ayudado por el corte, comienza a recortarse sobre sentidos cada vez más reducidos, hasta llegar a “decir lo que se puede decir de su ser de goce”, que no es mucho, pero marca una diferencia. En paralelo, se espera que ese trabajo extraiga también lo indecible.

En lo que respecta a cómo trabajar los sueños, podemos decir que el desgaste del goce de descifrar no sucede sin la participación del analista. “Hay un saber hacer con los sueños que es distinto a interpretarlos”, dice Basz (2012), “se trata fundamentalmente de situar en acto lo real como causa y la consecuente captación de un estallido inédito del estatuto del Otro” (p. 101). “Es incumbencia del analista poder servirse de las formaciones de la cura en función de la coyuntura y los fines del análisis”, afirma Luteareau (2016, p. 56).

Será el acto analítico el que produzca los avances que veremos reflejados en los sueños. Por eso nos resulta de interés revisar, finalmente, las pocas, pero interesantes intervenciones del analista que han sido mencionadas en los testimonios de nuestro corpus.

Tenemos, por un lado, ciertas intervenciones que consisten en interrogar partes del sueño e invitar a asociar (Cf. Brodsky, 2013, p. 104; Mazzuca, 2011, p. 44; Rojas, 2017), o bien se habla de “trabajar” el sueño en análisis (Pereira da Silva, 2017).

Esto es interesante, porque los testimonios de pase han coincidido tanto en el relato de sueños breves, auto-interpretados y conclusivos, que el movimiento lacaniano ha corrido varias veces el peligro de olvidar que sin el método freudiano no hay análisis posible. Sin embargo, un retorno a las intervenciones del analista en los textos de nuestro corpus, permite afirmar que el pedido de asociaciones y la interrogación de los elementos del sueño siguen vigentes.

Algunos ejemplos muestran interpretaciones del sueño que parecen bastante clásicas (Cf. Gasbarro, 2015, p. 98; Rabinovich, 2015, p. 89); son breves y tienen una estructura cercana al chiste, ya que producen la sorpresa y el alivio propios de la agudeza. Podría decirse que son interpretaciones freudianas clásicas cuando a partir del contenido manifiesto, extraen una formulación lingüística que ha sido escogida por el sueño -entre otras posibles, más abstractas y menos plásticas- por adecuarse mejor a los requisitos de figurabilidad (Freud, 1900/2001).

Si bien este tipo de interpretaciones son muy referidas y estudiadas en el ámbito lacaniano, en nuestro corpus no encontramos muchas interpretaciones del analista que puedan considerarse equivalentes; probablemente porque en los testimonios suelen mencionarse preferentemente los sueños que producen por sí mismos cierto efecto de interpretación.

En el apartado 6.5, vimos un ejemplo de interpretación reportado por Bernardino Horne (2012), que era el siguiente: “El disco blanco es una condensación’. Sorpresa y, en un primer momento, desilusión. Tantas asociaciones interesantes y el analista dice algo tan banal” (p. 36). Luego

concluye: “Al señalar la condensación el analista orienta el discurso desde el punto de vista económico y en la vertiente del objeto” (p. 39).

Otra interpretación como esta, también bastante enigmática y dirigida a futuras asociaciones -que se espera sobrevendrán con el avance de la cura- es la relatada por Débora Rabinovich (2015): “Al final sabremos qué es la *poudre blanche*” (p. 93), dijo el analista, a partir de un sueño donde un extraño polvo blanco aparecía en el centro de la escena. La intervención parece allí orientada a dejar abierto un enigma, tras comprobar que con ese sueño la analizante asociaba, pero ninguna de las ideas que obtenía le parecía satisfactoria. “Fue justamente la *poudre blanche* que apareció la anteúltima vez que lo vi”, comenta finalmente (p. 93).

Aquí, como en Horne, un sueño enlaza un momento de la cura con su final, siendo el analista quien introduce una intervención que apunta hacia más adelante y deja abierto un enigma<sup>116</sup>.

Intervención un poco más drástica es la que reporta Lutterbach Holk (2009), cuando sueña con un perro defecando un paté: “ese paté es usted” (p. 22). “Paté: significa paté, pero aquí es también una condensación de ‘para tener’” (p. 22), explica desde su lengua materna.

En este punto, creemos conveniente aclarar que dentro del psicoanálisis lacaniano también se ha indicado que el abuso de este tipo de interpretaciones en la cura produce resistencia, debido a los efectos sugestivos que puede inducir:

Es inevitable en el análisis la revelación de algunos términos del vocabulario del goce (...). A estos significantes que inexorablemente se repiten (...) el analista los puede revelar; también los puede hacer equivocar en la interpretación (...); pero no insistirá sobre ellos en su decir sin que el analizante comience a presentarle su resistencia a la sugestión (Lombardi, 1998, p. 33).

Lo que Lombardi señala como problemático es la insistencia en este tipo de interpretaciones, pero no su uso, que le parece en cierta medida necesario. También propone que el analista puede, mediante el equívoco, enlazar esos

---

<sup>116</sup> El sueño de Rabinovich no ocurre al inicio, sino mediando la cura, pero el texto de Horne se titula, justamente: *Sobre el inicio del análisis por un sueño y su relación con el final*.

términos que poseen valor libidinal con otros sentidos posibles. Un ejemplo de este proceder puede verse en el citado testimonio de Rabinovich, donde se comenta que el analista, una vez despejada la relación del polvo blanco con un recuerdo infantil, introduce un equívoco sobre el significante “sal”, retomándolo como imperativo del verbo salir: “¡Sal!” (p. 96). Así, se pasa de una ligazón mortífera de ese significante –veneno para matar babosas-, a un sentido vivificante, escuchado por la analizante como una invitación a embarcarse en una nueva etapa de su vida.

La reiteración en los testimonios de este tipo de interpretaciones ha sido señalada por Brousse (1997): “de las pocas interpretaciones que quedan del analista en los testimonios, la mayoría procede bajo la misma lógica, es decir, bajo la lógica del equívoco que separa al sujeto de sus identificaciones idealizantes” (p. 25).

Una intervención que también aparece en los testimonios como forma de la interpretación es el corte de sesión. Es el caso del sueño de la pasante reportado por Ricardo Rojas (2017), donde el analista corta tras escuchar la respuesta de la analizante a una de sus preguntas. Es también el caso del sueño relatado por Lutterbach Holk (2009), quien especifica que, tras proferir la interpretación sobre el “pâte”, el analista corta la sesión. Lo encontramos asimismo en el testimonio de Rose-Paule Vinciguerra (2006), a quien Lacan interrumpe ni bien comenzaba a narrar un sueño. En esas primeras palabras del sueño se condensaba un equívoco, que es escuchado a partir del corte. Lo mismo sucede en lo que relata Graciela Brodsky (2013): el analista hace una pregunta, la analizante responde y luego el analista corta la sesión.

Algo similar refiere Patricia Dahan (2010), que califica de “fulgurante” el efecto del corte que introduce el analista “sobre una palabra de las asociaciones del sueño” (p. 28).

Esta palabra podía resumir un pequeño recuerdo de infancia que había sido interrogado a lo largo de mi análisis, pero en el momento no había hecho el lazo. Lo que hubo allí de fulgurante, es que el corte de la sesión había producido un efecto de choque y que a este significante del sueño inmediatamente asocié otro significante (...) Las sesiones que siguieron me permitieron asociar sobre una parte de mi historia que me parecía no me concernía (p. 28).

En los testimonios también se puede observar que los relatos de Horne (2012) y Gasbarro (2014) relacionan directamente la interpretación del sueño con el final de la sesión, aunque no mencionen explícitamente el corte.

“El corte es sin duda el modo más eficaz de la interpretación analítica”, sostenía Lacan (1958-59/2015, p. 537). Naparstek (2001) afirma que, para Lacan, el trabajo asociativo debía producirse entre encuentro y encuentro, ya que el circuito asociativo tiene tendencia a cerrarse sobre sí mismo –tanto por la elaboración secundaria que opera al despertar, como por la compulsión del yo a la síntesis, que interviene durante el trabajo analítico-.

Se ve que así se arma un trayecto, que va de la preparación del sueño al soñar y a la posterior interpretación, que gira en redondo pudiéndose hacer interminable. Esto último es lo que lleva a Lacan a poner énfasis en alguna estrategia que no deje al sujeto dando vueltas infinitamente. La misma está centrada en la escansión, el corte, lo discontinuo (p. 147).

Este autor va a decir que la escansión, como estrategia de intervención, tiene al menos dos objetivos. Por un lado, causar el trabajo nuevamente: causar el esfuerzo del analizante a seguir soñando y a seguir asociando. En este sentido, el analista operaría como causa de deseo, inclusive como resto diurno que pone a trabajar. Una precisión interesante que hace al respecto es que, para operar de esta manera, la intervención del analista debería quedar como “intramitada”. Entendemos que se refiere a que no podría ser una intervención que consista en una explicación o una respuesta a la demanda. De algún modo, la intervención debe incomodar al Yo.

Por otro lado:

El segundo objetivo del corte apunta efectivamente a lo que se ha extraído como despertar. En este caso ya no se trata de relanzar cada vez, sino de dirigirse a poner un fin, a detener el circuito. Allí el corte intenta despertar al sujeto para que pueda hacer algo diferente a seguir eternamente elaborando el resto (Naparstek, 2001, 148).

Entonces, este segundo propósito de la escansión es instar a “hacer algo”, expresión en la que reconocemos el “saber-hacer-ahí” (*savoir y faire*)

proclamado por Lacan (1975-76/2009) como producto exigible de un análisis. Tal como lo explica Naparstek, aprender a hacer algo con los restos es diferente a seguir intentando elaborarlos.

Finalmente, hay un grupo de ejemplos hallados en el corpus que se presentan como casos paradigmáticos de la “libertad táctica” propuesta por Lacan (1958/2005). Se destacan por mostrar la acción del analista frente a ciertos sueños relatados, y constituyen maneras novedosas de recepcionar el material y darle un lugar en la cura.

Uno de ellos, que hemos transcripto en el apartado 6.2, es el siguiente:

Quería ser un buen analizante y esperaba entonces del analista una aprobación en relación a los sueños y a las asociaciones que producía en sesión. Él se encargó, a través de sus ruidos, tanto más fuertes en la medida en que yo buscaba actuar mi performance, de hacer deconsistir este circuito y hacer resonar el vacío que habitaba a menudo mi palabra (Fajnwaks, 2016, p. 78).

Vemos que el analista utiliza en este caso ruidos –no sabemos cuáles– para incomodar aquello que en el analizante pujaba por producir un buen desempeño. Puede ser pensado como el “desdén” que recomendaba Lacan (1958/2005) para la hazaña obsesiva: el desinterés mostrado hacia cierto material, muy elaborado y racionalizado por el Yo, intenta vaciar ese espacio para dejar lugar al surgimiento de algo con valor más enigmático, propiamente inconsciente (Cf. Dvoskin, 2001).

Por otra parte, Rabinovich (2015) relata que tras un largo período en que los sueños mostraban, casi sin disfraz, su posición fálica, algo diferente empezó a emerger y que el analista tomó partido por ese cambio. “Comenzó a festejarme un nuevo tipo de sueños. «Este es un sueño de castración, ¡la felicito!», dijo en varias ocasiones” (p. 91). Aquí la intervención es nombrada, de manera muy original, como un “festejar” ciertos sueños. De este modo, el proceder del analista intenta conducir la cura hacia lo que aparece como más promisorio en cuanto a la castración.

En otro ejemplo, de un sueño que transcribimos en el apartado 12.2 (Ferreira da Silva, 2013), se relata que el analista remarca –incluso se podría



decir, ahí también, que “festeja”- algo que el sueño muestra por sí mismo. El analista toma partido, remarca ese cambio expresado en la escena onírica.

Finalmente, otra intervención del analista que también apunta a destacar algo que ya está contenido en el sueño mismo es reportada por Vicente Palomera (2006): tras escuchar el relato, el analista le pide al analizante que escriba el sueño. Indicación desaconsejada por Freud (1932/2000), tal vez puede en alguna ocasión ser utilizada para decantar algo que tiene que ver con el juego de las letras<sup>117</sup>.

Podría decirse que, en última instancia, estas variantes del acto analítico frente al sueño mostradas por los testimonios, coinciden en que se abocan a subrayar algo ya contenido en el sueño mismo, especialmente cuando éste revela la castración o pone sobre el tapete cuestiones fundamentales para la cura.

Nos parece importante haber retomado los testimonios, ahora desde este costado que visibiliza las intervenciones del analista, para evitar el malentendido de creer que los sueños conclusivos se producirían sin el acto analítico, que en verdad acompaña todo el tratamiento. Además, esta revisión ofrece variantes de intervención que son interesantes y que no siempre han estado presentes o explícitas en las indicaciones freudianas, como es el caso del corte.

## F. Perspectivas abiertas

El campo del sueño es extremadamente amplio. Uno podría proponerse indagar las relaciones entre el sueño y la creatividad<sup>118</sup>; o bien, el sueño y la neurobiología, la medicina del sueño en general, los sueños y la literatura<sup>119</sup>, las

---

<sup>117</sup> Además, si bien Freud (1932/2000) desaconseja que el paciente se acostumbre a escribir todos sus sueños como rutina, también menciona que en ocasiones puntuales pide la escritura de un determinado sueño después de oírlo (1912/2001, p. 113).

<sup>118</sup> Bellos ejemplos de sueños que han inspirado descubrimientos científicos constan en el libro *La ciencia del sueño* (Calb y Moreno, 2013).

<sup>119</sup> En un trabajo breve, disponible online (Labaronnie, 2016), hemos comparado la revisión freudiana de la *Gradiva*, de Wilhelm Jensen, con la lectura lacaniana del *Finnegans Wake*, de

relaciones entre sueño y cuerpo<sup>120</sup>, sueño y sexualidad<sup>121</sup>, sueño y escritura... Probablemente todos esos campos tengan mucho por explorar, aunque todos y cada uno hayan sido también trabajados, pues parece ser esta una característica de la experiencia de soñar: es inagotable; lo son sus efectos, lo son sus modos, lo son sus vínculos con numerosas ciencias. Quedan, entonces, abiertos muchos campos de exploración en los que no nos adentramos.

Durante la escritura de la tesis, la elección siguió siendo la de realizar un estudio sistemático de testimonios y seguir un hilo conductor que permitiera la revisión de unos pocos puntos de la teoría psicoanalítica, como lo fueron la relación sueño-deseo y sueño-pulsión. Por lo tanto, muchas líneas de indagación quedan abiertas, como las recién mencionadas y las que propusimos en los apartados 2.5.2 y 2.6, sobre la replicabilidad de este estudio y sus limitaciones – que permiten acotarlo, pero pueden ser tema de trabajo de otros investigadores.

Por otra parte, desde un punto de vista personal, puedo decir que esta experiencia de revisión de testimonios ha abierto mi interés hacia lo que mencionamos en el apartado 2.5.1: los estudios de eficacia en psicoterapias *desde la perspectiva del paciente*. Como fui señalando en varias ocasiones, a medida que la investigación avanzaba, iba echando de menos la ausencia de estudios sistematizados sobre estos mismos aspectos en analizantes no cercanos a la disciplina y a su práctica profesional –como sí lo han hecho los analistas de la IPA, aunque no siempre con un enfoque que compartamos-.

Sobre la cuestión de los efectos del psicoanálisis, queremos subrayar que es realmente promisorio que los meta-análisis de eficacia realizados en las últimas décadas (Cf. de Celis Sierra y Méndez Ruiz, 2020; Schedler, 2010) arrojen resultados positivos para nuestra disciplina, tantas veces menospreciada

---

James Joyce. Las nombramos como “dos versiones del sueño”, pero sin dudas la literatura que toca el tema de lo onírico es abundantísima y podría constituir un tema de investigación en sí mismo.

<sup>120</sup> Recomendamos al respecto la lectura de *El sueño: vía regia al cuerpo sexuado* (Zaffore, 2010), *Sueños con cuerpos* (Bonnaud, 2015) y *Via reggia: sueños a la letra en la clínica psicoanalítica* (Gaggero, et al., 2012).

<sup>121</sup> Interesantes aportes sobre el tema hay en algunos apartados de la tesis doctoral de Florencia Farías, publicada luego bajo el título *Mujeres al fin. Testimonios, goce femenino y fin de análisis* (Farías, 2018).

sin verdadero fundamento frente a otras terapéuticas. Este campo, sin dudas, merece también ulteriores estudios.

## Referencias

- Allouch, J. (1984). *Letra por letra. Traducir, transcribir, transliterar*. Buenos Aires: EDELP.
- Allouch, J. (1985). Sobre la destitución subjetiva. *Bulletin*, 0, 1-7. Recuperado de <http://www.jeanallouch.com/pdf/52>
- Allouch, J. (1996). Dos vías para la realización del deseo. En *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: Ediciones literales.
- Allouch, J. (2009). *Contra la eternidad*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Alomo, M.; Muraro, V. y Lombardi, G. (2013). Tique y trauma: el encuentro electivo con lo real de la lengua. *Anuario de investigaciones*, 20, 43-50.
- Altimir, C.; Krause, M.; de la Parra, G.; Dagnino, P., Tomicic, A.; Valdés, N.; Perez, J. C.; Echávarri, O. y Vilches, O. (2010). Clients', therapists', and observers' agreement on the amount, temporal location, and content of psychotherapeutic change and its relation to outcome. *Psychotherapy Research*, 20(4), 472-487, DOI: 10.1080/10503301003705871
- Anzieu, D. (1981/1987). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*. México: Siglo veintiuno.
- Austin, J. (1962/1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Ávola, L.; Cucagna, A. y Yacoi, A. (2012). *Brisas clínicas: sueño y final de análisis*. Buenos Aires: Grama.
- Azaretto, C. (2007). Diferentes usos del material clínico en la investigación en psicoanálisis. En *Memorias de las XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR: Vol. III* (pp. 38-39). Buenos Aires: Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires.
- Azaretto, C., Ros, C. B., Estévez, N., Barreiro Aguirre, C., y Crespo, B. (2006). Investigación en psicoanálisis: concepciones y obstáculos. En *Memorias de las XIII Jornadas de Investigación y Segundo encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Tomo II* (p. 268). Buenos Aires: Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires.
- Bassols, M. (2000). Alien. *L'essai. Revue Clinique Annuelle*, 117-121.

- Bassols, M. (2009). Le reste à démontrer. Quelques notes par-delà les formations de l'inconscient. *Lettre Mensuelle de l'école de la Cause Freudienne*, 278, 9-11.
- Basz, S. (2012). Respecto de los sueños, hay causa. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi (Eds.), *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 97-103). Buenos Aires: Grama.
- Behrens, I. (1995). The termination dream. On the significance of last dreams in psychoanalysis. *Psyche (Stuttg)*, 49(7), 633-52.
- Benveniste, E. (1977/2008). El aparato formal de la enunciación. En *Problemas de Lingüística General* (Vol. 2, pp. 82-91). México: Siglo XXI.
- Bernal Zuluaga, H. A. (2000) *El pase y la política del psicoanálisis. La política del pase en la A.M.P.* Obtenido en abril de 2015 de <https://drive.google.com/file/d/0B96wX4hXTKq4Wk40WnY1NVNXY1E/view>
- Binder, P-E.; Holgersen, H. y Nielsen, G. H. (2010). What is a "good outcome" in psychotherapy? A qualitative exploration of former patients' point of view. *Psychotherapy Research*, 20(3), 285-294, DOI: 10.1080/10503300903376338
- Bonnaud, H. (2015). *Sueños con cuerpos*. Recuperado de <http://www.psicoanalisisinedito.com/2015/06/helene-bonnaud-suenos-con-cuerpos.html>
- Boukhabza, D. (2012). *La «lettre» du rêve*. Toulouse: Érès.
- Boukhabza, D. (2013). Le rêve, un outil pour la cure analytique des psychoses. *Psychologie Clinique*, 36, 184-192.
- Brousse, M.-H. (1995/1997). Algunas observaciones sobre la interpretación a partir del Cartel del Pase. En N. Alvarez, P. P. Casalins, L. Michanie, A. M. Rubistein y F. Vitale (Eds.). *Enseñanzas del pase* (pp. 21-39). Buenos Aires: Publikar.
- Calb, D. y Moreno, A. (2013). *La ciencia del sueño*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Calderón de la Barca, P. (1635/2001) *La vida es sueño*. Edición electrónica. <https://www.dipualba.es/publicaciones/LibrosPapel/LibrosRed/Clasicos/Libros/VidaSue.pdf>
- Cancina, P. H. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.

- Carbó, T. (2001). El cuerpo herido o la constitución del corpus en análisis del discurso. *Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, 17-47.
- Carelli Lynch, G. (2012). El hombre que descubrió que Freud murió por mala praxis, contraataca, *Clarín*. Recuperado de [https://www.clarin.com/sociedad/hombre-descubrio-freud-praxis-contraataca\\_0\\_Bk2VQ1X2Pml.html](https://www.clarin.com/sociedad/hombre-descubrio-freud-praxis-contraataca_0_Bk2VQ1X2Pml.html)
- Charaudeau, P. (2000). Las problemáticas de base de una lingüística del discurso. En *Lengua, Discurso, Texto. I simposio Internacional de Análisis del Discurso* (págs. 40-51). Madrid: Visor.
- Charaudeau, P. (2005). Un análisis semiológico del discurso. *Polifonía. Revista de lingüística y literatura*, 9-28.
- Charaudeau, P. (2009). Análisis del discurso e interdisciplinariedad en las ciencias sociales y humanas. Recuperado de *Le site de Patrick Charaudeau*: <http://www.patrick-charaudeau.com/Analisis-deldiscurso-e.html>
- Coldiron, B. M.; Hale, E. K. y Marmur, E. S. (2016). Carcinoma de células escamosas, *Skin Cancer Foundation*. Recuperado de <http://www.cancerdepiel.org/cancer-de-piel/carcinoma-de-celulas-escamosas>
- Cortázar, J. (1979/2011). *Un tal Lucas*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Cosentino, J. C. (2007). Sueño: discurso y escritura. *Revista do Departamento de Psicologia - UFF*, 19(2), pp. 297-316.
- Cottet, S. (2000). Maître de l'interprétation ou gardien du sommeil. *L'essai. Revue Clinique Annuelle*, 97-100.
- Cottet, S. (2007). Éloge de l'analyse en langue étrangère. *L'information psychiatrique*, 9(83), 759-764. Recuperado de <https://www.cairn.info/revue-l-information-psychiatrique-2007-9-page-759.htm>
- Cottet, S. (2009). Du rêve au symptôme. *Lettre Mensuelle de l'école de la Cause Freudienne*, 278, 13-16.
- D'agostino, L. R. (2002). *Sueños y fin de análisis*. Jornadas Escuela Freudiana de Buenos Aires. Recuperado de [http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline\\_251.pdf](http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_251.pdf)

- De Battista, J. (2015) *El deseo en las psicosis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- De Battista, J. y Askofaré, S. (2015). Réexamen de la méthodologie freudienne pour une recherche en psychanalyse aujourd'hui. *Cliniques Méditerranéennes*, 91, 153-166.
- De Campos, S. (2012). Sueño: *short story*. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi (Eds.), *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 43-56). Buenos Aires: Grama.
- De Celis Sierra, M. y Méndez Ruiz, J. A. (2020). La eficacia de la psicoterapia psicoanalítica: rumores, certezas y controversias una década después de Shedler. *Aperturas Psicoanalíticas*, 63(1), 1-29.
- De Santis, P. (2014/2016). Hotel recuerdo. En Anónimo, *Horizontal: antología de relatos sobre dormir* (pp. 27-40). Buenos Aires: Planeta.
- Duby, G. (1988). *Diálogo sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau*. Madrid: Alianza.
- Dvoskin, H. (2001). *De la obsesión al deseo. El sujeto y los sueños*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Erikson, E. (1954/1973). *Los sueños de Sigmund Freud interpretados*. Buenos Aires: Hormé.
- Escars, C. (2003). *Clínica de la transmisión*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Escars, C. (2010). Investigaciones en psicoanálisis: qué, cómo, quién. En *Memorias del II Congreso Internacional de Investigación en Psicología* (pp. 188-190). Buenos Aires: Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires.
- Fabre-Gaudry, D. (2009). Rêve de passe. *Lettre Mensuelle de l'école de la Cause Freudienne*, 278, 11-13.
- Farías, F. (2011). Sueños del analizante, sueños del pasante. *Wunsch*(10), 14-19.
- Farías, F. (2018). *Mujeres al fin. Testimonios, goce femenino y fin de análisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Fendrik, S. (1998). Freud entre la solución y la disolución: el sueño de la inyección de Irma, *Acheronta*, 7. Recuperado de <http://www.acheronta.org/acheronta7/fendrik1.html>

- Ferenczi, S. (1989/1996). El problema del fin del análisis. En *Obras Completas*. España: Espasa Calpe.
- Fischmann, T.; Russ, M. O.; Baehr, T.; Stirn, A. y Leuzinger-Bohleber, M. (2012). Changes in dreams of chronic depressed patients: the Frankfurt fMRI/EEG study (FRED). En P. Fonagy, H. Kächele, M. Leuzinger-Bohleber y D. Taylor (Eds.), *The significance of dreams. Bridging Clinical and Extraclinical Research in Psychoanalysis* (pp. 157-181). Londres: Karnac.
- Fischmann, T.; Russ, M. O. y Leuzinger-Bohleber, M. (2013). Trauma, dream, and psychic change in psychoanalyses: a dialog between psychoanalysis and the neurosciences. *Front. Hum. Neurosci.*, 7: 877. doi:10.3389/fnhum.2013.00877
- Fischmann, T.; Russ, M. O., Schoett, M. y Leuzinger-Bohleber, M. (2017). Trauma, dreams and transformations in psychoanalysis: Combining clinical and extra-clinical research in an EEG/fMRI study. En M. Leuzinger-Bohleber, S. Arnold y M. Solms (Eds.), *The Unconscious: A bridge between psychoanalysis and cognitive neuroscience* (pp.165-188). New York: Routledge.
- Fratini, M. (2009). *Ética e interpretación: los sueños*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1895/2011). Proyecto de psicología. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 1, pp. 323-446)I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). Die Traumdeutung. En *Gesammelte Werke* (pp. 186-443). Sin datos editoriales. Obtenido en noviembre de 2015 de <https://freud-online.de/index.php?page=1689527257&f=1&i=1689527257>
- Freud, S. (1900/2001). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vols. 4-5). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1901/2001). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 6). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2000a). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 7, pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2000b). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu.



- Freud, S. (1907/1999). El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 9, pp. 1-79). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1909/2000). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las ratas»). En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 10, pp. 119-252). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1911/2001a). El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 12, pp. 83-92). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1911/2001b). Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 12, pp. 217-232). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912/2001). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 12, pp. 106-119). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913/2001). Un sueño como pieza probatoria. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 12, pp. 279-292). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/2000a). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 14, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/2000b). De guerra y muerte. Temas de actualidad. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 14, pp. 273-304). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917/2000a). Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 14, pp. 215-234). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917/2000b). Conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 15, pp. 1-219). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1918/1999). De la historia de una neurosis infantil. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 17, pp. 1-112). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1919/1999). «Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 17, pp. 173-200). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/2000). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/2000). Observaciones sobre la teoría y práctica de la interpretación de los sueños. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 19, pp. 107-122). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/2000). Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 19, pp. 123-140) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927/2001). El porvenir de una ilusión. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 21, pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930/2001). El malestar en la cultura. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1932/2000). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 29ª conferencia: Revisión de la doctrina de los sueños. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 22, pp. 7-28). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1936/1997). Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis). En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 22, pp. 209-221). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1937/2000). Análisis terminable e interminable. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 23, pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1938/2000). Esquema del psicoanálisis. En *Obras Completas* (J. L. Etcheverry, trad., Vol. 23, pp. 133-210). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gaggero, R.; Greco, M.; Hillert R.; Lamovsky, C. S.; Martínez Viademonte, A.; Mónaco, P.; Picasso, D. L.; Reyes, P. y Santcovsky, M. I. (2012). *Via reggia: sueños a la letra en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Guéguen, P. G. (2016). Portrait de l'inconscient dans les cures de 2015. *Événements, L'Hebdo-Blog* 57. Recuperado el 9/10/2015 de <https://www.hebdo-blog.fr/portrait-de-linconscient-dans-les-cures-de-2015/>

- Hegel, G. W. F. (1807/1985). La buena conciencia, el alma bella, el mal y su perdón. En *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Ediciones F.C.E. España.
- Hernandez Sampieri, R.; Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. (1997). *Metodología de la investigación*. Mexico: McGraw Hill.
- Jock, W.; Wagner Bolger, K.; Gómez Penedo, J. M.; Waismann, V.; Olivera, J. y Roussos, A. J. (2013). Differential Client Perspectives on Therapy in Argentina and the United States: A Cross-Cultural Study. *Psychotherapy*, 50(4), 517–524. DOI: 10.1037/a0033361
- Johansson-Rosen, P. (2000). Des usages du rêve. *L'essai. Revue Clinique Annuelle*, 101-104.
- Jones, E. (1981). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Barcelona: Anagrama.
- Kächele, H. (1992). Investigación psicoanalítica: 1930-1990. *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 9(1), 55-68.
- Kächele, H. (2012). Dreams as subject of psychoanalytical treatment research. En P. Fonagy, H. Kächele, M. Leuzinger-Bohleber y D. Taylor (Eds.), *The significance of dreams. Bridging Clinical and Extraclinical Research in Psychoanalysis* (pp. 89-100). Londres: Karnac.
- Kächele, H. ; Schachter, J. y Thomä, H. (2009). *From psychonalytic narrative to empirical single case research*. New York : Routledge.
- Kafka, F. (1999). *Cuadernos en octava*. Versión digital obtenida de [http://www.ignaciodarnaude.com/textos\\_diversos/Kafka,Diarios,Cuadernos%20en%20octava.pdf](http://www.ignaciodarnaude.com/textos_diversos/Kafka,Diarios,Cuadernos%20en%20octava.pdf)
- Klotz, J.-P. (2000). Rêve et désir. *L'essai. Revue Clinique Annuelle*, 105-110.
- Koretzky, C. (2012). *Le réveil. Une élucidation psychanalytique*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Kramer, M. (2000). Does dream interpretation have any limits? An evaluation of interpretations of the dream of Irma's Injection. *Dreaming*, 10(3), 161-178.
- Kramer, M. y Glucksman, M. L. (2006). Changes in Manifest Dream Affect During Psychoanalytic Treatment. *Journal of The American Academy of Psychoanalysis and Dynamic Psychiatry*, 34(2), 249-260.
- Kühnlein, I. (1999). Psychotherapy as a Process of Transformation: Analysis of Posttherapeutic Autobiographic Narrations. *Psychotherapy Research*, 9(3), 274-287, DOI: 10.1080/10503309912331332761

- Labaronnie, C. (2016). Gradiva y Finnegans Wake: dos versiones del sueño. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires (pp. 390-394).
- Labaronnie, C. (2019). *Usos clínicos de los sueños en las psicosis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Labaronnie, C.; Lombardi, G. (2018). Algunas posiciones subjetivas frente a lo pulsional en los sueños. *Rev. Latinoam. Psicopat. Fund., São Paulo*, 21(1), 58-80.
- Lacan, J. (1936/2003). Más allá del "principio de realidad". En *Escritos 1* (pp. 67-85). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1951/2003). Intervención sobre la transferencia. En *Escritos 1* (pp. 204-215). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1953/2003). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 227-310). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1954-55/2008). El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. En *El seminario* (libro 2). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957/2003). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos 1* (pp. 473-509). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1957-58/2003). Las formaciones del inconsciente. En *El seminario* (libro 5). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958/2005). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-626). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1958-59). Le désir et son interprétation. En *Le Seminaire* (Livre 6). Staferla. Recuperado de <http://staferla.free.fr/S6/S6.htm>
- Lacan, J. (1958-59/2015). El deseo y su interpretación. En *El seminario* (Libro 6). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1959-60/2007). La ética del psicoanálisis. En *El seminario* (Libro 7). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960/2005). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2* (pp. 773-807). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Lacan, J. (1961-62). La identificación. En *El seminario* (Libro 9). Manuscrito inédito. Versión de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (1962-63/2006). La angustia. En *El seminario* (libro 10). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964/2005). Posición del inconsciente. En *Escritos 2* (pp. 808-829). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1964/2006). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. En *El seminario* (libro 11). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1965-66). El objeto del psicoanálisis. En *El seminario* (libro 13). Inédito. Versión comparada de J. Tarella para la Escuela Freudiana de la Argentina.
- Lacan, J. (1966/2005). La ciencia y la verdad. En *Escritos 2* (pp. 834-856). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1966-67). La lógica del fantasma. En *El seminario* (libro 14). Manuscrito inédito. Versión comparada de R. E. Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (1967/2012a). Proposición del 9 de octubre de 1967. En *Otros Escritos* (pp. 261-277). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1967/2012b). La equivocación del sujeto supuesto saber. En *Otros Escritos* (pp. 349-360). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1967-68). El acto psicoanalítico. En *El seminario* (libro 15). Manuscrito inédito, Escuela Freudiana de Buenos Aires: Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Argentina.
- Lacan, J. (1968-69/2008). De un Otro al otro. En *El seminario* (libro 16). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969/2012). El acto psicoanalítico. En *Otros Escritos* (pp. 395-403). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969-70/2006). El reverso del psicoanálisis. En *El seminario* (libro 17). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1970/2012a). Discurso en la Escuela Freudiana de Paris. En *Otros Escritos* (pp. 279-300). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1970/2012b). Radiofonía. En *Otros Escritos* (pp. 425-471). Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1971/2012). Lituratierra. En *Otros Escritos* (pp. 19-29). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1971-72/2012). ...O peor. En *El seminario* (libro 19). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-73/2008). Aun. En *El seminario* (libro 20). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973/1977). Sobre la experiencia del pase. *Ornicar? El saber del psicoanálisis*, 12/13, 31-44.
- Lacan, J. (1973/2012a). El atolondradicho. En *Otros Escritos* (pp. 473-522). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973/2012b). Nota italiana. En *Otros Escritos* (pp. 327-332). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973-74). Los no incautos yerran (Los nombres del padre). En *El seminario* (libro 21). Manuscrito inédito, Trad. Irene M. Agoff de Ramos.
- Lacan, J. (1974/1981). Improvisación. Deseo de muerte, sueño y despertar. *L'Âne*, 3. Obtenido en agosto de 2015 de : <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2008/06/jacques-lacan-improvisacin-deseo-de.html>
- Lacan, J. (1975a). Respuesta de Jacques Lacan a una pregunta de Marcel Ritter. *Suplemento de las notas*(1), 126-135.
- Lacan, J. (1975b). Impromptu sobre el discurso analítico. En *Conferencias y charlas en universidades norteamericanas* (R. E. Rodríguez Ponte, trad. Y notas, pp. 67-68). Manuscrito inédito para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Obtenido en marzo de 2019 de: <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com/2010/09/jacques-lacan-conferencias-y-charlas-en.html>
- Lacan, J. (1975/2007a). Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. En *Intervenciones y textos 2* (pp. 115-144). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1975/2007b). La tercera. En *Intervenciones y textos 2* (pp. 73-108). Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1975-76/2009). El sinthome. En *El seminario* (libro 23). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1976/2012). Prefacio a la edición inglesa del seminario 11. En *Otros Escritos* (pp. 599-601). Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1976-77). Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra. En *El seminario* (libro 24). Manuscrito inédito, Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (1977). *Apertura de la Sección Clínica*. Obtenido en febrero de 2017 de: <http://www.cieccordoba.com.ar/institucion/documentos-institucionales/51-apertura-de-la-seccion-clinica>
- Lacan, J. (1977/2012). Radiofonía. En *Otros Escritos* (pp. 425-471). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1978). *El sueño de Aristóteles*. Inédito. Recuperado de El psicoanalista lector: <http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.ar/2012/09/jacques-lacan-el-sueno-de-aristoteles.html>
- Lacan, J. (1980). Disolución. En *El seminario* (libro 27). Inédito.
- Lacan, J. (1984/2006). Reseña con interpolaciones del seminario de la ética. En *Reseñas de enseñanza* (pp. 5-23). Buenos Aires: Manantial.
- Leclair, S. (1968/1970). El sueño del unicornio. En *Psicoanalizar*. México: Siglo XXI.
- Leguil, F. (2012). Sueño y real. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi, *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 15-33). Buenos Aires: Grama.
- Leserre, A. (2012). La oscura percepción de sí. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi (Eds.), *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 57-66). Buenos Aires: Grama.
- Leuzinger-Bohleber, M. (2012). Changes in dreams—from a psychoanalysis with a traumatised, chronic depressed patient. En P. Fonagy, H. Kächele, M. Leuzinger-Bohleber y D. Taylor (Eds.), *The significance of dreams. Bridging Clinical and Extraclinical Research in Psychoanalysis* (pp. 49-85). Londres: Karnac.
- Lo Bianco, A. C. (1999). Elementos para uma metapsicología da interpretação em análise. *Psicologia: Reflexão e Crítica*, 12(3). DOI: <http://dx.doi.org/10.1590/S0102-79721999000300013>
- Lo Bianco, A. C. (2001). El horror al acto analítico. En *Lo siniestro en la clínica psicoanalítica* (pp. 23-28). Buenos Aires: Imago Mundi.



- Lo Guercio, N. (2015). Testimonio moral y epistemología del testimonio. *Revista latinoamericana de filosofía*, 41(1), 47-67.
- Lombardi, G. (1998). *La resistencia como máscara del deseo*. Buenos Aires: JVE Psiqué.
- Lombardi, G. (2008). *Clínica y lógica de la autorreferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lombardi, G. (2009). Hacia un dispositivo del pase efectivamente practicable. *Revista Aun. Revista del foro Analítico del Río de la Plata, año 1, N° 2*, 67-75.
- Lombardi, G. (2015). *La libertad en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lombardi, G. (2018). *El método clínico en la perspectiva analítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lombardi, G.(2019). Perder la razón. Notas sobre el juicio y la identificación en la psicosis. *Palavras. Revista de Epistemología, Metodología y Ética del Psicoanálisis*, 5, pp. 71-84. DOI 10.24215/24689831e030.
- Lutereau, L. (2016). El uso mostrativo del sueño. Función del velo y formación de objeto. *Investigaciones en Psicología*, 21(1), pp. 55-66.
- Lytard, J. F. (1971/2014). El trabajo del sueño no piensa. En *Discurso, figura* (pp. 331-386). Buenos Aires: La Zebra.
- Mannoni, O. (1979). El análisis original. En *La Otra escena: claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mazzuca, M. (2011). *Ecos del pase*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Mazzuca, R.; Mazzuca, S.; Mazzuca, M.; Zaffore, C. (2014). Diferentes lecturas de la noción lacaniana de identificación con el síntoma. *Anuario de Investigaciones*, 21, pp. 93-100.
- Miller, J.-A. (1977). Introducción a las paradojas del pase. *Ornicar? El saber del psicoanálisis*, 12/13, 45-55.
- Miller, J.-A. (1986/2006a). La topología en la enseñanza de Lacan. En *Matemas 1* (pp. 79-104). Buenos Aires: Manantial.
- Miller, J.-A. (1986/2006b). Despertar. En *Matemas 1* (pp. 117-121). Buenos Aires: Manantial.
- Miller, J.-A. (2013a). *El ultimísimo Lacan*. Buenos Aires: Paidós.



- Miller, J.-A. (2013b). *Presentación del Seminario 6 de Jacques Lacan*. Recuperado de <http://www.jornadaseol.com/026/lecturas/textos-de-orientacion/pdf/presentacion-del-seminario-6.pdf>
- Moser, U. (1992). Signs of change in the affective context of dreams and the psychoanalytic process. *Psyche (Stuttg)*, 46(10), 923-57.
- Naparstek, F. (2001).. La sesión analítica estructurada como el sueño. *El caldero de la Escuela*, 83, 146-150.
- Naparstek, F. (2005). De la espera angustiosa a la serenidad del síntoma o Variaciones sobre la angustia y la espera. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 51-55.
- Naparstek, F. (2007). *El pase. Una experiencia de Escuela*. Buenos Aires: Grama.
- Naparstek, F. (2012). El sueño y lo femenino en el último período de la obra de J. Lacan. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi (Eds.), *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 67-72). Buenos Aires: Grama.
- Nemirovsky, F. (2004). Un soñar sin angustia. Consecuencias clínicas. En R. Bertholet, et al. (Eds.), *Pase y transmisión 7* (pp. 23-26). Buenos Aires: Grama.
- Nepomiachi, R. (1999). Sueños de pase. En S. Baudini, A. Luka, M. Recalde, P. Russo y L. Vignola (Eds.), *Pase y transmisión 2*. Buenos Aires: E.O.L.
- Ocampo, S. (1970/2016). Amada en el amado. En Anónimo, *Horizontal: antología de relatos sobre dormir* (pp. 57-70). Buenos Aires: Planeta.
- Olivera, J.; Braun, M.; Gómez Penedo, J. M. y Roussos, A. (2013). A qualitative investigation of former clients' perception of change, reasons for consultation, therapeutic relationship, and termination. *Psychotherapy*, 50(4), 505–516.
- Olivera Ryberg, J. M.; Braun, M. ; Balbi, P. y Roussos, A. (2011). Intervenciones y cambio en sicoterapia desde la perspectiva del paciente. En *Memorias del III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII, Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología*. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

- Páez, A. (2014). La prueba testimonial y la epistemología del testimonio. *Isonomía*, 40, 95-118.
- Perron, R. (1999). Reflections on psychoanalytic research problems – the French-speaking view. In: *An Open door review of outcome studies in psychoanalysis* (pp. 3-9). Londres: IPA Report.
- Plut, S. (2012). Estudio sistemático del sueño de la inyección de Irma (Freud, 1900), *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 16(2), 123-145. Recuperado de [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1852-73102012000200006&lng=es&tyng=es](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-73102012000200006&lng=es&tyng=es)
- Polari, P. (2005). *El trabajo con los sueños*. Recuperado de Revista Digital El Sigma: <http://www.elsigma.com/introduccion-al-psicoanalisis/el-trabajo-con-los-suenos/7530>
- Quinodoz, J.-M. (2002). *Dreams That Turn Over a Page. Paradoxical Dreams in Psychoanalysis*. London: Routledge. DOI 10.4324/9780203013861
- Rabinovich, D. (2019). *Paradojas*. Afiche de las XXVIII Jornadas Anuales de la EOL: Hablemos del inconsciente, aún... Obtenido el 1 de octubre de 2019 de [https://www.28jornadaseol.com/template.php?file=pase%2F19-07-25\\_paradojas.html](https://www.28jornadaseol.com/template.php?file=pase%2F19-07-25_paradojas.html)
- Ramirez Miranda, F. J. (2018). Epistemología del testimonio. *Luxíernaga. Revista de Estudiantes de la Licenciatura en Filosofía de la UAA*, 38-52.
- Rojas, R. (2017). Trazado de goce, interpretación y final. *Wunsch*, 16, 68-71.
- Roussos, A. (2013). Introduction to Special Section on Clients' Perspective of Change in Psychotherapy, 50(4), 503–504.
- Sade, D. A. F. (1806). *Testamento*. Recuperado de <http://seronoser.free.fr/sade/testamento.htm>
- Salamone, L. D. (2012). Somos del mismo material del que se tejen los sueños. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi (Eds.), *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 75-79). Buenos Aires: Grama.
- Sanahuja, S., & Silva, A. (8 de septiembre de 2001). Muestreo teórico y estudios del discurso. Una propuesta teórico-metodológica para la generación de categorías significativas en el campo del Análisis del Discurso. Recuperado de *II Coloquio Nacional de Investigadores en Estudios del Discurso*: <http://www.sai.com.ar/KUCORIA/discurso.html>

- Sánchez, B. (2012). «Un sueño es un despertar que comienza». Sobre la función del cuadro en los sueños. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi, *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 189-193). Buenos Aires: Grama.
- Schejtman, F. (2006). Dos sueños de Freud: sobre la interpretación del inconsciente. En *La trama del síntoma y el inconsciente* (pp. 37-46). Buenos Aires: Serie del bucle.
- Schejtman, F. (2013). Síntoma y sinthome en el fin del análisis. *Memorias del V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Shedler, J. (2010). The Efficacy of Psychodynamic Psychotherapy. *American Psychologist*, 65(2), 98–109. DOI: 10.1037/a0018378
- Sófocles (2007). *Teatro*. La Plata: Terramar.
- Solano Suárez, E. (2000). La limite du chiffrage. *L'essai. Revue Clinique Annuelle*, 111-116.
- Solano Suárez, E. (2003). Los límites de la interpretación, *Papers del Comité de Acción de la Escuel  Un *, 7. Recuperado de [http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicacionesySubSec=on\\_lineyFile=on\\_line/etextos/amp/congreso\\_004/papers/007.html](http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=publicacionesySubSec=on_lineyFile=on_line/etextos/amp/congreso_004/papers/007.html)
- Soler, C. (1988). Acerca del sueño. En *Finales de análisis* (pp. 75-81). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Soler, C. (2004). L'ombilic et la chose. *L'en-je lacanien 2004/1(2)*, 171-180. DOI 10.3917/enje.002.0171
- Soler, C. (2007). Clínica de la destitución subjetiva. En C. Soler, * Qu  se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* (pp. 51-82). Buenos Aires: Letra Viva.
- Soler, C. (2009/2013). *Lacan, lo inconsciente reinventado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Thamer, E. (2018) Un psicoanálisis no puede todo. *Wunsch*, 17, 5-7.
- Vegh, I. (2000/2006). Jurado A.E. – EFBA. *La experiencia del pase. Libro II* (pp. 101-109). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.

- Warner, S. L. (1983). Can psychoanalytic treatment change dreams? *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 11(2), 299–316.
- Yacoi, A. (2002). Sueños en la conclusión de los análisis. *Mediodichos*.
- Yacoi, A. (2012). Sueño y fin de análisis, una introducción. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi (Comps.), *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 129-133). Buenos Aires: Grama.
- Zaffore, C. (2010). *El sueño: vía regia al cuerpo sexuado*. Manuscrito inédito.
- Zupančič, A. (2000/2010). *Ética de lo real. Kant, Lacan*. Buenos Aires: Prometeo.

**ANEXO: TESTIMONIOS DEL CORPUS DE ANÁLISIS**

1. Aguerre, C. (2011) Fin de análisis, pase y Escuela. *Wunsch*, 10, 40-44.
2. Alderete de Weskamp, M. (1999/2006). Testimonio de Pase. *La experiencia del pase. Libro II (pp. 53-71)*. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
3. Alegría, B. (2005) Final de análisis y pase. *Wunsch*, 1, 4-6.
4. Aromí, A. (2014). Romperse la cabeza. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 16, 74-77.
5. Blancard, M.-H. (2013) Tomar el goce a la letra. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 15, 59-65.
6. Bonnaud, H. (2012) Un arrachement du réel. *La cause du désir*, 80, 112-114.
7. Brito Afonso, M. (2011) Del amor al analista al deseo de analista. *Wunsch*, 11, 28-30.
8. Brodsky, G. (2013) Testimonio 5. La estructura clínica. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 14, 103-109.
9. Castellanos, S. (2014) Me he buscado la vida. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 116-122.
10. Chiriaco, S. (2011). La broma. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 11, 97-102.
11. Dahan, P. (2010) Sobre lo vivo. *Wunsch*, 9, 27-29.
12. Dargentón, G. (2000). Hasta el colmo del sentido. *El Caldero de la Escuela*, 78, 40-47.
13. Dassen, F. (2009) Una mirada rasgada. En A. L. Lutterbach Holck, E. Solano y F. Dassen (Eds.), *Feminidad y fin de análisis* (pp. 59-64). Buenos Aires: Grama.
14. De Halleux, B. (2015) Twingo. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 18, 114-118.

15. Esqué, X. (2005). Lo éxtimo empuja. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 3, 56-59.
16. Estacolchic, R. (1999/2006). Testimonio. *La experiencia del pase. Libro II* (pp. 33-51). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
17. Fajnwaks, F. (2016) Una mirada tan triste. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 20, 74-82.
18. Fernando, L. (2015) A la sombra de una sombra. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 152-160.
19. Ferreira da Silva, R. (2013) Pase Buenos Aires 2. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 14, 96-102.
20. Fuentes, A. (2011). *Un cuerpo, dos Escrituras*. *Revista de psicoanálisis de la comunidad de Madrid*. Recuperado en octubre de 2015 de [http://letraslacanianas.com/index.php?option=com\\_contentyview=article&id=59:un-cuerpo-dos-escrituras&catid=14:el-pase&Itemid=26](http://letraslacanianas.com/index.php?option=com_contentyview=article&id=59:un-cuerpo-dos-escrituras&catid=14:el-pase&Itemid=26)
21. Gasbarro, C. (2014) Testimonio I. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 91-99.
22. Gasbarro, C. (2015) Otra lengua, Otro goce. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 130-135.
23. Gorostiza, L. (2011). Del instante del fantasma al deseo del psicoanalista. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 11, 103-117.
24. Grinbaum, G. (2014) Testimonio I. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 109-115.
25. Grinbaum, G. (2015) Una mujer sin maquillaje. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 139-147.
26. Horne, B. (2012) Sobre el inicio del análisis por un sueño y su relación con el final. En L. Ávola, A. Cucagna, y A. Yacoi, *Brisas clínicas: sueño y final de análisis* (pp. 35-42). Buenos Aires: Grama.
27. Iaconelli, V. (2017) Los confines de un análisis. *Wunsch*, 16, 11-14.
28. Jacob-Duvernoy, M.-N. (2017) Color de pase. *Wunsch*, 16, 4-10.

29. Kalfus, P. (2014). Testimonio 1. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 16, 57-61.
30. Leray, P. (2010) La apertura hacia una nueva satisfacción. *Wunsch*, 9, 33-36.
31. Lutterbach Holck, A. L. (2009) Relato. En A. L. Lutterbach Holck, E. Solano y F. Dassen (Eds.), *Feminidad y fin de análisis* (pp. 15-26). Buenos Aires: Grama.
32. Mazzuca, M. (2011). Primera parte: Testimonios. En *Ecos del pase* (pp. 14-105). Buenos Aires: Letra Viva.
33. Mildiner, K. (2015) Primer testimonio. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 19, 119-129.
34. Mildiner, K. (2016) La flor de mi secreto. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 20, 63-67.
35. Missorici, A. (1998/2006). Testimonio de un pase. *La experiencia del pase. Libro II* (pp. 19-31). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
36. Muñoz de F., P. (2007) Decisiones. *Wunsch*, 7, 38-42.
37. Naparstek, F. (2005). De la espera angustiosa a la serenidad del síntoma o Variaciones sobre la angustia y la espera. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 3, 51-55.
38. Naveau, L. (2004). *La voz dulce*. Recuperado en octubre de 2015 de [http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el\\_pase&SubSec=testimonios&File=testimonios/naveau\\_lavozdulce.html](http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el_pase&SubSec=testimonios&File=testimonios/naveau_lavozdulce.html)
39. Palomera, V. (2006). *Lo que el fantasma desconoce*. Recuperado en octubre de 2015 de Ornicar? Digital: <http://wapol.org/ornicar/articles/plm0127.htm>
40. Paola, D. (2010) Testimonio de pase. *La experiencia del pase. Libro III* (pp. 29-48). Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
41. Passos Ribeiro de Campos, S (2010) La travesura del *sinthome*. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 10, 56-64.

42. Passos Ribeiro de Campos, S (2012) Una nueva forma de amor. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 12, 97-101.
43. Pereira da Silva, J. A. (2017) El decantar del deseo de psicoanálisis en el pase. *Wunsch*, 16, 24-28.
44. Rabinovich, D. (2015) Primer testimonio. El laberinto de mi deseo de saber. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 18, 89-97.
45. Santiago, A. L. (2012). Flechazo (*Coup de foudre*). *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 12, 105-111.
46. Seynhaeve, B. (2011). Testimonio de Bernard Seynhaeve. En *Sutilezas analíticas* (pp. 198-218). Buenos Aires: Paidós.
47. Solano, E. (1996). La práctica del pase. En *La práctica del pase* (pp. 13-40). Buenos Aires: Paidós.
48. Stiglitz, G. (2010) Buen día Escuela Una. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 10, 66-74.
49. Tudanca, L. (2011). De la repetición de un destino a la invención de un significante nuevo. *Revista Lacaniana de psicoanálisis*, 11, 123-132.
50. Udenio, B. (2014) Primer testimonio. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 17, 100-108.
51. Vicens, A. (2013) *Lenta, precipitadamente*. San Martín: Universidad Nacional de Gral. De San Martín.
52. Vieira, M. A. (2013) Primer testimonio. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 14, 83-92.
53. Vinciguera, R.-P. (2006). *Había... hay*. Recuperado en octubre de 2015 de Escuela de la Orientación Lacaniana: [http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el\\_paseySubSec=testimoniosyFile=testimonios/vinciguerra\\_habia.html](http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el_paseySubSec=testimoniosyFile=testimonios/vinciguerra_habia.html)